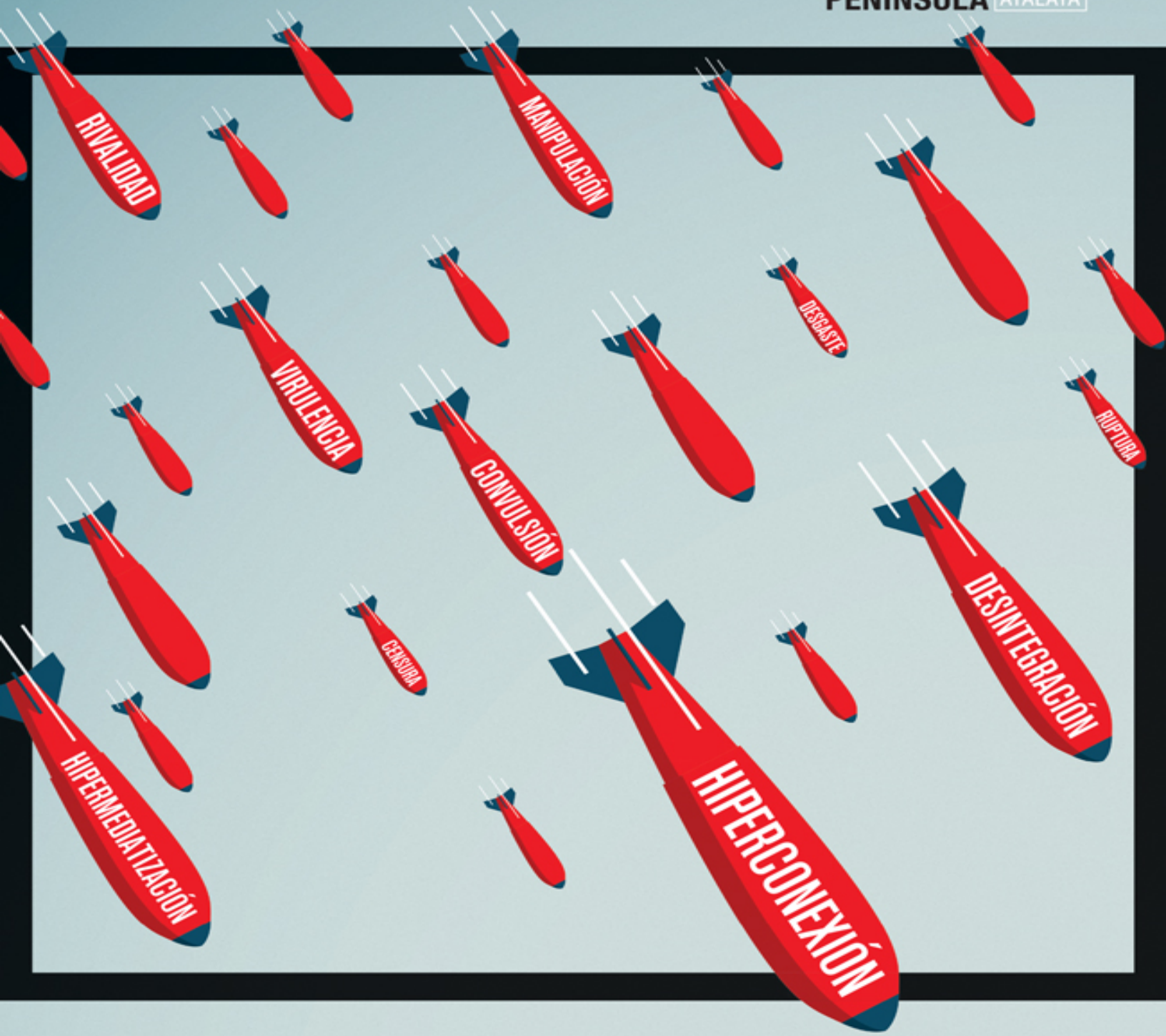
PENÍNSULA ATALAYA

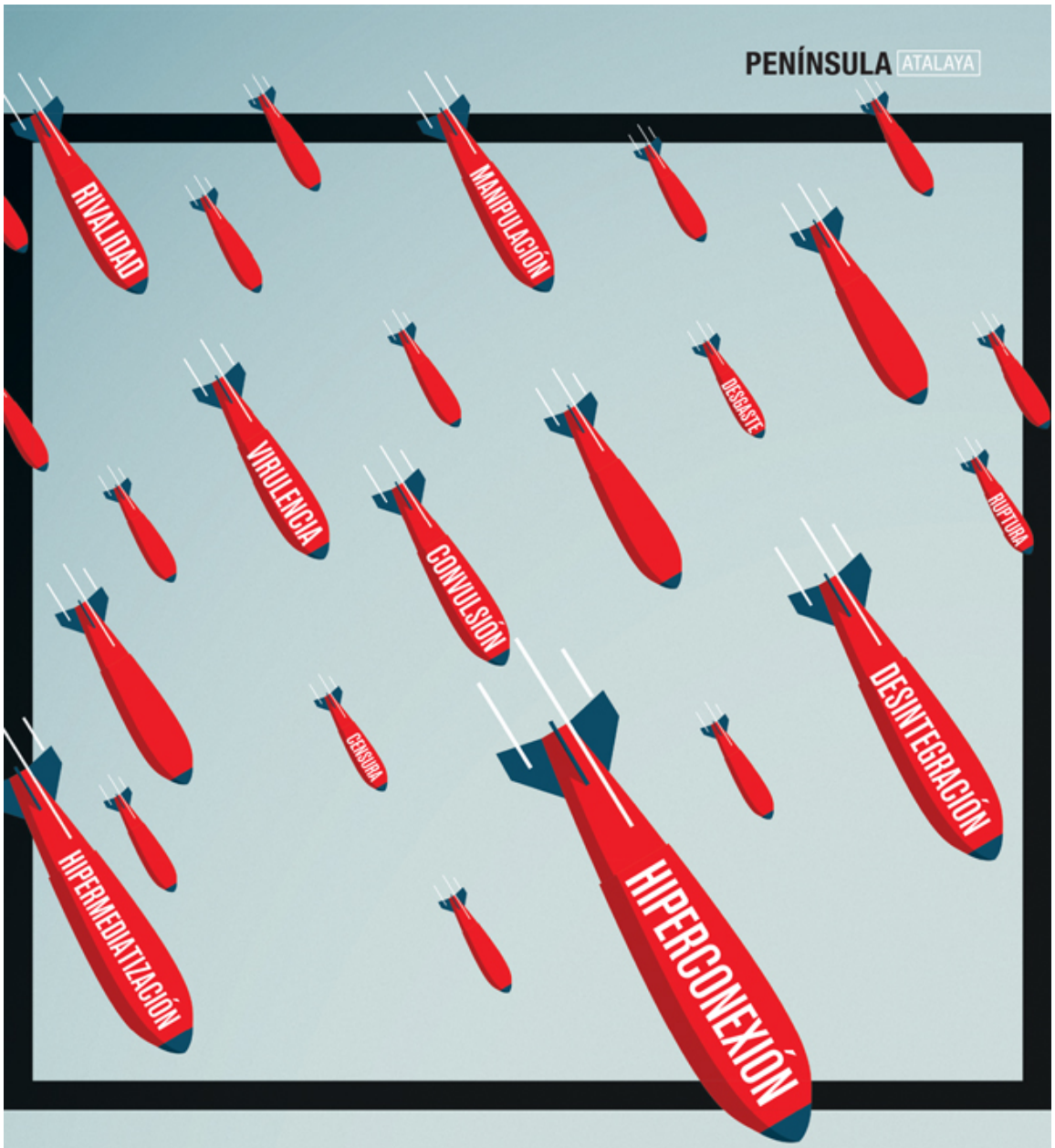


Christian Salmon

La era del enfrentamiento

Del *storytelling* a la ausencia de relato

PENÍNSULA ATALAYA



Christian Salmon

La era del enfrentamiento

Del *storytelling* a la ausencia de relato

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
CITA
PRIMERA PARTE. LA LÓGICA DEL ENFRENTAMIENTO
1
2
3
4
SEGUNDA PARTE. LA ESPIRAL DEL DESCRÉDITO
1
2
3
4
TERCERA PARTE. LA GUERRA DE LOS RELATOS
1
2
3
4
CUARTA PARTE. LA ZONA CERO DEL RELATO
1
2
3
4
EPÍLOGO
1
2
3
4
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre**

Comparte

SINOPSIS

Si en *Storytelling* Christian Salmon nos mostró la eficacia del arte de la retórica como arma de manipulación masiva al servicio de la comunicación, la publicidad y la política, en esta nueva obra nos explica el cambio de rumbo acaecido en los últimos años: el triunfo de contar historias al servicio de los actores políticos ha supuesto el descrédito de la palabra pública y, ahora, la conquista de la atención, al igual que la del poder, se basa en el enfrentamiento.

Christian Salmon ahonda en la lógica que nos ha llevado al desconcierto actual: en una sociedad hiperconectada e hipermediatizada ya no solo vale la palabra, sino que para llegar a conquistar el poder la combinación ganadora es enfrentarse, transgredir, ser impredecible e imponer la propia verdad, la que convenga. Estamos ante un período inédito donde impera el caos narrativo.

Christian Salmon expone las causas que nos han conducido a la confusión del momento, en el que la confrontación parece ser el nuevo camino del discurso mediático. ¡Bienvenidos a la era del enfrentamiento!

Christian Salmon
La era del enfrentamiento

Del *storytelling* a la ausencia de relato

Traducción de Francisco López Martín

ediciones península

La peor seducción del Mal es la provocación al combate.

FRANZ KAFKA, *Aforismos de Zürau*

PRIMERA PARTE

LA LÓGICA DEL ENFRENTAMIENTO

1

En una de sus novelas, el escritor albanés Ismail Kadaré ha imaginado una institución singular. Se trata del Palacio de los Sueños, cuya misión es conservar los sueños de todos los súbditos del sultán.[1] En cada provincia del Imperio, una red de funcionarios peina las ciudades y los pueblos para coleccionar los sueños de sus habitantes. Una vez transcritos, se transmiten al Palacio, donde son objeto de un tratamiento complejo, dividido en varias fases de clasificación, filtrado y selección tras las que solo queda un pequeño número de sueños considerados aprovechables. Estos son cuidadosamente analizados e interpretados por la Administración, que, cada semana, elige de entre ellos el «sueño esencial», el fermento de inconsciente más poderoso, el que tiene un potencial más subversivo, pues deja entrever el final del Imperio y de su tirano. La máquina de interpretar los sueños nunca se detiene; cada noche produce una nueva remesa que habrá de cribarse.

Hace mucho que se conoce la importancia de los sueños y de su papel en la anticipación del destino colectivo. Pensemos en el oráculo de Delfos en la Grecia antigua, en los célebres quirománticos romanos, asirios, persas, mogoles, etc. Sin embargo, el Palacio de los Sueños de Kadaré manifiesta una ambición mayor. Se trata de apoderarse y de interpretar el inconsciente de toda la sociedad con el fin de conjurar las amenazas, eliminar a los opositores y desbaratar complots.

> El papel de nuestro Palacio de los Sueños consiste en clasificar y examinar no los sueños aislados de ciertos individuos que tienen en la práctica el monopolio de la producción mediante la lectura de los signos divinos, sino el *Tabir* total, es decir, la totalidad de los sueños del conjunto de los ciudadanos, sin excepción. Se trata de una empresa grandiosa, a cuyo lado las castas de profetas o los magos de antaño parecen irrisorios.

Quien está al frente del Palacio de los Sueños tiene el poder.

«Desde hacía mucho tiempo tenía yo ganas de construir un Infierno», explicó Kadaré tras la publicación del libro. Sin duda, un proyecto demiúrgico: la conquista del inconsciente colectivo.

> Toda pasión o idea malvada, toda calamidad o crimen, toda rebelión o catástrofe proyecta necesariamente su sombra mucho antes de manifestarse en la vida real. Por eso está prescrito que ningún sueño, aunque haya surgido en los confines más recónditos del País y en la criatura más insignificante para Alá, puede eludir su examen.

El Palacio de los Sueños tiene como único objetivo conjurar la incertidumbre. Se trata de un costoso dispositivo concebido para lograr una transparencia total en el espacio y en el tiempo. Prever el futuro. Prevenirse contra él. Rizar lo posible sobre sí mismo. No solo controlar, sino neutralizar la experiencia. El Palacio de los Sueños es un nuevo tipo de prisión: la prisión de lo Posible.

Evidentemente, la historia acaba mal. El protagonista, que ha tenido una carrera fulgurante en esa Administración tan especial, llega a descubrir en el almacén de los sueños acumulados el sueño fatal, el que anuncia el hundimiento del Imperio y desencadena las anticipaciones autodestructivas de la clase dirigente, en la que todos se esfuerzan en sacar partido del hundimiento, contar con la caída del Imperio, comportamientos que provocarán la espiral del descrédito.

Kadaré se ha tomado la precaución de situar su heterotopía en un pasado lejano y no en un futuro próximo, a diferencia de lo que ocurre en *1984*, de George Orwell, o en los relatos de Philip K. Dick, como *Minority Report*. *El Palacio de los Sueños* se publicó en Albania en 1981, en vida de Enver Hoxha, el dictador albanés. La novela no habla solo de la censura y de su aparato burocrático en los tiempos del dictador comunista, sino también de nuestro mundo actual. Esta heterotopía, que en el momento de su publicación se interpretó como una metáfora del sistema totalitario, se ha entendido, desde hace más de una década, como la prefiguración de nuestro mundo, transformado por la revolución digital. La ficción de Kadaré se ha convertido en realidad. El Palacio de los Sueños existe: es la metáfora del «procesador». Lo que parecía utópico en el momento de la publicación del libro ha llegado a ser banal en la era del *big data* (macrodatos) y de los

algoritmos. Recientemente se ha utilizado un algoritmo para producir veintidós segundos de imágenes en tiempo real a partir de la actividad cerebral —un sueño— de una persona dormida a la que le colocaron unos sensores. Lo que a partir de ahora se despliega es también el espíritu de nuestra época, a través de las redes sociales, diseminado en mil datos que se clasifican, se seleccionan y se transforman en perfiles y en normas de comportamiento. Su ideología espontánea: anexionar y reabsorber lo posible. Dominar el poder que configura lo inconsciente, sus libres asociaciones, la trama de sus imprevisibles variaciones.

Es un imperio sin fronteras. No aparece representado en los atlas, al este o al oeste, al norte o al sur. Sin embargo, dentro de poco gobernará el planeta. No tiene un territorio dotado de contornos precisos. Y se lo reconoce menos por sus coordenadas que por su capacidad de desorientación. No tiene ejército ni moneda propia, pero cuenta con miles de millones de individuos que hablan todas las lenguas del mundo. No se parece a ningún imperio conocido en la historia. Sin embargo, no es un lugar imaginario, una de esas Atlántidas hundidas que nutren la imaginación de los seres humanos. Es real. Hiperreal o, más bien, infrarreal, como las células del cuerpo humano, o las redes de neuronas, o los agregados de átomos de un cuerpo químico. No es visible a simple vista. Tampoco él nos ve a nosotros.

Se trata de una red de cajas negras con las que nos encontramos en interacción permanente. Evitemos nombrarlo: su poder estriba justamente en su anonimato. Registra los datos que producimos, codifica nuestros comportamientos, observa nuestros gestos rutinarios, archiva nuestros gustos y preferencias. Y construye un mundo a nuestra imagen y semejanza, el mundo que corresponde a nuestros hábitos registrados; y, si cambiamos, cambia insensiblemente, modifica sus protocolos por la magia del *feedback loop* (retroalimentación) o del *deep learning* (aprendizaje profundo), procesos que permiten modificar de modo automático los modelos por retroacción.

¿Tiene el Imperio súbditos, sujetos? Sí y no. Si por súbditos entendemos ciudadanos de carne y hueso, no, no tiene. Pueden existir fuera de su campo de interacción, pero nada son a sus ojos, no los «calcula», como se dice, al menos no de ese modo, pues solo cuenta lo que es calculable en ellos. ¿Es posible llamar a eso «sujetos»? Nada hay menos seguro. ¿Se trata de individuos? Si lo son, es tan solo como fuentes de datos que emiten series estadísticas y flujos, ordenados según principios poco claros, métodos consignados en artículos de matemáticas que nadie consulta. De todas formas, no vale la pena saber más, puesto que el sistema funciona sin ellos, sin los interesados, sin el conocimiento ni la acción de los individuos. Soberanía impersonal del Imperio.

Su divisa es «borrar el rostro». Para empezar, el suyo, pero también el de sus «sujetos». Su potencia estriba en ese poder desfigurador. Cuenta con instrumentos para ello —por ejemplo, el análisis facial—, pues el Imperio solo reconoce cuerpos-datos, cuerpos-códigos, egos experimentales dotados de prótesis digitales, identificables en toda circunstancia, en todo instante: individuos intermitentes, transitorios, en curso de tratamiento, cuyos datos están en proceso de estructuración. Rastros digitales deglutidos, calculados, de los que se eliminarán las irregularidades, las discrepancias que bloquean la máquina algorítmica… Emisores de signos, por lo tanto. Perfiles sin profundidad. Egos geolocalizados.

Ese Imperio se reconoce menos por la continuidad espacial de su territorio y por las lenguas que se hablan en él que por los territorios que borra. No es un imperio conquistador, sino que se contenta con borrar los espacios que le resultan ajenos. Todo lo que escapa al cálculo. No coloniza los pueblos que se anexiona. Se contenta con aportarles la luz de las redes, con sumirlos en un baño de informaciones, de emociones, de pensamientos, de recuerdos. Es un poco como un bautismo por inmersión. Un bautismo digital que hace penetrar en el conocimiento y la comunidad del Imperio. Y todo mediante un sencillo acto de fe. Basta con adherirse a su mundo y abrirse a sus aplicaciones. Ellos nos guiarán por el camino de las interacciones. Un simple clic basta para que se nos geolocalice, para dar acceso a nuestros datos, es decir, a nuestros deseos, a nuestros pensamientos. A cambio, el Imperio nos reconoce. Cede a nuestros deseos

más contradictorios. En adelante, tenemos un perfil. El Imperio sabe lo que hacer con nosotros. Tiene lo que nos falta. En ese Imperio no hay emperador o, simplemente para mantener las formas, lo que hay es un simulacro de emperador, un maniquí sin poder que emite signos en la noche digital, signos de autoridad, de rigor, de eficacia. Y eso colma nuestra espera de signos de autoridad, de rigor, de eficacia. Eso es lo esencial. Un día no serán necesarios. Entonces habitaremos la alucinación total del Imperio.

Las temibles GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft) son las sucesoras de los inspectores del Palacio de los Sueños de Ismail Kadaré. Sin embargo, no tienen rostro humano y son mucho más eficaces en su trabajo de inventario. Registrar y analizar permanentemente el inconsciente individual y colectivo es, desde hace diez años, el meollo de su proyecto. Consideran que la acumulación de cantidades enormes de datos brutos (guardados en hileras de servidores ubicados en almacenes, los llamados *datawarehouses*) permitirá modelizar con toda precisión, como nunca se ha hecho antes, todos los comportamientos y comprobar la pertinencia de sus modelos gracias al poderío de los algoritmos, lo que debería conducir a una modelización perfecta: una modelización que determine con el mínimo margen de error posible la interacción entre el individuo y las máquinas que lo acompañan, una modelización que asegure una fiabilidad de la máquina superior a la del individuo. Los programas que desarrollan pretenden prever la mayoría de los fenómenos sociales y de los comportamientos humanos. Lo ignoramos todo de esos algoritmos que nos observan y nos informan sin cesar. Pocos conocen las ciencias de los datos, de los miles de páginas de código que organizan la recogida y el análisis de nuestros comportamientos. Sin embargo, los algoritmos están por todas partes, velan por nosotros, nos analizan y nos tratan, nos asisten en todo momento y, sobre todo, nos vinculan con otros individuos dotados de aparatos similares (iPhone, iPad, GPS, teléfonos inteligentes y ordenadores). Las pulsiones, los sueños, los

deseos, los proyectos, las costumbres, los grupos, los comportamientos a la hora de comprar, los gustos, las preferencias sexuales, los *habitus*… Todo es objeto de cálculos.

Heidegger distinguía entre el «pensamiento calculador» y el «pensamiento del ser». Con las GAFAM y la automatización del tratamiento de los datos a gran escala, también llamada inteligencia artificial, el primero ha tomado la delantera. El pensamiento calculador ha penetrado, uno tras otro, en todos los ámbitos de actividad, empezando por el de la política, definido clásicamente como el que organiza las formas de preparar, adoptar y ejecutar las decisiones, y que cada vez se apoya menos en la deliberación y la regulación de las conductas: la política confía cada vez más en los «procesos de toma de decisiones» que, por medio del cálculo, prometen la obtención de «soluciones», es decir, de resultados «optimizados». Dado el avanzado estado del proceso de tecnologización, el proyecto de controlar lo posible, y no solamente lo real, ha dejado de parecer una entelequia. Así se crea un nuevo ambiente social, autoalimentado de modo permanente por sus propios datos: la conexión sustituye al contacto, la interacción a la relación, la adicción a la concentración y la suma de informaciones al intercambio de experiencias.

Hasta ahora vivíamos en un mundo complejo, presa de las pasiones humanas, de las ambigüedades del deseo. La experiencia nos tendía trampas que no siempre sabíamos evitar. Había que rehacer el camino varias veces, volver sobre nuestros pasos. Elaborar tácticas. Elucidar enigmas. A partir de ahora, el camino está señalizado. El Imperio nos guía por los caminos de la vía digital. Nos informa de los recursos de los que disponemos. Es a la vez el medio que nos resulta propio, el hábitat digital que nos construimos, el exoesqueleto que secretamos y el espacio de nuestras interacciones sociales: es ese espacio sin intimidad. Nos aconseja sobre las maneras de sentirse apreciado, sobre cómo ser populares; nos ofrece los formatos de nuestra exhibición. Conoce nuestros deseos, reconocibles por los datos que

producen, la frecuencia de su emisión, su traducción estadística en la caja negra de los ordenadores, las estelas de cifras canalizadas y tratadas mediante algoritmos.

El Imperio no se parece a ningún otro de la historia. Es un imperio sin súbditos ni poderes. Una soberanía anónima, como un dios invisible y omnipresente. El hipercontrol que se despliega al margen de la esfera institucional —que era la de la política— se suma al ideal utópico de la burocracia. Se ha apoderado del meollo del individuo.

El Palacio de los Sueños de Kadaré, sus funcionarios y su universo de papeleo estaban sometidos a la pesadez de los procedimientos burocráticos. El Palacio de los Sueños seguía siendo humano en razón de sus mismos errores, de las imperfecciones de su maquinaria administrativa, de la avaricia de sus chupatintas, inquietos por su poder y sus privilegios. El gran cálculo del «Sueño esencial» estaba minado desde dentro por los pequeños cálculos del sultanato. Y eso es lo que permite a Kadaré contar el relato de sus afrentas. Un relato tejido por intrigas. Una novela de formación sobre el poder.

En el Imperio de las GAFAM no hay relatos, ni contactos, ni concatenación, ni tensión narrativa con resultados imprevisibles. El cálculo produce un resultado siempre concordante. Lo que el Imperio ha eliminado es el espacio mismo de la incertidumbre, la distinción entre lo verdadero y lo falso, la realidad y la ficción, la posibilidad de simbolizar, de relatar. El Imperio nada tiene que ver con la novela. Lo que interesa al cálculo es calcular. Calcular las pulsiones de los unos y los otros y transformarlas en compras compulsivas. «Perfilar» los comportamientos, encontrar continuidades y regularidades. Extrapolarlas. Prever las evoluciones. Rizar lo posible sobre sí mismo.

Eric Schmidt, director general de Google, lo afirma sin titubear: «Sabemos básicamente quién eres, qué te interesa, quiénes son tus amigos. La tecnología llegará a estar tan lograda que será muy difícil que alguien vea o consuma algo que no se haya programado en cierto modo a su medida».[2]

Todo lo que alimentaba los relatos sobre el mundo, la parte problemática de la existencia humana, ha sido absorbido, adoptado y resuelto eficazmente por los algoritmos. El accidentado espacio de nuestra vida se ha aplanado, arreglado y transformado en un espacio liso y fluido, en el que ya no podemos dar forma al mundo mediante el relato. Han desaparecido las singularidades, las discontinuidades, las diferencias, aplanadas por algoritmos cada vez más potentes e ingeniosos. Las ambigüedades se han disuelto en el flujo digital del *big data*, pero la digitalización de la experiencia tiene un límite, al igual que en toda división hay un resto, y ese resto es explosivo. Todo lo que ha sido pacificado por los algoritmos resurge en otra parte bajo una forma caótica y salvaje. Se multiplican las convulsiones, conforme a una lógica que ya no es política, sino simbólica, y el poder, o lo que queda de él, ya solo tiene una función defensiva: liquidar toda resistencia a ese asalto a lo posible.

2

Han gritado. Han gritado en Boston, en Filadelfia, en Chicago, en Miami, en Denver, en Austin o incluso en Salt Lake City. Lo que había empezado en Facebook con una llamada a «lanzar gritos de desesperación con ocasión del [primer] aniversario de la elección de Trump» se transformó en un auténtico espectáculo colectivo, que expresaba el sentimiento de impotencia de miles de estadounidenses ante la política de su presidente.

Según los organizadores, nada podía expresar mejor el profundo desaliento del ciudadano de a pie que un grito colectivo, un vasto clamor de desesperanza. «Necesitamos una oportunidad para reunirnos y gritar, simplemente. Es una forma de catarsis colectiva para reunir fuerzas y seguir luchando contra este Gobierno», declaró Kate Kelly, abogada de treinta y siete años que estuvo en el origen de la reunión organizada en Salt Lake City (Utah).[3] «Este acto es la expresión de una frustración colectiva», declaró Nathan Wahl, otro de los asistentes. «¿Qué podemos hacer? De momento busco en vano una respuesta. A la espera de encontrarla, ¡voy a gritar junto a varios miles de personas!»[4]

Demócratas decepcionados, feministas coléricas, militantes de asociaciones y representantes de minorías habían sido llamados a reunirse para manifestar su sentimiento de impotencia y desesperación… Incluso quienes no podían desplazarse fueron invitados a gritar en su rincón. Cada cual podía modular el grito a su manera, emitir un alarido, un gemido, un gruñido o un simple murmullo: lo importante era gritar su desesperación frente a «ese espectáculo de mierda en el que se ha convertido la política estadounidense».

Cabe dudar de la eficacia de estas manifestaciones, que solo movilizaron a algunos miles de asistentes en una decena de ciudades americanas. Sin embargo, lo esencial no es eso, ni tampoco el éxito o el

fracaso de esa actuación política, sino su alcance simbólico. Por primera vez, grupos de manifestantes salían a la calle en todo Estados Unidos no para expresar reivindicaciones, sino simplemente para gritar. Lejos de los eslóganes entonados en el curso de otras marchas, con sus carteles y sus pancartas blandidas por masas coléricas, los opositores a Trump habían optado por expresarse, al margen de todo contenido explícito, mediante un grito de cólera. Las sentadas y las largas marchas por los derechos civiles transmitían un mensaje de no violencia y de paz. La ocupación de plazas, en el curso de las revoluciones árabes, durante el movimiento «Occupy Wall Street» o el de los Indignados ponía en escena el espacio público, un espacio que ya no había que dejar vacío, sino del que había que apropiarse físicamente, contra el sistema financiero. Los voceadores anti-Trump, en cambio, no transmitían ningún mensaje, ninguna reivindicación explícita. No había consigna que estuviera a la altura de su frustración. Ni siquiera un minuto de silencio habría bastado para contener su inmensa cólera. A su juicio, solo un grito podía expresar lo que sentían. No era una demostración de fuerza, sino la expresión de una impotencia colectiva ante un acontecimiento que seguía resultándoles incomprensible, inimaginable.

Si he optado por evocar ese curioso espectáculo para empezar este libro, es porque me ha parecido significativo del momento histórico que atravesamos, una era de caos y de choques que deja poco espacio para la deliberación democrática, los relatos colectivos e incluso, simplemente, la palabra. El grito de los manifestantes anti-Trump respondía al grito que los seguidores de Trump habían dado rienda suelta durante la campaña electoral. Cólera contra cólera. Grito contra grito. Y, en última instancia, mutismo contra mutismo.

La victoria de Donald Trump no solo constituyó una derrota electoral para los demócratas, sino que cogió desprevenidos a todos los sistemas de previsión y alerta, y arruinó la credibilidad de los analistas y los

comentaristas. Se percibió como una anomalía política, un acontecimiento ilógico que no se plegaba a la victoria anunciada de la «primera presidenta de Estados Unidos».

«Una de las cosas más desconcertantes era que nadie, cualquiera que fuese su grado de erudición, tenía la menor idea de lo que ocurría», recuerda Michelle Goldberg en un artículo del *New York Times* titulado «Aniversario del Apocalipsis», publicado un año después de la elección de Donald Trump.[5] En su desconcierto, consumados los acontecimientos, se dirigió a periodistas que viven o han vivido en un régimen autoritario «para intentar comprender cómo cambia la vida cuando un demagogo autócrata toma el poder». Un periodista turco laico le dijo con voz triste y fatigada que, por más desfiles que se organizasen en las calles para oponerse a Trump, lo más probable es que las protestas acabaran por extinguirse: «La estupefacción que se produce al principio acaba por ceder y dejar lugar a una oposición sostenida». La escritora disidente rusa Masha Gessen ya advirtió que, con un dirigente que somete la realidad a un constante asedio, es imposible saber lo que es normal y lo que no lo es: «Descarrilas y te deformas». «Los dos tienen razón», concluye la autora del artículo.

En la Casa Blanca, la noche del 9 de noviembre de 2017, el resultado de las elecciones deja mudo a Barack Obama y sus *storytellers* (narradores). «Es tan inconcebible como la abolición de una ley de la naturaleza», dirá uno de ellos, y Obama acabó por declarar: «La Historia no transcurre en línea recta, sino en zigzag».

El acontecimiento no encajaba con ningún relato disponible. No se trataba tan solo de una sorpresa electoral, sino de un desafío a todos los relatos posibles. Una y mil veces los medios de información habían apostado por la eliminación de Trump en las primarias republicanas y luego por su derrota ante Hillary Clinton, y, sin embargo, Trump había superado todos los obstáculos… Había lanzado un desafío a los medios de información, a sus relatos de campaña, despreciando sus proyectos y su retórica, revolucionando la imagen que podía tenerse de un presidente, imponiendo sus ultrajes, su retórica infantil, su lenguaje onomatopéyico y sus mentiras… Roger Cohen, editorialista conservador del *New York Times*, se preguntó sobre aquella situación inaudita, que resumió en estos términos:

> Si dices: «Hay alguien que quiere ser presidente de Estados Unidos y no para de mentir», y millones de personas responden: «Vale, sí, tal vez eso no esté bien, pero, pese a todo, yo voy a votarlo», creo que hay que analizar a fondo lo que ocurre.[6]

«Mi vida ha quedado destrozada por su elección. Es una pesadilla para todo el país», explicaba Carter Goodrich en 2017, autor de la primera plana del *New Yorker* en la que figuraba una caricatura de Trump con el aspecto de un payaso maléfico. «Sigo tan atónito como hace un año, la noche de las elecciones.» Y añadía: «Es difícil parodiarlo… Camina y habla como si fuera una caricatura de sí mismo».[7] En su ensayo *Fear* (Miedo), publicado en otoño de 2018,[8] el célebre periodista Bob Woodward recordaba las palabras que había pronunciado en un programa de entrevistas televisivo, algunos días antes del final de la campaña electoral: «Si gana Trump, [habremos de preguntarnos] cómo es posible, en qué hemos fallado». En sus viajes a través del país, la gente le decía que no se fiaba de los sondeos. Querían decidir su voto por sí mismos. «No les gusta pensar: "Oh, pertenezco a un grupo demográfico determinado, así que tengo que inclinarme por esta opción".»

Mario Cuomo, antiguo gobernador de Nueva York, decía que se hace campaña en verso, pero que se gobierna en prosa. Es posible que este viejo axioma de las campañas electorales haya quedado invalidado por las últimas presidenciales estadounidenses… Donald Trump no hizo campaña ni en verso ni en prosa, sino con una mezcla de muecas y murmuraciones, de eslóganes y anatemas. El que se dio en llamar el Hemingway de Twitter ha debido de lamentar que Twitter, su medio preferido, haya decidido permitir doscientos ochenta caracteres en lugar de ciento cuarenta. Los largos discursos de Barack Obama que entusiasmaban a las masas parecen pertenecer a una época pasada. Y, sin duda, así es. El «argotrump» no sabe de frases extensas ni de articulaciones lógicas; la gramática y el léxico han quedado reducidos a lo estrictamente necesario. David Denby, crítico de cine en el *New Yorker*, extrajo una muestra a este respecto, sacada de uno de sus discursos. La cita dice así:

> Miedo, peligro, estupidez. ¡Estupidez! ¡Debilidad! El destino del país está en juego. La seguridad personal de la gente que tiene ante él está en juego. Algo «terrible» está pasando. «No podemos vivir así. Las cosas van a ir a peor. Vais a tener más World Trade Centers. Las cosas van a ir a peor. No podemos ser políticamente correctos, ni podemos ser estúpidos, y las cosas van a ir a peor.»[9]

Según el crítico, construir bien las frases es absurdo. Sus discursos no tienen ni principio ni final; carecen de forma, de punto culminante, de tensión narrativa. Trump lleva el lenguaje a su nivel más bajo. En la década de 1960, Norman Mailer, entre otros, calificó de fascistas los discursos de Barry Goldwater. Si los leyéramos hoy en día, pasarían por estar bien estructurados y equilibrados, en comparación con el diluvio de Trump, que se lo lleva todo por delante. El antisemitismo y el anticomunismo de la década de 1930 han cedido su lugar a la xenofobia, la homofobia y la misoginia. El enemigo es el otro, mucho más que Wall Street o Washington, con los que siempre será posible lograr acuerdos llegado el momento. Lo que está amenazado en el mundo de Trump no es el capital, sino la diversidad de la sociedad. El candidato monosilábico se expresa mediante señales verbales, relámpagos, truenos. En cuanto aterriza su avión, esgrime ante las masas reunidas en la pista el talismán del odio, una amalgama de eslóganes y de insultos blandidos como un arma de deslegitimación masiva de los extranjeros, las mujeres, los inmigrantes, los homosexuales, los árabes, los musulmanes… Después, el avión de Trump viaja a otro estado, desplazándose como un huracán que deja a su paso una zona lingüística catastrófica.

La lista de sus condenas y de sus calumnias es larga… El *New York Times* hizo el inventario en una publicación a plena página: ¡doscientas ochenta y dos, nada más y nada menos! Se trata de un material indispensable para los futuros Victor Klemperer de la «LTI», que hoy podemos traducir como el Lenguaje del Trumpismo Ignorante.

> El nazismo se introducía más bien en la carne y la sangre de las masas —escribe Victor Klemperer— a través de palabras aisladas, de expresiones, de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de modo mecánico e inconsciente.[10]

Trump ha dado pruebas de auténtica creatividad en el insulto y el ultraje, subraya el periódico, variando los registros y modulando sus efectos conforme a una especie de espiral de la calumnia. Entender que se trata de simples salidas de tono sería un error: estamos ante un uso estratégico de la mentira. «Miente estratégicamente», ha declarado Tony Schwartz, el *ghostwriter* de Trump, al *New Yorker*. «Carece totalmente de escrúpulos al respecto. La verdad es apremiante para la mayoría de la gente. Eso da [a la mentira] una extraña ventaja.»[11]

Los medios de información estadounidenses han forjado la expresión *post-truth politics*, política de la posverdad, para designar ese empleo político de la mentira. Conforme a sus análisis, las redes sociales han creado un nuevo contexto y un nuevo régimen de verdad, caracterizado por la aparición de burbujas informativas independientes entre sí: «silos» de informaciones, a imagen y semejanza de la configuración de Facebook. A partir de ahora, los individuos pueden escoger sus fuentes de información en función de sus opiniones y de sus prejuicios sin temor a la contradicción, en una especie de cerrazón informativa propicia a los rumores más descabellados, al conspiracionismo y a la mentira, nunca desmentida en el interior de su burbuja. Su espacio informativo es inaccesible al *fact-checking* (contrastación con los hechos) de la prensa y de los medios de inspiración periodística.

Durante su campaña. Trump supo dirigirse, por medio de Twitter y de Facebook, a esas pequeñas repúblicas autónomas del resentimiento y logró federarlas en una oleada de sobreexcitación. Sin embargo, no esperó a la explosión de las redes sociales para teorizar sobre el uso estratégico de la mentira. En su libro *El arte de la negociación*, publicado en inglés en 1987, explicaba ya lo siguiente:

> Yo juego con la imaginación de la gente […] La gente quiere creer que algo es lo más grande, lo más importante y lo más espectacular. A eso lo llamo *hipérbole verdadera*. Es una exageración inocente y una forma eficaz de promoción.[12]

Tony Schwartz, el autor de esta fórmula, renegó más adelante de ella en su larga entrevista con el *New Yorker*: «"*Truthful hyperbole*" es una contradicción entre términos, una forma de decir: "Esto es mentira, pero me

da igual"».[13]

El sistema de información globalizada ha alcanzado su punto de entropía. Ya solo produce incredulidad. El hundimiento de la confianza en el lenguaje se debe no solo a los efectos estratégicos de la manipulación, sino también a la aparición de un nuevo régimen de enunciación que mantiene todos los enunciados en un estado de inestabilidad. No es que la mentira se haya convertido en la norma y que la verdad esté prohibida o excluida, sino que la falta de diferenciación entre ambas es la regla a partir de ahora. Verdad y mentira. Realidad y ficción. Original y parodia. Normalidad y patología. Todas esas oposiciones, y, por lo tanto, esas categorías mismas, han sido dinamitadas por la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca. Así ha empezado una nueva era política, caracterizada por la simulación generalizada, lo paranormal y la posverdad.

A partir de este principio, Steve Bannon, asesor de Donald Trump durante la campaña presidencial, llevó a cabo una intensa batalla cultural desde la ultraconservadora página web Breitbart. En su libro *Devil's Bargain* (El pacto con el diablo),[14] Joshua Green explica que Bannon se formó en la escuela de Andrew Breitbart, fallecido en 2010. Andrew Breitbart, un periodista que había participado en el nacimiento de *The Huffington Post*, había sido redactor para el *Drudge Report* en línea antes de fundar su propio medio de información, Breitbart News Network, en 2007. «Sabía qué historias mueven a las masas», dice Alex Marlow, que fue asistente suyo antes de obtener el puesto de redactor jefe de la página web. Había entendido bien que los lectores no reciben las informaciones como hechos, sino que las vivían de un modo visceral, como «un perpetuo drama con diferentes líneas narrativas, héroes y malvados». Los relatos más populares, según Andrew Breitbart, son los de victimización y venganza. Ponen en primer plano la persecución frustrada, necesitada de lograr la legitimación.

Wynton Hall, uno de los adjuntos de Bannon que había participado en la escritura de uno de los grandes éxitos de ventas de Trump, *Time to Get Tough: Making America Great Again* (La hora de la mano dura: América

volverá a ser grande),[15] publicado en 2011, tuvo el don de transformar los informes de los *think-tanks* de Washington y de otros lugares en dramas políticos. «Trabajamos mucho», relata Hall, «para construir un relato, una historia ordenada, meses antes de hacerlos públicos».[16] Bannon, exbanquero de Goldman Sachs que asumió la presidencia de Breitbart News en 2012, ha entendido como nadie la economía en declive de los medios de información y su incidencia: «Hoy jamás podrán descubrir un caso como el Watergate o el de los Papeles del Pentágono, porque nadie puede permitirse dejar que un periodista investigue durante meses un asunto. Nosotros sí»,[17] declaró en octubre de 2015 al periodista Joshua Green. Ese mismo año, Bannon creó con dicho propósito un instituto de estudios independiente, cuya misión consistía en producir extensas investigaciones que pudieran revelar casos que atrajeran la atención de los medios de información mayoritarios.[18] Cuando los medios de información dominantes se hacen eco de uno de esos relatos, la historia empieza a vivir su propia vida: adquiere una dinámica propia, en la controversia entre los diversos apoyos, que optan por situar en primer plano a determinado agente en detrimento de otro (así es como surgen los buenos y los malos), y transmite el mensaje de Breitbart. Hillary Clinton se convirtió de ese modo en la antiheroína de la narración política lanzada por la página web Breitbart en 2015-2016. Un fenómeno viral que contribuyó a deslegitimar su candidatura incluso entre sus propias bases, como pone de manifiesto el éxito de la campaña de Bernie Sanders.

En una larga entrevista concedida a la *New York Magazine* en agosto de 2018, Steve Bannon reconstruye la genealogía de la crisis que empujó a masas de obreros blancos a los brazos de Trump:

> Puedo decirle el momento preciso: cuando Lehman Brothers se declaró en bancarrota y Hank Paulson, secretario del Tesoro, y Ben Bernanke, jefe de la Reserva Federal, subieron a Capitol Hill [la sede del Congreso estadounidense]. Todos [representantes y senadores] se quedaron de una pieza cuando les dijeron que dejaran sus BlackBerry fuera de la sala, y Bernanke, que no se

caracteriza por su alarmismo, dijo: «Si hoy mismo no reunimos un billón de dólares, el sistema financiero estadounidense se hundirá dentro de setenta y dos horas y se desatará la anarquía en el mundo entero…». Eso encendió una cerilla, y la explosión fue Trump.[19]

Además, Bannon denunció la corrupción de las finanzas. No solo la corrupción de Bernie Madoff, detenido y acusado por el FBI de haber organizado una estafa de 65.000 millones de dólares y condenado a ciento cincuenta años de prisión. No, como declaró en el verano de 2018 a la *New York Magazine*:[20]

Hablo de la corrupción sistémica. Los bancos que miraban a otra parte, los gabinetes de abogados que miraban a otra parte, las auditoras que miraban a otra parte. Los medios de información económica que desviaban la mirada. Todo el mundo miraba a otra parte. Siempre miran a otra parte.

La locura financiera de la década de 1990 condujo a la desindustrialización de regiones enteras, a la explosión del desempleo y de las desigualdades. Y el desarrollo del voto «populista» en Europa y en Estados Unidos fue la consecuencia.

¿Sabes por qué está enfadada la gente? Porque ha entendido que es fraude. Son ellos quienes cargan con todo el peso. ¿Sabes por qué han montado en cólera? Porque son seres humanos racionales. Hemos eliminado el riesgo para los ricos. Mira, en este país, hay socialismo para los muy ricos y para los muy pobres. Y tienes una forma brutal de capitalismo darwiniano para los demás. ¿Crees que los fundadores de este país querían algo así para el siglo XXI? Tío, la cosa está muy mal.

Steve Bannon recuerda sus años en la Harvard Business School, y particularmente 1983. Él estudiaba allí cuando a un grupo de profesores se le ocurrió la idea radical de la maximización del valor para los accionistas, «una idea predicada como si fuera teología», según la cual todo valor debe revertir en los accionistas. La puesta en marcha de ese principio condujo, un cuarto de siglo después, a la financiarización y a la crisis de 2008.

En contraposición a esa idea, Bannon propone maximizar el valor de la ciudadanía:

Si eres un ciudadano estadounidense, obtienes una «oferta especial». Me da igual si eres judío, musulmán, hindú, negro, blanco, rojo, rosa o verde. Me da igual. Si eres ciudadano estadounidense, obtienes una mejor oferta. Hasta que Baltimore, Detroit y Saint-Louis dejen de

> estar afectadas por el desempleo juvenil, no necesito a extranjeros. Y yo no soy racista. Lo que quiero es que nuestros ciudadanos obtengan esos empleos. En la actualidad, la inmigración clandestina solo sirve para bajar los salarios de los trabajadores.[21]

El 9 de septiembre es para Steve Bannon una fecha crucial de su epopeya populista e incluso un día santo: el «día santo de los deplorables». En efecto, el 9 de septiembre de 2016, Hillary Clinton calificó a los seguidores de Trump de individuos «deplorables». Aludió al movimiento de los fascistoides y los supremacistas blancos que gravitaban alrededor de Donald Trump y del propio Steven Bannon. En la entrevista a la *New York Magazine*, Bannon evoca ese giro de la campaña de 2016:

> [Hillary Clinton] viajó desde la playa hasta Reno (Nevada) para su primer gran discurso de vuelta. ¿Y de qué habló? De Steve Bannon, Breitbart, Alt-Right, supremacistas blancos, misóginos… Me quedé sentado y me dije: «Dios mío, quiere ser la comandante en jefe, el puesto con más poder del mundo entero, ¿y habla de Breitbart? ¿Te burlas de mí?». Le dije a Trump: «Vas a ganar»; le dije al equipo de campaña: «Ya está todo decidido». Si quiere ir por ese camino, nos encontrará. Pese a todo su ímpetu, no tenían la menor idea de la naturaleza de la campaña.[22]

Bannon, lejos de protestar, optó por devolver muy hábilmente el insulto apropiándoselo: «¡De acuerdo! Nosotros somos los deplorables, nosotros, los Bannon». Y el término *deplorable* se convirtió para los seguidores de Trump en la palabra que los identificaba, en el signo que los unía. A la venerable publicación de izquierdas soltó:

> Si eres un «deplorable», es que te han jodido. Nosotros, los Bannon, no somos más que un montón de putas duras de mollera. Los obreros, los bomberos, etc., simplemente gente normal que adoramos a Donald Trump. ¿Sabes por qué? Es el primero que ha dicho al *establishment* que se vaya a la mierda. Y esto no acaba más que empezar; por eso ganará la derecha populista, porque los izquierdistas sois un atajo de mariquitas.

Durante su campaña, Trump se dirigió, por medio de Twitter y de Facebook, a ese bastión de la sociedad estadounidense, separada del resto, en el que se centraba Bannon, y agrupó en torno a su persona los descontentos hasta entonces dispersos: así fue como se formó una masa sobreexcitada. Trump orquestó su resentimiento, despertó los viejos demonios sexistas y xenófobos, dio rostro y voz, visibilidad, a unos Estados Unidos desclasados tanto por la demografía y la sociología como por la

crisis económica. Liberó una potencia salvaje e indistinta que solo esperaba eso, poder manifestarse con libertad. Y lo hizo a su manera, cínica y caricaturesca. Durante más de dieciocho meses se lanzó sobre las masas invadidas por el deseo de venganza y las excitó. Hizo del odio una bandera y de la cólera, una marca con su nombre.

El filósofo Michel Feher ha analizado con acierto el ambiente de las reuniones públicas del presidente Trump:

> Entre el público que asiste a los mítines de Trump, la gente sabe por qué está ahí…, para asegurarse de que el poder blanco sobrevive, aunque quizá no sea ya por mucho tiempo. Esa es su principal preocupación. Y no esperan ningún mensaje en concreto: gritarían igualmente entusiasmados si les anunciaran una desregulación completa de los mercados o el ingreso de los banqueros en prisión.[23]

Según los sondeos a pie de urna, en noviembre de 2016 solo el 38 % de los estadounidenses consideraban que Trump tenía la «cualificación» requerida para ser presidente. Y, sin embargo, lo eligieron. La única explicación posible según los especialistas en sondeos era que muchos electores habían votado por él creyendo que no tenía ninguna posibilidad; querían hacer un gesto de protesta, que supuestamente no tendría consecuencias sobre el curso de la historia; su voto provocó el accidente electoral y precipitó a la democracia estadounidense en territorio desconocido. Esa interpretación no entendía el mensaje depositado en el fondo de las urnas.

Trump lanzó un desafío al sistema no para reformarlo o transformarlo, sino para ridiculizarlo… Con él, ya no se trata de gobernar en el sistema, en el interior del marco democrático, sino de especular a la baja con el descrédito del sistema y de la democracia. Durante la campaña, había sido un banquero de la cólera: emitía los signos del resentimiento, la falsa moneda de las *fake news* (noticias falsas). Trump es el héroe del descrédito. Su apuesta se basa en una paradoja: asentar la credibilidad de su «discurso» en el descrédito del «sistema», especular a la baja con el descrédito general y agravar sus efectos… A diferencia de Barack Obama, Trump no es una estrella a la que uno quiera acercarse, alguien a quien te gustaría frecuentar. La razón es sencilla. Obama proponía un cambio creíble («*A change we can believe in*»), debía devolver el crédito a la política, salvar las instituciones

desacreditadas por la crisis financiera de 2008, que dejó en la calle a millones de estadounidenses. Es lo que se esperaba de él. Pero fracasó. En cambio, Trump no cuenta historias: se limita a publicar tuits rebosantes de cólera. Es el germen de todos los resentimientos, no un *storyteller* (narrador). Es un especulador, un maestro de la inestabilidad…

Para sorpresa general, los mercados, que habían apostado por la victoria de Hillary Clinton, no experimentaron pérdidas en los días siguientes a la sorprendente victoria de Trump. Lejos del esperado crac, se agruparon y desde entonces han volado de récord en récord. ¿Cómo explicar esa acogida? «Querámoslo o no», comentó un columnista del *Tribune de Genève*, «Donald Trump hace historia, en todo caso historia bursátil».

Así pues, desde su entrada en campaña y su elección, ¿hace historia Donald Trump? Y, de ser así, ¿qué historia es esa? ¿Cuál es la historia que cuenta en los mercados? ¿Son menos crédulos los mercados que los votantes de Trump? ¿Por qué la elección de Trump y la enorme inestabilidad que parece generar convienen a los mercados?

Desde la reelección de Roosevelt en 1945, el Dow Jones nunca se había situado tan alto en los treinta primeros días de un mandato presidencial. Después del discurso de Trump ante el Congreso, el 28 de febrero de 2017, el destacado índice Dow Jones Industrial Average gana 303,31 puntos, hasta llegar a los 21.115,55 puntos, y el Nasdaq, de corte predominantemente tecnológico, 78,59 puntos, hasta situarse en los 5.904,03 puntos. En un mes y medio, el índice estelar de la bolsa de Nueva York había ganado más del 9 % y había crecido casi el 15 % desde comienzos de año.

Wall Street demostraba de una vez por todas que a los «inversores» les es indiferente la ideología, al menos siempre que el Tesoro quede en manos de un antiguo empleado de Goldman Sachs, concretamente Steven Mnuchin, nombrado por Trump, después de estar en las de Henry Paulson, otro antiguo empleado de Goldman Sachs. Aquí tenemos una primera

explicación. Hay una segunda, compartida por toda la izquierda radical estadounidense que había apoyado a Bernie Sanders. Sanders tiró de la manta cuando declaró en la CNN:

> Este tipo es un fraude. Es difícil no echarse a reír cuando vemos al presidente Trump al lado de esos muchachos de Wall Street. Trump es un *showman*, alguien del mundo de la tele, pero creo que venderá a la clase media y a la clase obrera de este país. Aquí tenemos a un presidente que en una campaña, a mi parecer, completamente fraudulenta, dijo: «Voy a defender a los trabajadores». Mire su gabinete: jamás hemos tenido, en la historia de este país, más multimillonarios en un gabinete que en el suyo.[24]

Por su parte, la senadora demócrata Elizabeth Warren hizo la misma constatación: «Donald Trump atacó mucho a Wall Street durante su campaña, pero, ahora que es presidente, hemos descubierto de qué parte está en realidad».[25]

Solo quince días después de su aceptación del cargo, el mismo hombre que había centrado toda su campaña contra Wall Street firmaba dos decretos para anular de un plumazo la ley Dodd-Frank, adoptada en 2010 para controlar las actividades bancarias y financieras.

¿Será Trump un títere de Wall Street, un ilusionista y un mentiroso que atrajo a los estadounidenses coléricos para ponerse, en cuanto fue elegido, al servicio de sus mandantes de Wall Street? ¿Será una marioneta en las manos de Goldman Sachs?

Aunque estemos poco dispuestos a creer en la postura anti-*establishment* del multimillonario Trump, no podemos contentarnos con esa explicación. La traición no lo explica todo. La respuesta de los mercados precedió toda decisión política del nuevo Gobierno. Entonces, ¿por qué esa adhesión, o ese apoyo, sin aviso ni garantías?

En el otoño de 2017 me puse en contacto con Ivan Ascher, profesor de Ciencias Políticas en Berkeley. Acababa de publicar un libro en el que describía las sociedades en las que ha triunfado la economía financiarizada neoliberal, sociedades moldeadas por la inestabilidad de los mercados financieros.[26] En el curso de nuestra correspondencia, me envió un dibujo

humorístico.[27] En él se ve a Luis XIV y María Antonieta tomando el té en un salón mientras bajo sus ventanas pasa una manifestación. Los dos personajes intercambian algunas palabras. Luis XIV se muestra inquieto: «¡Qué escándalo!», grita. «¿No te da miedo tanta agitación, querida?» «No temas, Dicky», le responde la reina, «nuestras opciones suben cuando aumenta la inestabilidad».

Ivan Ascher acompañaba ese dibujo con un comentario:

> El ruido de las manifestaciones y, en general, toda clase de inestabilidad política, social o internacional no hacen subir la cotización de las acciones ni de las obligaciones. Acrecientan su inestabilidad, lo que contribuye a aumentar el valor de las opciones. Las opciones son productos derivados que desempeñan el papel de garantía contra los riesgos de la evolución de la cotización de otros activos. La María Antonieta del dibujo no es evidentemente una simple ahorradora que habría comprado algunas acciones u obligaciones pensando en su vejez. Más bien es una especuladora y dispone de los medios para serlo (hasta el día, por supuesto, en que ya no los tenga).[28]

Para explicar la «adhesión» espontánea de Wall Street a Trump, Ivan Ascher se inclina por una especie de «afinidad electiva» entre el mundo de las finanzas (que vive en el riesgo y la inestabilidad) y un multimillonario imprevisible y nihilista en la presidencia de Estados Unidos (así es, al menos, como lo ven los medios de información financieros).

> Los mercados financieros, en la actualidad, son principalmente mercados derivados. Esta es una de las cosas que nos ha revelado la crisis de 2008: los intereses de Wall Street no son solo independientes de los del ciudadano normal y corriente. A menudo, en realidad se oponen radicalmente a los intereses de la economía «real» o de la ciudadanía en general. Un gestor de fondos de pensiones extrae beneficios del incremento de la vulnerabilidad de aquellos cuyos fondos gestiona, del mismo modo que es posible que una compañía de seguros se aproveche de un aumento notorio de los índices de delincuencia. El ascenso de un demagogo como Donald Trump no constituye un obstáculo para los intereses de los financieros de Wall Street, muchos de los cuales están en una posición que les permite beneficiarse de un aumento de la inestabilidad.

Si en la Bolsa de Nueva York se escribe una historia, una narración, de la que Trump es el autor o el coautor —eso habrá que determinarlo más adelante, cuando acabe su mandato—, tal vez sea la de la inestabilidad, es decir, la de las situaciones extremas, las bruscas y amplias variaciones de

las cotizaciones, que hoy están al alza y mañana pueden estar a la baja, que maximizan el rendimiento de las remuneraciones para quien asume unos riesgos fuera de toda medida.

3

Más allá del ritual que preside la transición de un Gobierno a otro, el pase del testigo entre Obama y Trump constituyó el teatro de una destitución de la política. Y si nos ha parecido entender en aquel momento histórico el gozoso apóstrofe de Trump durante la emisión del programa *The Apprentice* (El aprendiz), «*You are fired*!» (¡Estás despedido!), dirigido al presidente saliente, en realidad no era más que una ilusión. La verdad es otra. No es que uno hubiera sido destituido, como se habría podido pensar, ni que el otro hubiese sido instituido, como a él le habría gustado creer: una vez elegido, Trump se vio frente a lo que él llamaba el *deep State*, el Estado profundo, la vieja Casa Blanca. Y a Obama no lo «despidieron», sino que lo reclutaron en Netflix.

Ronald Reagan era un antiguo actor de los estudios de Hollywood que llegó a ser presidente. Obama es el primer expresidente que llega a ser productor. En la primavera de 2018, su esposa Michelle anunció que la pareja había firmado un acuerdo con Netflix para producir películas, series y documentales destinados a la plataforma. Netflix no precisó cuáles eran los proyectos de la antigua pareja presidencial. Este intercambio inédito entre un exinquilino de la Casa Blanca y otro de los estudios, no los de Hollywood, sino los de Los Gatos en California, basta por sí mismo. Es un proyecto en sí mismo, un acontecimiento que señala por sí solo un cambio de época: inversión de la jerarquía entre la esfera política y el ámbito de los medios de información, pero también descentramiento del poder mediático de la televisión y del cine hacia las plataformas en línea.

Hasta entonces, los antiguos presidentes de Estados Unidos se contentaban con escribir sus memorias y dedicarse a su «biblioteca presidencial» o a una fundación con su nombre. Algunos, como Jimmy Carter, consagraron su segunda vida a la resolución pacífica de conflictos

internacionales, a la observación del correcto desarrollo de las elecciones en todo el mundo, a la defensa de los derechos humanos, etc. Carter, por cierto, tuvo en esta etapa de su vida más éxito que en la primera: en 2002 fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

Barack Obama, en cambio, tomó un rumbo distinto al del resto de sus predecesores. Una vez liberado de las cargas de la presidencia y tras dejar la Casa Blanca en manos de su enemigo más feroz, empezó una carrera de productor de series televisivas. ¡A falta de poder cambiar el mundo, produzcámoslo! Urdamos buenas historias en las que se pueda creer, ficciones «*we can believe in*».

Ese trasvase inédito desde el mundo de la política hasta el mundo del entretenimiento en *streaming* es la culminación de un largo proceso que ha visto penetrar al caballo de Troya de la comunicación en el universo cerrado de la política, invitarse a la conquista y el ejercicio del poder, desempeñar en él un papel cada vez más importante imponiendo su racionalidad a la razón de Estado, sobredeterminándola, corroyéndola, hasta sustituirla: la comunicación se ha convertido en la razón de ser de la política. Es la historia de la *Republic of spin* (República del *spin*), por citar el título de un reciente libro de David Greenberg[29] en el que se cuenta que los *pundits* (expertos en comunicación) y otros *spin doctors* han tomado el control de la política estadounidense. Y, de paso, han encontrado émulos en el resto de los países.

Según algunos, la génesis de la comunicación política se remonta a Franklin D. Roosevelt y a sus emisiones radiofónicas junto al fuego, otros a la época de la televisión y al debate Kennedy/Nixon, otros al propio Nixon, de un cinismo ejemplar ante el caso Watergate y para quien los problemas políticos no eran más que una cuestión de puesta en escena o de relaciones públicas, lo que expresó en sus memorias con una fórmula lapidaria (inspirada, sin duda, por uno de sus *spin doctors*): «En las presidencias modernas, la imagen se impone a la sustancia».

Sin embargo, hasta ahora solo se trataba de adaptar la comunicación política a los nuevos medios de comunicación, primero la radio, después la televisión y, por último, el cable y las cadenas de información 24 horas, como CNN o Fox News.

La expresión *spin doctor* apareció por primera vez en 1984, con ocasión del debate televisado entre Ronald Reagan y el candidato demócrata Walter Mondale. Como este último había vencido claramente al presidente saliente, Lee Atwater, el consejero de Reagan, declaró al final del debate: «Ahora es cuando salimos nosotros y le damos la vuelta a las cosas» (*spin this afterward*). Esta expresión inspiró un editorial del *New York Times* que calificó de *spin doctors* a esos profesionales que habían permitido a Reagan, gracias a una intensa campaña de *spinning*, ser considerado el vencedor entre los comentaristas, pese a su pésima actuación. La expresión hace referencia a la torsión y al remolino. La metáfora elegida para calificar el golpe maestro de los comunicadores remite al efecto que se da a una bola de tenis o de billar, o incluso al modo de hacer girar un trompo.

En origen, los *spin doctors* se definían como «agentes de influencia» que proporcionaban argumentos, imágenes y puestas en escena para crear el efecto de opinión deseado. En su libro *New Political Dictionary* (Nuevo diccionario político), el editorialista conservador William Safire define el término *spin* como la «creación deliberada de nuevas percepciones y el intento de controlar las reacciones políticas».[30] Recuerda que la palabra *spin* tiene como equivalente en inglés antiguo *to whirl*, que significa *to deceive* (engañar, embaucar). El *spin* es una técnica concebida para modificar las percepciones.

Bajo la presidencia de Ronald Reagan, Estados Unidos entra en la «era del *spin*». La Casa Blanca se transforma en un teatro: el exactor de Hollywood interpreta su papel, pero no es el guionista ni el director de la pieza que se ofrece. En efecto, el mito del «gran comunicador» ha ocultado la acción de sus *spin doctors*.

Reagan era un actor necesitado de un guion. David Gergen o Peggy Noonan, sus *speech writers*, y Michael Deaver, su jefe de gabinete adjunto, auténtico consejero de imagen del presidente, escribían sus discursos y

controlaban sus apariciones públicas hasta el menor detalle: la disposición del público, la iluminación, la colocación de la cámara o incluso el color de las paredes, que llegaban a modificar si no les parecía adecuado… En su libro *Republic of Spin*,[31] Greenberg afirma:

> Si ese control era necesario, es porque Reagan no era un comunicador tan bueno. Era poco cuidadoso con los detalles o con la complejidad de los hechos, hasta el punto de que varios de sus colaboradores más próximos estaban convencidos de que habitaba mentalmente un mundo imaginario. Así, podía hablar de luchar contra los rusos para combatir una invasión extraterrestre o confundir los papeles que había interpretado en sus viejas películas con experiencias reales. Sus errores verbales iban desde la inofensiva pérdida de memoria (llamar a su perro por un nombre que no era el suyo) hasta la mentira sobre los hechos (insistir, por ejemplo, en que Leonid Brézhnev había propuesto primero una moratoria en la carrera armamentística nuclear) o las declaraciones políticamente desastrosas (como cuando afirmó que los árboles contaminan más que los coches y las chimeneas).[32]

La frontera entre realidad y ficción era tan porosa para Reagan que los periodistas empezaron a hablar de «factoides», los antepasados de las *fake news* y otros *alternative facts*, hechos alternativos. Los factoides fueron objeto de un amplio uso en tiempos de Reagan. Mucho antes de Trump, en la presidencia de Estados Unidos se manifestó una relación problemática con los hechos y la verdad.

La historia, ese «viejo topo», como decía Marx, ha hecho un buen trabajo. Su evolución puede seguirse no en la primera plana de los grandes periódicos, sino entre las bambalinas de las campañas presidenciales, en la intimidad de las *war roooms* (salas de guerra) y en los despachos de la White House Office of Communications (Oficina de Comunicaciones de la Casa Blanca). Es la historia de una despolitización sin precedentes, un golpe de Estado sin estrépito llevado a cabo por un grupo de *spin doctors* que han realizado un verdadero *hackeo* ideológico que impuso al universo de la política unas normas, unos códigos y una racionalidad propias, y sustituyó las leyes del *state craft* (el arte de gobernar) por las del *stage craft* (el arte de la puesta en escena).[33] Se los llamaba *speech writers* (escritores de discursos) en tiempos de Nixon, *spin doctors* en los años entre Nixon y Reagan, y en la década de 1980 establecieron la «República del *spin*». Después, los *story-spinners* (remendadores de historias) de Bill Clinton

aparecieron a comienzos de la década de 1990, antes de ceder su lugar a los *storytellers* (narradores, contadores de historias) de George W. Bush y Barack Obama, que respaldó el poder del relato en las redes sociales e inventó la «Facebook *politics*» (política Facebook). La campaña de Trump interrumpió brutalmente esta carrera de relevos: Steve Bannon, el estratega de Trump, no se molestó en contar una historia. Su estrategia, posnarrativa, se inspiraba en la doctrina militar puesta en marcha durante la invasión de Irak en 2003: «*Shock and Awe*» (Conmoción y pavor). Los dos términos designan una táctica que consiste en paralizar al enemigo, en anular toda percepción del campo de batalla por la potencia del fuego.

Reanudemos, no obstante, el hilo de esta historia, de la historia política y de la comunicación. Se extiende durante seis mandatos presidenciales estadounidenses y casi cuatro decenios: la era Clinton (1990), la era Bush (2000), la era Obama (2016) y, desde 2016, la era Trump… Cuatro círculos de una misma espiral que condujo al descrédito que corroe la política. Cada uno de esos círculos tiene su estratega: James Carville, Karl Rove, David Axelrod y Steve Bannon. Cuatro «papas» sucesivos de la comunicación política que han gestionado una miríada de elecciones, tanto en su propio país como en todo el mundo, y que han contribuido a formatear la comunicación política mediante la actividad de sus agencias, de sus libros, de su descodificación cotidiana en las grandes cadenas de información 24 horas como CNN o Fox News.

Al primero, James Carville, se lo considera el «arquitecto» de la victoria de Bill Clinton en 1993. Al segundo, Karl Rove, se lo ha apodado el Cerebro de George W. Bush, con lo que se sobreentiende que este último, investido en enero de 2001, no tenía. Al tercero se le dio desde 2007 el calificativo de Narrador de Obama,[34] como si este fuera tan solo un personaje de novela. El cuarto salvó la campaña de Donald Trump, que le debe, a juicio de los observadores, su victoria, tan poco probable, en las elecciones de 2016, y conserva una gran influencia, incluso después de haber abandonado la Casa Blanca. Todos crecieron bajo la mirada de sus

mayores, activos en la época Nixon-Reagan, lo que otorga a esta espiral de descrédito su continuidad y una especie de genealogía. La genealogía de una despolitización.

Cada cual llevó a cabo dicha despolitización a su estilo. El de James Carville, apodado el Cajún Colérico, en referencia a sus orígenes en Luisiana, era vulgar y agresivo; el de Karl Rove, a quien George W. Bush calificaba de «flor de estiércol», áspero y solapado; el de David Axelrod, que consiguió la victoria de varios gobernadores y alcaldes afroamericanos antes de lograr «la obra de su vida» con la elección de Barack Obama, concienzudo y a menudo lírico. Por último, tenemos a Steve Bannon, que se considera un «Thomas Cromwell en la corte de los Tudor», cuando no se autoproclama «leninista». Desde su expulsión de la Casa Blanca, en agosto de 2017, decidió exportar su revolución nacionalista a Europa, empezando por Italia.

Cada uno es producto de cierta «era» de la comunicación política, y se han sucedido al ritmo desenfrenado de las transformaciones tecnológicas. Carville pertenece aún a la era de la Televisión; Rove, a la del Cable y las cadenas de información 24 horas; Axelrod aprovecha todas las posibilidades explotadas en los períodos precedentes y añade otro estrato, el uso de las redes sociales: su «*Facebook politics*». Con Bannon y Trump llega el triunfo de Twitter, de la estética de la telerrealidad y de la estrategia del *big data*, que de repente ha abierto un nuevo campo, además del *mass marketing* (mercadotecnia masiva): la particularización concebida por la sociedad Cambridge Analytica, con un mensaje modelado para cada uno; por primera vez, el «*one to one*» (uno a uno) en una campaña presidencial. Cambridge Analytica sirve como sociedad prestataria de análisis estratégico y de servicios.

A partir de la década de 1990, la política entra en la era de los simulacros. Se desata una espiral que ya no se detendrá y que encadenará la encriptación con la desencriptación, la ilusión con su desilusión, la imagen con su deconstrucción. En origen, el *spin* se proponía únicamente modificar las percepciones de los electores. Con el paso del tiempo, el público ya no se deja engañar con tanta facilidad. El caso Watergate había pasado por ahí, y otros siguieron el mismo camino. La explosión de internet y las cadenas

de información 24 horas contribuyeron a la formidable inflación de los «hechos» transmitidos, anécdotas e «historias» más o menos creíbles, en un torrente ajeno a las jerarquías, en la que todos los órdenes están confundidos. Las imágenes afluyen en tiempo real y de modo continuo, se difunden con la promesa de hacer visible la totalidad de cada acontecimiento… Durante mucho tiempo, la imagen daba fe: lo que se veía, lo que era visible, constituía una prueba por sí mismo. De Nixon a Bush padre, pasando por Reagan, la credibilidad de las imágenes se fue erosionando. No bastaba con ver, había que hacer creer en una historia. A eso se dedicaron a partir de entonces los consejeros. Esta etapa marca el primer repliegue en la espiral del descrédito: del simple *spin* a la *story*, de la imagen a la historia, del engaño y el señuelo a la creencia.

1992. Empieza la era Clinton. Un documental, que con el tiempo ha llegado a considerarse de culto, rastrea los primeros pasos del candidato. Es el famoso *War Room* de Chris Hegedus y Don A. Pennebaker, que cuenta la campaña vista desde los despachos de James Carville y George Stephanopoulos, los dos protagonistas del documental:[35] muy pronto, tras los resultados del escrutinio y el final del montaje del film, se los considerará los artífices de la victoria de Bill Clinton. Se trata de una novedad: el héroe de la película de campaña ya no es el candidato, sino su estratega, el *storyteller*.

La era Clinton ve cómo los *storytellers* ganan terreno a los militantes, reorientan las políticas y sustituyen la lucha por la igualdad y los derechos civiles por el derecho de «cada uno a mejorar su historia», como escribirá Bill Clinton en sus memorias.[36] De paso, la época se desliza desde la era de los *spin doctors* de la década de 1980 a la de los *story spinners* en la década de 1990, neologismo que significa ‘torneadores de historias’. A partir de entonces, estos tienen la tarea de sincronizar la puesta en marcha de la opinión pública y la construcción del relato de los acontecimientos…

«Creo que podríamos elegir a cualquier actor de Hollywood a condición de que tenga una historia que contar; una historia que diga a la gente cómo es el país y cómo lo ve él», declara James Carville. Los políticos son avatares, significantes vacíos que hay que dotar de una historia. El *storytelling* en política se ha convertido en la ideología espontánea de todos los actores del tablero político, con independencia de sus opiniones. Es el nuevo credo que se impone a todos, la guerra de los relatos ha reemplazado al debate de ideas: «Un relato es la clave de todo», afirma Stanley Greenberg, especialista en sondeos vinculado al Partido Demócrata, en la *war room* de 1992.[37] Y James Carville habla incluso de un modo mucho más explícito al analizar la derrota de John Kerry frente a George W. Bush en 2004:

> Los republicanos dicen: «Vamos a protegeros de los terroristas de Teherán y de los homosexuales de Hollywood». Nosotros decimos: «Estamos a favor del aire puro, de mejores escuelas, de más servicios sanitarios». Ellos cuentan una historia, nosotros recitamos una letanía.[38]

A su juicio, en 2004 los republicanos lograron presentar las claves de la elección bajo la forma de una intriga sencilla de entender y movilizaron emociones simples, como el miedo, la soledad y la necesidad de protección. Habían convocado a la escena electoral a unos héroes simpáticos (la clase media estadounidense) y a unos malvados (los terroristas de Teherán y los homosexuales de Hollywood), y habían creado entre ellos una tensión narrativa que supuestamente debía resolver la elección del candidato.

¿Quién puede hacer escuchar y orquestar la historia? «Una campaña presidencial», explica Evan Cornog, «es un gran festival narrativo en el que la prensa es a la vez el actor, el coro y el público».[39] La prensa interpreta la historia, utiliza las historias reinterpretadas para ella por parte de los *spin doctors* políticos y satisface (en ocasiones) el apetito del público por nuevos relatos. Las campañas son duelos de historias orquestadas y representadas a gran velocidad, que duran algunos meses. Hay que proponer nuevas historias sin parar, pues las anteriores pueden durar mucho tiempo o cansar al público. Gana el candidato cuyas historias están en conexión con un mayor número de electores.

A mediados de la década de 1990 hacen su aparición internet y los nuevos medios de información electrónicos. La CNN ya no es la única cadena de información 24 horas; en la red por cable se le unen nuevas cadenas, como Fox News. Internet, abierta al gran público y a los usos comerciales, se convierte en un medio de comunicación de masas, y la televisión, que continúa siendo de lejos la principal fuente de información de los estadounidenses, es un sector absorbido progresivamente por los gigantes de la industria del ocio, como Disney, Viacom y Time Warner. El nuevo sistema de información ininterrumpida favorece una versión anecdótica de los acontecimientos. Desempeñará un papel decisivo en la presentación de las informaciones, la cobertura de los casos y de los escándalos. Vehicula una representación en blanco y negro de la actualidad, sin matices, el Bien frente al Mal, que contribuye como nunca a difuminar la frontera entre la realidad y la ficción.

El Gobierno de George W. Bush no inventó el nuevo entorno mediático en el que se insertó, a menudo designado con el neologismo de *infotainment* (infotenimiento), cuando accedió al poder en 2001. Sin embargo, fue el primero en asumir sus funciones después de la llegada y la popularización de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, de las que supo sacar mucho partido. En opinión de Frank Rich, antiguo editorialista del *New York Times*:

> La crónica de un Gobierno que relata y vende su historia es también, inevitablemente, la crónica de una cultura estadounidense caracterizada por su gusto por las tonterías. La sinergia y la interacción entre esa cultura y el relato del Gobierno de Bush constituyen una pieza importante del rompecabezas. Solo una cultura del *infotainment* que funciona veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y que ha vuelto trivial incluso la idea misma de la realidad (y, con ella, lo que antaño se consideraban informaciones) ha podido ser manipulada con semejante éxito por quienes ocupan el poder.[40]

En su libro *The Power and the Story* (El poder y la historia), Evan Cornog escribe: «El 11 de septiembre puso en primer plano un nuevo gran relato, y Bush y su equipo han sabido captar con destreza esta nueva línea narrativa…».[41]

Ira Chernus, profesor de universidad en Colorado, evoca la «estrategia de Sherezade» adoptada por Karl Rove:

> Rove apostó que los electores quedarían hipnotizados por historias del estilo de John Wayne, con «hombres de verdad» combatiendo al diablo en la Frontera, lo suficientemente americanos, en cualquier caso, para evitar la sentencia de muerte que los electores podían dictar contra un partido que nos ha conducido al desastre en Irak. Rove se esfuerza en transformar toda elección en un teatro moral, en un conflicto que opone el rigor moral de los republicanos a la confusión moral de los demócratas. Desea que cada voto a favor de los republicanos sea una toma de posición simbólica.[42]

Se esfuerza en desviar la atención de los electores del balance de la guerra invocando los grandes mitos colectivos del imaginario americano.

La campaña de Obama se propuso combatir el descrédito con su mensaje central: la esperanza de un cambio creíble. A Obama se le había confiado una tarea que los políticos de Washington parecían haber abandonado, por pura desesperación: volver a dar crédito a la función presidencial. Y para ello no bastaba con pronunciar bellos discursos. La campaña de Obama logró descubrir y asociar cuatro funciones distintas de la comunicación política: el relato (*storyline*), la sintaxis (*framing*), la agenda (*timing*) y la red (*networking*), en una especie de cuadrado mágico: 1. relatar una historia capaz de formar la identidad narrativa del candidato (*storyline*); 2. «inscribir la historia en el tiempo» de la campaña, gestionar los ritmos y la tensión narrativa a lo largo de toda la campaña (*timing*); 3. «enmarcar el mensaje» ideológico del candidato (*framing*), es decir, enmarcar el debate imponiendo un «registro de lenguaje coherente» y «creando metáforas»; 4. «crear la red» en internet y en el terreno, es decir, conservar un entorno híbrido y contagioso capaz de determinar el público del candidato y captar su atención (*networking*).[43]

La prensa no tardó en presentar al artífice de esa victoria, David Axelrod, como el «Karl Rove» de Obama. Esta comparación fue rechazada por el interesado: hasta tal punto era distinta la concepción de su papel en la campaña de Obama a la del gurú de George W. Bush, cuyas mendaces

ficciones y sus mistificadores relatos habían contaminado la vida democrática en Estados Unidos: «Conozco mi oficio y las técnicas de la política, los sondeos, los *focus groups* [grupos de discusión]; todo lo que hacemos contribuye en cierto modo a crear una atmósfera de cinismo. Yo intento combatir eso». Según él, el mundo de los consultores políticos es víctima del «síndrome del mago de Oz», que consiste en pretender que un candidato salga elegido imponiéndole un relato artificial y exigiéndole que se adapte a él. Una falta de autenticidad que explica a su juicio los fracasos de los demócratas en las anteriores elecciones. «Guardián del mensaje»: así es como se define Axelrod, calificado de Narrador de Obama.

Axelrod había conocido a Obama quince años antes, cuando era un joven militante que participaba en un programa de educación popular en los barrios del sur de Chicago. Con vistas a la campaña de 2006, decide construir un gran relato político a partir de la biografía de Obama, en consonancia con la historia de Estados Unidos. Elabora el mensaje de la campaña, una historia relatada como una novela de aprendizaje que conjugaba la historia estadounidense y la vida del candidato demócrata. Con Obama, Axelrod creó una leyenda para compartir. Fueras republicano o demócrata, blanco o negro, hombre o mujer, ibas a elegir al primer presidente negro estadounidense y reconectar con la historia de Estados Unidos. Ibas a escribir una página nueva… Incluso ibas a convertirte en el narrador de esa historia.

Este relato complejo y polifónico contrastaba con los relatos estereotipados de un Bush salvado por la fe. Ponía en primer plano una personalidad compleja: el animador social y el profesor universitario, el pragmático y el idealista, el hombre de las concesiones y el guardián de los principios (Irak, la tortura, etc.). «Obama está permanentemente ocupado en una discusión interna entre las diferentes piezas de su yo híbrido», comentaba entonces el editorialista conservador David Brooks, del *New York Times*, «Kenia y Harvard, Kansas y los barrios del sur de Chicago, y comparte esa conversación con el mundo exterior».[44] Axelrod esculpía la talla de Obama, la de un hombre «global» en la era de la globalización.

Al final de la larga campaña llevada a cabo en todos los estados, el narrador Barack Obama se dirigió al pueblo estadounidense en una película emitida por todas las cadenas de televisión. Filmada en un falso despacho oval, el plano lo sitúa en el centro de la imagen, y Obama empieza a contar lo que ha escuchado en el transcurso de los largos meses que ha durado la campaña: historias de estadounidenses comunes y corrientes. E incluso, añade, historias de la historia estadounidense: «*stories of American story*». Sin renunciar a sus responsabilidades políticas, económicas o militares, el candidato asume de modo deliberado una función nueva, que viene a añadirse a todas las del mandato ejecutivo: una función de escucha y comunicación de relatos, a caballo entre la pedagogía y la terapia. El tono de su relato, la puesta en escena de sus encuentros con el pueblo estadounidense, la iconografía de su historia personal, todos esos aspectos no dejan duda alguna sobre sus intenciones. Comentando la letanía de historias estadounidenses que contó en su aparición televisiva, el periódico *The Nation* habló de una crónica de la desesperación: enfermos privados de cuidados, jubilados obligados a trabajar para comer, desempleados golpeados de pleno por la crisis… Davis Guggenheim, realizador del documental de Al Gore sobre el calentamiento climático, *Una verdad incómoda* (2006), ponía en una misma perspectiva los males de unos Estados Unidos entregados a sí mismos y las cualidades del candidato (capacidad de escucha, empatía y energía) para elaborar una promesa de acentos bíblicos.

Ese fue uno de los lugares comunes de aquella campaña presidencial: el hecho de que la vida política estadounidense fue adquiriendo un creciente carácter ficcional. Esa idea era una evidencia: quedó acreditada por las numerosas ocasiones en las que coincidieron o incluso chocaron las peripecias de la vida política durante la campaña y los episodios de series televisivas o de producciones hollywoodienses que proyectaban el futuro del país y de sus dirigentes en anticipaciones casi inmediatas…

Después de la era de la radio con Roosevelt y la de la televisión con Kennedy, Obama se convertía en el primer presidente de la era digital: un mito vivo, un presidente hiperreal.

Sin embargo, una vez más —último giro de nuestra espiral del descrédito—, al éxito del *storytelling* de Obama lo siguió una enorme decepción. El propio Obama confesó que su experiencia del poder era la de la impotencia. Al margen de su capacidad y de su gran inteligencia, ¿cómo habría podido detener la espiral del descrédito, nacida de tendencias arraigadas que no cesaban de ampliar sus efectos? Los discursos del *storytelling* pasan siempre por ilusorios tras los fracasos y los desplomes, trátese de la crisis de las *subprimes*, de la crisis de soberanía de los Estados, de la pauperización de las clases medias, del enriquecimiento exponencial de los más ricos o de la revolución digital y la explosión de las redes sociales.

Steve Bannon, que salvó la campaña de Trump en los últimos meses de 2016, fue nombrado consejero especial en la Casa Blanca. Durante un período de transición, antes de la investidura, redactó una lista de más de doscientos decretos que se tenían que firmar en el curso de los cien primeros días. En cabeza de la lista, la inmigración, tema candente por excelencia. El *Muslim ban* (veto a los musulmanes), decreto presidencial promulgado un viernes, justo antes del último fin de semana de enero de 2017, desencadenó el caos en los aeropuertos e hizo salir a la calle a miles de manifestantes encolerizados. Cuando se preguntó a Bannon por qué había elegido un viernes para la promulgación del decreto, respondió: «Pues para que los exaltados tomaran los aeropuertos y perdieran el control». A su juicio, la energía del caos es lo que revoluciona los acontecimientos. Un día, Trump anuncia que celebrará una cumbre con el presidente de Corea del Norte; al día siguiente, la anula; días después declara que al final se celebrará el encuentro. La escenografía estalla en pedazos, los episodios y las réplicas ya no se suceden en la cadena lineal de una intriga; siguen los caprichos o las bromas de un rey de carnaval imprevisible y burlón, con su peluca de paja, su largo abrigo de mafioso, sus grotescas expresiones faciales, su carroza repleta de *misses* y de genios malvados, de especuladores caricaturescos, de diablillos y de brujas… Ya no estamos en

los tiempos del relato, que supone dominar la agenda y construir secuencias coherentes. Ahora un tuit hace olvidar el anterior. Se impone la lógica del enfrentamiento y sustituye a la construcción narrativa, tal como la transgresión reemplaza a la intriga. De la república del *spin* al imperio del enfrentamiento: se ha rizado el rizo.

La búsqueda del alboroto permanente no es más que intemperancia: lo que está en marcha es una estrategia política, o más bien antipolítica. Los golpes más duros contra el sistema político estadounidense proceden del interior de la Casa Blanca, en una especie de autofagocitación de la razón de Estado. La acción de demolición es impresionante. En el primer plano se agita el payaso, el camelador, capaz de atraer la atención de los estadounidenses de a pie y de los excluidos del sistema, a quienes divierte y venga con sus baladronadas, sus groserías y sus tuits compulsivos… Sin embargo, detrás de él actúan los deconstructores del Estado, animados por la pasión de la desregulación. «En medio del flujo incesante de escándalos y ultrajes, es fácil perder de vista los logros de este Gobierno, espectacularmente disciplinado, calculador y eficaz», escribe Jon Michaels, profesor de Derecho en UCLA. «Donald Trump preside el ataque más devastador contra la Administración del Estado que este país haya conocido nunca.»[45]

El propósito de Trump no es salvar el sistema político, ni volver a otorgarle crédito, dado que dicho sistema no se puede salvar. Durante su campaña, basó la credibilidad de su discurso en el descrédito del «sistema». A partir de entonces, se ha contentado con especular a la baja sobre el descrédito general y agravar sus efectos… Se trata de una lógica del enfrentamiento permanente, que acaba devorando la narración de la política.

La expresión *fake news* ha llegado a ser omnipresente desde la campaña de Donald Trump. Su difusión es de tal amplitud que ha sido declarada oficialmente «expresión del año» por el diccionario inglés Collins y por la American Dialect Society. Topshop, célebre marca británica cuya fama se

multiplicó después de su asociación con Kate Moss para una colección con su nombre, creó a finales de 2017 unos vaqueros semielásticos adornados por un lado con una franja ancha en la que se podía leer *FAKE NEWS* en letras mayúsculas blancas sobre fondo rojo. «Creímos que podríamos inmortalizar la expresión inscribiéndola en los vaqueros», declaró Mo Riach, la directora del departamento de estilismo de Topshop.[46] Eso indica hasta qué punto es cierto, como escribe la bloguera de moda Amanda Goodfried, que la desintegración de la idea de verdad, de ciencia y de periodismo es «*so fashionable*», está tan de moda. La moda saca provecho de los signos difuntos, los hace salir, va en su busca, los recicla. Lo destituido encuentra una nueva vida, de carácter espectral, en la moda.

Donald Trump llegó a proponer una entrega de premios, la ceremonia de las Fake News Awards, para premiar a los medios de información «más deshonestos y corruptos». Una especie de gran misa en la que se celebraría el triunfo del *fake*, de lo falso, la transustanciación de toda información en *fake news*.

En los labios de Trump, la expresión *fake news* resuena como el mantra de una era nueva, pospolítica y posdemocrática. Trump no ha inventado la expresión (como mínimo, tiene un siglo de antigüedad), pero se la ha apropiado y, sobre todo, le ha dado la vuelta de forma magistral y la ha convertido en un arma contra los medios de información oficiales.

«Cada palabra a la que se le da la vuelta», escribía Franz Kafka, «se convierte en una lanza dirigida contra el que habla». Así, las palabras *fake news*, dadas la vuelta en la mano de Donald Trump, se han convertido en un arma contra sus detractores. Por lo tanto, 2017 no fue tanto el año de las *fake news* como el de su vuelco. La estrategia de Trump ha consistido en recuperar por su cuenta la expresión utilizada por sus opositores para estigmatizar su problemática relación con la verdad, sus mentiras o sus «hipérboles verdaderas», como las califica su biógrafo, que han proliferado en las páginas de sus seguidores en Facebook o en YouTube. Valiéndose de la potencia de diseminación de las redes sociales, Trump ha convertido la expresión en un término polémico que ha prendido fuego en la esfera mediática.

Es poco probable que los decodificadores y los *fact-checkers* (comprobadores de los hechos) de los grandes medios de información hayan comprendido el sentido de esa inversión en el momento mismo en el que se produjo. Ellos querrían desempeñar el papel de agencias de calificación de las informaciones, pero han quedado afectados por el descrédito. Lo que está en juego no es la lucha de la verdad contra la mentira, sino un fenómeno de creencia, del crédito que se concede a ciertas informaciones, o del descrédito que se imputa a ciertas fuentes de información. Se trata menos de defender una verdad pura e indivisible que de reconquistar los márgenes de credibilidad.

No se trata solo de una desregulación de la información, sino de la desintegración del espacio de liberación inherente a toda democracia. En el espacio posdemocrático en el que nos encontramos, el ágora está vacía, y las *fake news* brillan gracias a internet como las estrellas extintas de la democracia. Antaño, el ágora eran las instituciones, como el Parlamento o la prensa, el lugar de las mediaciones que organizaban el debate, la deliberación democrática, lugares abstractos o estructuras permanentes, con sus recintos públicos, en los que se escuchaba en un cierto orden lo que los unos y los otros tenían que decir. El ágora instituida, tradicional, proporcionaba el espacio en el que el debate podía desplegarse para que claramente pudiera producirse un consenso o un disenso, y para que tal cosa fuera sabida por todos: unas noticias compartidas. La influencia de las *fake news* es el signo paradójico de la extinción de las mediaciones que organizan la deliberación democrática, el póstumo resplandor del sistema democrático.

La expresión funciona como una pantalla formidable. «*Fake news*» es un signo que se ha transformado en una fuerza de distracción y también en una coartada para una censura generada por el Estado, que enmascara las causas sistémicas del descrédito de la palabra pública y que lleva a olvidar su historia desde la década de 1990.

Evidentemente, podemos librarnos de las *fake news* considerando el fenómeno como un último avatar de la vieja desinformación en la era de las redes sociales, o, por el contrario, interrogarlo como un síntoma de la

transmutación del sistema político por la lógica neoliberal, transmutación que tiene el efecto de desconectar todas las formas de deliberación democrática.

Este desarme no se ha realizado en un día: tiene más de treinta años y ha sido posible por la conjunción excepcional de dos revoluciones: 1. financiera, en la historia del capitalismo, con la mundialización de los mercados; 2. tecnológica, en la historia de las tecnologías de la información y de la comunicación, con la explosión de internet y la aparición de las redes sociales.

Es posible que Trump haya recibido el poder porque no lo quería. Hillary ha fracasado por la razón inversa, es decir, porque lo deseaba en exceso. Los acontecimientos escapan al orden del día («*the story of the day*») y son pasto de la inestabilidad y la imprevisibilidad que tan propicias resultan para el carácter impetuoso e imprevisible del tuitero-presidente. Termina la época del *storytelling*…

Obama se marchó de la Casa Blanca después de pasar ocho años en el decorado de una serie televisiva, guionizada hasta sus últimos detalles, cuya cotidianidad se ha relatado con un control extraordinario, coreografiado y premeditado. La pareja presidencial era el dúo estelar. Para la pareja Obama, el final del 2016 no era el momento de asumir el poder, sino de abandonarlo, de deshacerse de sus escorias. O, más bien, tal vez hubiera llegado la hora de asumir el único poder auténtico, el que se ejerce sobre los corazones y las mentes: el poder de transformar el mundo en relatos.

El 26 de mayo de 2018, durante una conferencia en Las Vegas, Barack Obama se manifestó sobre el acuerdo firmado con Netflix:[47]

> Nunca habría llegado a presidente si no hubiera entendido la importancia de las historias al principio de mi carrera. Cada uno de nosotros tiene una historia que es sagrada… Todos somos humanos y, sin embargo, en la actualidad tenemos relatos contradictorios. Sigo creyendo que, si escuchamos las historias de todos y nos reconocemos los unos a los otros, entonces nuestra democracia funcionará… Frente a los problemas planteados por la mundialización y las migraciones, podemos actuar de dos maneras… O volvemos al tribalismo, a la pureza étnica…,

> o establecemos instituciones basadas en el derecho y la dignidad de la que cada cual es merecedor. Y en estos momentos hay un enfrentamiento entre estas dos formas de ver el mundo. Yo apuesto por la segunda respuesta.

La presidencia de Obama pasará a la historia como la edad de oro del *storytelling*, y más concretamente como su cénit. Con anterioridad, el *storytelling* no se había trabajado hasta ese punto. Sin embargo, en el plano de los hechos, se manifestó como lo que era, es decir, no tanto un medio de devolver el crédito a la política, sino como el síntoma de su descrédito. Se trató de la búsqueda de la política por otros medios y al servicio de otro amo, que ya no era el pueblo, los ciudadanos, sino el público, un público sin rostro que paga su cuota en datos personales consolidados en *big data*, un público regulado por los algoritmos y hechizado por la mercadotecnia.

El fundador de Fox News, Roger Ailes, fallecido en 2017, fue uno de los *spin doctors* de Richard Nixon, Ronald Reagan y George H. W. Bush antes de ser consejero de Donald Trump. Acostumbraba a decir que, si se quería hacer carrera en la televisión, primero había que ser candidato a la presidencia. Palabras que ponen en evidencia la inversión radical de la jerarquía de poderes que ha terminado por darse entre la política y los medios de información. Donald Trump aceptaba la idea de Roger Ailes y le había hecho una promesa en relación con la incertidumbre de los resultados de las elecciones presidenciales: aunque perdiera, saldría de la campaña «con una marca Trump más poderosa aún y repleta de numerosas oportunidades»…, entre las que se contaban una futura red de cadenas de televisión. El punto de caída del político, o más bien el punto de fuga de la política, es la esfera mediática.

Steve Bannon abandonó la Casa Blanca. En abril de 2018 confesó a *Paris Match*:

> No tengo alma de consejero, sino de *street fighter* [luchador callejero]. […] Para mí, la Casa Blanca era un lugar de trabajo demasiado militar. […] Es un honor haber pasado siete meses en ella, pero no la echo en falta, en absoluto. Tengo más poder fuera que dentro de la Casa Blanca.[48]

El poder no está donde se piensa. Ahora las cosas ya no ocurren tal como estaba previsto, conforme a un plan o a una historia. El presidente de Estados Unidos (POTUS) ya no es lo que era. En junio de 2018, Bill Clinton publicó una novela coescrita con el autor de novela policíaca James Patterson, que será objeto de una adaptación televisiva. El título es elocuente: *The President is Missing*. El presidente ha desaparecido.

La política se abole en su narración, como puro simulacro, con lo que revela su impotencia frente a los grandes retos económicos, sociales y ecológicos. Se ha rizado el rizo del *storytelling* político. Sin embargo, el *storytelling* vuelve a cobrar impulso en otras partes. Desconectado del poder político, liberado de sus usos estratégicos, ha sido investido con los poderes casi mágicos que ha perdido la política. Lejos de ser una simple técnica de comunicación en manos de los *spin doctors*, ahora se presenta como el único poder verdadero, un poder en sí, una potencia que se ha independizado de la política y que se ha liberado de ella tras ser su servidora.

En el fondo, Barack Obama se ha dedicado a un único oficio. De autor del libro *Los sueños de mi padre* a candidato a la presidencia de Estados Unidos, de presidente a productor, Obama ha sido el narrador animado por su «fe en el poder del relato», el narrador quijotesco que prosigue su camino, un camino que conduce más allá de la política. *Last Exit to Los Gatos* (Última salida a Los Gatos).

4

«*¿Un mundo sin historias?* Adiós a Homero, Shakespeare y Spielberg.» Eso afirma en 2008 un artículo del *New York Times* que anuncia la creación de un nuevo laboratorio en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) consagrado a la narración del futuro (Center for Future Storytelling).[49] Objetivo: adaptar las formas clásicas de la narración a los nuevos medios de información, internet y la hipercomunicación. El mundo del cine está preocupado, informa el artículo: ya no oculta su temor ante la posibilidad de que su famoso modelo industrial haya alcanzado su caducidad por no haber sabido reestructurarse a tiempo, como si fuera una vulgar industria siderúrgica.

Tras el final del *star-system*, tantas veces anunciado, otro elemento de su éxito habría pasado a mejor vida: la *story*. La vieja y buena historia, con un principio, un desarrollo y un desenlace, sin la que simplemente no habría existido el cine de Hollywood. Desde los albores de la humanidad hasta Hollywood, el relato ha conocido múltiples metamorfosis al arbitrio de las transformaciones técnicas: la memorización, la escritura, la impresión y otros soportes de reproducción. Se ha transmitido gracias a soportes y formatos más o menos estables: la tablilla, el libro, la película. En la actualidad, la forma de escritura y de transmisión de los relatos por parte del cine hollywoodiense parece en grave peligro, amenazado por la explosión de la comunicación digital y la aparición de medios interactivos (teléfonos, iPhones, microordenadores, etc.), la multiplicación de nuevos universos inmersivos (videojuegos, *reality shows*…) y la aparición de nuevos formatos de narración (hipertextos, multimedias)…

El público cada vez está más alejado de los largos túneles narrativos de la producción hollywoodiense y más entregado a otros formatos y soportes de lectura y escritura, como las pantallas y los teléfonos móviles. La

capacidad de Hollywood para contar una historia según los criterios acostumbrados ha quedado progresivamente mermada por la expansión de los mensajes y de los microrrelatos en la esfera mediática. El relato tradicional dotado de suspense, conflicto y resolución está en trance de quedar ahogado por el ruido universal y el desorden visual. «He llegado a ver una pantalla de plasma sobre un urinario»,[50] denuncia el productor Peter Guber (*El expreso de medianoche*, *El color púrpura*, *Rain Man*, *Batman*…), que imparte en la Universidad de California un curso titulado «Navegar en un mundo narrativo»…

El Centre for Future Storytelling, dependiente del Media Lab en el MIT, abrió sus puertas en 2010. Sus trabajos de investigación intentan responder a esta nueva situación. David Kirkpatrick, presidente de Plymouth Rock Studios y antiguo presidente de Paramount, que ha invertido veinticinco millones de dólares en el proyecto, explica lo siguiente:

> Nuestra idea consiste en responder al desafío de las nuevas tecnologías y tratar de mantener vivo el arte del relato mientras entramos en el siglo XXI del *storytelling*, de la narración. Debemos «proteger la historia» y para ello tenemos que liderar la tecnología dentro de diez o de veinte años. Las nuevas tecnologías con las que se está experimentando en el MIT, que permiten a los dispositivos digitales entender a las personas a nivel emocional e incluso lograr que las cámaras capten las intenciones del director, deberían engendrar una nueva generación de personajes digitales: actores sintéticos o robots sumamente expresivos e interactivos. La idea consiste en pasar de una película terminada, encerrada en un libro o en un largometraje, a formas abiertas de narración, en las que actores virtuales y proyectores «morfeables» pueden cambiar en tiempo real la apariencia física de una escena.[51]

Estas perspectivas tecnológicas, pese a la inversión realizada, no calman las inquietudes de David Kirkpatrick, quien ha confesado que podría seguir el ejemplo de Al Gore, cuya película *Una verdad incómoda*, estrenada en 2006, sensibilizó a la opinión pública sobre los peligros del calentamiento climático. Su película atraería la atención sobre un peligro que es menos visible que el deshielo de los glaciares, pero que resulta igualmente inminente: la desaparición de las historias. Su título: *Un mundo sin historias*.[52]

A principios de la década de 1980, la revolución neoliberal, iniciada por las políticas de Margaret Thatcher en Reino Unido y de Ronald Reagan en Estados Unidos, se presenta como el último gran relato político hasta la fecha. Se impone a las clases dirigentes occidentales e inspira los programas económicos aplicados durante una década en Europa y Estados Unidos. En el curso de esa misma década, se opone al último gran relato de emancipación colectiva, surgido del socialismo y del comunismo. Tras la implosión del comunismo en el Este, se quedará solo y podrá afirmar su hegemonía.

En 1989, la caída del muro de Berlín precipitó el fin del siglo XX antes incluso de que hubiera comenzado el siglo XXI. Para ello habría que esperar al 11 de septiembre de 2001. De momento, se proclama el «fin de la historia». Una especie de entreacto o de descanso entre dos siglos, que duraría todo un decenio. Fin del totalitarismo, de la disuasión nuclear, del reparto del mundo instaurado en Yalta… Declive de las vanguardias y de la política… Presa en la nasa de un tiempo suspendido, la generación que accedió a la edad adulta en la década de 1990 se encontró en una situación de «ingravidez» narrativa. La «muerte de los grandes relatos» anunciada por Jean-François Lyotard en *La condición postmoderna*, publicada en 1979, se convirtió en la consigna de la época, y la búsqueda del «sentido», en un deber casi religioso que intentó aplicarse incluso en la esfera de la gestión empresarial. La revolución neoliberal se acompañó de un nuevo tipo ideal: flexible, adaptable a las circunstancias, haciendo un uso estratégico de sí mismo, el hombre ha de ser un emprendedor de su persona, pero también experimentar por sí mismo. A partir de entonces, el desafío lanzado a los individuos ya no fue el de «seguir siendo uno mismo» en un entorno cambiante, sino el de cambiar sin cesar y adaptarse a las circunstancias fluctuantes de la vida. Una obligación susceptible de aceptarse como una necesidad económica, a condición de que pase también por ser un hecho cultural, una nueva moda o una novela. Ese tipo ideal encontró sus declinaciones en todos los sectores de la nueva economía, de la *start-up*

(compañía emergente) hasta la cima del Estado: dio lugar a un número parejo de historias, aplicables en cada terreno de la vida social y de la existencia individual.

Hace poco más de diez años publiqué mi ensayo *Storytelling: la máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, en el que mostraba la multiplicación de los usos del relato en ámbitos tan diversos como la mercadotecnia, la gestión empresarial, la comunicación política, la diplomacia y la comunicación bélica. Tras entrar discretamente en el ámbito de la gestión empresarial a partir de mediados de la década de 1980, para responder a la crisis de las organizaciones fordistas y promover una pedagogía del cambio, el *storytelling* se amplió a la publicidad y a la mercadotecnia, antes de convertirse en el nuevo paradigma de la comunicación política, con lo que vino a colmar el vacío dejado por la desaparición de los «grandes relatos» y el «final de las ideologías». En sociedades hipermediatizadas, atravesadas por flujos de información continuos, la capacidad para estructurar una visión política no con argumentos racionales, sino contando historias, se convirtió en la década de 1990 en la clave de la conquista del poder y de su ejercicio. El término inglés *storytelling*, que en origen se refería al arte del relato, de la narración, fue adquiriendo progresivamente, al hilo de sus sucesivas aplicaciones, connotaciones relacionadas con la idea de seducción, pero también con la de técnica: servía para designar una manera de reconfigurar(se), como un instrumento pedagógico de cambio, como una máquina para llamar la atención, como un vector de comunicación o, incluso, en el momento de la segunda guerra en Irak (2003), como un instrumento de propaganda…

Desde la década de 1990 se había podido constatar que el término *storytelling* se había desplegado más allá de los estudios y las prácticas literarias, en sectores tan diversos como la gestión empresarial, la estrategia de marcas, la comunicación política, la diplomacia y la defensa. En cada uno de esos casos, la palabra remitía por encima de todo a los usos instrumentales del relato.

Considerado durante mucho tiempo una forma de comunicación reservada a los niños, cuya práctica se reduce al tiempo de ocio y cuyo análisis pertenece a los estudios literarios (lingüística, retórica, gramática textual, narratología), el arte de la narración conoció en Estados Unidos, desde mediados de la década de 1990 y en Europa desde el decenio siguiente, un éxito asombroso: un triunfo, un renacimiento o incluso un *revival*, dirán algunos.

Mi libro elaboraba un inventario tan completo como era posible de esos nuevos usos del relato y procuraba comprender su origen y desarrollo. ¿Cómo explicar ese auge en Estados Unidos (y luego en Europa), en sectores hasta entonces gobernados por el razonamiento intelectual o por el discurso científico? ¿Cuáles eran los agentes de su producción, los retos y las figuras de su construcción simbólica? ¿Por qué oscuros caminos esos usos instrumentales se expandían desde los aparatos centrales del poder hasta las prácticas más individuales? ¿Se difundían de arriba abajo u obedecían a lógicas de propagación entre sectores de actividad? ¿Qué papel cabía atribuir a la técnica o a la ideología en su proliferación?

Mi libro procuraba realizar un inventario y mostrar lo que estaba en juego, y por ello mismo contribuyó a expandir los usos instrumentales del relato. La crítica del *storytelling* ha producido su vulgata. Si se quiere llevar a buen puerto una negociación comercial o hacer que facciones rivales firmen un tratado de paz, lanzar un nuevo producto al mercado o lograr que un colectivo profesional acepte un cambio importante (despidos incluidos), concebir un videojuego «serio» o curar los traumas de los soldados estadounidenses que han vuelto de la guerra, el *storytelling* se consideraba y se considera la panacea universal… Constituye una respuesta a la crisis de sentido en las organizaciones, es una herramienta de propaganda, un mecanismo de inmersión y el instrumento para establecer el perfil individual, así como una técnica de visualización de la información y una temible arma de desinformación.

Los narratólogos y los teóricos del relato se alegraron al ver que su tema de estudio colonizaba vastos dominios del discurso y de la palabra pública. De momento parecían indiferentes o ciegos a los efectos corrosivos de este uso excesivo, exorbitado, de la narración, sustitutivo de la

argumentación. «Somos unos sinvergüenzas novelescos», había escrito Pierre Michon a propósito de los lectores. Esta falta de vergüenza, elevada a otra escala, se expandió como una nueva moda entre los electores. Fingimos interesarnos en la Crisis, la Deuda y el Desempleo, cuando en realidad tenemos sed de historias, de héroes y de malvados. Seguimos las campañas electorales, y sobre todo las presidenciales, como una sucesión de episodios intrigantes, un permanente *reality show* cuyos sondeos e índices de audiencia miden el éxito. Exigimos suspense, golpes de efecto. Reivindicamos nuestra parte de emoción. Somos todos señoras Bovary de las papeletas de voto, ávidos de «falsa poesía y de falsos sentimientos», como escribía Gustave Flaubert sobre Emma.

Los políticos se han convertido en personajes de nuestro imaginario cotidiano, figuras efímeras de nuestras democracias mediáticas. Son nuestros presidentes. Su victoria es la nuestra, igual que su locura. Los vestimos y los desvestimos como avatares de *Second Life* o muñecos de Playmobil. Consumimos a nuestros presidentes y los tiramos a la basura después de utilizarlos… Lo demuestran todos los sondeos. No tenemos ninguna ilusión en su capacidad para domeñar la crisis. Lo que les pedimos es encarnar una intriga capaz de cortarnos la respiración. Han de mostrarse dignos de nuestra atención, a la altura de su historia, y no de su responsabilidad. Queremos relatos íntimos, sorpresas, golpes teatrales. Votar es comprar una historia. Ser elegido es ser creído. Gobernar es mantener el suspense, aplicar lo que un profesor estadounidense ha denominado la «estrategia de Sherezade».[53] De la encarnación de la función hemos pasado a la exhibición de la persona; del carácter sagrado de la función, a su profanación. El ejercicio del Estado ha perdido su dimensión de sacralización para revestir un alcance sacrificial.

De escándalo en escándalo, de situación explosiva en giro inesperado, el descifrado de los relatos políticos ha reemplazado a la investigación de los hechos, la comprobación, el periodismo de investigación, acreditando por ello mismo la sospecha y el descrédito. Desde hace más de una década, ese proceso de descrédito ha afectado a todos los gobernantes, de Obama a Trump, de Berlusconi a Beppe Grillo, de Sarkozy a Hollande y Macron…

«El problema del *Titanic* era un iceberg, no una cuestión de comunicación», declaró un día Paul Begala, uno de los consejeros de comunicación de Bill Clinton.[54] Corría el año 1992. El *homo politicus* neoliberal no tiene un problema de comunicación, sino de credibilidad. La impotencia para actuar y la regresión democrática son las dos coordenadas de nuestra miseria política, a imagen y semejanza de un debate público que se da a leer de ahora en adelante como una sucesión incoherente de enfrentamientos. Estos enfrentamientos son otros tantos síntomas de la descomposición del campo político. El auge del *storytelling*, durante más de dos décadas, se parece a una victoria pírrica, obtenida al precio de la banalización del concepto mismo de relato y de la confusión sembrada entre el auténtico relato (*narrative*) y el simple intercambio de anécdotas (*stories*), entre el testimonio y el relato de ficción, entre la narración espontánea (oral o escrita) y el informe de actividad. La promiscuidad misma de la idea de relato ha cavado su propia tumba. El «*storytelling* para todo» ha producido el descrédito de la palabra pública. Tras haber creado un entorno favorable a la producción y la difusión de las historias, las redes sociales han segregado una especie de incredulidad generalizada, de sospecha. Así como la inflación monetaria arruina la confianza en la moneda, la inflación de historias ha arruinado la confianza en el relato y en los narradores. Al narrador desacreditado lo llaman los teóricos del relato «narrador poco fiable» (*unreliable narrator*). A partir de ahora, el primero de los narradores poco fiables ocupa su asiento en la Casa Blanca. Ese narrador ni siquiera cuenta ya historias, sino que expande *fake news*. Durante su campaña de 2016, Donald Trump se despidió de la figura del narrador y se maquilló como un bufón, más próximo a Beppe Grillo que a Barack Obama.

La crisis de 2008 fue no solo financiera, sino también narrativa. Hizo estallar la burbuja financiera, pero también la burbuja del *storytelling* y sus relatos útiles. La distancia entre los relatos oficiales y la experiencia de las personas ha arruinado su credibilidad. La desregulación del mundo, del que

la desregulación financiera es tan solo un elemento, entraña el final de las mediaciones políticas (medios de información, partidos, asociaciones) y de los reguladores sociales (sindicatos, derecho laboral, negociaciones colectivas). La aceleración de los intercambios en las redes sociales y su inestabilidad crean las condiciones de una verdadera guerrilla de relatos. Sus medios consisten en la provocación, la transgresión y la competencia. Se está desarrollando una cultura del «enfrentamiento comunicativo».

La economía de los discursos ha quedado destrozada: ha pasado de la escasez a la abundancia, de la concentración a la dispersión, o, para decirlo de otro modo, de la centralidad a estrategias centrífugas. La oferta y la demanda son a partir de ahora intercambiables. Cada uno de nosotros es virtualmente su propio medio de información y está alternativamente en situación de ofrecer y de demandar opiniones, informaciones, discursos. Todos somos productores de enunciados que buscamos para legitimarnos, portadores de relatos dudosos. La difusión ha pasado de ser vertical a horizontal, sin centro. Su modelo ya no es autoral, sino viral y epidémico. Esta dinámica ha creado una especie de incredulidad generalizada, y también de sospecha, que a un nivel más profundo trasluce un hundimiento de la confianza en el lenguaje. La falsa moneda de las mentiras y de los rumores no deja de expandirse. Los productores de relatos (medios de información, agencias de comunicación, políticos, youtuberos…) se multiplican y especulan con una moneda poco fiable. Prosperan los defraudadores y los especuladores, al igual que los troles… Se debilita la confianza en el valor referencial del lenguaje, al tiempo que se difumina la división entre lo verdadero y lo falso, la realidad y la ficción. La Web 2.0 ha favorecido la multiplicación y la circulación de los relatos, alienta la aparición de nuevos comportamientos, de prácticas de desorientación, de desinformación, de propaganda. El menoscabo de la confianza en el lenguaje no se debe solo a efectos estratégicos de manipulación, sino también a la especulación que somete todos los enunciados a la inestabilidad. No se trata de un régimen de la posverdad, para emplear el neologismo en boga inventado por los gramatólogos mediáticos, sino de un nuevo régimen de veridicción bien definido, caracterizado precisamente por la ley deducida por Eugeny Morozov:

> La economía gobernada por la publicidad en línea ha producido su propia teoría de la verdad: *la verdad es lo que atrae más pares de ojos*. […] Así como el cambio climático es una consecuencia lógica del capitalismo fosilizado, así también las falsas noticias son emanaciones del capitalismo digital.[55]

La expresión *fake news* no solo designa la multiplicación de las «falsas noticias» en las redes sociales, sino que además es la antorcha de la sospecha.

En un artículo de opinión publicado en la revista *Forbes*, John Winsor, inversor, innovador y consejero de *start-ups*, no dudaba en afirmar: «La mercadotecnia necesita de una filosofía distinta a la del *storytelling*».[56] La razón, según este teórico del *marketing*, radica en la explosión de los datos. «*There is too much information to compete with for stories to be as effective as they once were*.» Hay demasiada información en liza para que las historias sean tan eficaces como antes.

Eric Schmidt, presidente ejecutivo de Alphabet, la sociedad madre de Google, indicaba ya en 2013:

> Tal vez, los números que dan más que pensar sean estos: se necesitaría una memoria con una capacidad de cinco exabytes (es decir, cinco trillones de bytes) para registrar todas las palabras que los seres humanos han pronunciado desde sus orígenes hasta 2003. En 2011 se generaron cinco exabytes de contenido cada dos días. En la actualidad, se calcula que esta cantidad de información se genera cada dos o tres horas.[57]

John Winsor concluye:

> Internet ha hecho de los consumidores, pasivos por principio, productores de historias voraces, que entran en competición con tu marca. Y, para empeorar todavía más las cosas, en la era Trump las *stories* son menos creíbles. Este giro debería conducirnos a abandonar la vieja perspectiva sobre el poder de las *stories* y del *storytelling*.[58]

El *storytelling* ha dejado de ejercer su influencia, apaciguadora y excitante, intrigante y tranquilizadora, y ya no es más que un simulacro. Cuando la palabra política y el debate público han perdido toda credibilidad, la única manera de «existir» en los medios de información consiste en encadenar las provocaciones y las transgresiones. El relato, que exige cierta continuidad para desarrollar los giros y desvíos de una intriga, ha cedido el lugar a los enfrentamientos virales. A partir de ahora, viralidad

y rivalidad, virulencia y violencia, enfrentamiento y guerra de relatos van de la mano. Todas las fuentes de enunciación están viciadas, todos los «autores» —sean políticos, científicos o religiosos— están afectados por el descrédito. La intriga se ha destapado, el lector está advertido, el narrador ha quedado desacreditado.

En el alboroto de las redes, el *myth maker* (hacedor de mitos) cede su lugar al *buzz-maker* (hacedor de ruido).

La agitación primitiva del capitalismo financiero ha sustituido a la acumulación primitiva del capitalismo industrial. Lo mismo ha ocurrido en la economía de los discursos, en la que la inestabilidad de los enunciados prima sobre su validez. La producción de enunciados no tiene el propósito de producir o compartir nuevos conocimientos, sino de acelerar la velocidad de los intercambios, intensificar su circulación. Se trata de crear el impulso inicial que genere una reacción en cadena, poner en movimiento una acumulación de *Likes* (Me gusta) o de retuits, antes de que las máquinas de Google las observen y las repitan, creando entonces un verdadero vórtice mediático, como un fenómeno de aspiración capaz de atraer y devorar la atención de cientos de miles de internautas al instante… De ahí el éxito de los discursos de odio, de los que nos alarmamos en nombre de no se sabe qué moral, pero que tienen que ver con la racionalidad, concretamente con la de los mercados financieros y las redes sociales. Esas dos racionalidades funcionan de un modo transgresor, en una especie de espiral; provocan antipatía en lugar de empatía, división en lugar de pertenencia, ruptura en lugar de continuidad… Y en esta escena en la que se desarrollan los intercambios, los rumores más demenciales son los que tienen más garantías de circular más rápido, a la velocidad de una epidemia, como lo demuestra un estudio del MIT.[59]

La narración de la vida política que tanto ha ocupado a los comentaristas y a los comunicadores los últimos diez años no puede dar cuenta de esta sucesión de choques incoherentes en la que se ha convertido nuestra vida mediática cotidiana. Los acontecimientos ya no se ordenan en

secuencias o en entregas, sino que están gobernados por la imprevisibilidad, la irrupción, la sorpresa. Deflagraciones para un nuevo paradigma, más bien emparentado con la sismografía política, y no ya con la manida técnica del *storytelling*, con su corolario, el descifrado.

En el plano de lo político, esta lógica del enfrentamiento está a punto de pulverizar la narración de la política. Técnicas de guerra al servicio de una agonística fundada en la provocación, la transgresión, la competencia… Ha llegado la hora de la sorpresa, la irrupción, incluso la carnavalización. La linealidad narrativa, la secuencia, la intriga y el suspense se borran en beneficio de choques incoherentes y espectaculares que polarizan y acrecientan la inestabilidad de los intercambios: insultos, pullas, *fakes* (falsedades), *hoaxes* (fraudes)… Disminución de los formatos. Aceleración. Descrédito de los enunciados y los narradores, que apelan a contraenunciados y contranarradores. Multiplicación de los acontecimientos discursivos automáticos, en espejo… Predominancia del código sobre el contenido, de la especulación sobre la transmisión, de las *fake news* sobre los hechos. Ley de la transgresión marginal. Disolución de lo posible en virtud de la lógica algorítmica. El sociólogo Dominique G. Boullier comenta:

> Si añadimos el enfrentamiento (destinado a golpear las mentes), el crac (destinado a volver a barajar las cartas de las finanzas con cierta regularidad) y el paso al acto técnico que está en el corazón de los programas informáticos (*rough consensus and running code,* consenso aproximado y código ejecutable) como ley de los universos digitales (más adelante desarrollaremos y veremos las consecuencias), obtenemos el cuadro de un mundo «de alta frecuencia» (como el *high frequency trading*, negociación de alta frecuencia) que pierde toda inmunidad contra todo contagio y que ha dejado de ser gobernable, aunque pueda sujetárselo por propagación mimética. Estos mecanismos de replicación, fundados sobre los rastros de alta frecuencia, nos hacen las veces de historias…[60]

La parálisis narrativa, o la imposibilidad de contar, procede de la conjugación de estos fenómenos: la aceleración de las comunicaciones, la interconexión de las redes sociales, la lógica de las transacciones financieras, el control ejercido por las GAFAM sobre los datos y su tratamiento algorítmico, la enorme dimensión de los *data* recogidos que escapan al control de los individuos para convertirse en la materia prima de las máquinas y los análisis estadísticos. O estamos en sincronía o quedamos

descalificados. El cronista, al igual que el político, no es ajeno a los acontecimientos que comenta: forma parte de ellos, participa de la velocidad inaudita de lo que sucede.

En la era del enfrentamiento, ya no hay más héroes que hagan la historia; hablando propiamente, ya no hay más historias. Ya no hay más relatos capaces de ordenar los acontecimientos en una narración que tenga sentido. Hemos entrado en un tiempo que está fuera de la narración. Incluso las *breaking news* (noticias de última hora), que aún obedecían a las leyes de la tensión narrativa, las del suspense, la sorpresa, el golpe de efecto, parecen superadas. El tiempo está «fuera de sus goznes», dice Hamlet. Gilles Deleuze comentaba esa frase en su seminario:

> De nuevo, recordad, los goznes. Pero ¿qué son? Pues exactamente aquello sobre lo que gira la puerta. ¿Y alrededor de qué gira la puerta del mundo? Pues alrededor de un eje, el eje del mundo, y, mientras gira alrededor de ese eje, pasa por posiciones privilegiadas de lo móvil. Eso es el tiempo, el tiempo que estaba en sus goznes. Hamlet nos dice que el tiempo está fuera de sus goznes, es decir, que el tiempo no es sino una línea recta e infinita.

Una línea recta, pero entrecortada, en segmentos separados entre los que solo hay espacios vacíos, momentos de confusión (afasia, estupor, mutismo). Iteración de instantes agitados que ya no se ordenan conforme a un orden de sucesión, sino, al contrario, conforme a una lógica de ruptura, de cambio de intensidad, que evoca más bien la tempestad y los tsunamis que el tiempo expandido de las epopeyas. Un tiempo sin historia ni pasado, sin presente ni futuro. Una sucesión de instantes pautada por la afluencia de los mensajes en las redes sociales. Orden de transgresión, de infracción, de violación creciente. Principio de alerta, de miedo, de contagio. En lugar de la coherencia de la narración, nos encontramos con una sucesión adiegética de choques. Esta vez, el tiempo está realmente fuera de sus goznes. Lo único que nos une es el pánico.

SEGUNDA PARTE

LA ESPIRAL DEL DESCRÉDITO

1

El descrédito es una cosa inestable e invisible a simple vista, pero, desde 2008, se expande como un gas. Lo hemos visto corroer la democracia estadounidense de Bill Clinton a Barack Obama, hasta aupar al poder, contra todas las expectativas, a su campeón, Donald Trump. Ese descrédito que afecta a todos los regímenes políticos occidentales es el producto de un doble fenómeno: una gobernanza sin soberanía y una democracia sin deliberación.

Los Estados de todo el mundo se enfrentan a una crisis de soberanía. En Europa se ha agravado por la construcción europea, que, de manera concertada, ha organizado abandonos masivos de soberanía. Francia es el país europeo en el que esta crisis es más aguda, pues la V República mantiene la ilusión de un presidente providencial y todopoderoso. Al abrigo de la elección que acredita cada cinco años el mito de la nación soberana y fomenta la ilusión de una elección colectiva, el poder político ya no es más que un «Gobierno de asuntos corrientes» que pasa por encima de las elecciones. Lo esencial se juega en otra parte.

La soberanía estatal se ejerce a través de una potencia para actuar acompañada por un dispositivo de representación. Confiere al Estado el poder de acuñar moneda y controlar las fronteras, y se prolonga a través de una simbología del Estado (su protocolo, sus rituales, sus ceremonias) que garantiza su visibilidad y la continuidad de su poder en el espacio y el tiempo. Cuando el Estado transfiere los atributos de la soberanía a otras instancias transnacionales (Banco Central Europeo, Tratado de Schengen), el dispositivo de representación aparece como un caparazón vacío.

Del poder del Estado solo se perciben los efectos represivos o desestabilizadores. Del dispositivo de representación, desconectado de las fuentes de la soberanía, solo subsiste el ritual, el decoro. La pareja

constituida por el poder y su dispositivo de representación se ha roto en dos: por un lado, un poder sin rostro, una burocracia anónima; por el otro, hombres de Estado desarmados. Por una parte, poderes sin rostro (bancos, mercados financieros, agencias de calificación, organizaciones transnacionales, a los que están vinculados los Estados); por la otra, caras impotentes. El resultado de esa dislocación es que la acción política se percibe como ilegítima, y la palabra política ha perdido toda credibilidad.

La crisis de soberanía de los Estados se acompaña desde hace treinta años de una sobreexposición mediática amplificada por la aparición en la década de 1990 de las cadenas de información 24 horas y por la explosión de internet y las redes sociales. La condición política, tal como la conocíamos desde hacía dos siglos, toca a su fin. El *homo politicus* va unido aún al Estado, pero el Estado ya no es soberano, su soberanía se escapa por todas partes. La mundialización ha privado al Estado de sus poderes y sus atributos.

Los hombres de Estado no aparecen ya como soberanos, sino como temas de conversación, personajes de serie televisiva en los que proyectamos nuestros deseos contradictorios. Para colmar su déficit de credibilidad se han esforzado, desde la década de 1980, en «recargar» el dispositivo de representación del Estado, han intentado volver a hincharlo insuflándole su historia personal, una intriga sin cesar tejida y destejida. Hábil pase de magia, que consiste en sustituir la historia colectiva por una biografía individual ejemplar. Ahí reside todo el arte del *storytelling*: lo narrativo deviene normativo; lo descriptivo, prescriptivo; lo biográfico, hagiográfico. Los comunicadores han reemplazado la acción por el relato, la deliberación por la distracción, el *state craft* (el arte de gobernar) por el *stage craft* (el arte de la puesta en escena). Así es como, desde la década de 1990, el *storytelling* y sus artificios han venido a colmar el lamentable olvido de los Estados.

La escena política se ha desplazado progresivamente desde los lugares clásicos de la deliberación y de la decisión política (foros, reuniones de los partidos políticos, asambleas de diputados, ministerios, etc.) hacia los nuevos espacios de legitimación: cadenas de información 24 horas, medios de comunicación en línea y redes sociales. La función periodística se ha

desviado de sus misiones originales (el análisis, la investigación, el reportaje) hacia una función de descifrado que propone descubrir, bajo las apariencias engañosas de la vida política, los resortes de una historia, el secreto de un mensaje narrativo, la verdad de un cálculo.

Nada más ser reelegido en 2004, George W. Bush declaró: «He adquirido un capital [político] durante la campaña y tengo la intención de gastarlo». El «capital» acumulado durante las campañas entre los electores se dilapida cada vez más rápido a costa del poder. Los hombres de Estado se descargan a una velocidad de vértigo, así que hay que «recargarlos» varias veces en el curso del mandato mediante acciones simbólicas y espectáculos de gran envergadura susceptibles de ser «apreciados», es decir, «likeados», reproducidos, retuiteados, «instagrameados». A falta de obtener los resultados que esperan los electores, se trata de movilizar y canalizar los afectos en las redes sociales o en mítines captados, transmitidos en directo y retransmitidos en secuencias cortas.

La legitimidad que otorga a los dirigentes la elección por sufragio universal no se conserva durante todo un mandato. Como los *hubots* (mitad humanos, mitad robots) de la serie *Real Humans* (Humanos reales),[1] los hombres de Estado se ven obligados a «reflotarse» cada vez más a menudo. La televisión y las redes sociales les ofrecen para ello millones de pantallas que constituyen otras tantas «terminales» de recarga. Sin embargo, esas terminales no son simples estaciones de servicio en las que pueden conectarse de un modo discreto, deprisa y corriendo, sino que constituyen una escena insoportablemente iluminada en la que el *hubot politicus* debe demostrar que es humano. Ha de desvelar su intimidad, exhibir emociones sencillas de descifrar y capaces de «chocar» al internauta, de suscitar tanto reacciones de cólera o de asco como sentimientos de fuerte adhesión, de miedo o de empatía. En resumen, ha de dar muestras de su «humanidad» pasional. Las leyes de la representación política, con sus ritos y sus protocolos, ceden el lugar a una lógica de la transgresión y la exhibición, los dos carburantes de la captación de la atención.

Desde la crisis de 2008, todos los Gobiernos padecen el mismo descrédito. Se esfuerzan en controlar, día tras día, una opinión pública rebelde, bajo la mirada suspicaz de las agencias de calificación. ¿Cómo

satisfacer a esas agencias, que determinan el coste de la deuda, sin decepcionar las esperanzas de los electores que les han confiado el poder? En Europa ha habido dos hombres que han probado a realizar ese difícil ejercicio, y para ello han apelado a la «magia» del *storytelling*: Matteo Renzi en Italia (2014-2016) y después Emmanuel Macron en Francia (2017-…). Uno quería «cambiar el *storytelling* de Italia» y tuvo que dimitir al cabo de dos años. El otro pretendía encarnar una presidencia más fuerte, «jupiterina», y «reconstruir un heroísmo político». En menos de dieciocho meses ha batido récords de impopularidad…

2

Sentado por primera vez en el banco del Gobierno, «el primer ministro más joven de la historia de Italia» coloca ante él su iPhone, un iPad y un MacBook: una parafernalia digna de la segunda temporada de *House of Cards*, de la que es seguidor… Estamos a 25 de febrero de 2014, el día del voto de confianza del Senado al nuevo Gobierno de Matteo Renzi, el comienzo de una nueva era para Italia. Es la primera vez que Apple hace su entrada en el Senado italiano, pero lo que atrae la atención de los comentaristas y de los fotógrafos no son esos productos recientes salidos de una tienda Apple, sino un libro que Renzi también ha colocado ante él, bien a la vista: *L'arte di correre* (*De qué hablo cuando hablo de correr*), del escritor japonés Haruki Murakami. ¿Qué hace ese libro en la tableta del nuevo presidente del Consejo? ¿Tiene la intención de leérselo a los senadores? ¿Tiene el libro la misma función, colocado en el banco del Gobierno, que los productos de la firma de la manzana?

Al día siguiente, la edición italiana del libro de Murakami se exhibía en todos los escaparates de las librerías y ocupaba a los editorialistas, que no podían dejar de interrogarse sobre el mensaje que había querido transmitir el nuevo primer ministro… «¿Se ha convertido Murakami, corredor de fondo, en el mentor del nuevo primer ministro, un corredor en busca de fondo político?», ironizaba uno de ellos.

Algunos años antes, Renzi había prometido correr el maratón de Florencia si era elegido alcalde de la ciudad. «Si gano, corro el maratón.» Así lo hizo, exhibiendo una camiseta adornada con una frase de Jimi Hendrix en italiano: «*Se sono libero è perché continuo a correre*» (Si soy libre, es porque sigo corriendo). Algunas fotos de Renzi participando en la

carrera volvieron a publicarse en uno de los periódicos al día siguiente de su primera sesión en el Senado, con la portada del libro de Murakami a modo de medallón.

En todo caso, según la mayor parte de los comentaristas, había que desear al joven presidente del Consejo que supiese dar prueba de resistencia ahora que era primer ministro, y ese probablemente fuese el mensaje que quería transmitir al mostrar el libro de Murakami. «¿Logrará», se preguntaba un influyente bloguero, «él, a quien se ha definido como un peso pluma loco por la velocidad, correr hasta el final este maratón, sin detenerse a mitad de camino, falto de aliento y con los músculos agotados?» Al día siguiente el *Corriere della Sera*, más bien favorable al recién llegado, escribía:

> No es difícil imaginar las razones del interés de Renzi por *L'arte di correre*. Pese a la proverbial rapidez de movimientos del nuevo presidente del Consejo, su actuación deberá ser más parecida a una prueba de resistencia que a un esprint. […] De ese modo, el neófito Renzi puede encontrar en Murakami, cinturón negro en las carreras, su maestro en lo tocante a humildad y moderación.[2]

Con estas palabras concluía el periódico vespertino, enredándose un tanto en las metáforas deportivas.

En todo caso, nadie llegó a preguntar a Renzi o a alguno de sus consejeros sobre el libro. Nadie intentó averiguar lo que a Renzi le interesaba de la obra de Murakami. La curiosidad de los periodistas se había detenido en el mero título del libro. Probablemente pensaran que no lo había leído, que simplemente había posado ante él para hacer un guiño a la prensa y demostrar su voluntad de permanecer como jefe de Gobierno, ¡todo un reto en Italia!

Ese género de demostración le resultaba familiar a Renzi. Yo mismo me beneficié de ello, pues le pareció conveniente, tras comprar uno de mis libros, *La ceremonia caníbal: sobre la* performance *política*, en la librería Feltrinelli de Roma, hacerlo saber, lo que valió al texto una fama súbita y tal vez inmerecida.

Matteo Renzi fue el primer político europeo en reivindicar explícitamente el *storytelling*. Para él, no se trataba solo de una estrategia de comunicación, sino también de un proyecto político en sí. En sus mítines

solía hablar de cambiar el *storytelling* de Italia, y apelaba a los electores a votar por un relato que despertara entusiasmo. Aquel a quien se había calificado de Demoledor (*il Rottamatore*) hacía el elogio de la juventud, de la rapidez y del futuro, y galvanizaba a las masas para suscitar el oprobio popular de la vieja y corrupta clase política, de los viejos partidos petrificados en sus certidumbres, que proyectaba tirar «a la basura».

El gran encuentro anual organizado por Renzi desde 2010 hasta 2014 en una antigua estación de la ciudad, la Leopolda de Florencia, convertido de inmediato tanto en la escena como en el emblema del «renzismo», vehiculaba la metáfora de un nuevo tren para Italia. *Prossima stazione: Italia* (Próxima estación: Italia). Era una especie de congreso político a medio camino entre la convención política, el *happening* cultural y las conferencias TED. Durante cada Leopolda, Renzi invitaba a subir a escena a los intelectuales, a los estudiantes, a los industriales y a toda la sociedad civil, para «dar un rostro al futuro», con la condición de que no excedieran los cuatro minutos por intervención. La Leopolda no era la iniciativa de un partido político, sino la escena de la renovación de Italia: un *big bang* para «construir la III República», dado que la II República eran los años de Berlusconi…

Cuando se convirtió en presidente del Consejo, era difícil que Renzi siguiera presentándose como un demoledor. Adiós al *Rottamatore*. Había llegado el momento del corredor de fondo. Estableciendo una sencilla simetría, habría cabido imaginar que tras el tiempo del demoledor vendría el tiempo del reconstructor, pero quien surgió fue el maratoniano y, con él, la metáfora de la carrera de fondo y de sus «valores»: rapidez, resistencia, tenacidad, flexibilidad… ¿Quién mejor para transmitir ese mensaje que un autor como Murakami, que triunfa en todo el mundo y cuya trilogía *1Q84* ha vendido millones de ejemplares y se ha traducido a cincuenta lenguas? Un título emblemático dice más que un largo discurso. *L'arte di correre*…

Murakami escribió *L'arte di correre*, un autorretrato del autor como corredor de fondo, entre 2005 y 2006. Se trata del diario de un novelista que es también un maratoniano, un manual de entrenamiento para uso de aprendices de novelistas; hace el elogio de la resistencia y de la autodisciplina, más que de la velocidad. Pero ¡eso poco importa! El *jogging* practicado por Clinton y Sarkozy es un deporte. La carrera de fondo es para Murakami un arte, un arte solitario, como la novela, que exige que uno se deshaga de todo vínculo, de todo proyecto, incluida la voluntad de vencer y ganar… La carrera es un «despojamiento», escribe el japonés, una ascesis, se dirige a una clase de ejercicio sin victoria, que incumbe menos al espíritu de competición que a una exigencia para consigo mismo, a una valorización de sí por parte de uno mismo. El corredor de fondo es un artífice de sí, esculpe su cuerpo y adiestra su espíritu para dejar la mente en blanco. Para él solo cuenta el ejercicio que realiza entre las nubes que se mueven y el suelo que desfila bajo sus pies, como una cinta transportadora; una actividad que se basta a sí misma, que es autorreferencial, que no tiene pasado ni futuro, pura potencialidad que se trata de agotar, de extenuar… Murakami habla de la carrera como de una búsqueda del vacío. «Me limito a correr. Corro en el vacío. O tal vez debería decirlo de otra forma: corro para obtener el vacío.» Kafka tenía su artista del ayuno. Murakami es un artista de la carrera.

La metáfora de Murakami es de doble filo. En su afán, el *storyteller* político realiza a veces su autorretrato en un sorprendente juego de espejos, hasta tal punto que uno se pregunta quién es el idiota de esos relatos útiles: el elector ingenuo y manipulado o el elegido que, creyendo cubrirse con una metáfora, se expone a sus expensas, en toda su desnudez, como el emperador del cuento de Andersen.

Las citas de Murakami, aisladas de su contexto, cambian de sentido. Lo que era experiencia personal se convierte en prescripción. El ensayo se transforma, bajo el efecto de su apropiación por parte de Renzi, en una especie de breviario para actuar en el mundo neoliberal, en un manual de supervivencia para gobernantes desorientados y privados de soberanía. Un «breviario» del cambio, lo que no sorprenderá en este antiguo *boy scout*, católico practicante que aparece a la salida de la misa con su mujer y sus

hijos horas después de haber derrocado a su camarada de partido, Enrico Letta, de su puesto de presidente del Consejo. Un golpe que recuerda al de Manuel Valls contra Jean-Marc Ayrault aproximadamente en la misma época en Francia.

Según David Allegranti, del *Corriere Fiorentino*, que seguía la carrera de Renzi desde su elección como alcalde de la ciudad, la lógica política de Renzi estaba en los antípodas del principio de representación, delegación y deliberación a través de los cuerpos intermedios. Por el contrario, se inscribía en lo que denominaba la «desintermediación», es decir, un proyecto de deconstrucción que privilegiaría la relación directa entre el líder y la opinión pública, mediatizada por las redes sociales: la democracia desde abajo. Renzi creía en una democracia de «monitorización» que pasaba por las redes y la televisión. Intentaba crear en torno a su persona un «*coinvolgimento cognitivo*», literalmente una 'implicación cognitiva', que podríamos definir como una sincronización de la atención y de la emoción.

Giuseppe Civati, inspirador de la primera Leopolda y que abandonó el Partido Demócrata para fundar su propio movimiento, escribe:

> Para Renzi, el partido está al servicio de su líder, un líder que se enfrenta a sus opositores, que se construye en la confrontación, según el esquema «amigo/enemigo». Él es joven porque los otros son viejos, rápido porque los demás son lentos, moderno porque los sindicatos no lo son, bueno porque los otros son malos. […] Su perfil cultural se inscribe en continuidad con el de Berlusconi, que también estaba obsesionado por el relato, por la manera en la que se narraba a Italia. Es un político muy hábil vinculado exclusivamente al presente, despreocupado, desprovisto de toda culpabilidad (recuerde la manera en la que derribó a Enrico Letta, un primer ministro surgido de su propio partido). La energía ocupa en él el lugar de la reflexión. Lo simplifica todo. No cree en el debate parlamentario, ni en la deliberación en general.[3]

Antes de convertirse en un adepto del *storytelling*, Renzi había sido el abogado de «la belleza». Así, sin más. En 2012 había publicado un «apasionado» manifiesto que llamaba a «revolucionar la política» apelando a las emociones, un libro titulado *Stil novo* (Estilo nuevo).[4] Instalado en su ciudad de Florencia, cuya alcaldía había ganado en 2009, después de ser cinco años presidente de la provincia de Florencia, Renzi elabora un nuevo

marcador político que elude las categorías tradicionales de izquierda y derecha, y ese marcador es «la belleza». «Creo que la política debe adoptar un nuevo estilo. Un estilo que vuelva a situar la pasión en el centro de la política, que sepa conmover, que reparta belleza», escribe en *Stil novo*. Falta por precisar que el alcalde de Florencia tiene una concepción absolutamente personal de la belleza: sus cánones excluyen, por ejemplo, tipos tan clásicos como la muy florentina Mona Lisa («Digamos la verdad», escribe: «La Gioconda es más enigmática que bella»).

En aquella época, la alcaldía de Florencia hizo del patrimonio artístico de su ciudad, de su arquitectura, de sus lugares, sus iglesias, sus obras de arte, el corazón de su *branding* (proceso de construcción de una marca) personal, su pasaporte de entrada en la escena nacional. En su libro *Le pietre e il popolo* (Las piedras y el pueblo),[5] Tomaso Montanari escribe:

> Utilizando el patrimonio histórico y artístico de su ciudad como un arma de distracción masiva, el alcalde de Florencia se ha convertido así rápidamente en el político profesional que ha logrado violar el significado civil del arte antiguo, transformado ruidosamente en una fábrica de clientes [*sic*].[6]

Esa violación no es una metáfora, pues Matteo Renzi llegó a exigir que se perforara una pared del Palazzo Vecchio para extraer un supuesto «fresco perdido» de Leonardo da Vinci, tapado por una obra de arte posterior perfectamente real: un verdadero atentado contra el patrimonio, perpetrado «con el único fin de alimentar su mito personal y convertirse en el fetiche de un *supermarketing* turístico»,[7] afortunadamente impedido por la tenacidad de las autoridades encargadas de la preservación del patrimonio.

El evangelio de la belleza según Matteo está escrito en la neolengua de la mercadotecnia. Sus lemas son la emoción, el acontecimiento, la transgresión. Renzi escribe en su manifiesto programático:

> Desde luego, la cuestión económica es decisiva. Y el problema del acceso al crédito será aún más decisivo en los próximos meses para las familias y las empresas. Pero nosotros necesitamos otra cosa. Reflexionemos: ¿qué es lo que nos une, nos hace soñar, nos vincula? ¿Qué es lo que hace de nosotros un pueblo y no un conjunto de personas? ¿Qué es lo que nos constituye como la patria de la belleza y no como el reino de la vulgaridad?[8]

Respuesta: el sueño, la emoción, cierta manera de experimentar las cosas en común. Renzi dio a su libro un subtítulo elocuente: «La revolución de la belleza de Dante a Twitter».

Renzi revoluciona en Italia la estetización de la política en la era de la mercadotecnia y de las redes sociales. Aboga por una belleza nueva que mezcle los cánones del antiguo y del nuevo mundo, las «curiosidades» de la historia del arte y los beneficios del turismo, el Ponte Vecchio y Ferrari, siguiendo el ejemplo de la «cabalgata Ferrari», acontecimiento que organizó en junio de 2013 en el Ponte Vecchio, cerrado al público para la ocasión.

Al leerlo, no se sabe si hace el elogio de la belleza o de la estupidez. Los títulos de los capítulos, dignos de un Flaubert florentino, ayudan a resolver la cuestión: «Dante y el lenguaje de izquierdas», «Miguel Ángel y el servicio público», «Brunelleschi y la meritocracia», «Américo Vespucio y la fuga de cerebros»… La neolengua de la «belleza» gestora es el fruto del encuentro, no del todo fortuito, en la *piazza* del Duomo, de la «nueva economía», la mercadotecnia, la gobernanza, las industrias culturales y lo digital.

La reivindicación de un «nuevo estilo» atañe una vez más a la construcción de una imagen. De todos modos, el *branding* de la belleza, incluso apoyado por la imagen de Florencia, ciudad de arte, no bastaba, no servía más que como base. Renzi necesitaba además un relato coherente, una *narrazione* capaz de cambiar la imagen que los italianos tienen de sí mismos. El *stil novo* apelaba al refuerzo de un *storytelling*… Había que pasar del diseño de sí al estado siguiente, el diseño de la experiencia. El «relato» sucede a «la belleza» en la revolución renziana.

En septiembre de 2014, el nuevo presidente del Consejo se apresuró en manifestar a sus anfitriones estadounidenses, durante un viaje a Silicon Valley, cuáles eran sus intenciones:

> Debo cambiar a toda costa el *storytelling* de Italia. ¿Cuál es el problema en Italia? El *storytelling* de los medios de información —y no solo de ellos— es muy claro: todo va mal. En Italia, contar una historia es una pesadilla. En Estados Unidos, el *storytelling* es un sueño compartido. Me he comprometido con el cambio, pero la necesidad prioritaria es volver a dar esperanza a la gente.

¿Acaso no había dicho el 2 de junio de 2014, en el Festival de la Economía de Trento: «¿La primera medida económica que hay que adoptar? Cambiar el *storytelling* de Italia. […] Dejar de decir que todo va mal en el país y desarrollar un relato positivo»?

Un año antes, en diciembre de 2013, Matteo Renzi había obtenido la victoria en las elecciones primarias del Partido Demócrata. Un triunfo con visos de revolución ciudadana. Apenas elegido secretario nacional del Partido Demócrata, forzó la dimisión del presidente del Consejo, Enrico Letta, surgido de las filas de su propia formación, y ocupó su lugar. Así fue como se convirtió en el jefe de Gobierno más joven de la historia de Italia. Al cabo de diez meses, la decepción se había apoderado de sus seguidores. Se multiplicaban las huelgas. En la Leopolda de 2014, el encuentro anual de los seguidores de Renzi, dio la impresión de ser un viejo cantante melódico que repetía treinta años después de Ronald Reagan que el Estado no era la solución, sino el problema. Las elecciones regionales parciales del 23 de noviembre de 2014, en Calabria y Emilia-Romaña, estuvieron marcadas por un alto índice de abstención (63 %): una «huelga general del voto», según el politólogo Roberto Balzani. Nada más terminar las elecciones, el escritor Roberto Bui, miembro del colectivo Wu Ming, declaraba:

> Yo no soy un politólogo, sino que me ocupo de la narración. Por lo tanto, no puedo pronunciarme sobre la recomposición de la izquierda ni sobre la crisis que padecen los partidos políticos. En cambio, de lo que estoy seguro es de que el *storytelling* renziano está en crisis. No basta con la retórica de lo nuevo: los conflictos sociales han hecho fracasar su modelo narrativo.[9]

Quien quería cambiar el *storytelling* de Italia tuvo que cambiar su propio *storytelling*… Debía pasar del *storytelling* de la conquista al *storytelling* del Gobierno. Y, para Renzi, ahora había que «gobernar» durante un largo tiempo. «Gobernar», es decir, correr, cada cual por su calle, hasta el agotamiento.

El maratón es una prueba de resistencia. Si la metáfora del maratón expresa una verdad sobre la conquista y el ejercicio del poder, es precisamente porque el político está sometido a una prueba de resistencia. Una resistencia particular y casi cómica; jamás debe cesar de ser «prometedor». Debe hacer durar la promesa de un cambio postergando sin cesar el momento de realizarlo. Debe regular su entrega física durante el tiempo de carrera, adaptarse a los accidentes del terreno, prever las reacciones de desánimo que pueden acometerle en su empeño. Pero eso nada tiene que ver con el oportunismo. Bien al contrario, se trata de tenacidad: persevera, persiste y, sobre todo, debe velar por conservar su potencial para mantenerse en la carrera.

¿Cómo justificar el hecho de que las promesas no se mantienen sin perder por ello todo el crédito? Aplazando sin cesar el momento de cumplir la promesa, el momento de la verdad.

Lógica del retraso, táctica de temporización: se trata de ganar tiempo en una carrera de lentitud entre la promesa y los actos, de elevar nuevos obstáculos y nuevas medidas para superarlos; en resumen, de no dejar de ser prometedor.

En adelante, el crédito del político se indexa a dos escalas de valor estructuradas y sincronizadas en su antagonismo: la confianza de la opinión pública, medida por los sondeos, y la solvencia de la deuda, determinada por las agencias de calificación. ¿Cómo satisfacer a las agencias de calificación, que determinan el coste de la deuda, sin defraudar las esperanzas de los electores, que te confían el poder? Este es el singular maratón que corre el *homo politicus* neoliberal: el maratón de las promesas suspendidas. Debe prometer el cambio sabiendo perfectamente que no puede cambiar gran cosa a causa de los mercados financieros, de la mundialización neoliberal, de la construcción europea, de las agencias de calificación. Debe ser siempre una promesa, si quiere conservar el poder, mientras que el ejercicio del poder lo condena a no cumplir la promesa hecha a los electores.

«¿Cómo ser siempre una promesa? Este es el dilema», analiza el filósofo Michel Feher.[10]

> La retórica es siempre la misma: se trata de decir a la gente que su país es magnífico, que tiene talentos y reservas inmensas, pero también bloqueos, obstáculos. Basta con eliminarlos para liberar a la juventud, la energía, la innovación, el crecimiento. Eso es lo que justifica la retórica del «obstáculo». Sarkozy tenía sus tabúes [tabúes que entorpecían la marcha de Francia]. Renzi y Valls tienen sus obstáculos. Esos «obstáculos» no son más que los vestigios del Estado-providencia. La dificultad estriba en el hecho de que, desde 1979 y la revolución neoliberal de Thatcher/Reagan, los pilares ya están asentados. Se trata, por lo tanto, de encontrar una y otra vez nuevos obstáculos para hacerlos saltar por los aires. Anular la regla, acabar con la ley del silencio, hacer saltar los obstáculos sin cuestionar las verdaderas normas, fijadas por las agencias de calificación y la Comisión Europea… No es un azar que el último proyecto de ley de Renzi se llamara «Sblocca Italia» (Desbloquea Italia), ni tampoco, podríamos añadir, que el proyecto de ley de Macron se haya presentado afirmando que su objetivo es «liberar el crecimiento».

Para conservar su crédito durante el mayor tiempo posible entre dos elecciones, el político que está al frente del país debe retrasar, por lo tanto, durante el mayor tiempo que le resulte posible el cumplimiento de la promesa, multiplicando los obstáculos o los impedimentos que justificarán su falta de realización. El modelo es aquí menos la novela por entregas o la serie de televisión que el videojuego y sus «niveles». En cada nivel, el jugador tiene una puntuación, que es el crédito almacenado o el descrédito infligido, lo que en los videojuegos se llaman «vidas».

El actor político atraviesa una serie de pruebas en las que debe afrontar obstáculos y eliminar impedimentos, perdiendo vidas o popularidad en los sondeos. Dispone de un crédito, es decir, de un capital inicial de simpatía acumulada en el momento de su elección, que disminuirá durante el ejercicio del poder, pero que nunca debe agotarse por completo si quiere seguir «en el juego». La originalidad de ese juego del descrédito reside en que es el jugador, el «actor político», quien debe inventar los obstáculos que aparecerán en su camino, hacer surgir él mismo las trabas que deberá desbloquear para abrir la puerta de sus promesas. Es un juego en el que gana quien pierde, porque no se trata de cumplir sus promesas, sino, precisamente, de aplazarlas.

Desde la crisis de 2008, todos los Gobiernos padecen de descrédito. El ejercicio del poder consiste también en gestionarlo. Para captar la atención no basta con relatar una buena historia. Hay que crear y mantener una forma de suspense, sincronizar el tiempo político y el tiempo mediático, controlar las imágenes, hacer la «pedagogía del cambio», que los electores

saben cada vez más ilusoria, pues se la pospone y carece de horizonte, dado que el horizonte ya no se sitúa en el marco del Estado; en resumen, se trata de realizar una actuación compleja, prácticamente imposible de lograr con el paso del tiempo. ¿Qué está en juego en esa actuación? Conservar tu crédito o, al menos, mantener tu descrédito en unos límites aceptables. ¿Quién decide tal cosa? Por una parte, las agencias de calificación; por otra, los sondeos de opinión, y, en última instancia, las elecciones.

Renzi había prometido cambiar Italia en cien días a un ritmo de una reforma al mes. Cuando asumió el cargo de presidente del Consejo en febrero de 2014, inscribió su acción en los mil días siguientes, cuando no evocaba un horizonte de diez años. Si el *storytelling* de su conquista del poder había puesto en primer plano la «velocidad» de ejecución (ciertos comentaristas habían hablado de un «velocismo» renziano), el *storytelling* de gobierno reposaba en la estrategia de la temporización, del retraso: #passodopopasso (#pasoapaso) se convirtió en el *hashtag* de sus seguidores y en el título de una página web gubernamental que detallaba la agenda de las reformas.

«Cuando se le hacen objeciones sobre el proyecto de reforma electoral», analiza David Allegranti, periodista que ha seguido el ascenso de Renzi desde sus comienzos, «ya está en otra parte, lanzado a la reforma del Código Laboral; al día siguiente, alguien critica el *Jobs act* [la ley laboral] y se saca del bolsillo el texto de la reforma del Senado…»,[11] etcétera.

Giuseppe Civati analiza:[12]

> Renzi no respeta sus promesas, añade sin cesar nuevas promesas a las que ya ha hecho. No cree en la moralización del país, no pretende favorecer un cambio político o cultural real. Su visión es cortoplacista, sus compromisos nunca son apremiantes (*no building commitments*); jamás escribe (la tradición oral permite cambios rápidos y súbitos). Se lo percibe como un líder transversal, y a veces incluso transformista, que se desplaza más allá de la línea izquierda/derecha. El personaje padece ya cierto desgaste, pero es muy hábil y sabe sorprender, desplazar el problema a otra parte, cambiar de escenario.

De anuncio en anuncio y de transgresión en transgresión, Matteo Renzi ha franqueado en diez años todas las etapas que separaban al joven elegido local por la Toscana al cargo supremo: la presidencia del Consejo. «Después de pasar algunos meses al frente del Gobierno», concluye Davide

Vecchi, autor de *L'intoccabile Matteo Renzi. La vera storia* (El intocable Matteo Renzi. La verdadera historia),[13] «daba la impresión de que ya no sabía a dónde quería ir. Un marino desorientado que ha perdido el rumbo». *Lost in transgression…* «Si la reforma laboral no da resultados a tiempo e Italia continúa a la cola de Europa […], el castillo de naipes [de Renzi] podría derrumbarse de modo definitivo», alertaba el periódico *La Repubblica* en enero de 2015. Fue lo que pasó.

El 5 de diciembre de 2014, la agencia Standard & Poor's bajó la nota del país y la hizo pasar de «BB» a «B-», es decir, el nivel más bajo de un país desarrollado. Italia se hundía en la recesión. Aunque calificaba de «progreso» la reforma laboral, temía que el proyecto de ley encallara en el Parlamento, al mismo tiempo que el desempleo había alcanzado su nivel récord en octubre (13,2 % de la población activa, y 44 % entre los jóvenes). S&P expresaba sus dudas sobre la capacidad de Renzi de reformar Italia.

Tras dos años en el poder, Renzi el Rottamatore no había demolido gran cosa del sistema ni de la corrupción que fustigaba cuando avanzaba hacia el poder; muy al contrario, se había convertido en el mensajero de los valores dominantes que del norte al sur de Europa llaman a las mismas políticas de austeridad, a las mismas incesantes «reformas estructurales», consistentes en desmantelar los últimos vestigios del Estado (del bienestar). Había pretendido demoler la vieja izquierda y se había convertido en el intérprete de la derecha neoliberal.

Italia es un laboratorio político extraordinario. Berlusconi anuncia a Trump. Los contables Prodi y Monti prefiguran el quinquenio de François Hollande, Renzi sirve de modelo a Valls y Macron, que observan sus experiencias con lupa. La ley Macron (trabajo en domingo, reforma de los tribunales laborales, final de la penalización del delito de obstrucción…) parece malinterpretar ciertas disposiciones de la reforma italiana «Sbocca Italia», que Manuel Valls había hecho traducir enseguida al francés, como un ciclista se pega a la rueda de su rival en la ascensión de un puerto justo al final de una etapa. Renzi había logrado ganarse a Schäuble, ministro de

Economía alemán, preguntándole qué podía hacer para ganarse su confianza: «Reformar el mercado de trabajo», le había apuntado él; era lo único que quería. Había empleado la misma retórica ante una Angela Merkel que seguía utilizando el término de *pecadores* del déficit público (*Sünder*) para referirse a los Gobiernos griego, italiano, portugués y a otros deudores latinos, término también utilizado por el presidente de la Comisión Europea Jean-Claude Juncker cuando se trataba de hablar de Francia. Los Gobiernos debían responder al insulto con más reformas. Renzi suprimió el artículo 18 de la legislación laboral italiana, que establecía la reincorporación de los trabajadores en caso de despido en las empresas con más de quince asalariados. También Emmanuel Macron la emprendió contra el derecho social francés. El nombramiento de Manuel Valls en Matignon, en marzo de 2014, se produjo apenas unas semanas después del de Matteo Renzi en el Palazzo Chigi. Su estrella palideció al mismo tiempo. Y, a pesar de las apariencias, el verdadero sucesor de Renzi en Francia fue Emmanuel Macron. Lo que ocurrió en Italia prefiguró lo que sucedería en Francia a partir de mayo de 2017.

Yanis Varoufakis relata que, cuando era ministro de Economía en Grecia, en el primer semestre de 2015, un día se encontró, en el marco de una visita oficial a Italia, atrapado en la delirante circulación de Roma. Con humor cuenta que su convoy oficial, formado por varias limusinas y policías del Gobierno italiano, quedó inmovilizado, sin que lograra avanzar entre el embotellamiento. El cortejo solo producía, decía, «contaminación sonora, irritación por parte de otros conductores y vergüenza por la mía». A lo que añadía: «Al crear más ruido que sustancia, me recordaba los métodos del Gobierno de Matteo Renzi».

3

Desde la presentación de su candidatura, en noviembre de 2016, Emmanuel Macron instaló su campaña en un horizonte mitológico. No solo iba a embarcarse en una campaña electoral, sino también a producir una aparición transpolítica digna de la figura de Cristo. Con los brazos abiertos y adoptando el tono de un predicador, no dejó de inscribir su candidatura en el registro de lo fabuloso y lo legendario. Cuando los periodistas le preguntaban por su programa, no dudaba en afirmar lo siguiente: «Es un error pensar que el programa es el meollo de una campaña electoral… La política es mística, estilo, magia». Sus primeras palabras, la noche de su victoria, ofrecen un nuevo testimonio al respecto: «Todo el mundo nos decía que era imposible, pero no saben cómo es Francia», haciéndose eco de las palabras de Barack Obama en 2008: «Decían que era imposible, que este día no llegaría jamás…».

La escenografía para su entronización, la noche de su victoria, pretendía ser un objeto de culto desde la primera imagen: el nuevo presidente de la República, a solas, su silueta caminando a paso lento en la noche hacia la pirámide del Louvre al ritmo de *La oda a la alegría*, el himno de la Unión Europea, antes de subir a la tribuna. El patio de Napoleón para la historia, la pirámide del Louvre para la modernidad. La más bella perspectiva de París como horizonte de espera. Y la evocación de ese «momento determinante de la historia»… El coro de los comentaristas adoptó espontáneamente el léxico de la Revelación: palabras legendarias, hombre providencial, elección histórica.

Desde su elección llegó la hora del descifrado. Se comentan sus hechos y sus gestos, sus ritmos y su puesta en escena. Síntomas compulsivos de una democracia hechizada, que ha pasado de la era de la discusión y el disenso a la era de lo performativo y lo espectral. La

desecación de la simbología del Estado, la desacralización y la pérdida de aura de sus representantes, debidos al debilitamiento de la soberanía estatal, son el signo de una tendencia agravada por la revolución de las tecnologías de la información, que concluye en el nivel inferior un proceso de desacralización emprendido en el superior. Por una vez, la horizontalidad y la verticalidad van a la par y se mueven en la misma dirección: sustituyen el ritual y el protocolo por la «telerrealidad» del poder. El político se presenta cada vez menos como una autoridad legítima y pasa por ser un producto de la subcultura de masas, un artefacto.

«Ovni político», «Bonaparte» u «Obama»… En cuanto se produjo su elección, los comentaristas no supieron qué metáfora emplear para tratar de entender el fenómeno Macron. ¡Uno cuenta su «flechazo inmediato», otro su impresión de haber encontrado un personaje «a mitad de camino entre Pierre Mendès France y Antonin Artaud»!...[14] «Su victoria ha sido un acontecimiento casi poético», considera este mismo periodista. Su destino es el de un «hombre de Estado reconciliador», con el temple de «Enrique IV o de Bonaparte en el momento del Directorio», añade otro. La magia de Macron es un intento de volver a sacralizar la función presidencial, haciéndola bascular hacia un universo que no es el de la política, sino el de la gestión neoliberal.

La V República basaba su legitimidad en el encuentro entre un hombre de Estado y el pueblo. Macron basó toda su campaña en la conexión mágica con un público. Adiós a la confrontación de programas políticos en los que la gente de todas formas había dejado de creer; bienvenida la sacralización, la heroización de una personalidad carismática. Cuando el rey está desnudo y el poder es impotente, ¿en qué consiste entonces el ejercicio del Estado, el hecho de gobernar, sino en jugar de manera deliberada con las apariencias? Cuando la política se despuebla, hay que conectarse con la audiencia, que es la forma espectral del pueblo ausente. Una obligación susceptible de ser aceptada como una necesidad económica, a condición de parecer también un hecho cultural, una nueva moda o una novela… Lo cual es tanto más

complicado cuanto que el poder ya no se encarna en la figura del monarca que ostenta el «arte de gobernar», sino en la del gestor, mucho más banal: la figura común de quien conoce al dedillo la «gramática de los negocios».

¿Qué sucede con el ejercicio del Estado por parte de los gobernantes cuando el Estado queda «vaciado» por la mundialización de los mercados financieros, el carácter supranacional de los riesgos —de la ecología al terrorismo— y la gobernanza de las organizaciones internacionales y las redes transgubernamentales? Todos estos niveles (infra- y supraestatales) adoptan decisiones políticas, jurídicas, estratégicas y económicas fuera del marco del Estado, y a estas entidades no les preocupan en absoluto ni sus atribuciones ni sus prerrogativas. Al desregular las finanzas y desmontar el Estado, la revolución neoliberal de la década de 1980 precipitó al mundo a un universo de acontecimientos automáticos; participó en la absorción del espacio de la política por una multitud de instancias y, en primer lugar, por las grandes multinacionales, las instituciones y las autoridades independientes, condenando al político, que pronto deja de tener terreno firme en el que pisar, a simular lo que debería ser y lo que debería hacer, a reprogramarse sin cesar. ¿Qué significa conquistar el poder o perderlo en esas condiciones? ¿De qué poder se trata y de qué pérdida sino de un poder desprovisto de sus atribuciones y de una pérdida que no se resume en una derrota electoral, sino en un desfallecimiento que afecta al poder mismo, a la propia política?

Desde la década de 1990, la conjunción de un nuevo tipo de ideal político, inspirado por los valores gestores del neoliberalismo y por la telepresencia permanente de una oferta mediática sin interrupciones, explica la aparición de una nueva generación de políticos cuya identidad partidista no está marcada y cuyos lemas están menos sujetos a un programa que a una identidad de marca: así lo muestran los eslóganes «Forza Italia» (¡Vamos, Italia!) de Silvio Berlusconi, «Cool Britannia» (Una nueva Gran Bretaña) de Tony Blair o «Una España mejor» de Zapatero, a veces reducidos a una simple letra, a unas iniciales, a un logotipo: la «O» de Obama, el «Con Z de Zapatero» o en incluso el «EM» («En marche» [En marcha]) de Macron.

El *homo politicus* neoliberal debe ser capaz de adoptar diferentes papeles, de defender y aliar los contrarios, las versiones opuestas de su personaje. Se trata del famoso «al mismo tiempo» de Emmanuel Macron, tan repetido en sus palabras y sus discursos. La versatilidad es una ascesis. La virtud ya no puede «residir en la conformidad a las reglas» (que, de todos modos, son extrañas y contradictorias), sino en la flexibilidad: la aptitud para cambiar rápidamente de táctica y estilo, abandonar sin pesar sus compromisos y lealtades, aprovechar las ocasiones que se presentan conforme a sus preferencias personales. A partir de aquí, el desafío ya no estriba en seguir siendo uno mismo en un entorno cambiante, sino en transformarse sin cesar y en adaptarse a las circunstancias fluctuantes de la época. Debe encarnar el carácter precario, efímero, nómada y pasajero de toda actividad o construcción. Será modelable a placer, capaz de estilizarse, de renovar su aspecto sin cesar, en un proceso de *morphing* político permanente. Debe hacer campaña sin cesar. Anunciar la ruptura, el cambio. El objetivo consiste en volver deseable un nuevo tipo ideal, un nuevo género de «belleza», una belleza gestora que adopta los signos de la flexibilidad y del cambio. En la actualidad, tanto los políticos como las empresas intentan parecer «bellos a los ojos del observador de paso», es decir, de los fondos de pensión, los inversores institucionales, etcétera, dando la prueba de su capacidad para reformarse.

El novelista estadounidense Don DeLillo había presentido en la década de 1970 esta «ley» del neoliberalismo que iba a impregnar el mundo social y la vida política: la ley de la promesa diferida. En adelante se impone a todos, desde el simple ciudadano hasta el jefe de Estado, desde la más humilde *start-up* hasta la gran multinacional. Lo importante es sentirse al borde de algo.

> Necesitas sentirte al borde de un cambio maravilloso: tanto si ocurre como si no, lo importante es anunciarlo a la gente. «Estoy a punto de experimentar un cambio maravilloso, de hacer un truco fascinante.» Las fibras de todo su ser quedarán electrificadas, señor, cuando le diga lo que me propongo hacer.[15]

Es lo que ha entendido perfectamente Emmanuel Macron, que no ha dejado de apelar durante su campaña al cambio de «las caras y los usos». Macron es, junto a Renzi, el prototipo de ese *homo politicus* neoliberal que juega sin cesar al juego de la promesa diferida. Y lo hace con astucia. Es lo que denomina «la política de la oferta política». Adquiere un derecho preferente sobre el futuro. ¿Cómo? Anunciándolo: yo soy el que viene, dice simplemente. Iba a venir, un político iba a tomar la delantera, y eso bastó para que las personalidades políticas de los tres últimos quinquenios se unieran a su desenvoltura, felices por esa inesperada cura de rejuvenecimiento. Antiguos ministros de Jacques Chirac, jerarcas socialistas, exministros de François Hollande, figuras mediáticas como Bernard Kouchner o intelectuales parisinos como Bernard-Henri Lévy, e incluso el icono envejecido de Mayo del 68, Daniel Cohn-Bendit, se adhirieron al instante. Macron ha abierto un agujero negro por el que se ha lanzado la clase política. Se ha dejado aspirar, engullir por él. La noche de su victoria, Macron reapareció notablemente solo, en marcha, como un héroe vuelto de los infiernos a los que había precipitado a la vieja clase política, desacreditada a ojos de los franceses.

Emmanuel Macron no solo es el «*Rottamatore*», como se definía Matteo Renzi, el alborotador de la vieja Francia, sino también una lavadora. Ha blanqueado a todo el personal político desacreditado. La *start-up* Macron ha comprado a la baja algunas viejas glorias de los tres últimos quinquenios y las ha hecho desaparecer bajo la bandera de la Renovación. De ese modo ha blanqueado la desacreditada función presidencial. Con su movimiento *En Marche!* ha pulverizado el sistema de partidos. Pero también ha transformado la cultura política francesa al retomar por su cuenta los elementos de la monarquía presidencial, que es el régimen real de la V República, para traducirlos al código neoliberal. Terminar con el descrédito para volver a ser una promesa, exactamente como hace la mercadotecnia con las marcas que envejecen… La alquimia consiste en fundir el relato original de la marca y los signos del pasado en una nueva representación simbólica: los anglosajones aplican el término *rebranding* a esa refundición de una marca (y de su imagen) para volverla más atractiva.

Aquí tenemos el sentido del *rebranding* de la función presidencial operado por Macron. Un desplazamiento que equivale a una transformación. Del padre de la Nación al niño-rey. Del monarca al *performer* (el actor, el ejecutante). De la función a la ficción presidencial. Del Estado estratega a la *start-up* ágil. La escena de su entronización, la noche del 7 de mayo de 2017, fue el teatro de esa transformación, casi obscena, en el que la encarnación de la función presidencial cedió el paso a la exhibición de la persona del presidente. La fase espectral de la V República.

«Los zombis de las películas de terror», escribe el economista australiano John Quiggin, «tienen fama de ser duros de pelar. Como ya están muertos, son inatacables y avanzan implacablemente hacia sus presas. Las ideas zombis son igualmente resilientes».[16] Lo mismo ocurre con los principios que estructuraban la V República, tan profundamente anclados en las mentes, enseñados desde hace décadas en los institutos de estudios políticos y machacados por los editorialistas, que se han vuelto inaccesibles a la experiencia y a la crítica. Aunque son ideas muertas —es decir, no se refieren a nada en la realidad y han sido multitud de veces desmentidas por las evoluciones recientes—, siguen moviéndose; se desplazan siempre en tropel, al contrario que los licántropos y los vampiros. Rodean el pensamiento y a la larga se han vuelto inatacables por la crítica. Se reproducen entre sí como los zombis. Cabe distinguir al menos cinco ideas de esa clase, los cinco mitos fundadores de la V República. Van juntas y forman una representación colectiva del régimen político francés, siempre duradero, aunque esté desgajado de la realidad. Se trata del mito de la soberanía nacional (muy frágil en 1958 y en gran medida mermado por la construcción europea y la mundialización); del misterio de la elección de quién presidirá el destino de Francia, el llamado misterio del «encuentro de un hombre y un pueblo», forjado en las urnas, verdadera operación de transustanciación política que desemboca en el fenómeno de la «encarnación» (la imposible «presidencialidad», el impacto de los *selfies*,

las declaraciones a contrapelo de la imagen que uno se hace de un presidente); el dogma de la estabilidad gubernamental (resistente a las luchas entre tiempo político y tiempo mediático, citas electorales próximas y lejanas); la creencia en la primacía del poder ejecutivo, que ha terminado por situar al presidente en primera línea, la primera línea de la impotencia, dado que el poder ya no se ejerce a nivel nacional, reside en otra parte, y la función presidencial padece de pleno la desinstitucionalización del Estado, exactamente como las viejas monarquías se descomponen en rituales trasnochados, en formas agonizantes mucho antes de hundirse; por último, el milagro de la diarquía del Ejecutivo (el Elíseo como rostro del poder y el Matignon como su motor: el centro del poder administrativo que resplandece por todo el país, a través de una vasta red de funcionarios y servicios territoriales).[17]

Así pues, continuamos vinculados al Estado, al régimen. La V República se ha vaciado de sustancia, y su estado actual la arrastra a finalidades contrarias a aquellas que le habían asignado sus fundadores y contra las que, desde la izquierda, habían querido reformarla. Lejos de proteger su función, expone al presidente al descrédito. A falta de potencia para actuar, la monarquía republicana ya no ofrece más que el espectáculo de la soberanía perdida. El poder ya no tiene más que una función defensiva, preventiva y policial: anular, liquidar y borrar las huellas de su descrédito. Los gestos, las formas, los ritos del Estado-nación ya no son los signos de su potencia ni las figuras de su poder, sino los miembros fantasmas de un Estado amputado, privado de soberanía. Ya no es la Nación tan celebrada, sino simplemente una aluci-Nación.

No hay que lamentarse ni asombrarse de que el ejercicio del poder sea una experiencia decepcionante por naturaleza, pues para el recién elegido se trata de hacer la prueba de lo real, de medir la estrechez del margen de maniobra del que dispone, de hacer frente a la inevitable decepción de quienes te han apoyado y a la hostilidad de quienes has vencido. Desde la crisis de 2008, esta reducción de las ilusiones en contacto con lo real se ha

agravado. Todos los Gobiernos occidentales se enfrentan a un hundimiento de su credibilidad. En Francia, la Constitución de la V República protege al presidente de ese descrédito garantizándole lo que la opinión pública le niega: los medios para gobernar a lo largo del tiempo. Entonces, al margen de los estados anímicos de la opinión pública, los presidentes adoptan una pose ante la historia, que, sin duda, les hará justicia. A corto plazo, lo importante es asegurar su reelección, y para ello hay que estar en campaña durante la duración de su mandato.

Hay que situar la caída de popularidad de Emmanuel Macron en este contexto; no para relativizarla, sino para comprender lo que tiene de inaudito esa reprobación sin precedentes de la opinión pública. Se trata a la vez del fin de un régimen en el sentido político-institucional (el hiperpresidencialismo y el gran debilitamiento de los contrapoderes) y del agotamiento de cierto régimen de «creencia en la política», es decir, del crédito que se concedía a los políticos y a las instituciones políticas.

Desde luego, existen numerosas razones coyunturales que explican ese hundimiento. Sin embargo, todas ellas, de carácter político, económico y mediático, no bastan para explicar ese impresionante fenómeno en toda su amplitud y, sobre todo, celeridad, que ningún presidente antes de Emmanuel Macron había experimentado al poco de ser elegido (veinte puntos de confianza perdidos entre junio y finales de agosto de 2017, para empezar…). La erosión de su popularidad demostró ser todavía más rápida que la de Sarkozy y Hollande; tan repentina ha sido que podemos decir que no ha resistido a su propia elección. Ahí radica, sin duda, la clave del malentendido, surgido el día mismo de la elección, entre la interpretación mediática del acontecimiento y sus consecuencias reales en el país.

Mientras los medios de comunicación se embriagaban con el espectáculo de la actuación de Emmanuel Macron a los pies de la pirámide del Louvre, no es seguro que ese ejercicio de autoglorificación presidencial haya sido del gusto de las tres cuartas partes de los electores que no le habían votado en la primera vuelta. La puesta en escena, tan tendente a la glorificación, se percibió sin duda como prematura, y atestiguó un desfase entre el énfasis del nuevo poder y la lucidez de quienes sabían que no se pueden esperar grandes cambios por parte del poder. Lo que vino a

continuación confirmó la impresión de malestar. El Congreso reunido en Versalles, la gran pompa de la acogida celebrada por Macron para recibir a Putin y la recepción de Trump el 14 de julio de 2017 ensancharon la brecha entre la elite macroniana y el país. Se vio perfectamente que el efecto deseado era adquirir el aura de jefe de Estado por contacto con los «Grandes» de este mundo. Por desgracia, el aura, como el carisma, ni se fabrica ni se transmite solo por contacto. Y era arriesgado especular con el magnetismo de Donald Trump, contar con el hecho de que su figura pudiera servir para conquistar la condición de «grande» entre los Grandes. A partir de entonces, el hiato se ha acentuado.

Este presidente, elegido por su juventud y porque ofrecía la esperanza de una renovación de la vida política, se vio afectado, al cabo de pocas semanas, por todos los defectos de la vieja política. Aquí tenemos a un hombre que quería desmarcarse de las derivas, opuestas entre sí, de los dos últimos quinquenios: Sarkozy «hacía» menos de presidente que de personaje de la alta sociedad, era transgresor y chapucero; Hollande, para llevar la contraria a su predecesor, se revistió de una inmovilidad de momia, de una normalidad que llegó a resultar banal. Los dos echaron a perder su «encarnación», si damos crédito a los periódicos y a sus comentaristas políticos. Los dos fueron expulsados del *loft* presidencial al cabo de poco tiempo. Terminaron su mandato, pero el pueblo francés no quiso que volvieran. Ni el uno ni el otro lograron acceder a esa dimensión supraindividual propia del soberano.

Emmanuel Macron, que había podido observar a François Hollande día tras día, desde 2012 hasta 2014, en la Secretaría General del Elíseo, entendió bien la crisis de autoridad del Estado. Apenas elegido, no dirigió sus esfuerzos a «recargar» el viejo simbolismo monárquico, con sus estudiados rituales, para devolver a la función presidencial su lustre de antaño. Al contrario que sus predecesores, había comprendido que no se trataba tan solo de «hacer de presidente», sino de reajustar todo el dispositivo de representación del poder. De la pirámide del Louvre al

Congreso de Versalles, asistimos a esta aspiración un tanto ingenua a las alturas, a una búsqueda quijotesca de verticalidad, cuya torpe metáfora es la «presidencia jupiterina». Nada es menos seguro que sus esfuerzos se hayan visto coronados por el éxito, pero hay que situar su intento de rehabilitación en su justo lugar, si queremos comprender su fracaso o las resistencias con las que se ha encontrado.

> Ya sabe usted que el presidente, que tiene varios cuerpos, es constitucionalmente el garante de las instituciones, de la dignidad de la vida pública. Ahora bien, esta responsabilidad simbólica no atañe ni a la técnica ni a la acción: es de orden literario y filosófico.[18]

Esto declaró Macron algunas semanas antes de la primera vuelta, invocando la clave de la encarnación, la supuesta doble dimensión del cuerpo del «rey», que, sin duda, debe a una lectura un tanto apresurada del célebre libro de Ernst Kantorowicz. ¿En qué consiste exactamente esa doble dimensión?

Sabemos que la antigua estilística real —lo que hoy en día llamaríamos la comunicación—, tal como se elaboró en Inglaterra, se concibió a partir de la doctrina de la doble naturaleza del cuerpo del rey, a la vez humano y sobrehumano, mortal y garante de la continuidad del reino. (El rey no moría: «El rey ha muerto, ¡viva el rey!», se proclamaba en el reino de Francia.) Ese doble carácter inspiró una auténtica estilización de la persona del rey, de sus vestidos, de sus insignias, y se plasmaba en sus rituales de aparición y las ceremonias que se celebraban en su presencia. Kantorowicz traza en sus eruditos estudios la larga genealogía del Estado moderno, cuyas fuentes rastrea en la teología política medieval, modificada en el Renacimiento. Destaca en especial la antigua concepción del reino, vasto cuerpo único del que el rey (la persona del monarca, física y metafísica) es la cabeza. A Macron no le pareció adecuado plantear el comentario de Kantorowicz a modo de valoración del Estado real en la época moderna: «Hay que decir que fue en esas aguas salobres en las que el nuevo misticismo estatal encontró su fundamento y su lugar de residencia».

En *Le portrait du roi* (El retrato del rey), Louis Marin, filósofo e historiador del arte, reanudó la investigación de Ernst Kantorowicz y decidió preguntarse por la doctrina de la «transustanciación de un individuo

en monarca» en el caso de un rey francés, el soberano por excelencia, a saber, Luis XIV. Analizando un buen número de objetos y discursos que marcaron su reinado —trátese de la historia oficial, de los elogios pronunciados, de la medalla del rey, del palacio de Versalles o de sus divertimentos— en relación con el dogma teológico de la Eucaristía (el cuerpo de Cristo), Marin destaca el modo en el que se instituye en Francia el fantasma del cuerpo único del rey, cuerpo glorioso e inmortal, imagen del poder ilimitado. Todas las reflexiones políticas sobre el Estado, sobre el poder político, de Maquiavelo a Clausewitz, pasando por Hobbes, giran en torno a la cuestión del poder terrenal, de su legitimidad (¿quién es el representante de Dios en la Tierra?) y del empleo de la fuerza. El ejercicio de la fuerza ha de ir acompañado por su contención, por su moderación. Esta moderación pasa por un distanciamiento, por una representación. Por lo tanto, la fuerza debe exhibirse, ser objeto de representación, para no tener que ejercerla. Esa es la función de la simbología real, propagada por las insignias y la moneda, por los relatos y la pintura oficial: implantar en todas partes, por medio de sus signos, la evidencia manifiesta del poderío del rey. No hay poder sin dispositivo de representación. Y eso, *a fortiori*, en un régimen de poder absoluto. «La representación y el poder comparten la misma naturaleza», escribe Louis Marin, en lo que constituye otra manera de ofrecer una definición del poder.

Aplicado a la situación actual del Estado francés, su análisis nos permite comprender en qué medida la mundialización neoliberal ha atentado contra el andamiaje de la soberanía estatal, no solo en la dimensión efectiva del poder y de su ejercicio (el espacio de la soberanía), sino también en su dimensión simbólica. El desecamiento del simbolismo del Estado —la desacralización y la pérdida de aura de sus representantes— es una tendencia antigua que la revolución de las tecnologías de la información y de la comunicación ha agravado. El Estado había sido sacralizado por arriba, desde su recreación en la Europa occidental, a partir del siglo x; después se había iniciado un movimiento de desacralización, acontecido en Francia con toda seguridad después de la Revolución, que

termina abajo, ante nuestros ojos. El político convertido en presidente, lejano descendiente del monarca, queda ahora al mismo tiempo deshumanizado y desacralizado.

En la entrevista que concedió a la revista *Le Point* a finales de agosto de 2017, después de los cien días de rigor, Emmanuel Macron no dudó en reivindicar el poder absoluto de un Luis XIV, «que había estructurado un poder central asentado en una monarquía absoluta perfectamente descrita por Saint-Simon: la sociedad cortesana».[19] El general De Gaulle concibió la V República como una monarquía republicana para acabar con «una querella de ciento sesenta y nueve años» y que agitaba a la nación regicida: ¿se necesita un personaje soberano para dirigir el Estado o no? «En virtud de la Constitución de 1958, el presidente de la República no es solo un actor de la vida política, sino su clave de bóveda. En arquitectura, cuando la clave de bóveda está mal colocada, todo se hunde»,[20] declara una vez más Macron, para justificar la forma deseada y conferida al régimen, a saber, la de la monarquía republicana.

Macron no ha escatimado esfuerzos para reencontrar, bajo la tela presidencial un tanto arrugada que le ha dejado François Hollande, la dimensión simbólica, sobrehumana, del cuerpo del rey, sin la que no hay autoridad real. Por desgracia, la encarnación no se decreta. El puro voluntarismo no servirá para restablecer la fuerza simbólica. La situación resulta tanto más patética en el caso de Emmanuel Macron cuanto que se esfuerza en llevar a cabo esa restauración en nombre del neoliberalismo, que barrena y echa por tierra el poder estatal y su legitimidad misma desde hace decenios.

Si la función presidencial ya no es creíble, es porque hemos pasado de la soberanía a la gobernanza, del Estado-nación al Estado *start-up*, y del padre de la nación al gestor ágil. Emmanuel Macron es el mensajero y el representante histórico de ese cambio. Una vez elegido, ha querido realizar la función, encarnar la autoridad, ejercer el poder con majestuosidad. De hecho, ha creado una contradicción entre los tipos ideales de una gobernanza «moderna» o, al menos, contemporánea: movilidad, agilidad, velocidad y autoridad (o autoritarismo) rígida (o rigidificada). Hay en ello un vicio de forma que la opinión pública capta en el plano de la intuición.

La hegemonía neoliberal se impone en todas partes a la política; la gobernanza, a la autoridad. Como se trata de vasos comunicantes, el poder pasa del recipiente del Estado al de la Empresa que opera a nivel mundial. El gestor ha mudado en monarca, el liderazgo en autoritarismo, la inteligencia en arrogancia, la juventud en inmadurez… Y viceversa.

En esta mezcla de géneros, Macron se esfuerza en mantener un poco de la sacralidad de la función presidencial, y tras ella del Estado y de su gran cuerpo administrativo, ¡pero siempre en nombre de la gobernanza gestora! Él querría la gobernanza y la soberanía, la hegemonía horizontal y la sacralidad vertical. Querría reconciliar al general De Gaulle y al multimillonario Xavier Niel, el uniforme del militar bajo el aspecto del empresario de *start-up*.

Macron no ha logrado volver a dotar de credibilidad a la función presidencial; al contrario, sus esfuerzos han puesto de manifiesto todos sus defectos y su carácter anticuado. No se trata de errores de comunicación, sino de una falla en el dispositivo de representación.

En octubre de 2017, el periódico alemán *Der Spiegel* realizó a su vez una entrevista con Emmanuel Macron. Habló de Napoleón en Jena, descrito por Hegel como «el Espíritu del mundo a caballo».[21] Un año después de su elección, no quedaba más remedio que constatar que «el Espíritu del [nuevo] mundo» se había caído de su caballo.

Sin embargo, cabe preguntarse si todavía queda un jefe de Estado capaz de llevar el Espíritu del mundo a sus hombros. Nada hay menos seguro. Y no será la reunión entre Donald Trump y Emmanuel Macron celebrada en Washington en abril de 2018 la que podrá convencernos de lo contrario. Allí no se vio el Espíritu del mundo a caballo, sino telerrealidad versión rodeo en la escena política; no el héroe hegeliano que extiende su imperio sobre el mundo, sino dos individuos que discutían como adolescentes, empeñado el uno en humillar al otro hasta salirse con la suya.

Sin duda, ese es el único resultado concluyente de esa visita, que ilustró hasta lo caricaturesco el carácter paródico y casi histriónico de la «escena política» contemporánea.

La iconografía del encuentro Trump/Macron no deja lugar a dudas: Donald Trump ofició menos como el presidente de Estados Unidos que como el productor y el presentador del programa de telerrealidad *The Apprentice*, en el que antaño llevaba las riendas. En este caso, el «aprendiz» era Emmanuel Macron, presidente de la *Start-Up Nation*, que había venido a medirse no con otra *start-up*, sino con un presentador de telerrealidad. Macron se creía en posición de redimir a un presidente poco popular, pero fue Trump quien lo devolvió a su condición de *outsider* llegado a Washington para entrar en la corte de los Grandes. Quien creía haber construido una relación de fuerza a su favor con un apretón de manos fue tratado como el candidato del programa de telerrealidad, arrastrado ante las cámaras como un muchacho tímido, adulado en público como un niño, despojado de su caspa y de sus cálculos antes de ser presentado al jurado de los medios de información: «Ha de estar perfecto. Es perfecto», soltó el presidente de Estados Unidos.

Trump ofreció a Macron un anticipo de su extraña «diplomacia de película», como escribe en *The Guardian* Arwa Mahdawi, que transmite la opinión de un antiguo diplomático estadounidense:

> Trump adora el caos… Procura desestabilizar a sus interlocutores, hacerlos salir de su zona de confort, y después intenta dictar los términos. Con ello cree que puede tomar la delantera. Es el triunfo de la técnica sobre la sustancia.[22]

La escena inspiró un artículo hilarante de Adam Gopnik en el *New Yorker*, titulado «La cumbre Macron-Trump y el factor "cine"».[23] «Hemos visto», escribe Adam Gopnik, «a un hombre que sobreestima hasta tal punto su inteligencia que subestima el testarudo autoritarismo del hombre a quien intenta aconsejar». Gopnik habría podido citar al escritor polaco Witold Gombrowicz, que escribió lo siguiente: «Ninguna presión histórica podría inspirar palabras importantes a un hombre fijado en la inmadurez» y que «tiende a colar en bronce su propia inmadurez, imponer su indecisión, erigir su indeterminación en oráculo».[24] La obra de Witold Gombrowicz, que

narró la Polonia anterior a la guerra, la descomposición de las formas de la vida aristocrática y de la política, abunda en formas agonizantes, devoradas desde su propio interior por la «Inmadurez», la «Juventud», la «Inferioridad»; en resumen, por la grandeza deformada que no es más que payasada. Emmanuel Macron es en el fondo víctima de esa paradoja terminal que afecta a las formas políticas en descomposición: cuanto más imites la Autoridad, más infantilizado quedarás. Cuanto más te ciñas a la Forma, más humillado quedarás por ella. «Ninguna presión histórica», escribe Gombrowicz, «podría inspirar palabras importantes a un hombre fijado en la inmadurez»… Un hombre que «tiende a colar en bronce su propia inmadurez, imponer su indecisión, erigir su indeterminación en oráculo»… La idea no se podría expresar mejor.

Príncipe paradójico o contrariado, Macron quiere gobernar a lo grande, intenta crear una ilusión de soberanía, cuando no ostenta más que una soberanía ahogada por el corsé de las regulaciones europeas y colocada bajo la tutela de los mercados y las agencias de calificación. Reconozcámosle, al menos, una forma de idealismo o de ingenuidad: en lugar de ganar millones en un banco de negocios, ha elegido consagrarse a una causa perdida, la idea de un poder propiamente político en una escena política cuya descomposición ha precipitado él mismo. Si ha elegido dedicarse a la política en lugar de a los negocios, también es, sin duda, por ambición. Una ambición épica. Un deseo de novela. Ya conocemos la fórmula del joven Victor Hugo: o Chateaubriand o nada. Pero la literatura no es benévola con los impacientes. ¡Así que en este caso habrá que ser presidente o no ser nada! «Ser candidato a la presidencia es tener una mirada y un estilo. También un escritor tiene una mirada y un estilo. Mi mirada observa el lugar al que quiero conducir a los franceses»,[25] había declarado en febrero de 2017 al periodista literario que se interesaba en el candidato Macron.

Un idealismo fuera de lugar, que consiste en pretender escribir su propia leyenda, en convertirse en el narrador de sí. Y, para ello, el camino más corto consiste en volver heroica la función presidencial, pese a su creciente vacío de poder sobre las cosas. ¿Cómo entender si no sus numerosas declaraciones, antes de la primera vuelta, sobre la magia y los mitos, su atención casi obsesiva a la puesta en escena del poder, esa

voluntad feroz y casi infantil de construir su propio carisma y de adquirir ascendiente como quien hace que se enmienda?… Emmanuel Macron tiene esa creencia un poco ingenua de los niños, la de que basta querer para, en virtud de sus cualidades, crear esa alquimia: «¿Cómo se construye el poder carismático? Es una mezcla de cosas sensibles y de cosas intelectuales».[26]

El idealismo de Emmanuel Macron estaba doblemente fuera de lugar: consiste en pretender materializar la imagen ideal y como transfigurada de la sociedad neoliberal, una sociedad cuya promesa parece ser la de liberar por fin al individuo y hacerlo autor de su destino… En el plano de los hechos, una nueva serie de emprendedores y de *geeks* (fanáticos de la informática) encargados de alumbrar nuevos mañanas que cantan en nombre del mito de la autonomía individual, bajo la autonomía de uno solo, en su función presidencial reforzada. ¿Cómo elevar y sostener esa función en su posición de voladizo si no es inyectándole anabolizantes? Macron cree haber encontrado esos esteroides en la literatura. El príncipe que quiere encarnar es ese presidente aumentado. ¿Aumentado por qué? Por la literatura. ¡«Macron es Luis XIV y Blaise Pascal reunidos en un solo hombre», ha llegado a declarar Christophe Barbier, editorialista político de la cadena de televisión BFM TV![*] La novela como ascensor lírico, acelerador de experiencias, unificador del público. Se trata de ser el prisma francés a través del que las diferentes historias se reconocerán y se encontrarán.

A Gombrowicz lo fascinaba la infantilización y sus efectos paradójicos, que consideraba un mismo fenómeno de la psicología humana, al que dio en llamar «cuculización». En *Recuerdos de Polonia*[27] escribe:

> Soy el autor de la «facha» y del «cucul»; hice mi entrada en la literatura polaca bajo el signo de esos dos poderosos mitos. Pero ¿qué significa «pegar una facha» o «cucular» a alguien? «Pegar la facha» a un hombre es encasquetarle un rostro que no es el suyo, deformarlo… Y la «cuculación» es un procedimiento similar, con la diferencia de que consiste en tratar a un adulto como a un niño, en infantilizarlo. Como vemos, las dos metáforas se refieren al acto de deformación al que un hombre somete a otro.

Esta deformación es el puro resultado de la relación de fuerza entre ambos.

Trump y Macron son en cierto modo personajes de Gombrowicz, pertenecen al universo de su célebre novela *Ferdydurke*, la historia de un hombre adulto devuelto a su infancia. Mientras Macron se dedica a hacer cábalas, Trump pasa a la acción. Macron intenta devolver legitimidad a la función presidencial; Trump se las ingenia para rebajarla. Al negarse a presidencializarse, el estadounidense encarna la omnipotencia de quien nada debe a los códigos, a los ritos políticos o diplomáticos. La telerrealidad es la matriz de su éxito. Y su éxito es también el del triunfo de la telerrealidad sobre la política, con toda su gestualidad codificada, brutal y vulgar. A partir de ahora, la regla está clara: simulación integral. En cuanto se produjo la elección del 45.º presidente de Estados Unidos, Newt Gingrich, el pensador de la «revolución republicana» desde Reagan hasta Bush, pero también antiguo animador de los programas de Trump, no permaneció oculto: en la Casa Blanca, Trump iba a ser el productor delegado de una entidad llamada Gobierno de Estados Unidos. Tendría la responsabilidad de un inmenso *show* titulado «Dirigir el mundo».[28]

4

Así pues, aquí tenemos al «Espíritu del mundo» caído de su caballo, pisoteado y reducido a simples payasadas. Emmanuel Macron querría devolverle el lustre de antaño. Pero el *homo politicus* padece una desmitificación radical que lo arrastra a la espiral de un inexorable descrédito: de la encarnación de la función a la exhibición de la persona y de la exhibición personal a la carnavalización. El presidente intenta construir un poder carismático imprimiendo un carácter heroico a su destino personal y colocando lo novelesco en el núcleo de la aventura política.

¿De qué medios se vale? ¡De un gran relato! «En realidad, yo no soy más que la emanación del gusto del pueblo francés por lo novelesco», confió a la *NRF* en la primavera de 2018, él que, desde muy joven, se sintió «impulsado por la voraz ambición de los jóvenes lobos de Balzac».[29] Referencia que pertenece a un imaginario político anclado en el siglo XIX. ¿Cómo es posible proyectar la función presidencial en el siglo XXI acoplándola a un imaginario que tiene dos siglos de antigüedad?

Ese es el problema de Emmanuel Macron. Su proyecto mitográfico está limitado por una peligrosa contradicción: vestir al emprendedor de Rastignac. Pretende construir una *Start-Up Nation* con métodos monárquicos heredados del Antiguo Régimen, conciliar la verticalidad del poder y la neogestión, que preconiza una «jerarquía flexible y variable». Cruzar a De Gaulle con Xavier Niel. Rehabilitar la primacía de la política en nombre de un neoliberalismo que, justamente, pone fin por doquier al ejercicio del poder político.

Sin embargo, hay algo peor. Macron desea igualmente reinyectar el elemento novelesco dentro de la vida política en nombre de la revolución tecnológica, la del *big data* y el Gobierno por los algoritmos, que

precisamente está confiscando el espacio mismo de lo posible y neutralizando toda posibilidad de simbolización…

Se trata de una contradicción inherente al macronismo, a su lógica del poder. El asunto es de importancia y no se arreglará a golpe de anacronismos y oxímoron.

Macron pretende encontrar una nueva articulación entre política y literatura, devolver una nueva legitimidad a la política gracias a la literatura. No se trata de someter la política al albur de la literatura, sino de anexionar los poderes de la literatura al servicio de la política. Todo esto tiene la belleza de lo antiguo. Y muchos se han dejado atrapar por su discurso sin preguntarse lo que entiende el presidente escritor por política y literatura. «Nuestra sociedad necesita relatos colectivos, sueños, heroísmo, para que algunos no encuentren lo absoluto en los fanatismos o la pulsión de muerte.»[30] Emmanuel Macron «cree» en la «reconstrucción de un heroísmo político»…, que comienza con sus tentativas de dotar de un carácter heroico de nuevo cuño a la función presidencial.

¿Cuál es su concepción de la literatura y la política? Para Emmanuel Macron, las cosas son sencillas. La política es el consenso, el teatro de las reconciliaciones. «Somos un país único en muchos sentidos», confió a *Le Point* en agosto de 2017, citando a Braudel y Valéry, «un país de piedra caliza, de esquisto y de arcilla, de católicos, protestantes, judíos y musulmanes; un país que realmente no tiene equivalente en Europa, por todos sus contrastes». ¿Cómo integrarlos y reconciliarlos? Mediante la literatura. La literatura es el gran libro de relatos fraccionados. Todo el mundo tiene un lugar en ella, el rico y el pobre, el desempleado y el emprendedor, «los que han triunfado y los que no son nada». Para Macron, la literatura es el hilo que permite tejer el consenso al servicio de la Gran Nación. Su objetivo es reconciliar los relatos franceses, el Puy du Fou y la Comuna de París, Juana de Arco y el FLN. Incapaz de pensar o de percibir siquiera la conflictividad, tiene una visión ilustrada de la historia: una colección de viñetas que simplemente hay que saber ensamblar. Incapaz de pensar lo trágico y lo irreconciliado, pese a lo que dirá, al cabo de unos meses… Raymond Aron reprochó ya a Valéry Giscard d'Estaing desconocer lo trágico de la historia y de la política. Pues la política es el

disenso, y la literatura el parlamento de un pueblo que falta. De Rabelais a Genet, pasando por Flaubert y Proust, la novela francesa está en guerra con la novela nacional. Con toda la razón. Jamás podrá hablarse de la centralidad de la literatura.

Emmanuel Macron es sabedor de ese peligro. Tiene una idea para conjurarlo: reemplazar la aventura colectiva por su propio destino político: «A los franceses no les gusta que la política se reduzca a la técnica, o se convierte en politicucha», vuelve a filosofar en abril de 2018 para la *NRF*. «Les gusta que haya una historia. ¡Yo soy la prueba viviente!»,[31] afirma, concluyente y como ebrio de sí mismo. Así pues, se invoca a la literatura para que acuda al rescate de un poder vacilante, para reforzarlo, para que sirva como puntal de una construcción simbólica que cojea.

El ejercicio del poder no es ajeno a la encarnación, repite de modo incansable. «Estas dos dimensiones entran en tensión cuando no hay una historia, un drama, cuando la sociedad no siente que el destino está en juego.»[32] Y los acontecimientos solemnes deben contribuir a atiborrar aún en mayor medida al presidente. ¿Por qué no instituir una ceremonia que ponga en escena su discurso presidencial? ¿Una ceremonia anual, ante todos los representantes electos de la nación? A comienzos del mes de julio de 2018, por segunda vez desde su elección, Emmanuel Macron se dirigió a Versalles para pronunciar ante las dos asambleas reunidas en Congreso lo que podríamos denominar su discurso de entronización… Estamos ante una forma de intervención tomada de la tradición británica, de su democracia parlamentaria en una monarquía constitucional, en la que el primer ministro, aunque es nombrado por la reina, constituye la emanación del Parlamento. A menos que no se trate de una imitación del discurso anual sobre el estado de la Unión ante el Congreso de Estados Unidos. Recordemos que, en el sistema estadounidense, el Congreso dispone de un poder de control del Ejecutivo que no tiene equivalente en la Constitución de la V República.

Al margen de lo que diga Emmanuel Macron, el ritual que ha instaurado, con sus aires monárquicos, nada tiene de ejercicio democrático. No se dirige a reforzar el poder de control del Ejecutivo por parte del

Parlamento y del Senado, sino a restaurar en el plano simbólico la función presidencial en el momento en el que Macron parece debilitarse ante la opinión pública (una serie de sondeos atestiguan una creciente desafección).

Volver a la grandeza monárquica es una tentación propia de los períodos de restauración. En la *Start-Up Nation* de Emmanuel Macron, la maniobra adopta el sentido de una operación mercadotécnica que se propone refundar la «marca» presidencial retomando su discurso sobre los orígenes.

Y no hay por qué ver en ello una metáfora: en mayo de 2018, la presidencia había procedido a la presentación de la marca «Elíseo-Presidencia de la República», seguida de una licitación pública para valorizarla.

El *timing* (control de los tiempos) es tan importante, al menos, como las imágenes. Estados Unidos ofrece un ejemplo a este respecto. Hace unos años (en 2002, concretamente), cuando le preguntaron sobre la entrada en guerra de Estados Unidos contra Irak y en qué momento se produciría, el jefe de gabinete de G. W. Bush, en aquel entonces presidente, dijo sin ambages: «Desde el punto de vista del *marketing*, no se lanzan nuevos productos en agosto». Había que preparar a la opinión pública estadounidense para la invasión de Irak. Bush conmemoró con un discurso el primer aniversario del 11 de septiembre de 2001, se alquilaron tres barcazas para llevar al equipo presidencial a los pies de la estatua de la Libertad, iluminada de abajo arriba por potentes proyectores. La escena no había sido menos poderosa que el discurso presidencial pronunciado dos semanas antes, el 15 de agosto de 2002, en un marco de excepción: Bush había hablado de forma solemne sobre la «seguridad nacional» a los pies del célebre acantilado del Monte Rushmore, donde están esculpidos los rostros de Washington, Jefferson, Roosevelt y Lincoln. Durante su discurso, las cámaras de televisión se habían colocado en un ángulo que permitía filmar a George W. Bush de perfil, de manera que su cara se superponía a la de sus ilustres predecesores… Michael Deaver, que había puesto en escena en 1980 la declaración de la candidatura de Ronald Reagan, con la estatua

de la Libertad al fondo, hizo el siguiente análisis: «[Los consejeros de Bush] entienden la imagen como nadie lo ha hecho. Han entendido que lo que rodea la cabeza es tan importante como ella».[33]

Desde este punto de vista, las imágenes de la intervención del presidente Macron ante el Congreso en Versalles ofrecen un ejemplo perfecto de encuadre simbólico. Algunos planos de la retransmisión realizada por los servicios de la Asamblea Nacional tenían el objetivo de incrustar la imagen del jefe del Estado en uno de los cuadros de la sala, pintado por Auguste Couder, en el que se representa la apertura de los Estados Generales en Versalles el 5 de mayo de 1789. Ejemplo perfecto de encuadre simbólico que hace dialogar dos momentos de la historia, dos regímenes políticos y también dos regímenes de ficción: dos grandes relatos, el gran relato monárquico y la epopeya revolucionaria…

A comienzos del verano de 2018, el aparato de comunicación presidencial intentaba no dejar nada al azar y extraer todos los beneficios posibles que una agenda rica en acontecimientos podía brindar a la imagen de Macron. Además, había que retocar esa imagen y borrar una serie de pasos en falso.[34] Había llegado la hora de que la suerte volviera a sonreír a Emmanuel Macron. Con su intervención ante el Congreso, la cosa estaba hecha. Había sumado tres triunfos en el póquer de la popularidad: Luis XIV, Robespierre y… Kylian Mbappé.*

Su discurso de Versalles fue seguido al día siguiente por la victoria de la selección de fútbol en las semifinales del Mundial. Una victoria cuya celebración enlazaría con la fiesta nacional del 14 de julio y terminaría con una marcha triunfal: la selección volvió a llevar la Copa Mundial a Francia, la exhibió en los Campos Elíseos y la condujo hasta el Palacio de la Presidencia, veinte años después del éxtasis multirracial de 1998.

Entonces, ¿qué tienen en común un discurso, un partido de fútbol y un desfile militar? ¿Qué une el fasto monárquico del Congreso en Versalles, el fervor popular que llegó desde el estadio Krestovski de San Petersburgo y el desfile del 14 de julio? Una profunda melancolía francesa, que nunca acaba de autocelebrarse y de gozar de la desaparición de su propio poderío convocando los signos del absolutismo, de la revolución y de la hazaña deportiva. Cuando esos signos variables convergieron en julio de 2018,

produjeron un momento de éxtasis colectivo. Un momento identificado con el significante «campeones del Mundo». En esa clase de momento, una nación cree reconocerse y reencontrarse a sí misma. Se invitó a todos los franceses a esa especie de éxtasis tricolor, fuegos artificiales de signos extraídos de tres fuentes de legitimidad: el rey, el pueblo y el deporte. Sin embargo, los dioses del estadio y el Ser supremo se encontraron en una escena política en plena descomposición. Apenas tuvieron un poco de tiempo para devolver algo de lustre a un poder desacreditado.

Norman Mailer describió a la perfección uno de esos momentos místico-políticos de fusión entre los misterios y los hechos. Enviado por la revista *Esquire* a seguir la convención demócrata en la que John F. Kennedy fue elegido candidato a las elecciones presidenciales de 1960, escribió un largo artículo titulado «Superman desembarca en el supermercado». En él describía la llegada de JFK a la convención de Los Ángeles, rodeado por la aureola de sus hazañas durante la Segunda Guerra Mundial, «reconocible por su bronceado de monitor de esquí» y la blancura de sus dientes, «visible desde cincuenta metros de distancia», una especie de encarnación del «espíritu del supermercado», «esa extensión homogénea de superficies inmaculadas e individuos psicoanalizados, de productos embalados y de pabellones estilo rancho, intercambiables, imposibles de situar geográficamente…».[35]

Mailer constataba el creciente abismo entre la vida política concreta, práctica e insípida hasta lo inaudito, y el inconsciente colectivo de los estadounidenses, cargado de deseos inexplorados, de sufrimientos y de frustraciones, pero también de sueños. El abismo no ha dejado de ensancharse, pese a los intentos cada vez más sofisticados y costosos de la comunicación política, dirigidos a dotar a la vida política del aura de un pseudoheroísmo. En efecto, ¿qué puede haber más alejado entre sí que esa tierra «donde la gente aún cree en los héroes» y el consumidor de supermercado embrutecido por la publicidad y la mercadotecnia a todos los niveles?

Mailer no se ocupaba de las cuestiones políticas de la convención, con su lote de intrigas de pasillo y de discursos manidos. Ponía en escena el encuentro inesperado de dos mundos, cuyo efecto resultaba imprevisible. Al hilo de este acontecimiento político, discernía un deslizamiento entre dos épocas y dos tipos ideales: el héroe romántico y el hombre masa, encarnado por aquella multitud de individuos «tan intercambiables como mercancías», cuya singularidad había quedado roída por la potencia de los comunicadores.

> No obstante, en ningún lugar como en Estados Unidos se ha experimentado con tal fuerza esa caída desde el hombre individual hasta el hombre masa. […] Sencillamente, esta nación era la tierra en que la gente creía aún en los héroes: George Washington, Billy the Kid, Lincoln, Jefferson, Mark Twain, Jack London, Hemingway, Joe Louis, Dempsey, Gentleman Jim. Estados Unidos creía en los atletas, en los contrabandistas de alcohol, en los aviadores; incluso en los enamorados, en la muerte de Valentino. […] El mito según el cual cada uno de nosotros ha nacido para ser libre, para ir de un lado a otro, para tener aventuras y para surcar los océanos, en el que se mezclaban elementos violentos, fragantes e inesperados, tenía una fuerza imposible de domesticar, pese a los intentos de los reguladores de la nación —políticos, matasanos, policías, profesores, curas, rabinos, ministros, ideólogos, psicoanalistas, constructores, ejecutivos e innumerables especialistas en comunicación— para sumir la vida moderna en la higiene y la salud mental, y para soltar sermones mediocres repletos de lugares comunes.[36]

Emmanuel Macron es sabedor del absoluto desencanto de la vida política. Sin embargo, al mismo tiempo, esa misma conciencia lo mueve a devolverle su impulso de antaño, a volver a dotarlo de su carga simbólica. ¡Júpiter apareció en el estadio de San Petersburgo! Intenta forjar un aura monárquica o una novela nacional a golpe de discurso y de apariciones públicas. Cree en la ilusión novelesca de la grandeza. Sin embargo, el presidente no parece comprender (o acaso ha olvidado) que las grandes historias son siempre aventura y obra de lo involuntario, como han mostrado Proust y Deleuze.

Las antiguas potencias coloniales, convertidas en provincias del mundo, tienen el complejo nacional de pretender restaurar la autoridad del relato (o su autoridad sobre el relato) por la fuerza. Para sentirla y expresarla, se necesitaba justamente a un provinciano. Macron no procede del extrarradio estadounidense, sino de la provincia francesa. No ha conocido la guerra ni la revolución y se ha criado en provincias, donde,

desde Flaubert, el hastío alimenta las pasiones románticas. El adolescente se imagina aventuras novelescas, se complace en la compañía de seres de tinta y papel, y padece de falta de realismo.

En el taller teatral del instituto, su voz y su corazón se inflaman con grandes monólogos, y el joven estudiante se ve dueño de un destino excepcional, de una vida novelesca. En su descargo hay que decir que no es el único. Desde el final de la guerra y la descolonización, la escuela republicana y los jesuitas han producido en serie generaciones de espíritus apasionados en exceso por la literatura, que aprueban los exámenes como quien gana una batalla, confunden el olor de la tiza con el de la pólvora, y que, desde lo alto de los estrados, creen elevarse al nivel de la historia universal. Enseguida se consideran un Julien Sorel, un Lucien de Rubempré o un Frédéric Moreau. Madame Arnoux nunca está lejos. Maduran bajo su mirada como bebés prematuros en una incubadora. Déficit de experiencia. Exceso de literatura. Más adelante, eso los lleva a emprender la carrera política como una disciplina «paraliteraria», como quienes fracasan en medicina y se orientan a profesiones paramédicas.

El mundo político francés está poblado de estos dobles novelescos, falsos Rastignac que se amontonan a las puertas de la gloria, sosias de Julien Sorel que han superado la fecha de caducidad de su modelo (veintitrés años). La mayoría se apartan de los libros y pasan a cosas serias, como la carrera y la familia. Y ya no hablan más de la cuestión. No todos llegan a presidente de la República. Ahí está el problema. Si Macron hubiera logrado entrar en la École normale supérieure, se habría convertido en escritor o en diplomático, o en investigador en el Centre nationale de la recherche scientifique, o en publicista en la multinacional Publicis, pero, al no conseguirlo, entró en la École nationale d'administration. Los franceses han aupado a la cabeza del Estado a una mezcla inédita de lo novelesco y lo administrativo.

Con Macron todo es novelesco, o todo debe serlo. Cree en el poder performativo de los relatos políticos. Se dedica a animar el teatro de la soberanía perdida. Como no es escritor, se dedica a escribir el relato de la Gran Nación enmudecida, y sueña con escribir la gran página europea que merece la Unión.

Sin embargo, desconoce las causas de ese mutismo, que le gustaría colmar por sí mismo. La soberanía es un proceso en dos tiempos: la capacidad para actuar del Estado queda redoblada por el simbolismo que rodea a la persona del soberano. La estrategia clásica pasaba por exhibir el retrato del monarca, relatar historias de la vida en la corte, imprimir su efigie en billetes de banco. Sus apariciones públicas, las ceremonias del poder, eran objeto de un control meticuloso. El simbolismo que rodeaba al rey o al presidente era el relevo indispensable del poder, la persistencia retiniana de la soberanía. El dispositivo de representación es lo que sostiene y mantiene la soberanía, lo que le permite presentarse en el espacio y el tiempo, es decir, en la continuidad del reino sin tener que manifestarse, que reafirmarse de modo incesante. La mundialización neoliberal y la construcción europea han dislocado esa doble realidad. El Tratado de Maastricht marcó en 1995 el fin del poder de emitir moneda, y la entrada en vigor del Tratado de Schengen, el de controlar las fronteras: dos de los pilares de la soberanía nacional desde el nacimiento de las naciones. A consecuencia de esa dislocación, toda acción se percibe como ilegítima, y la palabra del Estado y su signatura han perdido toda credibilidad. Como el Estado ha quedado sin prerrogativas, al jefe del Estado solo le queda contar historias. La gran historia nacional que se esfuerza en imponer Emmanuel Macron es la reconciliación de las memorias, la fusión de los relatos disociados. De ahí su sincretismo un tanto ingenuo, que da a su relato el aspecto de viñetas contradictorias entre sí pero bien yuxtapuestas.

Macron se compromete a poner de acuerdo a todo el mundo: los soberanistas de toda clase y los partidarios de la globalización, los sedentarios y los nómadas, los nostálgicos del Estado fuerte que exigen la vuelta de las fronteras y la salida del euro, y quienes entienden que se ha abandonado la idea de nación y todos los principios que se derivan de ella —el sistema democrático— para que la política se confíe a los expertos, a los mercados financieros, a los capitales. Por una parte, la resustancialización del Estado, por la otra, su disolución; por una parte, el voluntarismo nacionalista, por la otra, la deconstrucción neoliberal; por una parte, la regla, por la otra, la desregulación; por una parte, la quimera nacionalista, por la otra, la utopía globalizadora… Podemos elegir entre

petrificarnos o disolvernos. Esos dos frentes, esas dos máquinas, se oponen, se desafían con la mirada. Binarismo funesto en el que se consuma el fracaso de la política.

Si hubiera que resumir la búsqueda macroniana, podríamos calificarla de empresa mitográfica. Una empresa de alto riesgo. Este presidente pretende ser un alquimista, procede a un crecimiento problemático entre esencias heterogéneas, lo que remite a una forma de triangulación, no solo la triangulación política de los Blair o de los Valls, sino también una triangulación simbólica que recargaría o reformaría la vida «sin estilo» de la democracia gracias al estilo sin vida de la monarquía. Habría que fusionar la vida sin democracia de las oligarquías y el *demos* de la Revolución. Reanimar la vida mutilada, privada de héroes y de pasión, con el sol del heroísmo y del fervor popular de los estadios y las audiencias televisivas. Marx definía al pequeño burgués como un hombre dividido entre el capital y el trabajo. Macron desea reconciliar las novelas y las finanzas, los sueños y las rentas. Pone el lirismo al servicio de la oligarquía, y la novela nacional, al servicio de la mundialización neoliberal.

Lo que está en juego es tanto el crédito de los gobernantes ante los electores como la credibilidad de los relatos para sus lectores. Su confianza es muy frágil; el tenue vínculo que los une al relato puede quebrarse si la credibilidad del narrador queda comprometida. En 2005, durante el ciclón Katrina en Luisiana, lo que sembró el descrédito sobre la persona de G. W. Bush no fue la incompetencia de su Gobierno para organizar la ayuda, sino la lentitud de su reacción: tardó demasiado tiempo en visitar los lugares afectados. Su indiferencia, su falta de empatía con las víctimas hizo comprender a todo el mundo en unas pocas horas lo que las mentiras proferidas en el recinto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre las armas de destrucción masiva en posesión de Sadam Huseín no habían logrado comunicar. Su ausencia de reacción tuvo el efecto de socavar la credibilidad del relato en cuyo nombre se lo había elegido en dos ocasiones para la presidencia de Estados Unidos: la fábula del

«conservadurismo compasivo» había durado mucho tiempo. El descrédito no solo fue político o moral: G. W. Bush se convirtió en pocas horas en lo que los teóricos del relato llaman un *unrealiable narrator*, un narrador poco fiable. A partir de Bush, el «momento Katrina» de una presidencia sirve para designar el descrédito que alcanza a un presidente durante su mandato desde el momento en que pierde a la vez la confianza de los electores y su credibilidad como narrador político. Es posible que Emmanuel Macron se encontrara con su «momento Katrina» a mediado del mes de julio de 2018. La metáfora merecerá ser adaptada: podríamos llamarla el «momento Benalla» de la presidencia.

El caso Benalla[37] constituyó una aclaración: instaló en la ciudadanía una imagen nueva e inesperada del presidente. En el plano simbólico, esta imagen es de una brutalidad inaudita. El caso arrojó luz sobre las formas de la gobernanza de Macron y sobre la *hybris* que la anima. No se trató de un atropello ni de un episodio de la crónica de sucesos, tampoco de un mal funcionamiento de los servicios del Estado, sino de una aclaración… El caso Benalla hizo que la opinión pública penetrara en las bambalinas del funcionamiento del Ejecutivo: no estábamos al margen del Estado, sino en el corazón del laberinto informal deseado por el presidente. El caso Benalla no puso al desnudo un Estado dentro del Estado, sino una *start-up* dentro del Estado, con su propensión a pasar por encima de los procedimientos y los usos institucionales para ir más rápido, para instaurar en ciertos ámbitos prácticas no reglamentarias, para apoyarse en una red de amistades paralelas, de colaboradores en la sombra con atribuciones borrosas, pero con una lealtad a toda prueba…

A la luz de los acontecimientos sucedidos en la plaza de la Contrescarpe, y de las múltiples disfunciones sacadas a la luz por la prensa y las comisiones de investigación parlamentarias, a la espera de que la justicia termine la instrucción del caso, apareció una nueva imagen del presidente. Adiós a la figura impuesta del soberano vertical. Benalle se encargó, muy a pesar suyo, de colocar al presidente Macron en una posición más horizontal. Como había hecho con el manifestante de la plaza de la Contrescarpe, lo había tumbado de un solo golpe. De una sola vez. Benalla hizo más en un día para desmitificar a quien llamaba «el Jefe» que todas las

críticas dirigidas al presidente durante un año. Casi podría felicitárselo. Alexandre Benalla lo echó todo a perder. Su proximidad con el presidente era la única fuente de su poder. Era consciente de ello. Su comportamiento en la manifestación del 1 de mayo de 2018 salpicó la imagen del presidente.

Quien se había dado en Tinder el pseudónimo de Mars, el dios de la guerra, se valía de su proximidad con el presidente. Aparecía incesantemente a su lado, era su doble, la «sombra del guerrero», como en la película de Kurosawa. Su poder no era reglamentario. Su nombre no figuraba en los organigramas de la Presidencia, ni su nombramiento en el *Diario oficial*. No pertenecía a ninguna cadena de mando. Su autoridad le venía por delegación, a causa de su relación con el presidente, documentada en centenares de fotos. Se beneficiaba por contagio de una especie de aura, de esa aura presidencial que tiró por el suelo y pateó en una batalla callejera, al final de la manifestación del 1 de mayo. Simbólicamente arrastró al presidente a una reyerta. Con anterioridad, no había dudado en colgar su imagen en su perfil de Tinder, exhibiéndose a su lado, como nos enteramos en *Closer*… La «sacralidad» presidencial, en la promiscuidad de una página de encuentros, podía ser también un mero instrumento de seducción. El caso atañe tanto al dominio jurídico-político, en el que se han centrado los periodistas y los diputados, como al orden simbólico, más difícil de abordar pero igualmente devastador para la imagen presidencial. Benalla, muy a su pesar, hizo bajar a la calle, como antaño la alta costura, la «alta cultura» presidencial.

El árbol Benalla no oculta el bosque de la violencia policial, como ha podido creerse. Más bien ocurre todo lo contrario. Benalla es el ejemplo procedente de arriba, que muestra que la violencia estatal se legitima a sí misma, se vale de la sola persona del presidente. La violencia gratuita y enfática del consejero del Elíseo tiene un valor de ejemplo. La gestualidad empleada por Benalla y su comparsa, Vincent Crase, filmados mientras golpeaban a unos manifestantes del 1 de mayo, no tiene que ver con el simple mantenimiento del orden, sino con una violencia ostentosa, lo que

explica el éxito viral de las imágenes en las redes sociales. Los policías presentes aquel día afirmaron que la intervención de Benalla no aportó ninguna plusvalía desde el punto de vista del mantenimiento del orden. ¿Cuál era entonces la lógica de esa intervención, salvo la de intimidar? Debía dejar claro a los ojos de los manifestantes que «ellos» no cederían, en un combate que no se desarrolla solo en la calle, sino también en las pantallas y las mentes: inconscientemente, todos registraron esta nueva ley general. El enfrentamiento físico, verbal, registrado o no por un *smartphone* con la cámara activada o no, cuyas imágenes y sonido se han subido a internet o no, pertenece a partir de ahora al inconsciente colectivo… Y dirige el comportamiento de todo el mundo.

Benalla es tanto un guardaespaldas aguerrido como un espectador fascinado por el espectáculo de la violencia. Para él, como para muchos jóvenes de su generación, la violencia es un espectáculo. Las imágenes de la Contrescarpe atestiguan esta brutalidad enfática, que no pertenece al registro del mantenimiento del orden. En ellos se ve que Benalla propina un violento golpe en la nuca a un joven manifestante, luego lo arrastra hacia atrás para desestabilizarlo, y el agredido, lejos de resistir, se deja caer al suelo. Benalla termina su captura plantando la suela de su zapato en el pecho del hombre contra el suelo, como un luchador de *catch*. Es una violencia que parece sobreactuada ante un público imaginario, exactamente como si, ataviado con el uniforme y los accesorios de un policía, interpretara un papel que ya había visto en el cine. Y esta escena, a la vez real e imaginaria, muestra el poder como un combate de lucha libre que desvela la violencia que se despliega bajo el rostro amable con el que el poder se presenta.

De repente, la violencia contra los migrantes, los activistas, los estudiantes de Arago y los manifestantes del 1 de mayo adquirieron sentido y encontraron su coherencia en una empresa concertada de intimidación, como si el Estado hubiera declarado la guerra a toda la sociedad, lo que la doble cara de Macron había logrado disimular hasta el momento. En este sentido cabe calificar el caso Benalla de asunto de Estado: vuelve perceptible cierta verdad del poder, y esa verdad es la de la «violencia». Violencia dirigida contra toda tentativa de oposición política, pero también

violencia suspendida sobre la cabeza de todo ciudadano, en una especie de toque de queda general. A partir de entonces, ninguna categoría quedaba protegida contra esta violencia sistemática, como atestigua la crónica cotidiana de las violencias policiales; nadie estaba ya protegido, a imagen y semejanza de esa madre de familia sordomuda arrastrada por la calle por la policía «como si fuera un saco».

Si Benalla hubiera sido un consejero en la sombra, un chupatintas sin rostro, sorprendido mientras cometía un acto delictivo, nadie habría imputado la responsabilidad al presidente y todo habría quedado reducido a un extravío personal. Sin embargo, lo que compromete al Estado y a la Presidencia en los actos de Benalla es que no actuó a solas, en la oscuridad de un paso al acto, sino a la luz del día, con la complicidad del aparato policial y bajo la mirada de la jerarquía… ¿Cómo es posible imaginar que un colaborador cuya lealtad elogia el presidente y que se comunica directamente con su jefe por mensajería secreta y al margen de toda cadena de mando pueda pasar al acto con armas y bagajes, por decirlo así, sin su consentimiento? Es probable que Benalla fuera más allá de su misión de observación y cediese a su deseo de pelearse, pero ¿quién delimita los contornos de tal misión? ¿Era una misión de observación o de observancia? ¿Acaso el presidente no elogió la lealtad, la devoción de su protegido?

La respuesta de Macron, ofrecida en especial a los diputados de su mayoría, fue particularmente torpe. «Yo soy el único responsable», dijo para reivindicar su responsabilidad, antes de añadir: «¡Que vengan a buscarme!», palabras con las que desafiaba a los críticos. No había mejor modo de vincular su suerte a la de su guardaespaldas.

Al intentar desviar la atención de las imágenes de la plaza de la Contrescarpe poniendo en circulación, de modo absolutamente ilegal, imágenes de videovigilancia con la intención de contradecir las primeras registradas por una persona que había sido testigo de los golpes, los «bomberos» del Elíseo no solo echaron aceite al fuego y añadieron un delito a otro, sino que designaron el foco del incendio: una táctica de ruptura, de denegación brutal, de enfrentamiento… Benalla podía decir en el telediario que nada de lo que todos habían visto y veían en el vídeo era violencia. Y el presidente, como guardián de la Constitución, podía tomarla

contra los tres poderes (periodístico, parlamentario y judicial), acusados de «transgredir sus límites» y pretender constituirse en tribunal popular…, lo que no dejaba de sorprender: ¿cómo era posible que «una tormenta en un vaso de agua» hiciese que los medios de información, la Justicia y el Parlamento fueran al unísono más allá de sus límites? El «monarca», que algunos días antes había intentado trascender su condición para encarnar la función presidencial, de repente se había disfrazado de vaquero, en una postura «tan propia del Oeste como inútil», según las palabras de François Bayrou, aliado suyo. «¡Que vengan a buscarme!», había soltado a los medios y a los jueces, tomando como testigo a los franceses. En resumen, un presidente acorralado, con una transparencia de cristal. El caso dio paso a la humillación: ¡no era una tormenta en un vaso de agua, sino un vaso de agua en una tormenta!

«¡El rey está desnudo!» La expresión aflora cada vez que un presidente de la República francesa se encuentra en apuros, pero en el caso de Emmanuel Macron, que poco tiempo atrás aún era propenso a recurrir a la simbología de la monarquía, reviste un sentido particular. La fórmula constituye el desenlace y la moraleja del célebre cuento de Hans Christian Andersen «El traje nuevo del emperador». Érase una vez un emperador a quien le gustaba mucho la buena ropa y que cambiaba con frecuencia de vestuario; hoy diríamos que era un *fashion addict*, un adicto a la moda. Sus servidores se aprestaban a buscarle los trajes más refinados. Dos timadores, informados de su gusto inmoderado por las apariencias, deciden engañarlo. Se presentan en la corte y proponen confeccionar para el emperador un traje hecho de una tela mágica. La tela, cosida con hilo de oro, no solo era bella, sino que tenía la propiedad de ser invisible para todo el mundo, salvo para el emperador. Sus servidores, al menos los que no poseían cualidades morales superiores, no estaban en condiciones de verla ni apreciarla. El emperador encarga enseguida a los dos estafadores un nuevo traje con esa tela. Por una vez, este adicto a la moda tiene una excusa: ¡el precioso traje le permitirá diferenciar a los servidores competentes de los incompetentes! ¡Un «tejido inteligente» avanzado a su tiempo, con la capacidad de detectar

a los colaboradores incompetentes! ¡Qué suerte habría tenido Emmanuel Macron si hubiera encargado un traje así! Habría desenmascarado la *hybris* de Alexandre Benalla antes de que fuese demasiado tarde. En el cuento de Andersen, los dos estafadores instalan dos telares en palacio y se ponen a trabajar. Les suministran hilo de oro y seda, pero ellos se los quedan. Impaciente y deseoso de saber cómo avanza el trabajo, el emperador envía varias veces a sus ministros al taller. Uno tras otro comprueban que de los telares no sale el menor trozo de vestimenta, pero, temerosos de pasar por incompetentes, se guardan de decirlo. Por fin llega el día en el que el emperador debe ataviarse con su nuevo traje para una gran ceremonia ante la corte y el pueblo reunidos. El emperador se asombra al no poder ver la mágica tela prometida, pero también prefiere extasiarse ante el traje que pasar por incompetente. No puede librarse: ha de vestir el «espléndido» atuendo. Los dos timadores lo ayudan a vestirse, mientras elogian la calidad y la belleza de la tela, de tal ligereza que apenas se nota su peso al llevarla puesta… Completamente desnudo, el emperador se pone al frente de la procesión, seguido de sus chambelanes, que hacen como que llevan la cola de su manto. La leyenda del traje mágico se ha extendido por todo el reino, de manera que, cuando aparece sin nada de ropa delante de sus súbditos, nadie osa reconocer la evidencia: el emperador está desnudo. La mistificación sigue funcionando, temerosos todos de pasar por idiotas, hasta que un ignorante niño rompe el hechizo y grita: «¡El rey está desnudo!». La evidencia se expande rápidamente entre la multitud, sacada de su estupefacción, y todo el mundo empieza a murmurar a su vecino las palabras del niño: el emperador desfila ante sus súbditos ataviado con el traje más sencillo de todos…

«El traje nuevo del emperador» es en la actualidad como una alegoría de los límites de la comunicación. En el centro del cuento tenemos a este rey que confía a dos estafadores, finos psicólogos, la gestión de su imagen pública, tal como todos los jefes de Estado apelan hoy a los comunicadores. Con todo, no hay que engañarse: los astutos personajes de Andersen, como los *spin doctors* y los consejeros en comunicación, están ellos mismos convencidos de que lo único que cuenta es la percepción, la imagen exterior. Sin esa convicción, ¿cómo habrían conseguido el encargo, es decir,

convencer al emperador de que tendría el más extraordinario de los trajes? Están íntimamente convencidos de que tienen el poder de influir gracias al «hilo de oro» de los elementos del lenguaje, al «tejido» de las *stories* y a la «seda» de los sondeos.

El monarca presidencial, incluso cuando lo sitúan en los índices más bajos de popularidad, espera sembrar la ilusión y dotarse de un aura mágica capaz de recrear la ilusión del poder, aun cuando sepa que su poder está perdido. Cuando el poder de actuación del Estado se encarna en un solo hombre, como ocurre en la V República, ese hiato entre el poder simbólico y el poder de actuación solo es más aparente. Cuando este hombre intenta reforzar su poder simbólico sin tener más control que sus predecesores sobre la realidad, su desnudez presidencial está a merced de un tipo como Benalla.

Rogue! La palabra aparece en *The Economist*, semanario que no se había mostrado abiertamente hostil contra Macron hasta aquel momento. ¡«Canalla»! El calificativo se aplica al comportamiento de Alexandre Benalla, descrito como el «guardaespaldas» del presidente francés.[38] El término evoca también de manera subliminal la expresión «*rogue state*», Estado canalla, aparecida en tiempos de la presidencia de Ronald Reagan, en la década de 1980, para calificar al régimen del coronel Gadafi en Libia, antes de que la retomaran primero Bill Clinton y después G. W. Bush en su guerra contra Sadam Huseín. Obama la había abandonado, pero Donald Trump la sacó del cajón con ocasión del discurso que pronunció el 19 de septiembre de 2017 ante la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas: en esta ocasión iba dirigida a Corea del Norte, Irán, Siria y Venezuela. Noam Chomsky y Jacques Derrida ya habían vuelto la expresión contra su inventor, Estados Unidos… Anthony Lake, consejero de seguridad nacional de Bill Clinton, definió en 1994 los Estados canallas como países «que manifiestan una incapacidad crónica para tratar con el mundo exterior». La definición podría aplicarse perfectamente, entre

muchas otras, al régimen de Emmanuel Macron: el enviado especial del *New Yorker* en París constataba su falta de «empatía» y pronosticaba que bien podría ser el gusano en la fruta de este quinquenio.[39]

Encontramos aquí la misma tendencia detectada en el Gobierno de Trump, en el que la desconfianza ante el «Estado profundo» ha contribuido a deshacer, a deconstruir, los procedimientos y las instancias de control del sistema democrático estadounidense…

Por más que el presidente movilizó a los corresponsales mediáticos para reescribir la secuencia de todas las maneras posibles, envió a su primer ministro al frente de las asambleas para justificar lo injustificable, se hizo el fuerte ante sus confidentes, intentó distraer la atención e incluso llegó a reclutar a la pasionaria francesa de los *paparazzi*[40] para salvar al soldado Benalla, nada logró. Si el incendio desatado en pleno verano por el caso Benalla fue tan difícil de extinguir, era porque había nacido en aquella zona gris, jurídico-política, pero sobre todo simbólica, en el cruce de esas dos expresiones, *canalla*/*Estado canalla*, y se había alimentado de esa ambigüedad semántica haciendo oscilar el meollo de la cuestión entre la página de sucesos y el asunto de Estado, violencia privada y privatización de la violencia estatal, disfunción y funcionamiento del Estado de derecho.

Esta canallada ponía de relieve la tendencia a la deconstrucción democrática que vemos un poco por todas partes y que se dirige a desmantelar las mediaciones políticas y los procedimientos de control, a atacar los contrapoderes, a no tener en cuenta ninguna de las diversas instituciones en lo que tienen de reequilibrio, de contribución a la organización y al ejercicio del poder. Pero si el caso Benalla tuvo tal efecto corrosivo en la imagen de Emmanuel Macron, era porque no solo atañía al ámbito judicial y político, sino que era un potente desmentido de la simbología a la que se aspiraba, la de la «presidencia jupiterina». En sus numerosas y amplias entrevistas, Macron no había dejado de repetir que la autoridad debía ir siempre acompañada del aura presidencial, novelesca e icónica, y que para ello lo mejor era recurrir a las técnicas de la vieja novela balzaquiana y las series televisivas. Y, para actualizarlas, nada mejor que un buen baño en la gran caldera de las redes sociales, en la que nadie puede predecir lo que producen las imágenes, admiración o infamia. «En virtud de

la Constitución de 1958», observaba Macron en su larga entrevista concedida a *Le Point*, «el presidente de la República no es solo un actor de la vida política, sino su clave de bóveda. En arquitectura, cuando la clave de bóveda está mal colocada, todo se hunde».[41] No hay palabras para expresarlo mejor. Lo que se agrietó a gran escala fue el edificio simbólico. Con el caso Benalla se alcanzó un punto de tensión máxima entre la sociedad de la hipercomunicación y la monarquía de derecho divino.

Cuanto más difícil demuestra ser el ejercicio del poder en un mundo cambiante y complejo, más se endurecen, más se virilizan las características que se esperan de un dirigente político: mandíbula cuadrada, mentón prominente, discurso marcial. Es el espectáculo que ofrece el poder un poco por todo el mundo desde hace algunos años y algunos meses. Las posturas marciales intentan colmar una demanda de autoridad, un deseo de protección que es la otra cara de la soberanía perdida. Teatralizan la falta de soberanía con una personalización y una «virilización» de los gobernantes. Es el triunfo de las posturas marciales y de los golpes de mentón. Emmanuel Macron también padece esa peculiaridad. Para él, la sociedad es algo que hay que forzar, a toda costa y por cualquier medio, sin límites *a priori*. Hay que forzarla ofreciendo el espectáculo de su forzamiento para que el «pueblo» le coja gusto. Ahí está el secreto del macronismo puesto al descubierto.

TERCERA PARTE

LA GUERRA DE LOS RELATOS

1

En el otoño de 1956, cuando el ejército soviético entró en Budapest, el director de la agencia de prensa de Hungría, algunos minutos antes de que su despacho quedara arrasado por la artillería, envió por télex al mundo entero un mensaje desesperado que terminaba con estas palabras: «Morimos por Hungría y por Europa». Este episodio de la insurrección húngara me volvió a la memoria el 3 de julio de 2015, en Atenas, dos días antes del referéndum griego, en el despacho de Kostas Arvanitis, director de la radio Sto Kokkino. Desde luego, no había tanques rodeando el edificio de la radio; en aquella extraña guerra entre Grecia y la Unión Europea, los bancos habían reemplazado a los tanques, pero en aquel mes de julio de 2015, el director de la radio pro-Syriza hablaba el mismo lenguaje que el director de prensa en Hungría en el otoño de 1956. No hablaba tan solo de la deuda o de la troika, sino de Europa, de la Europa de las Luces y de la Francia «que siempre ha estado a nuestro lado cuando hemos combatido la dictadura», y se sentía traicionado.

> Aquí, en Atenas, tenemos estatuas de los filósofos del Siglo de las Luces, pues a ellos les debemos la idea de un Estado griego independiente. En la actualidad, nos sentimos abandonados por Europa. Peor aún, Europa se ha convertido en nuestra enemiga. Lanza contra nosotros una guerra financiera con el propósito de excluirnos del mapa europeo.[1]

De vuelta en París, recordé que había leído la historia del director de la agencia de prensa de Hungría en un artículo de Milan Kundera publicado en 1983 por la revista *Le Débat*. En aquel texto, titulado «Un Occident kidnappé ou la tragédie de l'Europe centrale» (Un Occidente secuestrado o la tragedia de la Europa central),[2] Kundera se manifestaba contra la división

artificial de Europa en dos, que había tenido como efecto trasladar al este el mosaico de «pequeñas naciones situadas geográficamente en el centro, culturalmente en el oeste y políticamente en el este», y que, de hecho, se habían visto proyectadas fuera de su propia historia. «Una pequeña nación», escribía Kundera, «es aquella cuya existencia se puede cuestionar en cualquier momento, que puede desaparecer y que lo sabe». Lo que las naciones pequeñas tenían en común no era, por lo tanto, ni una identidad ni una lengua, sino una experiencia común frente a los grandes imperios que las rodeaban: la experiencia de la fragilidad y de la existencia problemática que se reflejaba en las grandes novelas de Musil, de Broch, de Kafka… En efecto, las pequeñas naciones enfrentadas a los grandes imperios se ven obligadas, en mayor medida que otros países, a problematizar su existencia colectiva. Por ello, todas las grandes cuestiones filosóficas del siglo XX han encontrado en la Europa central terreno abonado y se han desplegado a través de la lingüística, el psicoanálisis y la novela.

Bajo el prisma de la Europa central, Europa aparecía, al final de la guerra fría, no como un imperio continental en vías de consolidación y unificación, ni tampoco como una estructura federal llamada a absorber de modo progresivo los Estados que la componen, sino como una zona sísmica en la que se enfrentaban dos maneras de concebir Europa: la forma «imperial», mediante la unificación forzada, fuera en el bloque occidental o en el bloque soviético, mediante la imposición de reglas y la armonización de normas; y la forma «rebelde», la de los pueblos que desde el siglo XIX se han levantado contra la voluntad de dominio y de asimilación de los grandes países y la han hecho fracasar. Situación inestable y paradójica, que explica por qué las contradicciones europeas se concentraron en los países pequeños después de la guerra: la revuelta húngara en 1956, la Primavera de Praga y la ocupación de Checoslovaquia en 1968, las revueltas polacas en 1956, 1968, 1970 o la década de 1980…; «una cadena de revueltas profundamente democráticas», escribía Kundera, «realizadas por todo el pueblo», que chocaban contra los regímenes políticos sostenidos por la Unión Soviética, responsables de ahogar una tras otra a todas esas naciones.

En junio de 2015 pasé tres semanas en Atenas, ciudad en estado de sitio mediático, pendiente de la celebración de un referéndum y de sus resultados, de los que nada cabía esperar, a poco que se conociera la desesperada situación de las finanzas griegas. Nada, salvo la manifestación irreprimible de un deseo de libertad.

Nada es más difícil que estar a la altura de la historia cuando esta se acelera y el tiempo se sale de sus goznes. La expresión *cubrir los acontecimientos* que empleaban los corresponsales desplazados al lugar se vuelve problemática cuando los acontecimientos no responden a lo esperado y desbordan la capacidad de análisis y previsión. La inteligencia táctica se ve superada. La historia desborda la cronología y, sobre todo, las señales de lo que está a punto de ocurrir empiezan a divergir. Este exceso del acontecimiento en relación con el guion escrito por adelantado constituye la firma de la historia en el momento en que se escribe. Es la revancha de la historia de los pueblos sobre el *storytelling* de los poderes.

Desde hacía seis meses, los acontecimientos se atropellaban, se contradecían entre sí, con lo que desbarataban las interpretaciones, ridiculizaban a los enviados especiales y a los periodistas congregados en torno a los cajeros automáticos, que perseguían a los jubilados a la salida de los bancos, se filmaban o se fotografiaban a sí mismos para que el número pareciera más nutrido y buscaban imágenes que pudieran pasar por colas de depositarios desesperados, en una especie de *selfie* involuntario y de parodia ridícula de la desgracia.

En la parte superior de las pantallas de televisión desfilaba una cuenta atrás que anunciaba los minutos que separaban a Grecia de la quiebra si los griegos votaban «No»… (Se temía un golpe de Estado militar; el Gobierno, la Presidencia y los servicios secretos «estaban preparados», se decía.) La guerra mediática causaba estragos en las calles de Atenas de mil formas: el reportero de la CNN que agitaba fajos de billetes a voz en grito para reunir a los curiosos en torno a los cajeros; la foto de un anciano víctima del terremoto de Turquía de 1999 utilizada por la prensa internacional para dar testimonio de la miseria de los jubilados griegos, presentados como las víctimas de la desastrosa política de Syriza; los reporteros de cadenas de televisión privadas, propiedad de los barones del petróleo y de la

construcción (los Bouygues y los Vivendi locales), que por primera vez ofrecían la crónica de la miseria social supuestamente creada en menos de cinco meses por el Gobierno de Alexis Tsipras; el vivaracho Nikos Aillagas, presentador del programa de telerrealidad *The Voice* en Francia, que alzaba la voz en las reuniones de la oligarquía griega para apoyar el «Sí» al dictado de las «instituciones europeas»; los patronos que retenían los salarios desde la elección de Syriza y que prometían entregarlos el lunes siguiente al referéndum si ganaba el «Sí»; los rumores que se expandían como un reguero de pólvora, enseguida destapados y seguidos de inmediato por otro rumor, y, por último, ese alto funcionario del Ministerio de Economía, exhausto después de cinco meses de guerra de guerrillas contra la troika, que nos confiaba fuera de micrófono su frustración y su desesperación ante la asfixia financiera y la congelación de la liquidez organizadas al más alto nivel de la Unión Europea. (Solía repetir la palabra *troika*, sin duda más conforme a la realidad que el eufemismo de las «instituciones [europeas]», para designar el Eurogrupo, es decir, la asamblea de los ministros de Economía de la zona euro, el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), que, con sus «programas de ajustes para Grecia» o Memorándum, tenían al país heleno de rodillas desde 2010.)

Al fondo de un sombrío callejón situado en el centro de Atenas, cerca de la célebre plaza Syntagma en la que se celebraba ese día una nueva manifestación a favor del «No» en el referéndum, aquel consejero del Gobierno griego se había decidido a hablar. Con los ojos aún enrojecidos por los «maratones» en Bruselas, aquellas sesiones interminables de negociaciones político-financieras, y el cuerpo desplomado en la silla, contaba con voz fatigada la estrategia de asfixia de Grecia puesta en marcha por el Eurogrupo desde principios de 2015, las maniobras dirigidas a bloquear el sistema de crédito, el chantaje con el cierre de los bancos y, por último, el «golpe de Estado financiero», decisión que conduciría a su Gobierno, unos días más tarde, a capitular a campo raso. Era el viernes 3 de julio, al final de la tarde; aquella semana, el BCE había obligado a Grecia a

cerrar los bancos, medida tomada en represalia tras la decisión del Gobierno de consultar a la población sobre las demandas de la Unión Europea. Según todas las encuestas, el «Sí» obtendría un 60 %. El asunto parecía zanjado.

Aquel mismo viernes por la tarde, Yanis Varoufakis, ministro de Economía, recibió un correo de Klaus Regling, director general del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MES, fondo de salvaguarda del euro), que le recordaba que tenía el derecho de exigir el reembolso integral e inmediato de los 146.300 millones de euros que Grecia había obtenido en el marco de los dos planes de rescate anteriores a la llegada al poder de Syriza. Dejaba entender que la responsabilidad personal del ministro griego quedaba comprometida. Imperturbable, Varoufakis respondió simplemente: «ολών λαβέ», ¡Ven a cogerlos! Las mismas palabras de Leónidas, rey de Esparta, en las Termópìlas, antes de luchar con sus hombres hasta el último aliento contra los invasores persas que los conminaban a deponer las armas…

En la terraza de la taberna donde estábamos sentados, el alto funcionario proseguía su relato con tono hastiado, casi depresivo, el de un soldado vencido al que solo le queda añadir su testimonio al informe sobre su derrota. Relataba aquella batalla como una serie de emboscadas tendidas por la troika. ¡Desde su llegada al poder, el 15 de enero de 2015, el Gobierno de Tsipras se había visto imposibilitado de solicitar préstamos a los bancos, después de que el BCE tomara la decisión de bloquear toda emisión de bonos del tesoro por parte de Grecia! «Este Gobierno, elegido para acabar con la troika, se vio en la obligación de dedicar todas sus reservas a devolver dinero al FMI.»[3]

> Ni los bancos ni las empresas exportadoras ni las empresas manufactureras pueden obtener préstamos. La gente no puede pagar sus deudas. Ni siquiera pueden obtener la menor ampliación del crédito. El sistema de créditos ha dejado de funcionar, ha empezado a desintegrarse.

El equipo de Varoufakis del que formaba parte no había dejado de abogar por una solución negociada: «Déjennos completar cuatro o cinco reformas en las que todos estamos de acuerdo y que consideramos necesarias, déjennos implantarlas y entonces ustedes podrán evaluarlas y enjuiciarlas», había propuesto. Siempre había recibido la misma respuesta: «No, no, necesitamos un acuerdo marco global antes de que lleven a cabo esas reformas. Si las ponen en marcha, será de forma unilateral. Nosotros no las hemos aprobado todavía».

En esta ocasión no se trataba de la fábula de la cigarra griega y la hormiga alemana, sino del juego del gato y el ratón. El consejero del Ministerio de Economía griego añadió:

> No podíamos obtener préstamos a corto plazo. No podíamos adoptar ninguna medida para mejorar la liquidez de la economía: el BCE impuso restricciones, unas detrás de otras. La economía quedó estrangulada por el crédito [las sumas concedidas por la troika]. Varoufakis lo llamó el suplicio de la bañera (*waterboard*). Una tortura financiera y presupuestaria.

Al principio, la troika se había comprometido a no supervisar más la economía griega, pero de hecho seguía exigiendo controlar las cuentas de las finanzas públicas en el propio Ministerio de Economía, e incluso las del Banco Central, dado que sus representantes no confiaban en las cifras griegas. Por su parte, Alemania alimentaba artificialmente la crisis con un tono paternalista: «Los griegos no se muestran cooperativos. No han entendido lo que hay que hacer. No dan cifras concretas…». Entretanto, el ministro de Economía alemán Wolfgang Schäuble, que no quería que Grecia siguiera en la zona euro, proponía un trato a Varoufakis y ponía las cartas sobre la mesa: «¿Cuánto quieren a cambio de abandonar el euro?».

«El primer ministro Tsipras intentó llevar las negociaciones a nivel político, pero lo mandaron a paseo. Veinte veces con Merkel, cinco con Schäuble», proseguía el consejero. Los griegos exigían una decisión política. Les respondían lo siguiente: «Nuestra decisión política consiste en remitirnos a los equipos técnicos. No se puede adoptar una decisión política sin una decisión técnica». Las reuniones del Eurogrupo terminaban siempre de la misma forma: «Diríjanse a los equipos técnicos, diríjanse a la troika»…

En cada etapa, tanto los responsables políticos como el personal técnico de la troika se dedicaron a destruir el prestigio que había obtenido el Gobierno griego durante el primer mes de las negociaciones, a comienzos de 2015. En aquel período, muchos europeos decían que lo que estaba ocurriendo brindaba nuevas esperanzas para Europa, para Alemania, para España, que los griegos nos estaban mostrando el camino a seguir. Pero el consejero del Ministerio de Economía se arrepentía:

> Si hubiéramos dicho desde el primer momento: «Se acabó. Nos levantamos de las negociaciones», todo habría quedado claro. Habríamos ido a un enfrentamiento. Pero teníamos la esperanza de obtener una solución negociada. Hubo un Eurogrupo, después otro, reuniones de trabajo y más reuniones con el Eurogrupo… Los europeos crearon un montón de pseudonegociaciones. Un tiempo que nosotros perdimos y ellos ganaron. Entretanto, no dejaron de hacer campaña contra Varoufakis, de asesinarlo mediáticamente.

Varoufakis, él solo, con sus argumentos y su increíble energía, se había propuesto volver a la opinión pública de Europa e incluso de Alemania a favor de Grecia. Los responsables del Eurogrupo respondieron sin tardanza. A comienzos de febrero de 2015, su presidente, el holandés Jeroen Dijsselbloem, dijo a Varoufakis: «O firman el Memorándum o su economía se hunde. ¿Cómo? Haremos caer a sus bancos». Así se había expresado el presidente del Eurogrupo. En su última entrevista en la televisión pública griega, dos días antes de la nuestra, Yanis Varoufakis había dicho: «No denuncié aquellas palabras en aquel momento porque tenía la esperanza de que la razón prevalecería en las negociaciones».

Durante la última semana antes del referéndum, a finales del mes de junio, los responsables griegos tomaron conciencia de lo que ocurría. Varoufakis realizó varias declaraciones en las que se planteó la posibilidad de presentar un recurso ante el Tribunal de Justicia de la Unión Europea. Pero ya era demasiado tarde. Varoufakis quedó excluido del Eurogrupo después de que el primer ministro anunciara la celebración de un referéndum. «¿Quién lo ha decidido?», había preguntado Varoufakis a Dijsselbloem, que le había respondido: «Yo».

¿No tendría que haberse celebrado una votación al respecto? ¿No se trataba de una decisión que debería haberse tomado por unanimidad en el seno del Eurogrupo?

Varoufakis tenía razón. En una instancia internacional «normal», se habría tenido que organizar una votación, desde luego. Pero el Eurogrupo no era una instancia «normal». En esta ocasión se descubrió que funcionaba de un modo heterodoxo. No había reglas ni actas escritas de los debates. Ni siquiera funcionaba como el consejo de administración de una gran empresa. «Cuando un responsable salía del Eurogrupo, podía contar lo que quisiera. Nadie podía responderle: "¿De verdad ha dicho usted eso? Veamos las actas".»[4]

El alto funcionario griego habla sin cesar desde hace más de una hora. Mi iPhone, colocado sobre la mesa, registra la conversación. Al final, concluye con estas palabras y la mirada fija en el aparato, como si se dirigiera a un interlocutor ausente y le dictara la moraleja de esta historia:

> Partimos a la batalla pensando que teníamos las mismas armas que ellos. Subestimamos su poder. Es un poder que se inscribe en una verdadera fábrica de sociedades, en la manera de pensar de la gente. Se funda en el control y el chantaje. Teníamos muy poca fuerza contra él. El edificio europeo es kafkiano.

2

La victoria de Syriza el 25 de enero de 2015 desencadenó una batalla en la que no solo estaba en juego la relación de fuerzas entre acreedores y deudores, el reembolso de la deuda griega acumulada por los Gobiernos precedentes desde la entrada en vigor del euro en 2002. Tampoco se trataba de un simple pulso complacientemente escenificado por los medios de información entre el alemán Schäuble y el nuevo ministro de Economía griego Yanis Varoufakis, en el que uno encarnaba supuestamente la «regla» y el otro la transgresión, uno imponía su ley y hacía que su adversario se replegara, mientras este desplegaba la famosa maniobra del débil contra el fuerte… Lo que estaba en juego en aquella guerra no era tanto la deuda griega en sí como el «crédito» político de Syriza, que había que destruir a cualquier precio para evitar que se propagara por el resto de Europa.

Varoufakis recuerda lo siguiente:

> Para los representantes de la troika aquello era una pesadilla. Ya no podían aterrizar en Atenas y atravesar la ciudad en sus convoyes de Mercedes y BMW para imponer su férula. Circulaban ideas peligrosas, que arriesgaban con contaminar a los europeos: los españoles, los italianos, incluso los franceses. ¿Quién sabe? Acaso era posible recobrar la soberanía y la dignidad como nación en el seno de Europa… A la troika le habría encantado recuperar su dinero, pero, en vista del contexto, esa cuestión era secundaria. Los acreedores sabían que el incremento de la austeridad y el rechazo a los canjes de deuda disminuirían las rentas de los griegos y aumentarían el precio a pagar a largo plazo, pero poco importa. El ministro de Economía eslovaco, el *cheer leader* (animador) más celoso de Schäuble, lo explicó algunos meses más tarde: había que ser duro con Grecia a causa de la Primavera griega. La Primavera de Praga había sido aplastada por los tanques soviéticos; la esperanza de Atenas quedaría triturada por los bancos.[5]

Sin embargo, para lograrlo no bastaba con infligir a los griegos el suplicio de la bañera, el ahogo por el crédito, sino que además había que desacreditarlos, y, para ello, había que ganar la batalla de la opinión pública.

La guerra mediática causó estragos durante todo 2015. En las redes sociales y los medios tradicionales, con o sin el apoyo de las agencias de cabildeo de Bruselas, en forma de tuits o de largos artículos informados en los grandes periódicos europeos. Adoptó diversas formas, de la *Blitzkrieg* al atrincheramiento, al hilo de las reuniones del Eurogrupo… Tenía sus caballos de Troya, sus señuelos, sus campañas de engaño, sus promesas de solución, sus efectos de sorpresa y sus métodos de acoso. Fue una guerra de un nuevo tipo, mediático-financiera, que no oponía solo estrategias y programas para sacar a Grecia de la crisis de la deuda, sino también imágenes y relatos.

La guerra de los relatos tiene sus leyes. La primera es la identificación del objetivo. El enemigo ha de tener un rostro. Ese fue uno de los retos del combate del año 2015, dar un rostro al adversario…, lo que obligaba a los negociadores de la troika a salir de la sombra. Hasta entonces, en la escena europea figuraban dos clases de actores: por una parte, el «auténtico» poder, potencia de acción anónima, técnica e invisible, enviada por el Eurogrupo: Bruselas, en la forma del BCE y del MES, el FMI, los mercados, las multinacionales, las agencias de calificación… Por la otra, los jefes de Estado, los miembros del Gobierno, ¡bien visibles, pero impotentes! La victoria electoral de Syriza y la aparición en la escena mundial de dirigentes políticos como Alexis Tsipras y Yanis Varoufakis alteraron profundamente esa distribución de los papeles. La guerra de relatos obligaba a los negociadores europeos a salir de la sombra, a proyectar mayor luz sobre la escena, por lo general opaca, de las negociaciones. Impelidos a la guerra contra Syriza, los poderes sin rostro se volvieron visibles. La cara de bebé de cabello rizado del holandés Jeroen Dijsselbloem, presidente del Eurogrupo, apareció en primer plano, como la del inflexible ministro de Economía alemán Wolfgang Schäuble, moviéndose en silla de ruedas. Dos rostros opuestos al de Yanis Varoufakis, cuyo aspecto inconformista enseguida causó furor en los medios de comunicación. Se vio que las «instituciones» dejaban caer poco a poco la máscara del rigor y la razón y perdían su anonimato, garantía de su eficacia y su poder.

En el centro de esta guerra había un personaje sorprendente, Yanis Varoufakis. Con su cráneo rasurado, su chaqueta de cuero y su camisa azul eléctrico, irrumpió en las pantallas de todo el mundo como un personaje de serie televisiva. Comparado con Bruce Willis por la cadena pública alemana ZDF, felicitado por su «virilidad clásica» por *Stern*, calificado como «icono sexual» por el periódico *Die Welt* (próximo a los círculos conservadores y favorable a Angela Merkel), la persona de Varoufakis obtuvo la unanimidad de los medios de información, que reconocieron en él a un «personaje interesante», una *story* en sí misma, por decirlo así. La palma se la llevó la revista *Stylebook*, que hizo el siguiente comentario: «No se pueden perder lo atractivo de su estilo», bajo el titular: «¡Pobre pero sexi!». La responsable de la sección de Moda de *The Guardian* observó que su estilo marcaba tendencia en Londres. «Una chaqueta de cuero y una camisa colorida no es un atuendo habitual en una reunión internacional de finanzas.» Que el atuendo de Varoufakis nada tuviera de calculado poco importaba a los comentaristas. Se había olvidado la maleta en un taxi y había tenido que encontrar una tienda abierta un domingo por la noche en París, donde había comprado dos camisas. En cuanto a la chaqueta de cuero, se la había prestado el embajador de Grecia en París.

Con el paso de las semanas, los editorialistas no tardaron en advertir el peligro de la naciente *varoufmania*. El ministro de Economía se estaba convirtiendo en un héroe popular. El duelo Varoufakis/Schäuble amenazaba con dar ventaja al primero. Eran extremos opuestos en lo tocante al estilo, a la «cultura» política, a todo. El heredero de Helmut Kohl era el superviviente de una generación política desaparecida hacía tiempo; su interlocutor griego, primero y ante todo profesor de Economía, encarnaba el futuro y aparecía con Barack Obama. El inflexible doctor Schäuble defendía los intereses nacionales de Alemania, mientras que Varoufakis hablaba en nombre de Europa. El uno, áspero y mineral, pertenecía a la galaxia Gutenberg; el otro, al planeta internet, móvil, flexible, adaptable…

Podríamos multiplicar infinitamente el juego de oposiciones entre los dos hombres, un contraste palmario entre dos universos narrativos, una caracterización ideal para un guionista. Cuanto más se imponían las necesidades de la intriga, más se alejaba la perspectiva de una solución de compromiso. El arbitraje entre intereses contradictorios quedaba borrado en beneficio de un enfrentamiento que escapaba a las leyes de la negociación y obedecía a las reglas de una intriga cuya resolución únicamente podía consistir en el triunfo del vencedor y la humillación del vencido.

Se endurecieron las negociaciones; el tono cambió de modo brusco. Lo que hasta entonces era sorprendente pasó a ser inapropiado. El *radical chic* cedió el lugar a «la conmoción Varoufakis», lo «atractivo» se convirtió en una falta de gusto dentro de la escena sumamente «civilizada» de las «instituciones». Y qué importaba que, entretanto, no hubiera vuelto a perder la maleta y llevara chaqueta de traje. Su aspecto había dejado de ser tan atractivo; de repente recordaba a un «gorila de discoteca». Había comenzado la operación «Inversión de la verdad», escribe Varoufakis.

> Tuits, filtraciones, campaña de desinformación lanzada por los grupúsculos de la red mediática de Bruselas: todo valía para decir que yo hacía perder el tiempo a todo el mundo y que llegaba a las reuniones con las manos vacías o con propuestas sin cifras, que se reducían a una retórica ideológica insustancial.[6]

El *Financial Times* afirmó:

> El atuendo informal que exhibe el señor Varoufakis va mucho más allá de una cuestión de estilo. Simboliza el mensaje de que Syriza, el partido de izquierda radical que tiene el poder en Atenas, es un movimiento antisistema cuya intención es la de desafiar la ortodoxia, que tiene en Alemania a su jefa de filas.[7]

Se llegó al punto de emitir en una importante televisión alemana un vídeo falseado en el que hacía una peineta a los alemanes. ¡Varoufakis en el país del *fake*! La corresponsal de *Le Monde* en Bruselas concluía:

> Distintos códigos, distintos referentes, distintas maneras de comportarse…[8] El aspecto roquero del señor Varoufakis, su lado Bruce Willis (cráneo rasurado, complexión atlética, camisa abierta y cuello de la chaqueta levantado), su aire de subir al cuadrilátero cada vez que llega a las reuniones del Eurogrupo, le perjudican.

Sin embargo, se olvidaba de señalar que la máquina de comunicación de Bruselas era quien había construido y satanizado a esta figura de dibujo animado para hacer olvidar los argumentos muy moderados, a fin de cuentas, de los griegos y andarse por las ramas en el asunto de la deuda.

«Dilapidador», «aficionado», «parsimonioso», «actuando siempre por su cuenta», «aislado», falto de respeto ante sus homólogos, negándose a representar a su país… Durante un viaje oficial a Estonia, no faltaron los epítetos en la prensa. Lo de «dilapidador» no debía sorprender a nadie: ¿acaso no había impuesto la propia Unión Europea la austeridad a todo el continente valiéndose de una fábula moral, según la cual había hormigas trabajadoras que respetaban la ley y a las que unas perezosas y deshonestas cigarras ponían en peligro? ¿No vivían las hormigas en el norte y las cigarras en el sur? ¿Y no era Varoufakis una de las cigarras? En su libro *Comportarse como adultos*, Varoufakis escribe:

> La austeridad no es una política económica. Se trata de una fábula moral que, ante una crisis demasiado profunda, sirve para legitimar con absoluto cinismo la transferencia de riqueza desde los que no tienen nada hasta los que lo tienen todo. Es un cuento en el que los deudores son los pecadores que deben pagar por sus malas acciones.[9]

> Yo estaba viviendo la campaña de difamación minuciosamente organizada de la que me había hablado un simpático funcionario del Tesoro estadounidense. Precisó que tardaría menos de una semana en empezar. Solo se equivocó en cosa de un día. Evidentemente, se trataba del secreto peor guardado en Bruselas y otras partes: yo era el enemigo a batir.[10]

Y, para lograrlo, había que cambiar de terreno, pasar de las negociaciones entre bambalinas a la guerra mediática.

Varoufakis escribe asimismo en su libro:

> El Gobierno griego estaba perdiendo la guerra de la propaganda. La troika había invertido considerables recursos para empañar nuestra imagen, en particular la mía. Habríamos necesitado a un cabildero profesional y una oficina de prensa en Bruselas. Sin embargo, yo ni siquiera disponía de los medios necesarios para tener una en Atenas…[11]

Era un combate desigual, no solo en razón de los medios logísticos de los que disponía cada parte, sino también por la manera de mantener las negociaciones, o de poner en escena el modo en que se sucedían las reuniones para resolver la crisis de la deuda griega. Durante este período se

rechazaron todas las soluciones propuestas por parte de los griegos. Se daba largas al asunto, con el objetivo de debilitar el crédito del Gobierno griego. Varoufakis multiplicó las propuestas, redactó un plan tras otro surfeando el calendario de reembolsos, apeló a los mejores expertos en deuda soberana de Europa y Estados Unidos y no cesó de argumentar, convencido de las virtudes de la deliberación, pero chocó siempre contra el muro de la indiferencia del Eurogrupo: «Presentas un argumento en el que has trabajado a fondo, para asegurarte de que es lógico y coherente, y te encuentras con miradas perdidas», relata.

Aquella mecánica era especialmente perturbadora para alguien acostumbrado a los intercambios, los debates y las controversias académicas, confiesa el economista.

> Lo cierto es que yo no salía de mi asombro por el modo de actuar del Eurogrupo. Los ministros tenían que dar su opinión a partir de lo que les decían el FMI, el BCE y la Comisión, sin haber examinado los documentos que les habíamos proporcionado nosotros o las instituciones. Las conversaciones eran confidenciales y no se levantaba acta, lo que significa que nuestros Parlamentos y los electores se vieron privados de la posibilidad de saber lo que se decía en su nombre. Y cuando yo intentaba argumentar económicamente a favor de nuestra posición, me encontraba con miradas perdidas y me acusaban de «dar conferencias». ¡Increíble! Se trataba realmente de eso que se llama un partido trucado. Un partido que ni siquiera habíamos tenido la posibilidad de cuestionar. Yo sabía que se había lanzado contra mí una campaña de difamación en los medios. Sin embargo, era como si un cometa fuera a chocar contra la Tierra: yo sabía que tenía que ocurrir, pero saberlo no me permitía protegerme.[12]

¿Por qué razón aquel hombre, que había irrumpido en la escena mediática menos de un año antes, atraía tantos odios por parte de los dirigentes europeos y de los medios dominantes? ¿Qué clase de político era? ¿Se trataba de un brillante economista perdido en la política? ¿De un pésimo negociador que no había logrado convencer a sus socios europeos? ¿De alguien a quien le gustaba aleccionar? ¿De un provocador, como se escribió en multitud de artículos? ¿De un marxista heterodoxo, como se había definido a sí mismo en un ensayo autobiográfico, escrito mucho antes de su nombramiento? ¿Cómo distinguir al hombre real del hombre ficticio, a Varoufakis de su *fake*? ¿Era «un excelente economista, pero un mal político», como decía su examigo Alexis Tsipras, del que la historia dirá si fue mejor político?

Semejante unanimidad mediática tenía algo de intrigante. Detrás de aquel odio *ad hominem* que parecía irracional había, no obstante, una razón objetiva, perfectamente analizada por el propio Varoufakis:

> El *establishment* me encontraba horripilante, porque yo lograba analizar la cuestión con una especie de lógica fría, desmoralizar el debate sobre la deuda griega, explotar argumentos que superaban la clásica oposición derecha-izquierda y tenían un eco real en ambas partes.[13]

Algunas personas independientes, no todas ellas de izquierdas, emprendieron su defensa, pero no eran más que voces aisladas. En reacción a un retrato de la BBC que lo calificaba de «Casandra de Grecia», Bill Black, economista estadounidense y antiguo regulador que había criticado a Wall Street, las malversaciones y los fraudes de sus actores financieros desde 2005, se comprometió personalmente:

> ¿Por qué considera la BBC que Varoufakis es un izquierdista sexi y Dijsselbloem es el respetable portavoz de la troika, cuando este es un fanático cuya rigidez ideológica e incompetencia económica han provocado una inmensa miseria? El punto de vista de Varoufakis, para quien la austeridad es una respuesta autodestructiva a la Gran Recesión, es un punto de vista económico clásico. No cabe duda de que Varoufakis es un hombre de izquierdas, pero su análisis procede de corrientes ideológicas diferentes, que casi todo el mundo juzgaría contrarias [al pensamiento de izquierdas]. Eso lo convierte en alguien completamente apartado de las ideologías. En cambio, la troika está enteramente dominada por ideólogos.[14]

En Nueva York, Varoufakis se había reunido durante varias horas con Larry Summers, jefe del Consejo Económico Nacional en el período 2009-2010, bajo la presidencia de Obama. Varoufakis relata:

> Me había avisado de que, en el frente político, yo estaba perdiendo la guerra de la propaganda, y los «europeos», como llamaba a las instancias superiores de Europa, habían decidido despellejarme… De nada servía contar con el apoyo del formidable Larry Summers en aquel combate contra instituciones, Gobiernos y conglomerados de medios poderosos que exigían la rendición de mi Gobierno e incluso, a ser posible, mi cabeza en una bandeja de plata.[15]

El error de Varoufakis tenía que ver sin duda con el hecho de que había librado la batalla en el plano racional y había pasado por alto que esta se desarrollaba conforme a los arcanos de la propaganda, sin consideración alguna por el Derecho ni por la democracia. Escribe:

Las palabras que más me levantaron la moral antes de mi segunda reunión con el Eurogrupo no procedían ni de un hombre de izquierdas ni de un político, sino del economista en jefe de Citigroup, Willem Buiter. Al final de un correo electrónico en el que me ponía en guardia contra los controles de capitales, me decía: *Noli illegitimi carborundum*!, frase que había tenido la amabilidad de traducirme: «¡Evite que esos bastardos lo quemen!».[16]

Desde la victoria de Syriza en Grecia, la guerra se incubaba de manera sorda, como un incendio forestal: atravesaba los Consejos europeos, saltaba de una reunión del Eurogrupo a otra, amortiguada por un optimismo fingido, por los comunicados reconfortantes (como los comunicados de advertencia) en los que se afirmaba que los puntos de vista se habían aproximado o se hablaba de la perspectiva nuevamente aplazada de un acuerdo (siempre posible). En el ábaco de los ministros de Economía se alineaban los reembolsos y las llamadas reformas estructurales, recortes de los presupuestos sociales y de las pensiones, nuevas recetas fiscales… Como el usurero Shylock en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, los acreedores pretendían cortar su libra de carne del cuerpo social griego, a falta de poder recuperar la totalidad del crédito e incluso a costa de estancar las negociaciones con la colaboración de los medios adeptos a su causa… En la pantalla, la tensión entre negociadores era casi palpable, al igual que las palmadas que daba Jean-Claude Juncker como maestro gogoliano de las payasadas europeas. Christine Lagarde llegó a reclamar que se comportaran como adultos en la sala, olvidando que ella desempeñaba el papel del policía en un teatro de guiñol, un policía que, lejos de velar por la estabilidad financiera de la zona euro, atizaba, con la ayuda del BCE, el pánico bancario en Grecia, para obligar a capitular al Gobierno de Syriza. Sembrando el caos en un país miembro de la zona euro, sus dirigentes pretendían ponerlo de rodillas, en lugar de cumplir con su misión de solidaridad y acudir en su ayuda. Deshonraron sin mostrar vergüenza alguna el espíritu y la regla de los famosos tratados y se descalificaron ante la historia.

Proseguía la guerra mediática, en la que se alternaban tanto las ofensivas y los tiempos muertos como las operaciones militares en un campo de batalla. Se había desplegado la operación «Inversión de la verdad»:

> Tuits, filtraciones, campaña de desinformación lanzada por los grupúsculos de la red mediática de Bruselas: todo valía para decir que yo hacía perder el tiempo a todo el mundo y que llegaba a las reuniones con las manos vacías o con propuestas sin cifras, que se reducían a una retórica ideológica insustancial. Frente a ello, la troika se presentaba como la defensora de una solución exhaustiva, que incluía la reforma de todos los ámbitos de la economía social en Grecia. ¡Pero si yo solo soñaba precisamente con una solución de esa clase! La diferencia era que la troika defendía una solución en teoría para volverla más imposible en la práctica. Sin reestructurar las deudas ni modificar ciertas disposiciones para paliar la quiebra de los bancos, no era posible —ni viable siquiera— ningún acuerdo exhaustivo. De lo contrario, a largo plazo ninguna política presupuestaria se sostendría en pie, ni ningún ciudadano griego aceptaría las reformas. Sin embargo, Berlín no quería ni oír hablar de reestructuración.[17]

En el período que acompañó primero a las negociaciones, y después en la brevísima e intensísima campaña que precedió al referéndum, se invocó el orgullo nacional, pronto contrarrestado por el miedo al mañana. Quien perdía en posición de negociación podía ganar en crédito de valor. Y viceversa. «Tsipras el tramposo», afirmó *Der Spiegel* después del anuncio del referéndum griego, iniciativa de Tsipras tras el fracaso de las negociaciones, el 27 de junio. «Grecia chantajea a Europa», clamó *Bild*. ¡Un corresponsal en Bruselas anunció la dimisión del presidente griego y la anulación del referéndum! Aún no se hablaba de *fake news*. El tuit fue borrado tiempo después. Otro corresponsal legitimó por adelantado un golpe de Estado contra el Gobierno de Syriza. ¡Da igual uno que otro! Si Tsipras quiere jugar al póquer, ¿por qué no vamos a hacerlo nosotros? Pero ¿quiénes somos «nosotros»? ¿Nosotros, los patriotas de las finanzas? ¿Nosotros, los legionarios del ordoliberalismo? ¿Nosotros, los hijos de la oligarquía europea?

«La primera víctima de la guerra es la verdad.» Se trata de una frase de Rudyard Kipling que se ha repetido muchas veces. La guerra de los relatos no constituye una excepción. El mundo virtual de las finanzas necesita crear su propia realidad. ¿Cómo especular sin los medios de información, sin la caja de resonancia de las redes sociales, sin el concurso de los asistentes

que redactan los editoriales? *The Wall Street Journal* y el *Financial Times* describían a Bruselas y Atenas enfrentadas sobre las cuestiones de los objetivos presupuestarios, de los tipos impositivos y de las reformas administrativas. En el terreno, la realidad tenía más que ver con la diplomacia de cañones, tan practicada por el Imperio británico en el siglo XIX. La construcción europea, envolviéndose en los grandes ideales de la democracia, había dejado siempre para mañana la cuestión de la legitimidad democrática de sus instituciones. Sus sucesivos dirigentes seguían eludiendo el sufragio universal, como habían hecho en el episodio del «No» en el referéndum celebrado en 2005 en Francia sobre el Tratado Constitucional europeo. Europa no solo ha contribuido a deconstruir la soberanía de los Estados-nación que la componen mediante renuncias a esta, sino que ha hecho emerger un nuevo «decisionismo» no democrático. Y, por primera vez, la situación quedaba al descubierto.

Lo que la crisis griega desenmascaró fue esa construcción políticamente acéfala. Los rostros impotentes no cambiaron de fisonomía, pero los poderes sin rostro aparecieron en primer plano. Los propios personajes de esta serie de imprevistos empezaron a parecerse a su caricatura: el ayudante (en lugar del comisario) Pierre Moscovici, la señora Merkel acompañada por su sirviente Wolfgang Schäuble, Jean-Claude Juncker en el papel de maestro de ceremonias del Circo «Europa». El teatro europeo se presentaba como una sucesión de caricaturas, de figuras impuestas, de imágenes en oposición. La silla de ruedas de Schäuble y la moto de Varoufakis. Por un lado, los personajes de una comedia que se debatía entre la maldad y la ridiculez, en la que los discursos de los poderosos ya no se preocupaban de los sofismas y se mostraban tal como son: la fría resolución del más fuerte —como en la más desoladora de las fábulas de La Fontaine—, en la que el lobo del Bundesbank no se toma ya la molestia de disfrazarse de abuelita Merkel para devorar a dentelladas a la Caperucita Roja griega.

Cuando el Gobierno de Yorgos Papandréu (Pasok) llegó al poder, en octubre de 2008, no había podido dejar de constatar la evidencia: Grecia estaba en bancarrota. El déficit presupuestario era explosivo, igual que la deuda. No equivalía al 6 % del PIB, sino al 8,3 % (y llegaría al 9 %). ¿De quién era la culpa? ¿De los banqueros salvajes que habían empapado a Grecia de liquidez para financiar las exportaciones alemanas o francesas? ¿De los beneficiarios griegos de las dádivas europeas que habían organizado la/su evasión fiscal? ¿Del banco Goldman Sachs, que había maquillado las cuentas públicas griegas para permitir que el país se sumara a la moneda única? ¿O de la población griega, acusada de todos los males y conminada a reformarse para expiar sus faltas?

Alemania transformó un defecto de construcción de la zona euro en una falta moral, una *Schuld* (culpa, deuda) imputada al pueblo griego para mejor sustraerse de su posición de deudora con Grecia. Logró construir, a partir de una relación de fuerzas desequilibradas entre los virtuosos países del norte y los despreciables países del sur («Club Med», se los llamaba en Francia),* un teatro que oponía a los virtuosos alemanes con los defraudadores griegos. A Grecia se la declaró única culpable de sus deudas, cuyo reembolso se convirtió en una obligación y, de hecho, en una cuestión de honor: el acreedor debía obtener del deudor todo, absolutamente todo lo que le debía, sin distinciones de ningún tipo. «Grecia está determinada a que no se la trate como una colonia de la deuda condenada a sufrir»,[18] había contestado Yanis Varoufakis en su toma de posesión, en enero de 2015.

El ministro de Economía griego ya había escrito en su libro *El minotauro global*, publicado en 2011:[19]

> Desde hace tres años la población alemana está convencida de que Alemania ha escapado al grueso de la crisis porque, a diferencia de los meridionales, que gastan sin pensar, los alemanes trabajan con ahínco y saben adaptarse a sus posibilidades. […] Semejante forma de pensar va acompañada de una absoluta incomprensión de lo que ha asegurado el éxito de la zona euro y ha garantizado el excedente alemán hasta 2008: a saber, la manera en que, durante decenios, el minotauro global [es decir, el principio de desequilibrio en los intercambios comerciales internacionales que agrava los déficits, en especial a favor de Estados Unidos] generaba una demanda que permitía a países como Holanda y Alemania ser exportadores netos de capitales y de bienes de consumo tanto en relación con la zona euro como con el resto del planeta.[20]

¿Qué debe hacer una familia que se ha endeudado en exceso? Negociar los plazos de sus créditos y apretarse el cinturón para devolverlos, defienden los abogados de la austeridad. De ahí a pensar que los países con exceso de deuda en el sistema de intercambios internacionales han de hacer lo mismo solo hay un paso. Los seguidores de la «regla de oro», en la estela de los alemanes, no piensan otra cosa. ¿Acaso los Gobiernos, tanto de derechas como de izquierdas, no han comprado la paz social durante treinta años a fuerza de endeudarse? ¿No ha llegado el momento del reembolso, se lamentaban los tartufos de la deuda soberana? La hormiga alemana podía sermonear una y otra vez a la cigarra griega. Sus hermanas (España, Portugal e Italia) no tardaron en padecer las iras de la hormiga Merkel.

La metáfora de la familia endeudada era una mistificación idónea: tenía el color de la evidencia y resultaba apta para la gestión doméstica de todos. No obstante, es falsa, pues en una familia cuyos ingresos son independientes de los gastos, es posible reducir los gastos manteniendo el nivel de los ingresos familiares, y, por lo tanto, desendeudarse reprogramando los plazos de reembolso. Sin embargo, a nivel nacional, las cosas no ocurren de ese modo, pues los gastos de unos constituyen los ingresos de otros. Si, para desendeudar a un país, nos contentamos con contener los gastos, los ingresos de unos disminuyen porque los otros gastan menos, y viceversa. Así, la caída de los ingresos agrava el problema de la deuda. «El buen momento para la austeridad son los períodos de expansión, no los momentos de crisis», afirmaba ya Keynes. Entonces, ¿por qué seguir predicando la austeridad?

La guerra mediático-financiera entre la Unión Europea y Grecia adoptó la forma de una serie de batallas retóricas, tanto en el terreno de las imágenes como en el de las cifras, las palabras utilizadas y los relatos. En todos estos ámbitos, la táctica empleada por la troika fue calificada por Varoufakis como «artimaña de Penélope»: lo que se avanzaba por la mañana podía deshacerse esa misma noche, como hace en la *Odisea* la mujer de Ulises,

que deshacía lo que había tejido cada día, pues había dicho que escogería nuevo esposo el día en que hubiera terminado de tejer el sudario de Laertes, el padre de Ulises.

> La troika amenazaba con no responder a nuestras propuestas si las divulgábamos, así como Penélope decía a sus pretendientes que, si le pedían la mano antes de que hubiera terminado el sudario, los descartaría. Segunda parte: la troika reclamaba sin cesar nuevos datos, misiones de investigación en Atenas, informaciones de cada cuenta abierta por cada empresa o establecimiento públicos. Y, como Penélope, dedicaba noches enteras a desbaratar los cálculos que había realizado durante el día. Llegaba a tal punto de ridiculez que exigía el acceso a servicios ministeriales que estaban ya enteramente bajo su control. […] Como si todo eso no fuera suficiente, la troika exigía el derecho de enviar emisarios a Atenas, que se presentaban en los propios ministerios y reunían datos que clasificaban y verificaban antes siquiera de que los hubiéramos visto nosotros. Cuantas más cifras acumulaban, más empeoraba la realidad que estas reflejaban, más sufría la población y más rápido se desvanecía la liquidez del Estado.[21]

Se trató de la primera guerra especulativa, financiera y digital que empleó las nuevas tecnologías de la información y la comunicación para desacreditar, intoxicar, confundir, crear epidemias de pánico y desestabilizar un poder supuestamente soberano. A esta guerra la he dado en llamar guerra de los relatos, pues, en un mundo en el que reina el *storytelling*, toda reivindicación ha de adoptar una forma narrativa. Era una guerra de medios asimétricos. Por un lado, la burocracia de Bruselas, con sus cabilderos, sus corresponsales de los grandes medios de información europeos y sus poderosos Gobiernos, dotados de medios de propaganda incomparables con los de un país pequeño como Grecia; por el otro, un pueblo y un Estado que en ese combate parecía extrañamente desarmado, desprovisto de toda soberanía, que solo tenía sus valores, su coraje, su dignidad, para oponerse a una Europa que los había olvidado. Para conquistar los corazones y las mentes, solo podía oponer el corazón y la mente. El coraje de Aquiles, la astucia de Ulises, la cólera del pueblo. Esa cólera tiene en ocasiones poderosos efectos performativos de los que nada saben los *spin doctors*. Así ocurrió en el referéndum del 5 de julio de 2015 convocado, ante la sorpresa general, por el primer ministro griego. Una declaración de Independencia. Apelando a los griegos, exhortándolos a decir un «gran no» a los acreedores en el referéndum, Tsipras apelaba al gran relato nacional, al gran No pronunciado por Metaxas ante el ultimátum de Mussolini, el 28 de octubre

de 1940 (una de las dos fiestas nacionales). Todos los griegos conocían el homenaje que rindió Churchill a los combatientes griegos: «En adelante no diremos que los griegos combaten como héroes, sino que los héroes combaten como griegos».

3

Al anunciar, la madrugada del viernes 26 al sábado 27 de junio de 2015, la celebración de un referéndum, Tsipras quería hacer volar en pedazos el marco jurídico y contable en el que lo encerraban los dirigentes de la zona euro. «Grecia, que vio nacer la democracia, debe enviar un rotundo mensaje democrático», declaró en un discurso de algunos minutos de duración. Al someter a la aprobación de los ciudadanos griegos las medidas deseadas por sus acreedores (Comisión europea, BCE, FMI), reintroducía en la negociación al pueblo soberano, y ponía de manifiesto la guerra que hasta entonces se había desarrollado tras un biombo, en las negociaciones celebradas a puerta cerrada en Bruselas. Volvía a situar la cuestión de la democracia en el corazón del debate europeo. Para darse cuenta, bastaba con encontrarse al día siguiente entre los miles de manifestantes de la plaza Syntagma, ante el Parlamento griego, con escuchar el volumen de los cantos y los eslóganes, con ver los centenares de pancartas que mostraban un atronador *OXI* (No) cuyo grafismo recordaba a un OUI (Sí, en francés), un sí a otra cosa. Al apelar a ese referéndum, Alexis Tsipras intentaba poner fin a unas negociaciones cuyo único propósito había sido el de obligarlo a capitular.

Al cabo de unos días, tras haber denunciado el referéndum, que le parecía un golpe de fuerza, Jean-Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea, llamó a votar «Sí» al programa europeo, sin calibrar la importancia de su gesto: no solo estaba cometiendo una injerencia en los asuntos internos de un país miembro, sino que legitimaba por adelantado los resultados de un referéndum que unos días antes había considerado una provocación… A Juncker y a la Comisión poco les importaba enfrentarse a una contradicción, y uno no se avergüenza de esa clase de argucias cuando se declara la guerra, pues de eso se trataba, de una guerra de nuevo cuño

que ya no tenía como teatro de operaciones los campos de batalla, sino los mercados financieros, y cuyas armas ya no eran los aviones y los tanques, sino los algoritmos informáticos y los dictámenes de las agencias de calificación. Era una guerra de movimientos que no se desplazaba a la velocidad de las tropas terrestres, sino al ritmo de microsegundos de los operadores virtuales del mercado. Ritmos y algoritmos. Crédito y especulación. Adiós a la necesidad de asediar las ciudades: bastaba con especular a la baja con la deuda soberana.

Se redactaba el programa del Gobierno griego. Se imponían reformas y reajustes a una clase política dispuesta a recibir órdenes y poblada de figurantes. No se trataba ya de negociar, como en la diplomacia tradicional; bastaba con especular acerca de la inminente caída del Gobierno. Y si a ese Gobierno se le ocurría la idea de resistir, se desataría un *bank run*, un pánico financiero, como por otra parte se hizo una semana antes del referéndum: un verdadero «golpe de Estado financiero». La agencia Standard & Poor's había calificado el referéndum de mala señal para la «estabilidad económica» del país y rebajado de pronto la nota de Grecia a CCC-, una señal de desconfianza dirigida a los mercados.

La crisis griega de 2015 fue la historia de un robo a mano armada cometido a escala de un país entero. Alexis Tsipras empleó la palabra «atracadores» para referirse a las instituciones de la troika. Sin embargo, nada había ocurrido como estaba previsto. El asalto inicial preveía que los actores prestamistas tomaran posesión, con la complicidad de las elites griegas, de los bienes públicos de Grecia para privatizarlos: sus carreteras y sus autopistas, sus puertos y sus aeropuertos, la compañía de distribución de agua de Atenas, la de Tesalónica, la explotación de los ferrocarriles, los aeropuertos regionales, las compañías de gas y de electricidad, las tierras, numerosos edificios ministeriales y muchas otras cosas, cuyo valor total se estimaba en 50.000 millones de euros… Este plan de privatización forzada había conocido un inicio de realización bajo los primeros Gobiernos sometidos a los Memorándum (Papandréu, Samarás…).

Con la elección de Syriza, el proyecto de «atraco» sufrió un revés. Las víctimas oponían resistencia. No estaban dispuestas a dejarse robar sin luchar. En el interior del país, todo el mundo había vuelto a plantearse la cuestión de la soberanía. ¿Había que volver a dejar pasar a los hombres de negro de la troika? ¿Y con qué resultados? Surgían querellas semánticas sobre el nombre que convenía dar a los saqueadores de Grecia: ¿troika o «instituciones»? El robo a mano armada era motivo de debate. Las «víctimas del atraco» se consideraban dañadas y ponían condiciones a los «ladrones» sobre el montante del pillaje que estaban dispuestas a aceptar. Ese era el sentido del acceso al poder de Syriza. Las negociaciones entre Grecia y el Eurogrupo se habían demorado largamente durante todo el primer semestre de 2015, hasta el punto de llegar a la ruptura… La exigencia del reembolso inmediato de la integralidad del crédito del FMI, el «eso o nada» de Schäuble, el plan de los europeos contra nuevos préstamos. ¿Se había visto alguna vez que un atraco se sometiera a referéndum? Sin embargo, eso es lo que hicieron los griegos. En un acto de rebeldía, su líder llamó al pueblo.

La amplia victoria del «no», la noche del 5 de julio, fue una enorme sorpresa, incluso para quien había organizado el referéndum. Hizo que flotara sobre Atenas un viento de euforia. En la terraza de un hotel del centro de la ciudad, yo escribía un artículo para mi periódico. Desde la plaza Syntagma, situada en las proximidades, subían cantos y clamores. El «NO» de los griegos lanzado a la cara de la Unión Europea era una auténtica bofetada. Yo no podía sino compartir la euforia de los griegos. Pero ¿qué ocurriría a continuación? Volví a pensar en el golpe de Praga, en la Primavera checoslovaca aplastada por los tanques soviéticos. ¿Qué iba a ocurrir con la Primavera de Atenas? No cabía ninguna duda al respecto. ¿Era eso la normalización?

En Bruselas, el nerviosismo había llegado a su punto máximo. Las cosas habían durado ya demasiado. A la semana siguiente, se convocó al líder rebelde, con la aureola de su victoria, y, poniéndole un revólver en el pecho, como se dice en estos casos, se le ordenó firmar. Esta vez, el atraco a mano armada degeneró en toma de rehenes: la del Gobierno griego, elegido seis meses antes para poner fin al robo de la troika y sus hombres de negro;

la del Parlamento griego, reducido a una cámara de registro encargada de votar inmediatamente, contra la voluntad popular y el mandato de sus diputados, leyes redactadas en Bruselas sin tener siquiera tiempo para leerlas. Y ahí fue donde el atraco trocó de carácter. Ya no era solo un acto de rapiña inspirado por la voracidad «natural» de los mercados, sino un «golpe de Estado financiero». Tsipras se inclinó para mantenerse al frente del Estado griego. Negándose a rendirse, Yanis Varoufakis dimitió al día siguiente del referéndum.

Así pues, ante la declaración de independencia de Grecia, la Unión Europea había respondido con la «ocupación colonial». Un acto de guerra, dijo Yanis Varoufakis. Los autores del atraco a mano armada, en su violencia irreflexiva, en su empeño de humillar a un adversario debilitado, rompieron el icono en cuyo nombre afirmaban actuar: de repente pareció que el euro no era el instrumento de los intercambios entre los europeos, sino el tótem en cuyo nombre se podía sacrificar a un pueblo entero. No era el símbolo de una unión que aún estaba en gestación, sino un instrumento de poder en manos de un imperio. ¿Una moneda «común»? ¡No, un yugo! El euro, que supuestamente debía proteger a sus miembros contra la especulación y las fluctuaciones erráticas de las monedas nacionales, se había transformado en un arma contra un Gobierno democrático. La eurozona, creada para ofrecer un espacio de estabilidad y de solidaridad entre sus miembros, se había revelado como una trampa, que volvía contra uno de sus miembros el arma de la soberanía monetaria que este acababa de cederle. Se trataba, por lo tanto, también del atraco a mano armada de la idea misma de estabilidad, de equilibrio, de paz, en cuyo nombre los secuestradores pretendían actuar y que les daba una apariencia de legitimidad.

Todo el campo de la política económica en Europa se ha dejado en manos del neoliberalismo anglosajón (desregulación, financiarización, disminución del Estado y de su capacidad de intervención) y del ordoliberalismo alemán (imperio de la «norma», rigor presupuestario reparador…). El relato ordoliberal alemán, hegemónico entre las elites

burocráticas, no se explica por la mala fe, sino precisamente por la fe, por la creencia colectiva en la performatividad de las normas jurídicas contenidas en los tratados. Es la fe de los contables del BCE, de los juristas, de los altos funcionarios, muy competentes en materia de normas, pero que no son economistas…

Todo ello ha tenido el efecto de desviar el análisis de la lógica de los mecanismos de base y de las leyes económicas hacia el legalismo de las negociaciones diplomáticas intereuropeas. En los tratados europeos domina la cifra y la norma. Al conocimiento de las leyes económicas se anteponen las invocaciones tomadas de la neolengua europea: restaurar la confianza, reembolsar, esfuerzos, seriedad… Una gramática de la censura y del castigo que cala en las elites.

En febrero de 2015 Yanis Varoufakis había declarado:

> Una de las grandes ironías de esta negociación es que no hay un debate macroeconómico en el seno del Eurogrupo. Todo se basa en reglas, como si fueran un don de Dios y pudieran imponerse a las reglas de la macroeconomía. ¡Yo insistí en hablar de macroeconomía![22]

Jürgen Habermas tenía razón al denunciar la reducción del debate entre Estados miembros de la Unión Europea a una confrontación entre acreedores y deudores, como si se tratara de un procedimiento privado de bancarrota. En 2015 se había ido un paso más allá. Lo que determinaba las relaciones entre Grecia y la Unión no era solo la relación «acreedor-deudor», sino la polarización «amigo-enemigo», propia de Carl Schmitt, que esencializa la política en su forma más dura, la del *polemos*. La deliberación democrática debía quedar de lado ante la construcción de un «enemigo». La búsqueda de una solución de compromiso aceptable había cedido el paso, por parte de los alemanes y del Eurogrupo, a la voluntad de un sacrificio ejemplar.

Hasta ese momento, la Unión Europea, sin duda imperfecta, no había aparecido como una organización en manos de los bancos y de los mercados financieros. Se había rasgado un velo. En efecto, el vencedor no estaba seguro de su victoria. Había ganado un caso, pero había perdido lo que le quedaba de legitimidad democrática. Y si el vencido no había logrado hacer valer sus derechos, en su combate había desmitificado a su

oponente, a quien el ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger había bautizado algunos años antes, al principio de la crisis de la deuda soberana, como el «gentil monstruo de Bruselas».[23] La crisis griega le daba la razón. En su panfleto, Enzensberger criticaba el carácter no democrático de la Unión Europea, su opacidad, su lenguaje esclerotizado, su burocracia, una burocracia que, so pretexto de armonizar, había destruido poco a poco el ideal que había presidido la construcción de la Unión y que, según el autor, acarrearía su pérdida. Europa estaba comprometida en un proyecto sin precedentes, sostenía: la primera forma no violenta de gobernanza no democrática. Calificaba ese régimen de «monstruo moderno», a la vez «amable» y gigantesco, amigo y enemigo, el «gentil monstruo de Bruselas».

Aunque la crisis griega confirmaba los análisis de Enzensberger, en cambio hacía que su título mintiera. El monstruo de Bruselas nada tiene de gentil. Si es un gigante, nada tiene de amable. Y no es el amigo de Grecia, sino su enemigo declarado, empeñado en su pérdida. Es feroz, agresivo, implacable. La crisis griega sirvió al menos para eso, para arrancar la máscara de urbanidad y de cortesía a la Unión Europea. Sus maratones nocturnos, ni cuyo objetivo ni cuyo sentido resultaban manifiestos; sus incomprensibles comunicados, redactados en esa lengua que De Gaulle calificaba de esperanto o de volapuk integrados; sus decisiones sin rostro, en definitiva, no podían seguir imperando sobre la buena voluntad que animaba a los artífices.

Así pues, el episodio griego no se limitó a los retos de la renegociación de una deuda plagada de incidentes muy poco diplomáticos, de humillaciones y de chantajes. Fue a la vez un seísmo político en el corazón de Europa, una crisis financiera de la eurozona, una quiebra moral de la Unión Europea (UE), incapaz de cumplir su misión de solidaridad respecto de uno de sus Estados miembros, y un golpe de Estado financiero fomentado por la troika, en aquella ocasión el único verdadero Gobierno de la eurozona. Fue un episodio geopolítico de enorme trascendencia en el seno de la Europa de la guerra financiera que no decía su nombre y que no opone a Estados entre sí, alianzas o coaliciones, sino a un leviatán supranacional, al que por primera vez se vio surgir en toda su omnipotencia, autonomía y ceguera, contra los Estados, en este caso un Estado miembro,

uno de los más pobres de Europa, atacado con ferocidad en su independencia y su soberanía. Este leviatán había secuestrado el ideal europeo.

La construcción europea, que se envolvía desde hacía años en sus intenciones pacíficas, su «humanismo» de posguerra, sus valores de libertad y democracia, había sido, en la gestión de la crisis griega, un monstruo ciego, liberticida, animado por una voluntad de poder irracional y autodestructiva. Las instituciones de la Unión Europea habían pasado de no democráticas a «dictatoriales», y la propia Unión Europea había dejado atrás la impotencia y el esbozo para transformarse en una entidad agresiva y hegemónica. La humillada no era solo Grecia, sino la ficción misma de una Europa solidaria y democrática. En adelante, nadie podría ignorar que la Unión Europea se comportaba como un imperio con sus miembros debilitados, reducidos a la condición de Estados vasallos.

El momento griego de Europa fue histórico en más de un aspecto. La amplia victoria del «No» en el referéndum del 5 de julio bastaba por sí misma, al menos por tres razones: 1. ejemplificó el rechazo a la austeridad impuesta a todos los europeos desde hacía cinco años; 2. marcó el retorno de la política al debate europeo, confiscado por la tecnoestructura y la troika; 3. sancionó el carácter no democrático de las instituciones europeas y de la troika, y constituyó su primera derrota política. La naturaleza de la Unión Europa había quedado revelada: un yugo para las naciones del sur de Europa. Había adoptado los rasgos de un pacto de Varsovia occidental.

4

Un mes después del referéndum me encontré con Varoufakis en París. Muy lejos del personaje espectacular que los medios de información habían construido y vehiculado con el fin de desacreditarlo, descubrí a un hombre cálido, abierto al debate y preocupado no solo por el futuro de su país, sino también por el de Europa. Inmediatamente hablamos de la creación de un movimiento transeuropeo de democratización de las instituciones europeas que nacería algún tiempo después, en febrero de 2016, con el nombre de DiEM 25, y que debía presentarse por primera vez a unas elecciones en las europeas de mayo de 2019.

> Estoy aquí porque nuestra Primavera de Atenas ha sido aplastada, como lo fue la de Praga. Desde luego, no por los tanques, sino por los bancos. Como dijo Bertolt Brecht en cierta ocasión: «¿Para qué enviar asesinos cuando podemos recurrir a alguaciles?». ¿Para qué dar un golpe de Estado cuando es posible enviar al presidente del Eurogrupo para que comunique al nuevo ministro de Economía de un Gobierno recién elegido, tres días después de asumir sus funciones, que puede elegir entre el anterior programa de austeridad, que sumió a su país en una enorme depresión, o el cierre de sus bancos nacionales? ¿Para qué enviar a tropas cuando visitas mensuales de la troika pueden controlar cada rama del Gobierno y escribir cada ley del país?[24]

Para Varoufakis, Grecia ha sido y es el laboratorio de una experiencia *in vivo* que se aplicará, si no se combate, a toda Europa.

> A quienes dicen «más Europa» y hablan a favor de una «unión política», yo les digo que desconfíen. La Unión Soviética era también una unión política. La pregunta es: ¿qué clase de unión política? ¿Un reino democrático de prosperidad compartida o una jaula de hierro para los pueblos de Europa?

La estrategia de negociación de Varoufakis había consistido en apelar a la opinión pública informándola, iluminándola, rompiendo el secreto de las deliberaciones, procurando crear una opinión pública europea.

> Nuestra larga negociación de cinco meses fue un conflicto entre el derecho de los acreedores a gobernar un país deudor y el derecho democrático de los ciudadanos de esta nación a autogobernarse. Jamás hubo una negociación entre la UE y Grecia como Estado miembro de la UE.

A la Europa concebida como un corsé de reglas morales, Yanis Varoufakis opuso la idea de una Europa «decente», palabra tomada de George Orwell, quien estaba convencido de que en la gente del pueblo había una «honestidad común», una forma de moralidad natural que no precisa dirigirse hacia determinadas autoridades para actuar moralmente. Después de recordar a todos que los alemanes se habían beneficiado tras la Segunda Guerra Mundial de la anulación de la deuda que habían contraído con Grecia (pillaje y crédito impuesto al país heleno por los nazis), el ministro de Economía griego decidió centrarse en el escándalo de los sobornos realizados por numerosos industriales alemanes —tal vez incluso con la ayuda de su Gobierno— para vender su mercancía al sobreabundante ejército griego. A este respecto, había subrayado que la troika nunca había intentado imponer una reducción del presupuesto militar de Grecia, ¡el cuarto en Europa!...

Con sus declaraciones y sus escritos, Varoufakis había arrojado una cruda luz sobre el funcionamiento de la casa europea. Si atormentó a los profesionales de la política, eso se explica porque Yanis Varoufakis fue el primer líder político en exponer que la política europea no podía sobrevivir a la opacidad de sus deliberaciones y en extraer todas las consecuencias al respecto. El modelo de los partidos nacionales representados en Bruselas era obsoleto. Todo el mundo debía entender también que el Eurogrupo era una institución sin existencia legal, un grupo informal que pilotaba la eurozona sin control democrático. La institución encargada de velar por el cumplimiento de las sacrosantas reglas ordoliberales funcionaba sin reglas… Así era la realidad.

En el curso de una reunión del Eurogrupo, relata Varoufakis, el doctor Schäuble había declarado: «Los electores no pueden cambiar lo que les venga en gana. Si cada vez que hay unas elecciones cambian las reglas, la eurozona no podría funcionar».[25] Varoufakis tomó la palabra y le respondió:

> Si es cierto que las elecciones no pueden cambiar nada, debemos ser honrados y decírselo a nuestros ciudadanos. Tal vez debamos enmendar los tratados europeos e insertar una cláusula en la que se establezca la suspensión del proceso democrático en los países obligados a pedir crédito a la troika.[26]

Sin embargo, a continuación añadió: «¿Está de acuerdo Europa con tal cosa? ¿Han votado nuestros pueblos para eso?». ¡Una réplica digna del agrimensor de Kafka! ¿Sería Varoufakis el agrimensor de un imperio encantado, gobernado por el pensamiento mágico, no tanto encargado de medir las distancias reales en un mundo real como de especular en un mundo en el que ya no queda espacio para la razón y la medida?

Las causas profundas de la crisis democrática de la Unión Europea residen en la arquitectura de las instituciones europeas. Los Gobiernos elegidos se han visto privados de las palancas del poder, mientras que las nuevas instituciones europeas han quedado desligadas de toda representatividad. Los Estados-nación de Europa han perdido su soberanía democrática y la Unión Europea no ha sabido recrear una nueva. Europa es un continente en piloto automático, entregado a la mano invisible pero muy real de los mercados…

Según Varoufakis, la causa profunda de las crisis europeas (crisis griega, crisis de los refugiados, *brexit*, elecciones italianas, brotes soberanistas en toda Europa) radica en el fundamento mismo de la Unión Europea, concedida en tiempos como un cártel de industrias pesadas, antes de convertirse en un consorcio bancario gestionado por una tecnocracia incompetente que desprecia los principios fundamentales de la democracia y que ha desarrollado su propia concepción del instrumento monetario conforme a la lógica del *Gold Standard*, el estándar de oro de entreguerras.

> Semejante «construcción» no puede ser viable. Cuando empezó a fragmentarse bajo el efecto de la implosión del sector financiero en el curso de 2008, nuestra crisis de 1929, los Estados-miembro de la Unión Europea se encerraron en sí mismos.[27]

Proseguía en su análisis:

> Nosotros [los europeos de la UE] hemos botado en tiempo de calma un magnífico barco en el gran océano, pero no estaba concebido para resistir las tempestades. Cuando se han desencadenado los elementos, la ferocidad de la tempestad ha sido proporcional a nuestra falta de preparación. Y cuando la tempestad causó estragos, el capitán y sus oficiales se encerraron en la negación, insistiendo en el hecho de que todo era culpa de los pasajeros de tercera clase: los griegos, los portugueses, etcétera.

A bordo del barco, es forzoso constatar que dos clases de políticos se enfrentan por el rumbo que hay que tomar. Por una parte, los soberanistas reclaman la «vuelta al puerto» de la nación; por la otra, sus opositores «mundialistas» recomiendan navegar hacia altamar, más allá de las aguas territoriales, confiando en la meteorología y las corrientes de la mundialización. Los primeros persiguen la quimera de un retorno al Estado-nación; los segundos abrazan la utopía mundialista… Los unos exigen una reterritorialización del poder, la salida del euro, la resurrección de las fronteras; los otros son partidarios de abandonar todo decisionismo político e incluso el sistema democrático, y confían la política a los expertos y los mercados financieros. Estas dos figuras ideológicas están enfrentadas, se miran con caras de pocos amigos. Dualismo funesto, en el que se consuma el fracaso de la política.

Este fracaso se manifestó gracias a la crisis, que estalló en 2010, se amplificó entre 2012 y 2015 y adoptó una nueva forma a partir de 2016, bajo una figura paradójica, la del «autoritarismo impotente»: autoritarismo frente a Grecia e impotencia frente a los refugiados naufragados en el mar, en las playas de Lesbos y en otras islas griegas. Tras la crisis de la deuda soberana griega, la crisis de los refugiados constituye uno de los dos momentos de la crisis general de la UE, dos síntomas agudos de «la enfermedad de la soberanía» en Europa, que pronto encontraría otros desarrollos, entre los que figuran la votación del *brexit* que en 2016 se celebró en Reino Unido.

Varoufakis hace el siguiente análisis:

> Añadamos una dimensión suplementaria a ese enfrentamiento entre soberanistas y partidarios del euro: se retroalimentan. Son, aunque sin duda lo ignoren, cómplices de un mismo proceso, que engendra al mismo tiempo centralización autoritaria y fragmentación. La crisis griega y el drama de los refugiados constituyen la ilustración al respecto. Los Estados miembros se inclinan

a adoptar la postura de «cada cual para sí», al plantearse continuamente una pregunta tóxica: «¿Qué gano yo?», mientras Bruselas y Fráncfort, gracias a estas crisis, exigen y obtienen aún más poder arbitrario sobre los Estados-nación.[28]

Esta fragmentación centralizada es el producto de la terrible arquitectura de Europa, pero también es una consecuencia de la regresión nacionalista que intenta renacionalizar los sueños, las aspiraciones, las políticas de inmigración, la política fiscal, etcétera.[29]

A la inversa, el majestuoso «¡No!» expresado por el 62 % de los griegos fue un legado fantástico de la resistencia a la idiocia de los partidarios del euro y de su cabezonería. No fue un «No» al euro, sino a un acuerdo tomado en el seno de la eurozona que era insostenible, agresivo y, en definitiva, desfavorable para la propia zona euro. Los millones de personas que han dicho «No» nos decían: «No queremos salir del euro, pero no toleraremos un pseudoacuerdo humillante que condena a nuestros hijos a vivir en una depresión permanente y a ocupar eternamente un lugar de tercera clase en Europa. Y si Bruselas-Fráncfort-Berlín siguen amenazándoos/amenazándonos con el *grexit*, decidles: "¡Idos al diablo!"». Ese «No» ha sido objeto de una traición, sin duda, pero su espíritu no ha desaparecido.

Varoufakis concluye:

Bajo el doble signo del «no» griego al referéndum del 5 de julio y del movimiento europeo de solidaridad en relación con los refugiados, asistimos a un movimiento de fondo, el nacimiento caótico de una opinión pública europea y, tal vez, el comienzo de un levantamiento democrático de los pueblos europeos contra las instituciones europeas, que han dejado de representarlos y son sus opresoras…[30]

Frente a una Europa donde no reina la democracia, Yanis Varoufakis apelaba a una nueva disidencia, a formar una red europea de ciudadanos a favor de una «europeización descentralizada», capaz de inventar las formas y las políticas de una democratización europea.

En el período que precedió a las elecciones del 25 de enero de 2015 en Grecia, dijimos al mundo entero: «Lo que empieza en Grecia va a propagarse por Europa…». Nuestro lema era: «Recuperemos el poder en Grecia. ¡Vamos a cambiar Europa!». Tras la capitulación de julio, llegué a la conclusión natural de que, tras la derrota de Grecia, vencida pero no sumisa, ha llegado la hora de retomar el mensaje de nuestra Primavera de Atenas, que ya ha «contaminado» a mucha gente en Europa, y llevarlo a todas partes, de Helsinki a Oporto, de Belfast a Creta. La Primavera de Atenas ha demostrado, incluso a los europeos que estaban en desacuerdo con nuestro Gobierno, que todas las decisiones importantes se toman en su nombre por parte de organismos que en realidad no rinden cuentas ante nadie, cuyo funcionamiento es opaco, dictatorial, y que no respetan ninguna regla jurídica, que actúan en la sombra, que desprecian la democracia.

Al principio de su libro *Comportarse como adultos*, Varoufakis señalaba en 2017:

> Tras haber comprobado el desprecio y la intransigencia de la UE ante la democracia griega, numerosos simpatizantes del Partido Laborista de Gran Bretaña votaron a favor del *brexit*. Eso dio alas a Donald Trump, cuyo triunfo puso viento en las velas de los nacionalistas xenófobos de toda Europa y del mundo entero.[31]

Desde el aplastamiento de la Primavera griega, el seísmo del *brexit* en Reino Unido ha conocido una serie de réplicas en Europa con la reelección del ultranacionalista Viktor Orbán en Hungría y el terremoto electoral de 2018 en Italia, que ha llevado al poder a una coalición de la Lega de extrema derecha de Matteo Salvini y del Movimiento 5 Estrellas fundado por Beppe Grillo. Los partidos de extrema derecha tienen el viento en popa en toda Europa. Gobiernan ya en Polonia o participan en Gobiernos de coalición, como sucede en Austria, en Finlandia, en Bulgaria… Llámeselos soberanistas, fascistas, euroescépticos o incluso eurófobos, forman una nebulosa de partidos y de movimientos con diversos rostros, pero todos exhiben el mismo odio a la Unión Europea.

> En el momento en que el llamado *establishment* liberal pone el grito en el cielo por las *fake news* de Alt-Right, el nacionalpopulismo, en plena insurrección, conviene recordar que en 2015 este mismo *establishment* lanzó una campaña de manipulación de la verdad y de difamación terriblemente eficaz contra el Gobierno proeuropeo y democráticamente elegido de un pequeño país europeo.[32]

Tres años antes de que se lo nombrara ministro de Economía del Gobierno de Alexis Tsipras, en abril de 2012, Yanis Varoufakis había escrito un texto poco conocido para una exposición de su esposa, la videoartista Danae Stratou, titulado: «Ha llegado el momento de abrir las cajas negras». Danae Stratou había propuesto a una serie de personas con las que había contactado a través de las redes sociales que expresaran con una palabra su inquietud, su miedo al futuro o su necesidad de protección. Entre un millar de respuestas, había elegido un centenar de palabras que había depositado

en cien «cajas negras» de aluminio, alineadas en el suelo, a la misma distancia unas de otras, de modo que formaran una cuadrícula rectangular. La instalación constituía una especie de tablero de los miedos contemporáneos. Al entrar en el espacio de la exposición, el espectador se veía confrontado a una mezcla sonora formada por buscas, latidos cardíacos, explosiones y líneas planas. Encima de cada caja, una pantalla mostraba las palabras seleccionadas por la artista y una cuenta atrás que imprimía un carácter dramático al paso de los segundos, como en una bomba de relojería. Cuando acababa la cuenta atrás, cada caja emitía el sonido de una explosión, con lo que se intensificaba la sensación de tensión, de crisis y de alarma…

Durante nuestro encuentro a finales del mes de agosto de 2015,[33] Varoufakis me había explicado:

> Vivimos rodeados de cajas negras. Nuestros teléfonos móviles son cajas negras, y no necesitamos conocer su funcionamiento preciso para utilizarlos. Quienes nos rodean son también cajas negras, incluso aquellos a quienes conocemos mejor; nada sabemos de los procesos metabólicos de su cuerpo o de la actividad de sus neuronas cuando nos hablan o nos escuchan, pero eso no nos impide comprenderlos y amarlos.

Sin embargo, hay otras cajas negras, había precisado, en las que debemos interesarnos y que hay que forzar, porque en ellas se decide nuestra suerte:

> Las empresas, los mercados, los Estados, los bancos y las instituciones supranacionales son supercajas negras. Redes interconectadas de poderes que funcionan de manera opaca, pero que controlan nuestra vida. Nadie comprende cómo funcionan, ni siquiera quienes las lideran. Tienen el poder de escribir el orden del día, de determinar el debate, de implantar deseos en nuestra alma, de canalizar el flujo de informaciones para atraparnos en la red. La apertura de esas supercajas negras se ha convertido en una condición indispensable para la supervivencia de las poblaciones y del planeta. Pues esas cajas negras no funcionan desde 2008. Ya no tenemos excusa. Ha llegado la hora de abrirlas.[34]

Antes de 2008 vivíamos en un mundo que aún podía pasar por ser más o menos equilibrado y más bien autoinmune. El ministro de Economía británico, Gordon Brown, festejaba el fin de los ciclos de expansión y recesión, y el futuro director de la Reserva Federal, Ben Bernake, anunciaba la Gran Moderación. Evidentemente, se trataba de una ilusión debida a las supercajas negras, cuyo funcionamiento nadie entendía en realidad, y menos responsables aún eran las personas que trabajaban dentro del sistema y que, por lo tanto, habrían debido comprenderlo… Tenían una confianza ciega en ellas. Y después, en septiembre de 2008, explotaron de modo espectacular, provocando la «crisis del 29» de nuestra generación, sin contar con la caída de la pequeña Grecia. Creo que la crisis financiera de 2008, que, diez años después, aún está ahí, se produjo por la ruptura terminal de esas supercajas negras.

En el último tramo antes del referéndum del 23 de junio de 2016 sobre el *brexit*, Varoufakis recorrió Reino Unido, dio conferencias y sostuvo resueltamente la postura a favor del mantenimiento del país en la Unión Europea. Su argumento era el siguiente: Reino Unido debía permanecer en la Unión Europea para oponerse a ella, salvarla del hundimiento y reformarla. Era un argumento difícil de vender, sobre todo en el norte de Inglaterra. Incluso quienes lo apoyaban confesaban que habían decidido propinar una «paliza a las elites mundiales». Y así fue.

CUARTA PARTE

LA ZONA CERO DEL RELATO

1

En 2006, Jean Baudrillard había calificado de «acontecimientos canallas» (*rogue events*) a los atípicos acontecimientos que se habían multiplicado a partir del 11 de septiembre de 2001, y que a escala francesa él veía en el voto a Le Pen del 21 de abril de 2002, en la victoria del «No» en el referéndum sobre el Tratado Constitucional europeo celebrado en 2005 o en los disturbios de los extrarradios. Predecía:

> A imagen y semejanza de los «Estados canallas», que se sustraen al orden mundial y a su imperio hegemónico, estos acontecimientos irrumpen en una escena política completamente desarticulada y descalificada. […] Traducen, más allá de lo político, una reacción, una abreacción mucho más profunda, ante un orden del mundo que ha llegado a ser insoportable. […] Pues, cuanto más se intensifique la violencia integrista del sistema, más singularidades se levantarán en su contra y se producirán más acontecimientos canallas.[1]

> Desde luego, el gran acontecimiento del 11 de septiembre inauguró esta nueva secuencia de acontecimientos incontrolables y dio inicio a lo que sería en adelante el gran antagonismo mundial, que no es solo político, económico o social, sino ante todo simbólico, entre un poder que pretende un control total de la realidad y un contrapoder oscuro, el de un mundo que resiste ciegamente a su propia mundialización.[2]

El atentado contra el World Trade Center (WTC) hundió al mundo en el estupor que sigue a las grandes catástrofes simbólicas: Pompeya, Hiroshima, Chernóbil. Catástrofes alucinantes, porque nos dejan sin recursos narrativos.

El 11 de septiembre fue el primer atentado terrorista retransmitido en directo. La elección de un objetivo sobreexpuesto, filmado día y noche por cámaras de videovigilancia y webcams que difunden sus imágenes sin fronteras, creó, a través del cable e internet, una onda de choque que iba a expandirse por todo el mundo. El atentado no solo se retransmitió en directo (la secuencia del atentado dura lo mismo que un anuncio publicitario). Por

primera vez, un acto terrorista incluía en su guion no solo las condiciones técnicas de su reproducibilidad (mediatización), sino la fórmula de su transparencia absoluta. Combinaba las técnicas de la publicidad y el *modus operandi* de la telerrealidad. *En directo desde Manhattan*. Transparencia e hipervisibilidad de la violencia mundializada.

El atentado no era solo mediático, sino medio-activo, porque el efecto de estupor producido por las imágenes no se agostó con su difusión, sino que prosiguió su acción corruptora mucho después de producirse el acontecimiento, en una especie de radioactividad de la sospecha, de espiral de incredulidad. No era solo la simple difusión de un atentado terrorista, sino una transfusión de terror. Así fue como entramos en el tiempo real del terror.

En el origen, el plan del ataque terrorista del 11 de septiembre preveía una decena de atentados simultáneos. Golpear el relato americano en su meollo: ese era el objetivo de los terroristas. Oponer a la ubicuidad soberana del gran relato estadounidense otra ubicuidad, en este caso clandestina, casi divina, capaz de dominar el espacio y de interrumpir el tiempo, al golpear por doquier y simultáneamente. Dos aviones para las Torres Gemelas, dos aviones para los Poderes Gemelos (el Pentágono y la Casa Blanca). El objetivo de esa empresa era producir un efecto de desorientación.

Jamás un acontecimiento había conocido semejante resonancia mundial (tal vez se tratara del primer acontecimiento del que el mundo entero fue testigo ocular). Y, sin embargo, ningún acontecimiento de la historia mundial narrado en los relatos y las leyendas, o contado por los reporteros y fotógrafos de guerra, había suscitado tantas informaciones falsas, rumores desmentidos, alegaciones fantasiosas: en resumen, tanta incredulidad.

Tal vez baste simplemente con darse cuenta de la importancia de esta opacidad, de esta ilegibilidad. No solo como una insuficiencia, una laguna, una falta de información o un retraso de la información sobre el acontecimiento, sino como el único acontecimiento verdadero. Una epifanía a la inversa. El fuego que se abatió sobre el WTC no aportaría conocimiento, sino ignorancia. No se manifestaría como una aparición, sino

como una desaparición. No revelaría un sentido oculto hasta entonces, sino el enterramiento, el eclipse, la dislocación de todo sentido y de todo relato. No habría tenido el efecto de iluminar a los testigos del acontecimiento, sino de desorientarlos, de imbuirlos de incredulidad y no de fe. En lugar del relato, de la palabra, la ausencia de relato, el mutismo. Un novelista estadounidense, Don DeLillo, fue el primero en advertirlo, al hablar de la falta de un contrarrelato, de su imposibilidad misma.

Desde hacía ya mucho tiempo, el relato estadounidense se había desplazado desde las páginas de Mark Twain o de Jack London hasta los estudios de Hollywood. Estados Unidos se narraba con imágenes más que con palabras. La secuencia de los aviones chocando contra las dos torres forma ya parte del álbum familiar del país. La imagen de Estados Unidos, reelaborada, corregida y coloreada sin cesar, quedó, en esta ocasión y al cabo de un solo instante, solarizada. *New York Nox*.*

De repente, la imagen de Bin Laden invadió el mundo. Se instaló al mismo tiempo en los periódicos y las pantallas, duplicada hasta el infinito, como una serigrafía de Andy Warhol. Terrorismo serial. ¿Qué es un atentado serial sino aquel que es imposible analizar desde todos los ángulos, circunscribir su sentido y sus efectos? Acontecimiento del que no es posible contar ni el principio ni el final y que, por lo tanto, solo puede repetirse.

El *modus operandi* del atentado lograba un bucle histórico entre dos formas de terrorismo, el del secuestro de un avión y el de la distracción de la atención. Asedio de lo imaginario. De un terrorismo con una fuerte tensión narrativa (sorpresa, golpe de efecto, suspense) a un terrorismo de sideración. Los secuestros aéreos de la década de 1970 embarcaban al mundo entero en una persecución de un aeropuerto a otro; eran historias llenas de giros. El atentado contra el WTC aniquiló toda posibilidad de narración. Derribó las torres, pero sobre todo puso fin a todo relato. Después del atentado, Manhattan no fue la misma. La Ciudad vertical, decapitada, dejó abiertos de par en par, en lugar de las Torres, un gran Vacío y un sentimiento de Vértigo. Se abatió la sospecha sobre la invencibilidad de Estados Unidos. A partir de entonces, el imperio estuvo falto de credibilidad; había perdido su competencia ficcional.

A finales del siglo XIX se producen los primeros atentados anarquistas: el terrorismo aparece con la gran prensa y el periodismo de información de amplia difusión. Se prolonga con la televisión y después con internet. Es una tesis que comparten todos cuantos han escrito sobre el fenómeno, señala Uri Eisenzweig en un libro publicado en 2001, *Fictions de l'anarchisme* (Ficciones del anarquismo).[3] Si el terrorismo es contemporáneo de los medios de información, no es en virtud de una complicidad, como ha podido decirse, sino porque «suscita la actividad narrativa de estos, no por prestarse a ella, sino, al contrario, por mostrarse resistente, desafiante. Y ese desafío, esa resistencia, son lo que componen precisamente el espectáculo».[4]

El libro de Eisenzweig, dedicado al momento inaugural del fenómeno terrorista (los denominados atentados anarquistas de los años 1892-1894 en Francia), se interesa en cómo presentaban la prensa y los poderes de la época el acto terrorista, al que calificaban de «arbitrario», «imprevisible», «inenarrable», pues desafiaba toda razón y todo relato. Es decir, el acto terrorista, lejos de regirse por una lógica razonada o razonable, era una forma de exorcismo, de animosidad irracional.

> En el origen del fenómeno terrorista está la construcción mediática de la figura del anarquista que pone bombas, figura que la prensa y las famosas leyes criminales de 1893 y 1894 se obstinaron en revelar debajo de los rostros tristemente comunes y corrientes de los verdaderos autores de los atentados.[5]

Figuras realzadas con colores… El interés del libro estriba en el lugar que concede a la manera en que se opera, gracias al fenómeno terrorista, un entrecruzamiento entre lo literario y lo político. En Francia, el fenómeno terrorista intrigó a toda una generación de escritores, de Mallarmé a Zola pasando por Schwob, los Goncourt, Barrès o Mirbeau. Pues ¿quién mejor que los escritores o los novelistas para revelar las ficciones del terrorismo, la construcción mediática del culpable? Esa fue a finales del siglo XIX la

función del «anarquista que pone bombas», figura mediática del culpable perfectamente diseñada, diríamos hoy en día, tal como la de nuestro «yihadista kamikaze».

«La anarquía tiene buenas espaldas», escribe Octave Mirbeau. «Como el papel, lo aguanta todo.» Es difícil resistirse a añadir que lo mismo sucede con el islam en la actualidad… Uri Eisenzweig escribe:

> [Octave Mirbeau] fue el primero en comprender que con la transformación del anarquismo en pura figura narrativa —con motivo del nacimiento del terrorismo—, lo que se desplazó desde el ámbito de la argumentación y del debate hasta el de la irracionalidad y el exorcismo fue toda la legitimidad de la representación social.[6]

Evidentemente, el análisis de la construcción mediática de estas figuras no exonera de sus crímenes a los autores de los atentados: simplemente, no se satisface con que se elija para la vindicta pública a sus ejecutores, haciéndolos pasar por monstruos caracterizados mediante estereotipos. «Con la era de los atentados, se instala una especie de hiato entre la realidad, ambigua y contradictoria, de la nueva violencia y su percepción colectiva, indiscutible y unívoca.»

Para intentar comprender el 11 de septiembre de 2001 conviene leer menos *Los demonios*, de Dostoyevski, que *El agente secreto*, de Joseph Conrad. En Londres, el 15 de febrero de 1894, un tal Martial Bourdin, reputado miembro de un club anarquizante (infiltrado por la policía), muere cerca del Real Observatorio de Greenwich al explotar la bomba que transportaba. Este episodio de la crónica de sucesos de la época sirvió de inspiración para Joseph Conrad. En el tranquilo salón de una embajada, un diplomático extranjero (con el elocuente nombre de Vladímir: un agente ruso, sin duda) expone a un provocador infiltrado en un grupo anarquista el «significado particular e inquietante» que ha de adoptar un acto terrorista. Vladímir empieza pasando revista, para descartarlos uno detrás de otro, todos los objetivos posibles. Conrad hace decir a Vladímir:

> Un atentado contra una cabeza coronada o un presidente es sensacional a su manera, pero menos que antaño. Ya pertenece a la idea que hoy en día nos hacemos sobre la existencia de todos los jefes de Estado. Pensemos entonces en un atentado contra…, pongamos, una iglesia. A primera vista, es bastante horrible, sin duda, pero, con todo, tampoco es lo bastante eficaz… No faltarían los imbéciles que atribuyeran a semejante atentado el carácter de una manifestación religiosa. Un ataque mortífero contra un restaurante o un teatro tendría asimismo el inconveniente de suscitar la idea de una pasión al margen de la política, la exasperación de un hambriento o un acto de venganza social. Todo eso está fuera de época; ya no son acciones edificantes… Todos los periódicos tienen expresiones hechas para explicar de modo satisfactorio esas manifestaciones.[7]

Para Conrad, el acto de terror absoluto, el que realizaría lo esencial del terrorismo en su radicalidad abstracta, sería un acto imposible de explicar, cuyos móviles y autores serían indescifrables.

> ¿Qué diría usted de un golpe contra la astronomía? Dudo que el ingenio de los periodistas lograra persuadir al público de que un miembro del proletariado pudiera sentir un agravio personal contra la astronomía. Sería difícil invocar la propia hambre…, ¿verdad? Y ahí no acaban las ventajas. Todo el mundo civilizado ha oído hablar de Greenwich. Hasta los limpiabotas que trabajan en el subsuelo de la estación de Charing Cross tienen cierta idea de lo que es. Sí —prosiguió con sonrisa desdeñosa—, al hacer saltar el primer meridiano, podemos tener la seguridad de suscitar un clamor de odio.[8]

Así pues, el poder de un acto terrorista, lejos de reducirse a la «propaganda por el hecho», tendría que ver con su carácter inexplicable, indescifrable. Su eficacia sería proporcional a su capacidad de perturbar el discurso público (mediático).

El atentado terrorista se propondría desarticular la gramática del relato dominante (las expresiones hechas de los periódicos). No para oponerle otro relato (un comunicado, un programa), sino para arruinar la competencia narrativa del poder establecido. Atentado no solo irracional o incomprensible, sino de una lógica no narrativa: adiegética, literalmente, ‘desligada de la diégesis, de la narración’…

En este sentido, la elección del blanco en la novela de Conrad era particularmente pertinente. Al tomar como objetivo el Observatorio de Greenwich, los anarquistas atacaban las referencias espaciotemporales sin las que no hay relato posible. Golpear el meridiano de Greenwich es

apuntar a las coordenadas de toda experiencia posible, es decir, echar por tierra las condiciones de posibilidad de todo relato. Y producir un efecto de sideración. Un desenganche narrativo.

Por más que Estados Unidos desplegara sus banderas, designase a enemigos imaginarios, exhibiera sus bomberos y sus héroes y pusiese la guerra a la orden del día, la evidencia se impuso en los días que siguieron al 11 de septiembre: ante las ruinas aún humeantes de la Zona Cero, no había relato que se sostuviera en pie. La prensa internacional se hizo eco de una reunión entre altos responsables del Departamento de Defensa estadounidense y varios guionistas y directores de Hollywood, entre los que se contaban John Milius, coguionista de *Apocalypse Now*, Steven E. de Souza, coguionista de *La jungla de cristal* y, lo que aún es más sorprendente, Randal Kleiser, director de la comedia musical *Grease*… Las conclusiones de este grupo de reflexión nunca vieron la luz pública, pero la prensa repitió la tesis oficial de que dicha reunión tenía el objetivo de pedir a los guionistas de Hollywood que imaginaran los posibles guiones de un futuro ataque terrorista y cómo podría responderse a ellos. La reunión no se celebró en los locales del Pentágono, sino en el Institute of Creative Technologies de Los Ángeles, un *think-tank* creado en 1999 por el Pentágono para poner en marcha una colaboración inédita con la Universidad del Sur de California y los estudios de Hollywood.[9]

Hollywood puso en marcha películas, y G. W. Bush convocó en la Casa Blanca a los mejores guionistas para imaginar la continuación. El mal estaba hecho. El gran relato americano yacía hecho pedazos a los pies de las torres destruidas… El complot ocupó el lugar de la intriga (*plot*) y el encadenamiento de causas y efectos quedó sustituido por el encantamiento mágico, las teorías del complot, las mentiras sobre las armas de destrucción masiva en Irak y el círculo de sospechas. A lo largo del siglo XX, Estados Unidos había sido ese «horizonte narrativo» al que corrían los emigrados

del mundo entero; a la vez nación y narración. Sin duda, la «guerra contra el terror», el «eje del Mal» y la *Patriot Act* cambiaron el rostro de Estados Unidos más que cualquier propaganda enemiga.

Así pues, el atentado no solo se dirigía contra determinados símbolos, sino que era simbólico. Como lo había sido la destrucción de los budas de Bamiyan por parte de los talibanes afganos en el año 2000, de la que era la réplica aumentada. Lo que se hundió el 11 de septiembre en Manhattan no fueron solo unos símbolos, sino una forma de autoridad sobre el relato; no la autoridad política, que Estados Unidos continuaría haciendo respetar durante cierto tiempo mediante el recurso a las bombas, sino la autoridad de la cosa narrada. Barthes habló del grado cero de la escritura. La Zona Cero es el grado cero del relato, una zona de lenguaje que se ha hundido. A los pies de las torres en ruinas, quiso el azar que, mezclados con los cuerpos humanos desmembrados, se hallaran varias decenas de esculturas rotas de Rodin: estatuas y cuerpos mezclados en la misma ruina de la representación.

2

Transparencia e incredulidad. En virtud de esa paradoja se da a leer, desde el 11 de septiembre de 2001, la terrible «eficacia simbólica» del terrorismo. Transparencia del acto retransmitido en tiempo real a escala planetaria. Incredulidad frente a la versión oficial del atentado: el encadenamiento (el *imbroglio*) de sus causas y sus efectos. Transparencia total. Incredulidad máxima. Aquí tenemos los dos criterios de la racionalidad terrorista. El 11 de septiembre constituyó el modelo perfecto; los atentados de París de enero y noviembre de 2015, una aplicación.

Desde el 11 de septiembre sabemos que el terrorismo tiene, al margen de los crímenes reales que comete, esa inquietante eficacia de suscitar y acreditar en los medios de comunicación su propio comentario. Todo sucede como si el terrorismo dictara a los canales de información 24 horas el relato en tiempo real de sus hazañas. En *Power Inferno*, escrito tras el 11 de septiembre, Jean Baudrillard hablaba de «una escritura automática del terrorismo alimentada por el terrorismo involuntario de la información».[10] Sin embargo, hoy en día habría que ir mucho más lejos y hablar de una verdadera «narración automática» de los acontecimientos y de un montaje paralelo mediático-terrorista. La secuencia de los atentados y de las tomas de rehenes de los días 7, 8 y 9 de enero de 2015 puso en evidencia, por primera vez, una auténtica coescritura de los acontecimientos entre los actores de los atentados y las cadenas de información 24 horas.

Amedy Coulibaly, autor de los asesinatos de Montrouge y del Hyper Cacher de la Porte de Vincennes, llegó a llamar a la cadena de televisión BFM TV en plena toma de rehenes para rectificar una información errónea dada por esta, exactamente igual que un reportero de guerra envía una información desde el teatro de operaciones. Desde el principio de la toma de rehenes, exigió que BFM TV estuviera conectada en el interior de la

tienda. Por su parte, BFM TV mencionó durante la toma de rehenes la presencia de una persona escondida en el Hyper Cacher. La franja que anunciaba el asalto inminente del Groupe d'Intervention de la Gendarmerie National (GIGN) contra los hermanos Kouachi habría podido costar la vida a los rehenes.

Más que ante una complicidad objetiva de los medios de información y de los terroristas, estamos ante un doble espontáneo, ante una sincronización entre las imágenes sin relato de los atentados y el relato ofrecido por las cadenas de información 24 horas. Una sincronización que los familiares de los rehenes y algunos internautas no dudaron en denunciar como irresponsable e incluso criminal, puesto que BFM TV había interferido, en su búsqueda frenética de cobertura y de público, con la acción de las fuerzas del orden.

Amedy Coulibaly utilizó una cámara GoPro fijada a su torso y un ordenador durante la toma de rehenes. Los policías encontraron una cámara del mismo modelo en el vehículo abandonado por los hermanos Kouachi tras el atentado contra *Charlie Hebdo*. La cámara GoPro se ha convertido en un accesorio de la panoplia del terrorista, lo mismo que el kaláshnikov. «Esta cámara compacta, muy pequeña y ligera, se utilizará para dar cuenta de vuestra operación», escribió Anders Breivik, autor de la matanza de Utøya, que causó setenta y siete muertos en Noruega en 2011. «Dos horas de rodaje continuo ocupan cuatro gigabytes. La he probado yo mismo y funciona muy bien.»

Aquí tenemos otra prueba, si es que fuera necesario darla, de que el modo operativo del terrorismo incluye en adelante su proyección mediática, y que esta proyección no es una narración, sino una sucesión de choques incoherentes, los *selfies* del terror. Los terroristas son hijos de la televisión y de las redes sociales. Saben cómo atraer a las cadenas de información al teatro de sus hazañas y lograr que las sigan. La razón es sencilla: persiguen el mismo objetivo y luchan para obtener la mayor atención posible. Con la aparición de las cadenas de información 24 horas y las redes sociales, el hiperterrorismo ha adquirido ese oscuro poder de producir verdaderos

espectáculos mediáticos, que tienen por objeto tomar como rehenes no solo a algunos individuos, sino a millones o miles de millones, reducidos al estado de masas cautivas y hechizadas…

Por lo tanto, nada tiene de asombroso que la metáfora del 11 de septiembre irrumpa tan solo algunas horas después del atentado contra *Charlie Hebdo*, el 7 de enero. El 8 de enero, *Le Monde* publicaba en primera plana y letras mayúsculas: «El 11 de septiembre francés», retórica repetida a coro por todos los medios, como si hubiera que medir todo acto terrorista a la luz del 11 de septiembre, volver al choque traumático no resuelto del 11 de septiembre como un duelo imposible de hacer y del que solo cabe imitar la escena primitiva. Este fue el «11 de septiembre francés» y su «revolución de los lápices»…

Sin embargo, los dos acontecimientos no tenían el mismo carácter. La potencia del golpe del 11 de septiembre se debía a la invisibilidad de los autores, sumergidos con las anónimas víctimas en el abismo de las torres en llamas. Las cosas fueron muy distintas en el caso del atentado contra *Charlie Hebdo*, de una facilidad de ejecución desarmante y que no precisó de más medios técnicos que un vulgar atraco a un banco y del coraje que se necesita para abatir a personas indefensas sentadas a una mesa o a clientes de un comercio judío. La repercusión del doble atentado francés en la opinión pública no guardaba ninguna semejanza con la castración simbólica infligida a América por el ataque contra las Torres Gemelas. Las imágenes de las dos torres en llamas, y después de su hundimiento, al cabo de unos minutos de que se produjeran los impactos, sumieron al mundo entero en el estupor, porque no ofrecían ningún recurso narrativo. No ocurrió lo mismo con los tres días de búsqueda de los hermanos Kouachi y de su cómplice Coulibaly, una persecución sembrada de indicios y de giros hasta el atentado antisemita del Hyper Cacher de Vincennes y el asalto de la imprenta donde los dos hermanos se habían atrincherado: este último acto fue como la firma de toda la secuencia.

El 11 de septiembre americano había despertado el recuerdo de un acto de guerra: el ataque contra Pearl Harbour, cuando los japoneses hundieron la flota estadounidense el 7 de diciembre de 1941. El atentado contra *Charlie Hebdo* recordaba más a un arreglo de cuentas que a un acto terrorista contra víctimas anónimas. Era un ataque con un objetivo y una firma. Sus repercusiones tenían que ver con la identidad y la notoriedad de los objetivos especialmente señalados por los asesinos. Pero, sobre todo, Charb, Cabu, Tignous y Wolinski, los cuatro dibujantes que murieron en el atentado, representaban una herencia simbólica, la de Mayo del 68. Al atacar *Charlie Hebdo*, los terroristas, sin pretenderlo, desde luego, habían logrado invertir los papeles: el orden y la transgresión, el laicismo y la religión. La irreverencia de *Charlie Hebdo* se transformó en objeto de adoración, la impertinencia en deber e incluso en tabú republicano. La ironía y el sarcasmo se convirtieron en materia obligatoria. Lo intocable surgió por todas partes. Las masas que blandían un lapicero empezaron a recordar a peregrinos caminando con su cayado: los penitentes de la risa. La respetuosa República blandió la custodia de la risa ante una muchedumbre en procesión el 11 de enero de 2015…

En una entrevista a *Inrocks*, el dibujante Luz explicó enseguida:

> Se hace cargar sobre nuestras espaldas una carga simbólica que nos supera un tanto. Formo parte de quienes se sienten incómodos con esta situación. Al final, la carga simbólica actual es todo aquello contra lo que *Charlie* ha trabajado siempre: destruir los símbolos, echar por tierra los tabúes, reexaminar los fantasmas. Charb creía que se podía seguir haciendo que cayeran los tabúes y los símbolos, solo que, hoy, nosotros somos el símbolo. ¿Cómo destruir un símbolo cuando ese símbolo eres tú?[11]

Esta permutación de la pareja sagrado/profano no es la única operación paradójica provocada por el atentado. La restricción de las libertades en nombre de la defensa de la libertad, las declaraciones belicistas en nombre de la paz y la civilización, la estigmatización del enemigo interior en nombre de la unidad nacional, un laicismo sacralizado e instrumentalizado contra el islam, la invocación de una comunidad fantaseada en nombre de la lucha contra todos los comunitarismos, la adaptación por la vía de los sondeos a las medidas de excepción, como el refuerzo de los controles policiales y las medidas de vigilancia en nombre de la defensa de la libertad

de expresión… Es imposible completar el inventario de las órdenes contradictorias suscitadas por el atentado y recubiertas por el manto del duelo, de la reprobación y del ultraje colectivo, la celebración de los valores extenuados que nos unen, la necesidad de hacer frente común en el trance… La puesta en escena de un «nosotros», la demostración de fuerza de una unidad recuperada… La vuelta de la verdadera Francia. Una operación que el diario económico *Les Échos* no dudó en registrar con el nombre de la «marca Francia»… «La marca Francia, más fuerte que todos los ejércitos del mundo», tituló el periódico el 19 de enero de 2015.[12] En sus páginas interiores, un especialista en mercadotecnia, François Némo, enumeraba todos los elementos reunidos en aquel milagro del *rebranding* francés:

> La República y la democracia han recuperado la palabra este domingo 11 de enero de 2015 y se han apoderado con dignidad de las calles de París… Defender la «marca» Francia para encontrar nuestro lugar en el futuro. Sí: ¡la ejemplaridad, la irreverencia, la inteligencia y los lapiceros son más eficaces, más pedagógicos que todos los ejércitos del mundo![13]

Después del 11 de septiembre de 2001, la diplomacia estadounidense había intentado una operación similar. De hecho, había llegado al punto de reclutar para puestos diplomáticos a especialistas en *branding* encargados de «vender Estados Unidos al mundo como una marca». Tres semanas después del 11 de septiembre de 2001, el 2 de octubre, Charlotte Beers, que había dirigido en la década de 1990 dos de las mayores agencias de publicidad estadounidenses, J. Walter Thompson y Ogilvy & Mather, fue nombrada subsecretaria de Estado para asuntos diplomáticos. Era la primera vez que se reclutaba para un puesto de responsabilidad diplomática a un profesional de la mercadotecnia, y no en calidad de simple consejero de comunicación. Durante su entrevista en el programa *Good Morning America*, la presentadora Diane Sawyer catapultó a Beers, convirtiéndola en la «mujer cuyo trabajo es decir al mundo lo que es Estados Unidos y hacérselo comprender a los musulmanes».

Una espectacular operación de *rebranding*, que consiste en revitalizar una marca envejecida reanudando su relato de los orígenes. «Hoy en día, el trabajo del mercadotécnico consiste en reagrupar a la gente. No es una cuestión de visibilidad, sino de compromiso», afirma Larry Weber,

consultor de *marketing* especializado en los nuevos medios. Para ello es necesario que la marca reencuentre una identidad fuerte y condense en un relato coherente todos los elementos constitutivos de la empresa: su historia, el carácter de los productos que fabrica, la calidad del servicio a los clientes, las relaciones laborales, el respeto al medio ambiente…

La actuación antiterrorista consiste, efectivamente, en reescribir la novela nacional a costa de algunas aproximaciones históricas y ciertos oxímoron; tiene la función de fusionar visiones del mundo contradictorias, ideales mutuamente excluyentes, esperanzas irreconciliables: la izquierda y la derecha, el pacifismo y el militarismo, la ley y la transgresión, el orden y la anarquía, el pansexualismo vitalista de un Wolinski, abierto a todas las transgresiones, y el onanismo depresivo de un Houellebecq, el anticlericalismo de *Charlie Hebdo* y el orden moral de la Manifestación para Todos… El gurú del *marketing* Seth Godin considera que el recurso a los oxímoron es una clave de la construcción de una marca.

> Las palabras o las imágenes de las que nos servimos para contar historias son instrumentos poderosos. Cuando entran en conflicto, forman un oxímoron. Hay infinitas historias poderosas que juegan con esa figura. El oxímoron permite llegar a grupos de consumidores a menudo desatendidos, a aquellos, cada vez más numerosos, que intentan reconciliar deseos contradictorios. Los oxímoron desestabilizan los reflejos de incredulidad o de escepticismo y producen un efecto de sorpresa con vistas a intrigar, seducir y cautivar.[14]

El 11 de enero de 2015 realizó una fusión artificial. Absorbió como un papel secante las disparidades culturales, borró las desigualdades en la gran manifestación que reunió a varios millones de franceses. Fue el acontecimiento fundador del «al mismo tiempo» de Emmanuel Macron. Los sociólogos subrayaron la ausencia de la juventud de los extrarradios, una Francia invisible que no se reconocía en la novela nacional que se estaba escribiendo. La manifestación no era para todos. Ocultó como por arte de magia el «*apartheid* territorial, social y étnico» que reina en Francia, en palabras de Manuel Valls. El consenso nacional se impuso al disenso republicano.

En 2002 Ashraf Ramzy, director general de Narrativity Group, con sede en Holanda, y especialista en la construcción narrativa de la identidad de las marcas comerciales, escribió:

> Por blasfemo que pueda parecer, en una economía de mercado los consumidores obedecen a una misma lógica que la que preside la comunión de los santos en la Iglesia católica: al consumir los símbolos de Estados Unidos, hacemos cuerpo con el mito más poderoso de todos los tiempos, el sueño estadounidense.[15]

La misa antiterrorista, celebrada esta vez en territorio nacional francés, se dio a leer como una eucaristía patriótica. Consumió los símbolos de la fe republicana y operó una verdadera transustanciación: «Este es mi cuerpo» o «Yo soy *Charlie*». *Corpus Charlie*. La mercadotecnia no hace más que parafrasear el texto del Nuevo Testamento, o profanarlo, en sentido estricto. ¿Acaso el papa de la gestión empresarial, Tom Peters, autor del célebre artículo «The Brand Called You» (La marca llamada tú), publicado en 1997, no afirmó en él que «estamos llamados a convertirnos en consumidores de nosotros mismos»?[16]

Es la gran ceremonia caníbal de una sociedad que se consuela consumiéndose: banderas a media asta, exvotos, memoriales, lamentaciones, himnos, como si el terror fuera lo único capaz de reunir a sociedades divididas y envejecidas. La manifestación a favor de *Charlie* tenía el aire de un funeral. Pero ¿quién era el difunto? ¿Lo que la muchedumbre enterraba era solo *Charlie* o algo más difuso, de lo que *Charlie* era el heredero? ¿Era el espíritu de Mayo del 68 o su espectro colectivo lo que aún se movía entre la multitud?

Así fue como el espíritu del 11 de enero sucedió al espíritu de mayo. Los lapiceros reemplazaron a los adoquines, la calle se vació para acoger a un grupúsculo de jefes de Estado, con su razonable cuota de censores y dictadores. Se tuvo al mismo tiempo la revuelta y el regreso del palo, «Yo soy *Charlie*» y el caos, mayo y junio reunidos. El espíritu de revuelta se confió al orden republicano, una revuelta antiautoritaria adoptó los rasgos de una demanda de autoridad, el insurgente se convirtió en mercadotécnico y París, en el colmo del ridículo, reivindicó durante un cuarto de hora la condición de capital del mundo. El *hashtag* viral se impuso a los miles de eslóganes. Se pretendió que era la historia lo que volvía a aparecer en las calles de la capital, cuando no se trataba más que de una reproducción.

El espíritu de Mayo del 68 se perdió bajo los golpes de mentón de la clase política. Se tuvo al mismo tiempo la revolución y la restauración, el orden y la insurrección, el mantenimiento del orden como autogestión. La primera línea de los jefes de Estado desfilando en traje y corbata, de frente, por un bulevar desierto, recordó a la manifestación de junio del 68 en los Campos Elíseos que puso fin a Mayo del 68… La fotografía de Luz puño en alto con sus camaradas fue a parar a la multitud de los clichés convenidos como una imagen subliminal del pasado, del que se hacía tabla rasa.

Detrás de esta primera línea, la marea humana, coagulada a causa de su propia densidad, no lograba avanzar. ¿Es posible que dudara entre la República y la Nación, sobre el sentido de su marcha? Se abrazó a los policías, se cantó *La Marsellesa*, los jóvenes se agarraron a las estatuas, las familias lloraron a los difuntos. La imagen de Patrick Pelloux sumido en lágrimas entre los brazos de François Hollande se superpuso a la del joven Cohn-Bendit, esquivando, risueño, a un policía antidisturbios. El *hashtag* #jesuischarlie borró el eslogan: «Todos somos judíos alemanes». Una operación de blanqueamiento. La historia se repetía, pero no como tragedia ni como farsa, sino al modo de un espectro, el de Mayo del 68, del que *Charlie Hebdo* prolongaba, más allá de lo razonable, la defensa y la ilustración.

De tanto hablar del asunto, al final había sucedido. ¿No se había convertido Mayo del 68 en el culpable ideal de todas las frustraciones, el chivo expiatorio de las crisis que minaban la nación: identidad afligida, autoridad ultrajada, familia descompuesta, valor-trabajo devaluado, zonas ajenas al derecho, inseguridad cultural, escuela desacreditada? El abecedario de nuestros temores nacionales. El 11 de enero, Francia celebró los funerales nacionales de Mayo del 68. *Charlie Hebdo* fue objeto de nacionalización.

El atentado contra *Charlie Hebdo* se inscribe en una larga historia, la de las relaciones entre lo sagrado y lo profano, el ámbito de la fe y el ámbito del sueño, la risa y lo serio. En sus comienzos, el cristianismo condenaba la risa. Incluso llegó a afirmar, como hizo san Juan Crisóstomo (fallecido en el año 407), que las bromas y la risa no eran cosa de Dios, sino del Diablo, y que Cristo nunca había reído. Más cerca de nosotros, el jansenismo y el grito de Rancé: «¡Que la desgracia caiga sobre todos los que ríen!», llevan la huella de un rigorismo moral del que no renegarían los autores de *fatwas*.

De todos modos, la actitud de la Iglesia está lejos de haber sido siempre represiva. Y si la *fatwa* lanzada contra Salman Rushdie se percibió como un acto de violencia oscurantista «propio de otras épocas» e inmediatamente se la asoció con la supuesta barbarie de la Edad Media, esa apreciación tiene más de cliché que de verdad histórica. Al contrario, fue en la Edad Media cuando la tolerancia de las autoridades religiosas en relación con las fiestas carnavalescas y los ritos paródicos de la religión adquirió mayores dimensiones. El libro de Mijaíl Bajtín sobre la obra de Rabelais atestigua la feliz convivencia de la fe y de la risa, de la liturgia y del carnaval en aquellos tiempos.[17]

Desde el siglo XI, todos los elementos del culto oficial son objeto de parodia, tanto en latín (*parodia sacra*) como en lengua vernácula: las oraciones (padrenuestro, avemaría, credo), los Evangelios, las reglas monásticas, los decretos conciliares, las bulas y los mensajes pontificios, los sermones religiosos… En cuanto a las ceremonias de Pascua, la tradición permitía la risa y las bromas licenciosas en el interior mismo de la Iglesia (el *risus paschalis* se asociaba a la gozosa resurrección). También existía la risa de Navidad.

Hoy en día es difícil imaginar la extensión de esas prácticas paródicas. Los clérigos, así como los eclesiásticos con dignidades superiores en la jerarquía y los doctos teólogos, redactaban tratados cómicos… Una de las obras más antiguas de esta literatura paródica en latín, la *Cena de Cipriano* (*Cena Cypriani*), compuesta entre los siglos V y VII, distorsionaba de modo carnavalesco las Sagradas Escrituras y parodiaba toda la historia sacra (desde Adán hasta Cristo) en la descripción de un banquete bufonesco y excéntrico. Ernst Robert Curtius decía sobre esta literatura lo siguiente: «La

mezcla de lo serio y lo gracioso formaba parte de las reglas de estilo familiares a los poetas de la Edad Media. […] Fueron tiempos propicios para la mezcla de estilos en todas sus formas».[18]

En los manuscritos de los siglos XIII y XIV, sobre todo en los libros de leyendas que detallaban la vida de los santos, encontramos, al lado de piadosas iluminaciones para ilustrar el texto, quimeras en las que se entremezclan formas humanas, animales y vegetales, diablillos cómicos, malabaristas que ejecutan acrobacias… «La superficie de la página», comenta Bajtín, «al igual que la conciencia del hombre del Medievo, englobaba los dos aspectos de la vida y del mundo».[19] Las pinturas murales y las esculturas de las iglesias atestiguan asimismo esa coexistencia de lo gracioso y lo serio.

En el Renacimiento, la risa carnavalesca, durante mucho tiempo limitada a las fiestas populares, irrumpió en la literatura profana, lo que dio nacimiento a obras maestras de la literatura mundial como el *Decamerón*, de Boccaccio, la obra de Rabelais, la novela de Cervantes, los dramas y las comedias de Shakespeare… Bajtín escribe:

> En la persona de Rabelais, la palabra y la máscara del bufón medieval, las formas de las celebraciones populares carnavalescas, la viveza de los jueces de ideas democráticas, que distorsionaba y parodiaba absolutamente todas las palabras, y los gestos de los titiriteros de feria se asociaron al saber humanista, a la ciencia y a las prácticas médicas, a la experiencia política y a los conocimientos de un hombre que, confidente de los hermanos Du Bellay, estaba íntimamente iniciado en todos los problemas y secretos de la alta política internacional de la época.[20]

Bajtín recuerda que, aunque la prudencia impulsó a Rabelais a retirar todos los ataques contra la Sorbona de sus dos primeros libros para la edición de 1542, «ni siquiera se le pasó por la cabeza expurgar los otros pastiches de textos sacros: hasta ese punto seguían vivos en la época los derechos y las confianzas de la risa». La interpenetración entre el texto sacro y la literatura profana era tal que la primera traducción de la Biblia al francés, realizada por Olivétan, lleva la marca de la lengua y del estilo de Rabelais.[21]

Al contrario, no fue siempre entre la Iglesia donde se reclutaron los críticos más severos de Rabelais. La historia de la recepción de su obra en Francia nos revela algunas sorpresas. En 1690, La Bruyère formula un juicio inapelable:

> Sobre Marot y Rabelais pesa la responsabilidad de haber esparcido palabras soeces en sus escritos. […] Rabelais resulta particularmente incomprensible; su libro es una monstruosa mezcla de moral fina e ingeniosa y de sucia corrupción.[22]

Y Voltaire, la gran figura de las Luces, a quien se invoca sin cesar contra el oscurantismo, reprochaba a Rabelais haber mezclado la erudición, los tacos y el aburrimiento («por un buen cuento de dos páginas hay que pagar el precio de incontables estupideces»). Proponía que las obras de Marot y Rabelais se redujeran a cinco o seis hojas.

Bajtín concluye lo siguiente:

> A Rabelais nunca se lo entendió ni apreció menos que en aquella época [el siglo XVIII]. […] Los escritores de las Luces, con su falta de sentido histórico, su utopismo abstracto y racional, su concepción mecanicista de la materia, su tendencia a la generalización y a la tipificación abstracta por una parte, y su documentalismo por la otra, no eran capaces de comprender y apreciar correctamente a Rabelais.[23]

Tampoco su concepción carnavalesca del mundo. Quienes invocan las filosofías de las Luces en defensa de *Charlie Hebdo* deberían pensárselo dos veces. El nombre de Rabelais sería mucho más convincente a la hora de ocupar ese lugar.

Swift oponía la ilusión agradable a la locura propia de los hombres de Estado y de los grandes reformadores religiosos. ¿Cómo oponerse a la locura religiosa y política cuando la locura es de tal grado que ya no distingue la realidad? Cervantes fue el primero en mostrar que la locura y el desorden entran en el mundo cuando se borra el sutil matiz que separa la realidad y la ficción.[24] En efecto, ¿quién es don Quijote sino un hombre que se ha perdido en los confines de los libros y de la realidad, y que no percibe

bien esa frontera? ¿Acaso no llegará a interrumpir un espectáculo de guiñol y a traspasar con su espada marionetas de madera porque no se conducen conforme a los principios de la caballería?

El personaje del hidalgo de La Mancha da testimonio de la misma ceguera que nuestros asesinos de lo imaginario, que no pueden comprender la diferencia entre la realidad y la ficción, entre un dibujo y un insulto, entre una caricatura y una imagen santa. La idea fija de su loca caballerosidad los vuelve incapaces de adoptar esa distancia mínima sin la que no hay parodia ni juego, ni siquiera representación.

Stalin vio un día en la televisión a un célebre actor que interpretaba a un traidor. Quedó tan impresionado por su actuación que declaró que solo un auténtico traidor podía representar tan bien ese papel. Por lo tanto, ordenó que se tomaran las medidas pertinentes, y el intérprete fue detenido. Medio siglo más tarde, el 13 de febrero de 1989, el ayatolá Jomeini vio también en la televisión que la policía pakistaní disparaba contra manifestantes que protestaban por la publicación en Estados Unidos de un libro titulado *Versos satánicos*. Jomeini no lo había leído, pero quedó tan impresionado por las imágenes de la matanza que dedujo que un libro titulado *Versos satánicos* tenía que ser satánico y que su único objetivo era el insulto o la blasfemia. Se retiró para dictar de inmediato una orden de ejecución contra su autor, Salman Rushdie.

La pena de muerte dictada por Irán contra un ciudadano británico, un acto de terrorismo de Estado, no solo violaba las leyes internacionales, sino que franqueaba la frágil frontera que separa la ficción de la realidad. Algunas semanas después de la *fatwa*, Jamel Eddine Bencheikh, profesor de poética árabe en la Sorbona y traductor junto a André Miquel de *Las mil y una noches* al francés en la Pléiade, escribía:

> Ningún musulmán aceptará leer un ejercicio burlesco sobre un Mahoma instalado en el corazón de lo real islámico. […] Reconozcamos que la ficción está sometida a vigilancia en los países árabes. […] A partir de ahora, todo cae bajo la ley de la ofensa: el hombre vivo, la figura histórica, el mito. Las vías de la ensoñación están prohibidas, como lo están incluso las del placer: ¡un tribunal de El Cairo ordenó hace cuatro años la destrucción de tres mil ejemplares confiscados de *Las mil y una noches*! Todo puede sucumbir a este desastre, incluidas la pintura, la escultura y el cine.[25]

La censura contra los artesanos de lo imaginario, sean dibujantes, escritores, cineastas, pintores o escultores, no sanciona un delito de opinión (su defensa no atañe a la defensa de la libertad de expresión, blandida como un fetiche), sino la ficción en sí, el derecho a la literatura, al humor, a la metamorfosis… Cuando se asimila al autor con sus personajes, al dibujante con sus caricaturas, se hacen saltar todos los cerrojos que protegen el espacio de la ficción. Sabemos que la obra de ficción no es el simple producto de la voluntad del autor, que depositaría en él significados y predicados, sino un proceso complejo, en el que el escritor, paradójicamente, se ausenta y se borra. La novela nada tiene que ver con las opiniones, con las creencias, incluso con las herejías de su autor. No concierne a la expresión de uno mismo, sino que, al contrario, significa la derrota de toda expresividad. Flaubert formuló la regla que rige ese proceso: ¡«Seamos expositivos», más que expresivos![26]

La divisa de Cervantes es la fórmula popular, llena de humor y sabiduría, que podría haber figurado en la primera plana de *Charlie Hebdo*: «¡No nos confundamos!». El relato de *Don Quijote* fue pionero porque no pretendía fundar ni una ley ni una comunidad, sino afirmar una ética del discernimiento. En los albores de los tiempos modernos, la lectura trascendental del mundo ya no es posible: el sentido del mundo ha quedado pulverizado en miles de signos indescifrables; su enigmático espejismo autoriza toda suerte de interpretaciones que se expandirán en miles de relatos. La única ética posible es una ética de la traducción, de la interpretación, de la separación. Con *Don Quijote*, Cervantes inaugura la edad de oro de los viajeros del sentido. En el extremo opuesto de las novelas de caballería, que procuraban ocultar lo real y sustituirlo por un mundo encantado, la novela moderna se volvía hacia el mundo, se abría a él y, mezcladas todas las tendencias, intentaba descifrarlo.

Al dar la espalda a la ficción de un mundo unificado y cerrado, la novela moderna no dejaría de abrirse a una realidad diversa y estratificada. De las complejidades del alma a la mecánica de las sociedades, de la conquista de nuevos mundos a la exploración del pasado, la novela se hizo historiadora, semióloga, psicóloga, geógrafa, socióloga. A diferencia de sus aspiraciones enciclopedistas, también contemporáneas, no produciría

síntesis, sino discernimiento, ni daría lugar a sistemas, sino a una proliferación de la experiencia, a una diseminación del sentido. Todo el saber de la novela, su saber único, es el fruto de esas experiencias de la separación.

En *La broma*, Milan Kundera describe el mundo totalitario como aquel que tiende a borrar la diferencia que existe entre lo gracioso y lo serio, en el que una broma, en lugar de hacer reír, puede destruir una vida (a un estudiante lo expulsan de la universidad y su vida sufre un vuelco radical a causa de una tarjeta postal que, para echarse unas risas, había firmado como «Trotski»…).[27] La broma es una prolongación de la ficción en la vida cotidiana. Con la parodia, el juego, la risa, se da la posibilidad, dentro de una relación humana, de inventar otras relaciones, de invertir los papeles, de relativizar su propio significado.

Ahora sabemos que la imposibilidad de la broma en el mundo totalitario anunciaba nuestra entrada en un mundo, el mundo de los medios y los mulás, de las GAFAM y las redes sociales, que se caracteriza por la confusión entre la realidad y la ficción, lo sagrado y lo profano, el juego y la fe. Es un mundo en el que la ética del discernimiento ya no tiene sentido.

Esa ética era la que estaba en juego en el debate en torno a *Charlie Hebdo*, mucho antes de la matanza de enero de 2015, en la época de sus procesos judiciales, en particular de los últimos (2007, 2012), y después de ella. No opone a creyentes y no creyentes, pues la ética del discernimiento se ejerce en el seno mismo de las religiones del Libro (exégesis canónica, Talmud y Tafsir). No define el Occidente de la Luces contra un islam supuestamente oscurantista. Proyecta a escala del mundo, a través de mil distorsiones, confusiones y malentendidos, la nueva guerra de los relatos. Fuego y contrafuego.

En esta guerra, en la que lo que está en juego va mucho más allá de las caricaturas de Mahoma publicadas por *Charlie Hebdo* en 2007, la imaginación, la ironía y la poesía no son más que rehenes desarmados. Cabe medir el alcance del malentendido mundial que se ha cernido sobre

ellas recordando simplemente que el académico palestino Edward Said defendió a su amigo Salman Rushdie, cuya novela calificó de «intifada de la imaginación».

Las imágenes de manifestantes, el 16 de enero de 2015, en Níger, Pakistán, Malí, Argelia o Senegal protestando contra la publicación por *Charlie Hebdo*, apenas repuesta de la matanza de su redacción, de una nueva caricatura del profeta Mahoma[28] ponen una vez más de relieve lo que el caso Rushdie había demostrado por vez primera en 1989. Para lo bueno y para lo malo, el mundo está irreparablemente abierto. Ya no ofrece refugio. La censura ha cambiado de formas, de agentes, de objetivos. Ya no reconoce las fronteras. Ya no golpea solo a los periódicos, los libros o las películas. Ataca directamente a las personas, a los autores, a los periodistas.

Sobre todo, ya no persigue solo las opiniones políticas, religiosas o ideológicas. Ataca toda forma de representación, imagen, ficción o caricatura en cuanto tal. Pretende transformar en delito de opinión toda práctica artística libre.

En Irán, es la música en su conjunto, su difusión y su enseñanza las que durante mucho tiempo han estado prohibidas o reguladas. En Afganistán, una de las primeras iniciativas de los talibanes, tras su entrada en Kabul en 1996, consistió en quemar películas, sin verlas antes siquiera, en autos de fe retransmitidos por las televisiones del mundo entero. En Argelia, el solo hecho de pasar por escritor bastaba, en la década de 1990, para engrosar las listas negras de los comandos islamistas.

Desde la caída del muro de Berlín, la censura no es solo cosa de los Estados totalitarios. La figura que antaño dirigía una censura central y disponía de órganos burocráticos que permitían perseguir el pensamiento disidente va acompañada hoy en día de múltiples fenómenos de violencia y represión, que solo tienen en común un odio ciego al arte y la ficción. Y ese odio gana terreno, no solo en las regiones dominadas por el fundamentalismo islámico, sino también en Estados Unidos y en Europa, donde auténticos grupos de presión antiartísticos intentan imponer a los artistas y a los escritores sus razones, sus criterios, sus límites. En numerosas franjas de nuestra sociedad no dejamos de encontrar a literalistas sin discernimiento, es decir, sin distancia.

No hace mucho, el estudio de ciertas novelas de Steinbeck o de Richard Wright se prohibió en ciertos institutos por la presión de las organizaciones de padres de estudiantes. En Francia, en los ayuntamientos conquistados por la extrema derecha en 1995, aparecieron listas de libros que había que eliminar de las bibliotecas. ¿Acaso el Código Penal francés de 1994, adoptado bajo la presión de ciertas organizaciones familiares, no legitima las intimidaciones, las persecuciones contra libros o contra exposiciones?

Todas las protecciones, todos los cerrojos sabiamente conservados desde la época de las Luces a fin de preservar el espacio de la creación están a punto de saltar por los aires. Monseñor Lustiger, miembro de la Académie française, llegó a afirmar, cuando se produjo el caso Rushdie, que «la figura de Cristo y la de Mahoma no pertenecen al imaginario de los artistas».[29] En pocas palabras, renunciaba a siglos de historia de la pintura.

Monseñor Decourtray, primado de los galos, estableció un vínculo entre el caso Rushdie y la campaña desatada algunos meses antes contra la película de Scorsese *La última tentación de Cristo*, y puso el grito en el cielo: «Una vez más se insulta la fe de los creyentes. Ayer, en una película que desfiguraba el rostro de Cristo; hoy, en un libro sobre el profeta de los musulmanes». El arzobispo de Nueva York, monseñor John O'Connor, también consideró que el libro de Rushdie ofendía la fe y pidió a sus seguidores que no lo leyeran. El gran rabino de Israel, el Vaticano y Margaret Thatcher expresaron la misma reprobación… Jacques Chirac, futuro presidente de la República francesa, declaró temerariamente: «No siento la menor simpatía por el señor Rushdie. He leído lo que se ha publicado en la prensa [los primeros capítulos de *Los versos satánicos*]. Es miserable».

Algunos días después del anuncio de la *fatwa* contra Rushdie, *L'Osservatore Romano*, el órgano oficial del Vaticano, expresaba «su solidaridad con quienes se han sentido heridos en su dignidad de creyentes» y calificaba la obra de Salman Rushdie, si no de blasfema, al menos de «distorsión gratuita». ¡Maravillosa seguridad la de los críticos literarios de la Santa Sede, que se permiten juzgar distorsiones gratuitas de la ficción!

Desde hace un cuarto de siglo, se han multiplicado las *fatwas* en Irán, Egipto, Bangladés, Argelia. Los escritores, los periodistas, los artistas se han convertido en el objetivo privilegiado de atentados ciegos y de alto rendimiento mediático. Se ha pasado de la censura de las obras a la persecución de los autores, de los textos censurados a las cabezas cortadas. La matanza de *Charlie Hebdo* es una culminación. Demuestra que lo que está en juego no es solo la libertad de expresión de los individuos, sino un derecho no escrito y, por lo tanto, imprescriptible: el derecho a interrogar al mundo; el derecho a la ironía, que no es más que una forma de buscar nuevos ángulos para penetrar en la realidad, para esbozar lo que, en la ficción, bosqueja otros mundos, otros tipos de relación entre los hombres.

3

El 13 de noviembre de 2015, por segunda vez en menos de un año, el terrorismo golpeó París. En esta ocasión, no fue bajo el pretexto de castigar a la redacción de *Charlie Hebdo* por haber publicado caricaturas del Profeta, sino en represalia por la intervención militar de Francia en Siria. Según varios testimonios, los terroristas habían dicho a sus rehenes en la sala de conciertos del Bataclan: «La culpa es de Hollande, de vuestro presidente; dejad de intervenir en Siria». En nombre, por lo tanto, de la vieja aplicación de la responsabilidad colectiva de los individuos (la *Sippenhaftung* de los nazis), propia también de la mafia y de los grupos paramilitares, los terroristas tomaron como rehenes a centenares de individuos, asesinaron a 130 personas e hirieron a otras 352 en las calles de París.

Las preguntas que plantea la matanza del 13 de noviembre son innumerables y enrevesadas. Conciernen a la política exterior de Francia, supuestamente orientada a protegernos contra tales atentados; la organización de los servicios de inteligencia, encargados de prevenirlos; el sistema educativo, por no hablar del famoso *apartheid* social y cultural que hemos permitido desarrollarse desde hace treinta años y que ya no produce los simpáticos «salvajes» de Jean-Pierre Chevènement, sino auténticos monstruos. Los terroristas, reclutados o puestos al servicio de la organización Estado Islámico, se han nutrido de la sangre virtual de los videojuegos y de la propaganda terrorista en Facebook, antes de aplastarlo todo por un infierno terrestre bien real.

Este breve resumen de nuestras crisis bastaría para construir un proceso contra la política desarrollada desde hace treinta años por la clase política francesa, irreflexiva, ocupada en traducir y aplicar reglas concebidas en otras partes, deseosa de imitar un modelo económico y social

que ha ahondado por doquier las desigualdades económicas y ha generalizado la exclusión social. Aquí tenemos, reunidas, las condiciones de producción de un mundo social dividido, presa de tensiones sociales cada vez más fuertes; de un mundo alucinado, que recicla las frustraciones en ficciones útiles y la desesperanza en compras compulsivas. Los individuos están más expuestos que nunca a las imposiciones económicas globales y a la violencia transnacional, mientras que la capacidad de protección del Estado se ha debilitado.

Al calificar el atentado del 13 de noviembre de «acto de guerra», el presidente de la República, su Gobierno y la casi totalidad de la clase política cometieron un grave error, que les impide analizar la naturaleza del terrorismo y, por lo tanto, parar sus golpes más mortales. Cayeron en la trampa tendida por el grupo Dáesh. «Es un acto de guerra cometido por un ejército terrorista, el Dáesh, un ejército yihadista»,[30] declaró el sábado 14 de noviembre el jefe de Estado desde el Elíseo, antes de calificarlo dos días más tarde ante el Congreso de Versalles de «terrorismo de guerra», concepto inédito, oxímoron forjado en la improvisación, que manifiesta una auténtica impotencia para pensar el fenómeno terrorista.

¿Qué es una guerra desencadenada al margen de toda declaración oficial contra un «Estado» sin fronteras establecidas, «Estado» autoproclamado al que se le niega, con toda justicia, el nombre de Estado, pero al que se atribuye «un acto de guerra preparado, organizado y planificado desde el exterior y con cómplices dentro de nuestras fronteras, cuya identidad descubrirán las investigaciones»?[31]

Se trataba menos de analizar la amenaza que de adoptar una postura, de restablecer la confianza a cualquier precio; menos de dotarse de medios para combatirla que de «teatralizar» nuevos bombardeos de las posiciones del Dáesh en Siria, de adoptar un arsenal de medidas defensivas propuestas tiempo atrás por la derecha, de decretar un estado de emergencia de tres meses susceptible de prolongarse e incluso de perpetuarse gracias a una revisión constitucional; en resumen, de protegerse mediante advertencias concernientes al respeto del Estado de derecho: un *Patriot Act* a la francesa. Fue, por lo tanto, bajo ese doble golpe de fuerza semántica, la «guerra terrorista» y el «Estado de derecho de excepción», como el presidente de la

República decidió embarcar al país en una expedición ambigua que marcaría un giro defensivo y necesitaría una revisión constitucional precipitada.

Este discurso defensivo no dejó de recordar al pronunciado por el presidente George W. Bush el 20 de septiembre de 2001 ante el Congreso estadounidense. El paralelismo entre los dos discursos resultó cruel para François Hollande. El campo léxico era el mismo, e incluso el cariz de las frases recordaba el original de Bush. Como escribió *Le Monde* en su edición del 17 de noviembre, George W. Bush había empleado «catorce veces la palabra *guerra*», y la fórmula «estamos en guerra contra el terror» había hecho historia. Más de catorce años después, la misma palabra había salido trece veces de los labios del presidente de Francia, para quien su país estaba «en guerra». Una guerra dirigida contra Francia, «porque Francia es un país de libertad, la patria de los derechos humanos», tal como había afirmado Bush en 2001: «Los terroristas han atacado Estados Unidos porque somos la casa y los defensores de la libertad».

Los parecidos no se limitaban a la retórica guerrera de los dos presidentes, sino que se extendían a las reformas propuestas. George W. Bush había anunciado un amplio despliegue legislativo que permitiría conocer los planes de los terroristas antes de que actuaran y encontrarlos antes de que atacasen. François Hollande inició un despliegue similar que preveía diversas medidas de refuerzo de la seguridad, como el aumento de los efectivos de la policía y la gendarmería, y la retirada de la nacionalidad a las personas nacidas en Francia y condenadas por actos de terrorismo. Exigió también una reforma de la Constitución para añadir el «estado de emergencia» a los artículos 16 y 36, que recogen las condiciones del recurso a los plenos poderes presidenciales y al estado de sitio. Hollande no era Bush, pero su «pacto de seguridad», desatendido, supuso desviar su «pacto de estabilidad», con lo que se plegó a la misma inflexión que la impuesta al neoliberalismo por el neoconservadurismo del equipo de Bush después de 2001. La guerra como único horizonte…

Exigir del Gobierno francés, si no lealtad con sus compromisos políticos, al menos cierta ética lingüística, no equivale a subestimar la barbarie que había golpeado las calles de París. Como recordó Dominique

de Villepin, «estamos en un período en el que las palabras han de tener sentido».[32]

El antiguo primer ministro de Jacques Chirac decía incluso:

> El hecho de que [los terroristas hayan] utilizado kaláshnikovs, granadas y cierto número de municiones [no] significa que sean un ejército reconocido en el marco de un Estado. En este caso, tenemos grupos fanáticos, un partido totalitario […]. ¿Cuáles son las consecuencias de esta idea? La primera, disminuir la responsabilidad de los combatientes terroristas, que se dicen: «Atacamos porque somos guerreros». La segunda, legitimar la idea de que están en guerra, tienen objetivos bélicos y pretenden conquistar nuestro territorio, ir ganando posiciones.

«En una guerra se enfrentan dos Estados y dos ejércitos»,[33] lo que no ocurría con los terroristas que acababan de actuar en París y en el Stade de France.

En un editorial remarcable, publicado en francés dos días después de los atentados, el periódico británico *The Guardian* venía a recordar algunas evidencias al Gobierno francés:

> Aunque el Estado Islámico quiera realmente que esta noche de matanza sea una declaración de guerra, eso no significa que Francia —o el resto del mundo— deba devolverle el cumplido. Porque eso sería, en efecto, un cumplido. Declarar la guerra al Estado Islámico supondría halagarlo, concederle la dignidad que busca con avidez. Sería otorgarle la categoría de Estado, que reivindica sin merecer.[34]

El periódico inglés recordaba la herencia estadounidense de esta clase de reacciones citando la política de Bush tras el 11 de septiembre: «Ese lenguaje bélico, que autorizaba implícitamente el recurso a medidas extremas, ha conducido a Estados Unidos y a sus aliados a adoptar algunas decisiones desastrosas». «En ese clima tal vez resulte impopular llamar a la reflexión y al examen, pero si tenemos el sentimiento de que los valores de Europa están en peligro, entonces el último modo de protegerlos sería desmantelarlos», concluía *The Guardian*. A propósito de Francia, evocaba igualmente la política defensiva del otro lado del canal de la Mancha: «Según nuestro punto de vista, la vigilancia en masa, la de cada uno de nosotros, no es necesaria ni eficaz».[35]

Podemos imaginar el júbilo que sintió el Dáesh ante la postura adoptada por Hollande. Ver a ese viejo país, Francia (que se había atraído simpatías en todo el mundo árabe-musulmán al oponerse en 2003 ante el

Consejo de Seguridad de la ONU, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Dominique de Villepin, a la aventura iraquí deseada por G. W. Bush), descender al rango de belicista asistido (por Rusia y Estados Unidos) bien valía la molestia de tirar algunas bombas sobre Al Raqa. Ver renunciar a ese país a sus principios democráticos, a su libertad interior, y alterar completamente en unas pocas horas su proyecto, su presupuesto y su Constitución, después de una serie de atentados cometidos por franceses contra franceses en su territorio nacional, no podía sino llenar de satisfacción al grupo terrorista que había patrocinado los ataques, y que no pedía tanto. (Tal vez su ambición prioritaria fuera la de levantar y reunir a masas yihadistas…)

El 20 de enero de 2005, con motivo de su segundo discurso de investidura, George W. Bush había declarado:

> Gracias a nuestros esfuerzos hemos encendido un fuego, un fuego en el espíritu de los hombres. Calienta a quienes experimentan su poder, quema a quienes combaten su progreso y un día este fuego indomable de la libertad alcanzará los rincones más oscuros del planeta.

Sin duda, ignoraba que esa frase, que le había apuntado su consejero político Karl Rove, procedía de la novela de Dostoyevski *Los demonios* y que había sido escrita para designar «el acto implacable de unos anarquistas radicales que incendiaron una aldea: “El fuego está en los corazones, no en las casas”».

Fire in the Minds of Men (Fuego en la mente de los hombres) es también el título de un ensayo escrito por el politólogo e historiador estadounidense James H. Billington, publicado veinticinco años antes.[36] En él se preguntaba sobre los orígenes de las revoluciones francesa y rusa, y concluía que la idea revolucionaria era de naturaleza religiosa: «Los revolucionarios modernos son creyentes, no menos convencidos y resueltos que los cristianos y los musulmanes de antaño». Esta fe revolucionaria, precisaba Billington veinte años antes del 11 de septiembre, «tal vez sea la de nuestra época».[37] George W. Bush no había dudado en hablar de «cruzada» para calificar su política.

La cruzada estadounidense emprendida en 2001 en Afganistán, con la coalición internacional, proseguida en Irak en 2003, luego en Libia en 2011 y en Siria en 2014, llegó a Europa, como un golpe de bumerán, con los atentados del 13 de noviembre de 2015. El tiro salió por la culata, en nuestras calles y nuestros cafés.

«La peor seducción del mal», escribió Franz Kafka, «es la provocación al combate». Aquí tenemos la trampa del terrorismo. Hasta 2007, Francia había sabido evitarla. Gracias a Jacques Chirac y a Dominique de Villepin, se había mantenido al margen de la «cruzada» en Irak. Había resistido a la retórica de la «guerra al terrorismo» y conservado su discurso universalista, su papel de mediadora, no solo conforme a su historia desde la Revolución francesa, sino también a su situación geográfica como encrucijada de civilizaciones. Durante aquellos años fue una magnífica excepción.

Tras 2007 y la elección de Nicolas Sarkozy como presidente de la República, cayó a su vez en la trampa del intervencionismo ciego, del belicismo ostentoso e impotente, que da pie a la regresión defensiva y abre la vía a una sociedad de vigilancia. Sarkozy había deseado que Francia se reintegrara a la estrategia de la OTAN y bombardease Libia, después de que hubiera apoyado a los dictadores egipcio y tunecino, contra los que se alzaron las revoluciones árabes, en 2011. Su sucesor, François Hollande, incapaz de sustraer su política exterior a las consecuencias desastrosas de las intervenciones de su predecesor, multiplicó las operaciones militares en Malí, en Burkina Faso, en Siria y en Irak. Impotente en la escena nacional, utilizó los poderes monárquicos que le confiere la V República para restaurar, con el uniforme de comandante en jefe, su autoridad, que estaba en tela de juicio. La soberanía debilitada se conjugaba con el militarismo impotente. Su quinquenio comenzó en la indolencia y terminó en un cierto furor guerrero.

4

Sabido es desde el 11 de septiembre de 2001 que el desafío del terrorismo no es militar, no tiene como objetivo establecer una relación de fuerza estratégica, ni es esencialmente religioso, pese a las apariencias. ¿Acaso es ideológico? Tampoco, si por ideología entendemos una visión coherente del mundo, un cuerpo de doctrinas o de conceptos que uno se esfuerza en transmitir mediante la educación o la propaganda. Su desafío es fundamentalmente narrativo.

Instruidos por su fracaso en Irak, los estadounidenses entendieron hasta qué punto eran impotentes las bombas para responder al desafío del terrorismo.

El 11 de septiembre de 2001 constituyó el acto inaugural de una guerra de relatos que desde entonces no ha cesado de extenderse e intensificarse. Esta guerra no tiene como teatro de operaciones los campos de batalla tradicionales, sino las pantallas de nuestros ordenadores y nuestros teléfonos móviles, y por armas no ya aviones y tanques, sino historias, imágenes, metáforas en las redes sociales. Es una guerra que moviliza imágenes y palabras para fines de persuasión o de fascinación, una guerra de movimientos que se desplaza al ritmo ultrarrápido de las transmisiones a alta velocidad, no al de las tropas terrestres. No se limita al «choque de civilizaciones», ni a la colisión entre el islam y Occidente, ni a ningún otro terreno de confrontación geopolítica que la defina. Eso es lo que hay que entender de verdad. La guerra de los relatos puede declararse en cualquier sustrato, económico, social, que importe… Es un dispositivo dinámico, que disfruta de autonomía.

«Los aficionados hablan de estrategia», afirma un antiguo adagio militar citado por Tony Corn,[38] «los profesionales hablan de logística». Si creemos a un experto militar del Departamento de Estado americano, eso es

cada vez menos cierto. Los aficionados hablan siempre de estrategia, pero los auténticos profesionales hablan cada vez más… ¡de antropología! Una disciplina más útil, según él, para comprender «la gramática y la lógica de las guerras tribales que las enseñanzas de Clausewitz».

En un artículo titulado «Clausewitz en el país de las maravillas», Tony Corn, miembro de la Hoover Institution, *think-tank* republicano que aconsejaba a George W. Bush, observó que la irrupción de un centenar de cadenas de televisión árabes condujo a los analistas a preguntarse por la pertinencia de la doctrina estratégica de Clausewitz en la época de Al-Jazira.[39]

En la década de 1960 y sobre todo de 1970, la televisión había transformado a guerrilleros como Castro, Guevara o Arafat en iconos mediáticos. Desde entonces, el papel de los medios en los conflictos no ha dejado de crecer. La revolución islamista en Irán utilizaba todavía cintas magnéticas para difundir su mensaje, pero «la esfera mediática se convirtió en las décadas de 1980 (intifada en Palestina) y 1990 (Balcanes) en el principal campo de batalla». La esfera mediática es el albergue y el reto de la «conquista de los corazones y las mentes». En esta nueva situación estratégica, insiste Tony Corn, «los aficionados hablan de "mensaje", mientras que los profesionales hablan de "relatos"».

En un artículo titulado «*Storytelling* y periodismo»,[40] otros dos expertos afirmaban que la «guerra contra el terrorismo» debía tener en cuenta las «historias que cuentan los terroristas». El artículo, publicado en marzo de 2005 en la página web del Center for Contemporary Conflict, hace referencia a autores cuya presencia resulta insólita en una página de análisis estratégico: Aristóteles y Platón se codean con teóricos de la literatura, investigadores neurocientíficos y sociólogos. Entre los autores citados figura el lingüista George Lakoff, el sociólogo Benjamin Barber e incluso el gran escritor polaco Ryszard Kapuściński… Su bibliografía dibuja implícitamente el retrato intelectual de los nuevos Clausewitz de la guerra mediática: en lugar de especialistas en logística, ahora son expertos en «narratología».

Según los dos autores, «el nacimiento, la maduración y la transformación de las organizaciones terroristas se basan en relatos que hay que descodificar si se quiere determinar una estrategia dirigida a arruinar su eficacia».[41] Combatir el mito fundacional de Al Qaeda suponía proponer un «mito alternativo, una historia mejor que la propuesta por los devoradores de mitos».[42] Un análisis que planteaba ya en 2001 el diagnóstico del novelista estadounidense Don DeLillo: «Hoy en día, el mundo del relato pertenece a los terroristas».[43]

Según Tony Corn, «la comunicación militar lleva treinta años de retraso comparada con la comunicación política».[44] La Casa Blanca ha comprendido desde Clinton la importancia de la puesta en escena del guion presidencial (*stagecraft*), considerada un sustituto y no un simple complemento de la acción gubernamental (*statecraft*).

Corn escribía en 2006:

> En la escena mundial, Estados Unidos ha emprendido, desde el final de la amenaza soviética, una campaña permanente, y eso es aún más cierto ahora que hemos entrado en la «larga guerra» (*long war*), en cuyo curso el recuerdo del 11 de septiembre de 2001 empezará inevitablemente a borrarse en el extranjero y Estados Unidos aparecerá de modo inexorable (pues la política es también la percepción que de ella se tiene en el extranjero) como el principal obstáculo para la paz en el mundo. En la batalla por venir, la diplomacia pública seguirá sin ir a ninguna parte mientras se atenga a un mensaje, en lugar de hilvanar un relato.[45]

Una lección que pareció hacer suya el flamante ministro francés de Asuntos Exteriores, al comienzo de la presidencia de Nicolas Sarkozy, cuando afirmó, a finales de 2007: «Debemos reemprender la conquista de la narración del mundo»,[46] pero que no compartían todos los analistas militares; algunos, incluso en absoluto. Era un contrasentido estratégico, cuyos estragos podían causar un desastre.

Sam Gardiner, uno de los mejores expertos en simulación estratégica, denunció en una conferencia pronunciada en la Universidad de Strathclyde (Escocia) en septiembre de 2007[47] el nefasto papel de los «*storytellers* políticos» en la presentación del compromiso angloamericano en Irak. Habló en aquella ocasión de la orquestación de los temas que deseaba difundir el Gobierno de Bush para cumplir sus objetivos y de los guiones diarios que preparaba el centro de información de la Casa Blanca y en los

que intervenía Alastair Campbell, consejero de Tony Blair y autor del famoso «informe sobre las armas de destrucción masiva en Irak», debatido a principios de 2003 en la ONU.

Desde noviembre de 2001, reveló Sam Gardiner, «la orquestación de la campaña a favor de las mujeres afganas presentaba similitudes evidentes con el manejo de los tiempos y con los guiones utilizados en Londres y en Washington». El 17 de noviembre de 2001, Laura Bush había afirmado: «Solo los terroristas y los talibanes amenazan con arrancar las uñas a las mujeres que las llevan pintadas». Una declaración repetida tres días más tarde, casi literalmente, por Cherry Blair, la esposa del primer ministro británico en funciones.

Tras hacer una lista de no menos de cincuenta historias puestas en circulación durante el período que había precedido el comienzo de la segunda guerra de Irak, liderada por los estadounidenses y los británicos, Gardiner podía, echando la vista atrás, afirmar:

> Jamás se habían inventado tantas historias para vender una guerra. Cuando debamos retirarnos de Irak, el trauma será aún más grande que el de Vietnam. Los políticos chocarán contra una opinión pública que se negará a creerles, aunque digan la verdad.[48]

Una predicción que hizo antes incluso de la elección de Barack Obama como presidente de Estados Unidos y su decisión unilateral de retirar las tropas de Irak. Según él, el campo había quedado libre para los «*storytellers*»: no podía haber otra consecuencia.

En junio de 2014, Chelsea Manning publicó su análisis de la nueva situación en Irak, después de que amplias zonas de su territorio hubieran sido ocupadas por el Dáesh, y denunció la táctica empleada por su país para luchar contra la organización terrorista.[49] Recordemos que quien hizo saltar las alarmas, encarcelada en Estados Unidos desde hace ya casi cuatro años, había sido condenada en 2013 por haber filtrado en 2010 centenares de miles de documentos clasificados, documentos del ejército y la diplomacia estadounidense relativos en especial a Irak y Afganistán. Los había entregado a la organización WikiLeaks; entre ellos, primera pieza revelada de importancia, el vídeo titulado *Collateral Murder* (Asesinato colateral), en el que se ve a un helicóptero del ejército estadounidense, en una

operación en Bagdad en 2007, disparando a civiles… Manning proponía algunas recomendaciones para luchar eficazmente contra el Estado Islámico. Apoyándose en su experiencia de analista militar en Irak, en el momento del nacimiento del autoproclamado Estado Islámico, en 2006, escribía:

> Sé que no podrá vencerse al Estado Islámico con balas ni con bombas. Se nutre de operaciones y éxitos tácticos que los ejércitos europeos y americanos ponen en práctica para hacer frente a la cuestión. El pulmón del Estado Islámico es para muchos la coalición que forman Estados Unidos, Reino Unido y sus aliados en la región.[50]

Lo único apropiado era cambiar de terreno y emprender contra el Dáesh una batalla cultural, proseguía Manning:

> Hay que contrarrestar el relato de los vídeos de reclutamiento del Estado Islámico que circulan en internet (tanto los profesionales como los *selfies* en el campo de batalla) para evitar al máximo la propaganda dirigida a una juventud desesperada y desempleada. Eso pondría rápidamente fin al reclutamiento local y occidental del Estado Islámico.[51]

Un informe publicado por el Centro de Prevención contra las derivas sectarias vinculadas al islam[52] venía a confirmar en Francia el análisis de Chelsea Manning. Internet es el medio de reclutamiento favorito de los yihadistas: casi el 91 % de sus éxitos a este respecto. Contra todas las ideas recibidas sobre el papel de los imames radicales, el paso por la mezquita no es automático: «Muchos jóvenes han partido o quieren partir a Siria sin que hayan participado en ninguna clase de rezo», indicaba el informe, publicado en noviembre de 2014, y explicaba que los reclutadores digitales lograban crear un «espacio virtual sagrado» e individualizado. En efecto, el dominio de internet les permitía «proponer una individualización de la oferta para llegar a jóvenes completamente diferentes entre sí».[53]

Como hacen los estadounidenses para reclutar voluntarios, el universo de los videojuegos es un excelente instrumento de entrenamiento, de habituación a la violencia y desocialización, que puede conllevar el paso al acto y la partida a un teatro de operaciones real. Y en esta nueva situación estratégica creada por internet y los videojuegos, por desgracia aún hay «aficionados que hablan de “mensaje”, mientras que los profesionales de la lucha antiterrorista hablan de “relatos”».[54]

Los reclutadores del Dáesh habían puesto a punto cuatro grandes relatos o mitos: el modelo del «caballero heroico» para los niños, la partida en nombre de una «causa humanitaria» para las jóvenes idealistas, el «aguador» para quienes estaban dispuestos a servir a un jefe, el videojuego de guerra *Call of Duty* (La llamada del deber) para los jóvenes atraídos por la acción violenta o animados por un deseo de omnipotencia. La violencia virtual de un juego como *Assassin's Creed* (El credo del asesino), practicada por un joven sensible, podía favorecer la «partida a una confrontación real», consideraban los autores del informe francés.[55] Durante los registros realizados en Bélgica, después del 13 de noviembre de 2015, los investigadores incautaron una PlayStation 4. El ministro de Interior belga declaró que las comunicaciones realizadas por la mensajería de la PlayStation Network eran difíciles de vigilar. Al parecer, esta PlayStation había servido para coordinar los atentados de París.

El informe de 2014 publicado por el Centro de Prevención contra las derivas sectarias vinculadas al islam, uno de los primeros en su género, había insistido mucho en el impacto de los vídeos que utilizaban imágenes subliminales y había mencionado las que había publicado en internet el reclutador llamado Omar Omsen, ligado al frente Al Nusra, la rama siria de Al Qaeda. Esta se valía sobre todo de imágenes y vídeos sobre la teoría del complot, para fanatizar a jóvenes aislados y frágiles, que veían durante horas esos vídeos en YouTube: era la «radicalización casera». En Facebook y en Twitter, los reclutadores de este tipo difundían en masa vídeos que mostraban el logo de Coca-Cola, visto al revés en un espejo, en el que se leía «No mecque» (No a La Meca en árabe), o en los que se enseñaba que el billete de dólar estadounidense reproducía todos los símbolos de los francmasones. Circulaban diversas tesis complotistas: los Illuminati habían financiado el 11 de septiembre; los sionistas, designados con el «666» del Apocalipsis, dirigen el mundo; los satanistas operan por doquier. El objetivo del Dáesh era «aterrorizar» al joven en cuestión y persuadirlo de que vive rodeado por el Mal.

Jean-Pierre Filiu, autor de un notable estudio publicado en 2008, *L'Apocalypse dans l'Islam* (El apocalipsis en el islam),[56] explicaba en 2015 que el territorio de la organización Estado Islámico tiene una dimensión

apocalíptica. El «Cham», equivalente al Levante y con su centro situado en el continuo sirio-iraquí, está vinculado en la tradición musulmana a profecías escatológicas, sobre el fondo de batalla del final de los tiempos. Dichas profecías las utilizaban los reclutadores, estaban en el meollo del discurso de los yihadistas y formaban parte de la «seducción» ejercida por Siria y su guerra civil.

Una dimensión que Olivier Roy vincula con la fascinación por la violencia, por la cultura gore. «Es un fenómeno profundamente moderno y generacional. La dimensión apocalíptica está en nuestra cultura. No queremos ver que el Dáesh es un producto de nuestra modernidad», declaró en enero de 2015, con posterioridad al atentado contra *Charlie*.[57] Gracias a las fotos y los vídeos que cuelgan, los jóvenes enrolados por el Dáesh se mostraban con un kaláshnikov y una bandera negra, aunque nunca hubieran combatido. «La persona se transforma», resumía Jean-Pierre Filiu. «Se convierte en un caballero.» Por lo tanto, se viajaba a Siria no tanto para combatir a Bashar al-Asad como para entrar de lleno en un universo narrativo. Samir Amghar, investigador de la Universidad de Quebec en Chicoutimi, habla de la teatralización de esos compromisos:

> Esos jóvenes son el producto de una sociedad occidental en la que la imagen tiene una importancia primordial y es difícil vivir en el anonimato. Aunque no se tenga demasiado talento, [en Siria] uno puede convertirse en una estrella.[58]

Una investigación de *The Washington Post* sobre desertores del Dáesh encarcelados en Marruecos describía el aparato de propaganda como una superproducción de un programa de telerrealidad:

> Equipos de rodaje se despliegan a través del Califato todos los días, las escenas de batallas y decapitaciones siguen un guion y son objeto de una puesta en escena, hasta el punto de que los combatientes y los verdugos efectúan a menudo varias tomas sucesivas de una misma escena. De Turquía llegan con regularidad máquinas fotográficas, ordenadores y otros equipos de vídeo. Se entregan a una división de medios dirigida por extranjeros tratados como «emires» en igualdad de rango con sus homólogos militares. Están directamente implicados en las decisiones sobre la estrategia y el control del territorio. […] Los videastas, los productores y los montadores forman una clase privilegiada cuyos salarios, categoría y condiciones de vida son la envidia de los combatientes comunes y corrientes.[59]

El artículo prosigue:

> Frente a los códigos de lectura utilizados por Al Qaeda, los vídeos del Estado Islámico son cinematográficos y ponen el acento en escenas dramáticas, tradiciones estilizadas y efectos especiales. «El grupo cuida mucho su imagen», afirma un responsable estadounidense de inteligencia implicado en el seguimiento de las operaciones mediáticas del Estado Islámico. Su enfoque obedece a los principios de la construcción de una marca, exactamente igual que Coca-Cola o Nike.[60]

Desde Dostoyevski y Conrad, el fenómeno terrorista ha fascinado a los escritores.

Toda la obra de Don DeLilllo puede leerse como una investigación sobre el provocador enigma del terror; sus poderes, sus sortilegios, la extraña fascinación que ejerce sobre el hombre. Veinte años antes del 11 de septiembre de 2001, el autor estadounidense había identificado el auténtico desafío del terrorismo, que no era un conflicto de civilizaciones o una nueva guerra de religiones, sino un asalto contra el relato dominante, un desafío narrativo dirigido a desviar no aviones, sino lo más preciado por nuestras sociedades hipermediatizadas: la atención humana y su adhesión a los relatos que la captan.

Dos meses después del 11 de septiembre de 2001, en un artículo titulado «En las ruinas del futuro», DeLillo evocaba la imposibilidad de una contranarración. Su novela *El hombre del salto*[61] explora este *impasse* narrativo: ¿qué es un mundo sin relato? Lianne, uno de los personajes, participa en sesiones de memorización de historias con un grupo de seis o siete hombres y mujeres que se encuentran en los estadios preliminares de la enfermedad de Alzheimer. DeLillo describe con detalle la progresión implacable del mal como una metáfora de nuestra época.

> Escribían durante veinte minutos, después cada uno leía lo que había escrito. A veces la asustaba todo aquello: los primeros signos de reacción en suspenso, las pérdidas y los errores, las sombrías prefiguraciones que surgían de vez en cuando en un cerebro a punto de apartarse de la fricción adhesiva que vuelve posible al individuo. Aquello estaba en el lenguaje, en las letras invertidas, en la palabra perdida al final de una frase traqueteante. Estaba en la escritura, amenazada de licuefacción.[62]

Todos los personajes de la novela padecen en diverso grado del mal que los griegos llamaban *anekdiegesis*, la ausencia o la imposibilidad del relato. En nuestros días se manifiesta en la forma paradójica de una sobreabundancia de anécdotas, de una inflación de historias… Toda la obra de DeLillo es una empresa de deconstrucción de los mitos de unos Estados Unidos atrapados en sus ficciones, como lo estaba el imaginario de la España de Cervantes en las novelas de caballería. Una de sus novelas, *Libra*,[63] no es el relato del asesinato de Kennedy, sino una máquina para leer las ficciones que han ocupado el lugar de la imposible historia del caso. Al personaje de Lee Harvey Oswald se lo escribe, se lo guioniza, se lo perfila, antes de que lo recluten como actor para un *casting*.

DeLillo escribe en *Mao II*:[64]

> En torno a nosotros todo tiende a encauzar nuestra vida hacia una realidad definitiva impresa en papel o en película. Dos enamorados se pelean en los asientos traseros de un taxi y enseguida empieza a plantearse una pregunta: ¿quién escribirá la película e interpretará el papel de los enamorados en la película? Todo está al acecho de su propia versión magnificada […]. Un hombre se corta al afeitarse y se contrata a alguien para escribir la biografía del corte.

Don DeLillo no sabía hasta qué punto tenía razón, puesto que así podría subtitularse su novela: una biografía del corte. Empleando la técnica del *cutting* entre las diferentes escenas, alterando la cronología y la identificación de los personajes masculinos y femeninos, componiendo diálogos con frases interrumpidas y asociaciones libres, DeLillo compone un montaje narrativo acrónico, una contranarración que evoca por momentos el *Berlin Alexanderplatz* de Alfred Döblin.

DeLillo no ve nada con los ojos del periodista, lo cual no le impide percibir como nadie. ¿El qué? La enfermedad de la palabra, gracias a su condición de escritor. Un Victor Klemperer de la época del terror, que analiza a fondo la transformación lingüística y narrativa provocada por «los aviones». No solo un hundimiento arquitectónico, miles de muertos, una catástrofe urbana, sino también un hundimiento lingüístico, una crisis narrativa. En *Mao II*, DeLillo había definido perfectamente el meollo «político» del conflicto entre novelistas y *storytellers*:

En Occidente, nos convertimos en estatuas célebres a medida que nuestros libros pierden el poder de modelar y actuar […]. Años atrás, yo creía que un novelista podía modificar la vida interior de la cultura. En la actualidad, los fabricantes de bombas y los asesinos se han apoderado de ese territorio. Efectúan incursiones en la conciencia humana.[65]

EPÍLOGO

1

Este libro termina donde ha comenzado. Dos años después de su sorprendente elección a la presidencia de Estados Unidos, Donald Trump sigue desafiando los pronósticos. En noviembre de 2018 sufrió un fracaso relativo en las elecciones de mitad de mandato; lejos del hundimiento esperado por sus opositores, resiste mejor que sus tres predecesores en la Casa Blanca: Bill Clinton, George W. Bush y Barack Obama. El Senado sigue siendo republicano, los demócratas obtienen la mayoría en la Cámara de Representantes. La base de los seguidores de Trump incluso se ha reforzado en varios Estados, pese a que los índices de participación fueron excepcionalmente elevados (al parecer, por las reservas demócratas de mujeres, de minorías, etc.). La movilización de su electorado fue mucho más poderosa que la obtenida por Obama en 2010 y 2014.

En 2016, la elección de Donald Trump constituyó un agravio para los institutos de sondeos, que predecían la victoria de la candidata demócrata. El golpe de efecto que constituyó el anuncio de la elección de Trump —cuyos resultados no fueron cuestionados— arruinó la credibilidad de los comentaristas, cuya profesionalidad quedó arruinada en una sola noche. Aparecieron como desleales y partidistas, y, muy a su pesar, quedaron a merced de la venganza de los votantes de Trump. Los resultados echaban por tierra la bella historia progresista de los demócratas, que deseaban, tras haber llevado a la Casa Blanca al primer presidente negro, abrir sus puertas a la primera presidenta. Ese desmentido repentino era una rareza que no entraba en el guion anunciado, un acontecimiento extravagante, una anomalía política; en resumen, una excepción que la historia o el pueblo corregirían muy pronto.

Para los demócratas, la derrota fue humillante. No era solo la de Hillary Clinton, sino también la de Barack Obama, cuyo legado quedó de repente en peligro. Esta vez no habían recibido el apoyo de los trabajadores y de los obreros, con el que contaban indefinidamente. El *working class hero* (héroe de clase trabajadora) se había apartado de ellos al considerar que la promesa estadounidense se les había escapado de las manos tras decenios de globalización, y más aún tras la crisis de 2008, que había privado a la clase popular y a la clase media de vivienda y trabajo.

Triple derrota, por lo tanto: la de las empresas especializadas en sondeos, la de los demócratas y la de los medios de información «dominantes». Pérdida de credibilidad para unos, derrota política para otros, hundimiento del relato mediático.

El 9 de noviembre de 2016, el *New York Times* publicó lo siguiente:

> La chocante derrota [de Clinton] es particularmente cruel para los millones de electores que habían aplaudido la llegada histórica de la primera presidenta de Estados Unidos. Para esos electores, las elecciones constituían un referéndum sobre el progreso del género: una ocasión de elevar a una mujer a la más alta función y de rechazar a un hombre cuyo violento comportamiento con las mujeres había ocupado el centro de atención durante la campaña.[1]

Este horizonte narrativo se hundió como una fachada en trampantojo. Se había apostado mil veces sobre la eliminación de Trump en el curso de las primarias en el bando republicano, después sobre su derrota contra Hillary Clinton, y había superado todos los obstáculos… Había lanzado un desafío a los medios de información, a sus relatos de campaña, negándose a tomar en cuenta su agenda y su retórica, alterando bruscamente la imagen que podía tenerse de un presidente, imponiendo sus ultrajes, su lenguaje y sus onomatopeyas, su figura burlesca y sus mentiras. Y había ganado. Su victoria no respondía a forma alguna de relato disponible en el mercado mediático. Nada tenía de épico, a diferencia de la de Obama en 2008; era una burla de la historia, una especie de paso en falso de la razón histórica.

A lo largo de la campaña de 2016, los especialistas en sondeos no habían dejado de preguntarse sobre el «techo» de Trump, que habían situado en torno al 46 % de los electores, umbral que le impedía obtener la mayoría del voto popular. En cambio, no se habían interesado por su «suelo», es decir, por su base electoral irreductible, precisamente la que

debía inclinar los colegios electorales a su favor. Habían olvidado que las elecciones no se resumen en sumas de votos, sino que la movilización desempeña en ellas un papel multiplicador.

Como volvieron a mostrar las elecciones de medio mandato, en noviembre de 2018, Trump se beneficia de una base fiel de partidarios convencidos, que no se dejan influir por argumentos racionales o por lecciones de moral. Es a ella a la que el presidente se dirige en sus mítines, en los medios de información y en las redes sociales. La época de los llamamientos a la agrupación consensual ha cedido su lugar a la era de los enfrentamientos y las transgresiones. Se trata menos de convencer a sus opositores que de movilizar a sus partidarios. Y, para lograrlo, valen todos los medios: los insultos, la complicidad dentro del propio clan, la mala fe compartida.

Lo que ahora enciende la cólera de las masas es el poder de decir «no» a las verdades establecidas. La incredulidad se ha erigido en creencia absoluta. No se salva ninguna autoridad: ni los expertos, ni los «soberanos», ni el papa, ni ningún rey de ninguna parte… Todos están destinados a la hoguera trumpista. La vida política bajo Donald Trump se ha transformado en una serie de provocaciones y enfrentamientos, en forma de decretos, de declaraciones o de simples tuits: *muslim ban*, defensa de los supremacistas blancos tras los acontecimientos de Charlottesville, guerra de los tuits con Corea del Norte o con sus «aliados»…

Desde hace dos años, la izquierda no ha sabido oponer a cada provocación de Trump nada salvo su propia indignación moral. Ha llegado el momento de que vuelva a abrir los ojos. El fenómeno Trump no ha desaparecido; incluso se beneficia de una notable persistencia retiniana, y del apoyo sin falta de la franja más movilizada de sus electores, quienes, lejos de quedar desmoralizados por sus ultrajes verbales y sus apelaciones a la violencia, reconocen en ellas su propia cólera y piden más. Sus partidarios son insensibles a la culpabilización de la que le hacen objeto los editorialistas

con las mejores intenciones, pues esos llamamientos no tienen la menor legitimidad a sus ojos. Trump ha liberado una potencia salvaje e indistinta que ahora se da libre curso en la sociedad estadounidense.

Las redes sociales han alterado las condiciones de la conversación nacional. Sin duda, es demasiado pronto para evaluar sus usos políticos, pero, en un artículo de *The Atlantic* titulado «La idea estadounidense en 140 caracteres», el editorialista Vann R. Newkirk ponía en tela de juicio la tesis habitual de la democratización que supuestamente habían favorecido.[2] Explicaba que los movimientos descentralizados y anti-*establishment*, como el Tea Party, Alt-Right y Black Lives Matter, se han desarrollado en Twitter y son capaces de organizar miles de acontecimientos y atraer a millones de personas, lo que supone un verdadero desafío para las personalidades públicas. Esa red social parece haber sido uno de los principales catalizadores de la fulgurante ascensión de Trump, y no el medio para cuestionarlo.

Trump es en la actualidad el Banco Central de todas las cóleras. Las concentra, las acumula, las sella. No hay una contrapartida para esa creación monetaria; como en los momentos de grave crisis inflacionista, se pone en marcha la máquina de fabricar dinero. Una mentira borra otra. Un tuit suprime al anterior, en un interminable hilo en el que no tiene lugar ninguna comprobación de los hechos. Las redes sociales devanan el hilo, que ya no retiene nada de la conversación. Su paradójica apuesta consiste en asentar la credibilidad de su «discurso» en el descrédito del «sistema», en especular a la baja sobre el descrédito general y en agravar sus efectos.

Para los blancos desclasados que han formado el núcleo de su electorado, Trump ha constituido una revancha simbólica, la restauración de una superioridad blanca maltratada por el auge de las minorías en una sociedad cada vez más multicultural. Trump vuelve a dar crédito a los vencidos, no por la mundialización, pues en ese caso estaría obligado a incluir entre ellos a las poblaciones no blancas, sino a quienes no se reconocen en la sociedad multicultural.

Y lo hace utilizando las recetas de la telerrealidad —transgresión, ultraje—, pues solo la telerrealidad satisface esa necesidad de representación, bien conocida por los médicos, que se nutre de la

impotencia para vivir; una necesidad de representación que Donald Trump capta y transforma en capital político. La telerrealidad se había limitado hasta entonces al entretenimiento. Donald Trump la convirtió en un instrumento de conquista del poder y de su ejercicio.

Lo que cuesta entender es la importancia de este extravagante personaje, la modernidad y la resonancia de su mensaje en la sociedad y en la historia de Estados Unidos. El historiador de la guerra civil estadounidense David Silkenat escribía recientemente en un tuit: «Como ciudadano, odio en qué se ha convertido Estados Unidos con Trump. Como historiador, sé que Estados Unidos ha sido siempre así».

Philip Rucker escribe en *The Washington Post*:[3]

> En el curso de los últimos días de la campaña [de mitad de mandato], el presidente Trump describió de modo sorprendente una visión apocalíptica de Estados Unidos bajo control demócrata y lanzó un torrente de mentiras en las que llegó a describir a sus opositores políticos como vectores de criminalidad y pobreza. De mitin en mitin hasta la víspera de las elecciones del 6 de noviembre [de 2018], Trump ha llevado su rechazo de los límites hasta niveles sin parangón, hundiendo a los demócratas en un torbellino de demagogia y utilizando el poder del Gobierno federal para amplificar sus argumentos fantasmáticos.

Gracias a una cascada de declaraciones y de tuits vengativos, Trump dictó los términos del debate político durante la última semana de campaña. Al margen de las palabras, ha empleado sus poderes presidenciales para desplegar en la frontera a quince mil soldados encargados de rechazar la «invasión inminente» de «peligrosos extranjeros ilegales», expresión referida a la «caravana» de exiliados que huían de Honduras.

Con el pretexto de la marcha de esos migrantes para poner en escena un combate imaginario contra supuestos invasores, Trump se deleitó con su actuación. Expresó una especie de júbilo «ante esta magnífica línea de alambradas», la frontera amurallada y armada con México. Aquí estamos cerca de la «estetización de la política» que Walter Benjamin había descrito en el período de entreguerras: «La humanidad se ha vuelto tan extraña para sí misma que ahora logra vivir su propia destrucción como goce estético».[4]

2

«La vida se ha transformado en una consecución intemporal de choques entre los que hay huecos enormes, intervalos vacíos y paralizados», escribió Adorno en 1945 para describir la experiencia del frente durante la Segunda Guerra Mundial. Su libro *Minima Moralia*, subtitulado «Reflexiones sobre la vida dañada», está formado por ciento cincuenta y tres fragmentos y no es un texto continuo, como si ya no fuera posible dar cabida en un todo coherente a una experiencia privada de toda continuidad y entregada a choques incesantes.

> […] La guerra está ahora despojada de continuidad, de espesura histórica, de dimensión «épica»; en su lugar vuelve a comenzar desde cero, por decirlo así, en cada una de sus fases. […] Está absolutamente más allá de toda experiencia.[5]

La experiencia tiene la necesidad de que se la someta a un orden, a un relato, a la palabra, para que quien la tiene o la ha tenido pueda apropiársela, encontrarle un sentido, antes incluso de compartirla.

Para Adorno (como para Freud y su teoría del *shock* traumático), la experiencia solo puede constituirse fuera de peligro, gracias a ciertas proyecciones psíquicas, una pantalla «que la Segunda Guerra Mundial ha forzado, borrando el tiempo entre el "olvido saludable" y el "recuerdo saludable" que permite al sujeto recordar y apropiarse de su propia experiencia».

> […] Esta segunda guerra está completamente más allá de toda experiencia, como lo puede estar la marcha de una máquina en relación con los movimientos del cuerpo, el cual empieza a parecerse a la máquina cuando se encuentra en un estado patológico.[6]

Más allá de la experiencia traumática de la guerra, la noción de choque es para Adorno constitutiva de la subjetividad del hombre moderno, un hombre sin relato, incapaz de tener experiencia del mundo que lo rodea, presa de esa «turbia mezcla existente entre la información manipuladora de la que se beneficia la opinión pública y la inconsciencia de las acciones realizadas». La condición del hombre moderno desde los primeros asesinatos en masa de la Primera Guerra Mundial sería la de una desorientación causada por un problema de la memoria y de la relación con el tiempo y el espacio. Problema que se manifestaría a través de una verdadera mecanización de lo viviente.

El análisis de Adorno prolongaba las reflexiones de Walter Benjamin en la década de 1930 sobre la experiencia traumática de los combatientes que habían vuelto del frente. «¿No habíamos comprobado, después del armisticio, que volvían mudos del frente, no más ricos, sino más pobres en experiencia comunicable?»[7] Tres años más tarde, en su ensayo *El narrador*, Benjamin citaba su análisis casi palabra por palabra. La competencia narrativa de los pueblos y los individuos disminuía según él hasta desaparecer cuando la experiencia dejaba de ser comunicable y se perdía «una facultad que nos parecía inalienable, la más segura de todas: la facultad de intercambiar experiencias». «Está perdiéndose el arte de contar. Cada vez es más raro encontrar personas que sepan contar una historia.»[8] En su ensayo *Experiencia y pobreza,* Benjamin había formulado una de las hipótesis explicativas de este fenómeno: «El curso de la experiencia se ha venido abajo, y eso ha ocurrido en una generación que entre 1914 y 1918 tuvo una de las experiencias más terribles de la historia universal».[9]

> Pues jamás las experiencias adquiridas han quedado tan radicalmente desmentidas como la experiencia estratégica por la guerra de posiciones, la experiencia económica por la inflación, la experiencia corporal por el trance del hambre, la experiencia moral por las maniobras de los gobernantes.[10]

Ese mismo fenómeno de devaluación de las experiencias se ha reproducido desde la década de 1990. La experiencia estratégica de la disuasión ha sido desmentida por el final de la guerra fría; la experiencia económica, por la mundialización neoliberal, que deslocalizó miles de

puestos de trabajo, ahondó las desigualdades e impuso la desregulación financiera que llevaría a la crisis de 2008; la experiencia de la liberación sexual, por la aparición del sida, que hizo resurgir el espectro de las grandes epidemias; la experiencia del progreso, por los grandes desórdenes ecológicos y la primera gran catástrofe nuclear de Chernóbil, que no esperó a la caída del muro de Berlín para reunificar Europa bajo una misma nube radioactiva.

No han sido solo ciertos niveles de experiencia los que han quedado desmentidos por los hechos, como observaba Benjamin en su época; lo que se ha puesto en cuestión ha sido la experiencia misma del cuerpo, a causa de las mutaciones genéticas, la clonación, las neurociencias y las biotecnologías. La experiencia que los seres humanos habían tenido siempre del tiempo y del espacio ha quedado en ridículo con la llegada del siglo XXI por las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, el desarrollo de internet y de las redes sociales. La introducción por la televisión de modos de narración instantáneos, convertidos a través del cable y las cadenas de información 24 horas en un medio masivo y mundial de transmisión de experiencias, ha contribuido de modo decisivo a agravar la crisis de narración constatada por Benjamin en la década de 1930.

Así pues, el siglo XX parece haber conocido tres grandes crisis narrativas.

La primera, analizada por Benjamin, es contemporánea de la Primera Guerra Mundial, una experiencia de la desorientación de los individuos confrontados a la hecatombe en todos los frentes y a la destrucción de los imperios, un deslizamiento de las placas tectónicas que ordenaban hasta entonces la experiencia de los hombres.

La segunda, consecutiva a la Segunda Guerra Mundial, también estaría ligada a la desproporción de los medios humanos y mecánicos, pero más aún a la destrucción de la dimensión temporal de los acontecimientos.

> La presente guerra está dividida en campañas discontinuas y separadas por tiempos muertos: campañas de Polonia, de Noruega, de Rusia y de Túnez, e invasión de Alemania.
>
> En el mismo ritmo de esta guerra, en esta alternancia de acciones por sacudidas y de ceses completos de las hostilidades, hay algo del ritmo mecánico que caracteriza los diversos elementos del material militar.[11]

Adorno señalaba así una especie de arritmia de los acontecimientos que volvía imposible ordenar la experiencia en un relato, con sus períodos y sus secuencias.

La tercera gran crisis de narración es contemporánea al final de la guerra fría: está provocada por varias revoluciones encabalgadas que marcan el período reciente: 1. el final de los grandes relatos de emancipación después de la disolución del bloque soviético en 1989; 2. el auge del capitalismo financiero posibilitado por las revoluciones conservadoras de Ronald Reagan y de Margaret Thatcher a comienzos de la década de 1980, que condujo a una sucesión de crisis, hasta la de las *subprimes* en 2008; 3. la explosión de internet, de la Web y de las nuevas tecnologías de la información, que da nacimiento a las redes sociales en el curso de la primera década del siglo XXI. Ese encabalgamiento es tal que podemos descubrir en el interior de estas tres grandes revoluciones una sucesión de repliegues que marcan otros tantos círculos de una misma espiral, a la que yo he llamado la espiral del descrédito: 1. el *impasse* narrativo y el auge del *storytelling* entre 1989 y 2001; 2. la era de la sospecha entre 2001 y 2008; 3. la guerra de los relatos entre 2008 y 2016; 4. la era del enfrentamiento a partir de 2016.

3

Dos acontecimientos, dos fechas, dos ciudades constituyen balizas en la tercera gran crisis de narración del siglo XX: la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 y el hundimiento de las Torres Gemelas en Nueva York en septiembre de 2001.

La caída del muro de Berlín puso fin a un gran relato; la de las Torres Gemelas, a otro.

En 1989, el bloque soviético nacido de la Segunda Guerra Mundial y del enfrentamiento en suelo europeo de los dos antiguos aliados se derrumbó, llevándose consigo lo que quedaba del gran relato emancipatorio comunista que había inflamado el mundo desde 1917. En Berlín, el horizonte de la utopía colectiva cayó de un solo golpe, y las últimas ilusiones socialistas quedaron desmontadas por segmentos, como el Muro.

En 2001, la potencia estadounidense, que reina sobre el mundo desde 1989, queda golpeada en su corazón, en Manhattan. El Imperio resiste declarando una nueva guerra en Afganistán, en Irak, guerras de treinta años que engendrarán monstruos, como la organización del Estado Islámico y el terrorismo en serie llevado a cabo por las ramas de Al Qaeda. El imperio americano resiste, pero el gran relato estadounidense queda pulverizado, yaciente a los pies de las ruinas de las torres.

El final del año 1989 había enterrado todo sueño de emancipación e inaugurado un mundo «desencantado», en el que lo posible había adoptado el rostro del beneficio, vacío de sentido. Con el año 2001 advino un enfrentamiento planetario, en el seno de la primera —y única— potencia mundial.

Los dos grandes relatos que han estructurado la historia del siglo XX —el comunismo que liberaba a los pueblos del imperialismo (revolución y descolonización), Estados Unidos arrastrando tras sí y protegiendo el mundo libre— pertenecen a partir de ahora al pasado. Al este y al sur, el gran relato comunista que había prodigado sus promesas de liberación nacional y social pegaba mal con la sociedad soviética y sus satélites, pero la visión que entrañaba seguía teniendo sentido, en el estadio del mito performativo… Algunos de los últimos grandes momentos en el que había servido de aglutinante habían sido los movimientos de liberación nacional y las manifestaciones contra la guerra de Vietnam que inspiraron la revuelta de la juventud en 1968. En el oeste, el gran relato estadounidense que había atraído hacia sí a los emigrados y los refugiados de todo el mundo perdía ya mucho aliento: la derrota en Vietnam había sido humillante, el relato de emancipación individual quedaba contradicho por las desigualdades y la violencia social existente en la sociedad estadounidense; el proyecto imperialista fuera de sus fronteras proseguía, pero continuaba teniendo únicamente sentido en el estado del mito hollywoodiense.

Con la desaparición de esos dos grandes relatos de emancipación colectiva e individual hemos aprendido a vivir sin horizonte narrativo. El mundo se ha encerrado en sí mismo, privado de lo posible. Paradoja terminal: en el momento en que el mundo se mundializa, la experiencia de los hombres se encierra en sí misma. ¿Fin de la historia? No, pero, con toda seguridad, *impasse* narrativo, al que se ha dado el nombre de búsqueda de sentido, «crisis de las ideologías», desencantamiento del mundo.

El atentado del 11 de septiembre de 2001 inaugura el siglo XXI bajo el signo del choque y abre el ciclo de las teorías conspirativas generalizadas. Las llamadas redes sociales, lanzadas al mercado en 2005 aproximadamente, amplifican los efectos de la sospecha que invadió la economía de los discursos.

Todas las autoridades, todos los autores (sean políticos, científicos, religiosos, intelectuales o editorialistas) son presa del descrédito. La multiplicación de los enunciados, su repetición, la reducción de los ciclos de difusión y la guerra por la atención crean una forma de saturación de la atención que aniquila el espacio mismo de la narración y favorece una lógica del enfrentamiento. Se instala entonces una carrera de persecución entre la escalada de las sospechas y la proliferación de las historias en todos los niveles de la vida social. A cada uno su historia, y la sospecha para todos. La sobreabundancia de historias, lejos de limitar los efectos del descrédito, no ha hecho sino agravarlos, al provocar una crisis de narración cuyos síntomas se multiplican desde 2001. Así como la inflación monetaria arruina la confianza en la moneda, así también la inflación de historias arruina la confianza en el relato. La intriga queda destapada. El lector es ducho. El narrador está desacreditado.

Desde la publicación en 1961 de la obra seminal de Wayne C. Booth *La retórica de la ficción*,[12] a ese narrador desacreditado los teóricos lo llaman «narrador poco fiable» (*unreliable narrator*). Numerosas razones pueden explicar la pérdida de credibilidad de un narrador: la inestabilidad psicológica, la tentativa deliberada de engañar al lector o al público, los prejuicios reiterados (concernientes a la raza, la clase o el sexo de los personajes), graves defectos de personalidad como la mentira patológica o el narcisismo, contradicciones entre las acciones y los juicios, su versatilidad… La lista no es exhaustiva, pero constituye un cuadro clínico sobrecogedor del personaje de Donald Trump: el presidente de Estados Unidos aparece como un narrador poco fiable, aquejado de un síntoma que no es ni la mentira (categoría moral) ni tampoco la mitomanía (demasiado extendida), y que podríamos calificar de «mitolepsia»: una tendencia a narrarse y a ponerse en escena para captar la atención y conjurar la crisis de participación que atraviesa toda la sociedad.

En 1989, la caída del muro de Berlín puso fin al siglo XX antes mismo de que el siglo XXI hubiera comenzado. Para ello habría que esperar al 11 de septiembre de 2001. Entre esas dos fechas, hubo que armarse de paciencia. Final del totalitarismo, de la carrera armamentística nuclear, del reparto del mundo instaurado en Yalta… Declive de las vanguardias y de la política…

Atrapada en la nasa de un tiempo suspendido, la generación que accedió a la edad adulta en la década de 1990 se encontró en una situación de «ingravidez» narrativa. Diez años de regresión, de «descongelación», dirá Jean Baudrillard. Los cadáveres —los *habitus* antiguos— vuelven pronto a la superficie. El pensamiento innovador de Jean-François Lyotard queda reducido a un catecismo posmoderno: la «muerte de los grandes relatos»[13] es la expresión clave, y la búsqueda del «sentido» se convierte en un deber casi religioso, que llega a aplicarse al mundo de la gestión empresarial.

Los pequeños relatos de adaptación en todos los ámbitos de la vida social se multiplican y abundan, como pequeños ríos; instauran un nuevo curso, dan nacimiento al *mainstream* (corriente dominante) en el que se convierte el *storytelling*. Ese afluente no dejará de crecer a lo largo de la década de 1990 ni de irrigar campos muy diversos, desde la gestión empresarial hasta la mercadotecnia, desde la comunicación política e institucional hasta la terapia y el desarrollo personal, e incluso la formación profesional y el entrenamiento militar…[14] La multiplicación de los usos instrumentales del relato, lejos de servir como remedio, no hace sino subrayar el principal síntoma del final de siglo, que queda en el aire: la ausencia o la imposibilidad del relato.

En su novela *Generación X*, convertida en el espejo y el nombre de pila de la generación que accedía a la mayoría de edad en la situación del *impasse* narrativo, Douglas Coupland dibujó el cuadro clínico de la «neo-*anekdiegesis*», la de la década de 1990.[15] Su diagnóstico se alejaba de los clichés habituales sobre las generaciones perdidas, que siempre se acompañan de estadísticas relativas al desclasamiento, la angustia, el miedo al desempleo, el consumismo, la pasión por las marcas y la adicción a las drogas. El síntoma más compartido por esa generación se describe con gran claridad en las primeras páginas por uno de los personajes:

> No es sano vivir la vida como una sucesión de pequeños momentos guays aislados. […] O hacemos de nuestra vida una novela, o nunca saldremos a flote. […] Por eso, bien lo sabemos, hemos cortado con todo para venir al desierto, para contarnos historias y hacer de nuestra vida novelas que tengan una lógica.

Algunos años antes, el filósofo Paul Ricoeur había publicado la trilogía *Tiempo y narración*,[16] una suma filosófica que teorizaba, a través de los conceptos de intriga y temporalidad, la idea de construcción narrativa de la identidad personal. Su indagación no denotaba falta de perspicacia ni de pertinencia, pero equivalía a hablar de la soga en casa del ahorcado.

Coupland escribe en *Generación X*:

> La mayoría de la gente no tiene más que dos o tres momentos realmente interesantes en su vida; el resto no es más que paja, y al final habremos tenido suerte si esos momentos se ligan entre sí para formar una historia que al menos sea un poco interesante para alguien.[17]

Por lo tanto, las cosas dejadas sin respuesta son lo que suscita el relato. Y así es como el *storytelling* se ha extendido a todos los ámbitos de la vida social. El *impasse* narrativo de la década de 1990, abierto por el gran eslogan del «fin de la Historia», ve, paradójicamente, proliferar las pequeñas historias… en el ámbito de la empresa, de la mercadotecnia, de la comunicación política. Un gran ajuste entre el final de la Historia y la necesidad de relatos.

Así pues, el renacimiento del *storytelling* se manifiesta en cuatro niveles: a) en el nivel microeconómico de la empresa, la «gestión del *storytelling*», de uso interno, y la «mercadotecnia narrativa», de uso externo, comercial, tienen como objetivo responder al estallido de los colectivos laborales y a la deslocalización sustituyendo la identificación con un colectivo por la pertenencia a una marca concebida como un relato compartido; b) en el nivel individual, el *storytelling* prolonga el paradigma de la identidad narrativa con las nuevas técnicas de escritura y de presentación de sí, que encontrarán su expresión espectacular en los blogs, en las webcams y después en las redes sociales (Facebook, Instagram…). Esta narración de la existencia por parte del propio sujeto generaliza un nuevo modo de individuación: una autopresentación de sí que es a la vez autoapreciación y autocontrol…; c) en el nivel jurídico-político, el *storytelling* inspira nuevas técnicas de poder que determinan la conducta de los individuos a través del perfilado narrativo, gracias al crecimiento de los ficheros y la gestión del *big data*, una prolongación algorítmica de lo que Michel Foucault había llamado el «poder de escritura» en las sociedades

disciplinarias (aparición de los registros, los ficheros, etc.) y que se prolongaría hasta la actualidad, en la era digital, por un poder de narración capaz no solo de registrar las idas y venidas y los gestos de los individuos, sino también de prever su comportamiento, de «perfilar» su historia y de anticiparla; d) en el nivel macropolítico, el *storytelling* se convierte, a partir de la década de 1990, en el paradigma de la comunicación política, que debe pasar por referencias al relato, como instrumento de conquista y de ejercicio del poder. Ese es el trabajo de los *story spinners* de los candidatos y de las agencias de cabildeo y de narración política que se multiplicaron bajo Clinton y Bush, y que alcanzaron su apogeo con la épica victoria de Barack Obama de la presidencia de Estados Unidos en 2008.

Todas esas formas de puesta en relato de la vida han cambiado y se han fusionado a partir de la entrada en el nuevo siglo, mientras que el término *storytelling*, añadido a todas las salsas, ha conocido una especie de asunción mediática: equivalente general de todas las prácticas sociales, unidad de cuenta de la economía discursiva o fuente de legitimación, ha sido la razón de una época, o su pensamiento mágico.

El código narrativo se convierte en forma cambiante que fluidifica, orienta, canaliza las prácticas. El relato precede a la experiencia y la dobla: realidad y ficción, verdadero y falso. Todo lo que antes se vivía directamente no se aleja solo en una representación artificial, como en la «sociedad del espectáculo», sino que está doblada por su propio guion, anverso y reverso, como un doble o una especie de visión desdoblada, como si se tuviera la sensación de haber vivido ya una experiencia, acompañada por otra de irrealidad, de extrañeza. A eso es a lo que llamo «*storytelling* integrado» o incluso «nuevo orden narrativo», cuya razón de ser se explica no solo por su carácter instrumental o técnico (a través de sus diferentes dimensiones: narrativa, escenográfica, semántica y reticular), sino también por su funcionamiento como «código», código de la época que se reconoce en la palabra, incluso más allá de sus diversas connotaciones, y que encuentra en ella su legitimidad y su sistema de creencias. Este «tipo particular de *storytelling*» es la fórmula que ha adoptado la «búsqueda frenética de sentido», y la ha sustituido…

A comienzos de la década de 1980, la revolución neoliberal desencadenada por Margaret Thatcher en Reino Unido y por Ronald Reagan en Estados Unidos había constituido el último gran relato «político» del siglo XX. Había sido adoptada por las clases dirigentes occidentales e inspiró las políticas aplicadas durante varias décadas en Europa y Estados Unidos.

Desde 2008, ese gran relato ha dejado de producir ilusión, y los Gobiernos están condenados a gestionar y controlar una opinión pública desobediente, informada por los efectos concretos de la crisis financiera. La desregulación del mundo, de la que la desregulación financiera es solo un elemento, se prolonga con el descrédito de las instituciones políticas. Como respuesta a la multiplicación de las preguntas en todos los ámbitos (terrorismo y movilización antiterrorista, catástrofe climática, crisis migratoria, crisis del modelo de soberanía estatal, revolución digital y aparición de nuevos actores no estatales con las GAFAM), se instala un *storytelling* de la desconfianza y el descrédito.

La ironía de la historia ha residido en que, en el momento en que triunfaba el *storytelling*, estalló la crisis financiera, que arruinó su credibilidad. La crisis financiera de 2008 supuso un golpe fatal para el gran relato neoliberal en el que se apoyaban todas las *storytelllings* de los gobernantes. La era de la sospecha, inaugurada en 2001, de pronto se amplifica y acaba por gangrenar la posibilidad misma de un relato. La aceleración de los intercambios en las redes sociales, la multiplicación de los choques a cada momento y la inestabilidad de los intercambios crean las condiciones y el entorno propicios para una verdadera guerra de relatos. El choque es al relato lo que la guerrilla es a la guerra convencional: una agonística fundada en la provocación, la transgresión, la escalada de la especulación a la baja sobre el descrédito general con vistas a agravar sus efectos.

La actualidad ya no se puede interpretar en secuencias o como partes de una serie; atiende menos a la intriga que al choque. Obedece a una lógica de ruptura que atañe más a una sismografía política que a la categoría del *storytelling*. Así, se esboza una doble tendencia: por un lado, la tentativa de

instaurar e incluso de imponer cierto orden narrativo; por el otro, la afluencia de elementos que alteran ese orden. Todo lo que ha quedado pacificado por la narración resurge en otra parte bajo una forma caótica, salvaje… La máquina de historias arroja su red de relatos sobre las experiencias atomizadas y sobre un poder que intenta escapar a ella, a la narración, y que, por lo tanto, no puede oponerle simplemente un contrarrelato, rechazar la lógica narrativa, su agenda, sus consignas, lo que a su vez desata un oscuro contrapoder, el del mundo social que resiste ciegamente a su narración.

4

Ha empezado una nueva era política. Y Donald Trump es por el momento su profeta.

El fenómeno Trump no es la historia extravagante de un loco o de un payaso que se habría hecho con el poder por sorpresa y llevará a Estados Unidos o al mundo Dios sabe dónde… Muy al contrario, ese fenómeno manifiesta la verdad de la época, una época para la que la distinción entre realidad y ficción, entre verdadero y falso, ha dejado de ser una cuestión de conocimiento y experiencia.

Si Donald Trump es una figura de la época (de la época a la que podemos llamar la de la financiarización), no es solo a causa de la incertidumbre que hace reinar en los «mercados» geopolíticos y estratégicos, pues la Bolsa de Nueva York se ha mostrado muy serena durante los dos primeros años, sino también en razón de su relación, notoriamente problemática, con la verdad. El periodista Nicholas Kristof, del *New York Times*, había señalado durante la campaña presidencial, en 2016, que Trump es «de una deshonestidad patológica».[18] Es cierto. Pero hay que comprender que esas mentiras no son mentiras normales y corrientes, y que si Trump es sin lugar a dudas un sociópata, no es el único afectado por esa patología. Como me escribía Ivan Asher en una correspondencia que he citado al comienzo del libro:[19]

> Es una patología que asola una gran parte de las finanzas modernas. Como las informaciones de Breitbart (ese sitio web de extrema derecha antaño dirigido por Steve Bannon, después de su paso por Goldman Sachs), los mercados financieros se alimentan tanto de los rumores como de los hechos. Y en la época del comercio de alta frecuencia, a los especuladores les da igual que la cotización de una acción refleje el rendimiento de una empresa. Del mismo modo, los gestores de carteras no se ocupan de la cotización de las acciones del día anterior, igual que el presidente no se preocupará mañana de lo que tuiteó ayer. En los dos casos, lo único que cuenta es la

> inestabilidad creada por los anuncios imprevisibles. Y si la postura de imprevisibilidad de Trump es incontestablemente demencial en lo que respecta a las cuestiones de seguridad nuclear, también es perfectamente compatible con la lógica de la especulación.

La inestabilidad de los enunciados prima a partir de ahora sobre su validez. Ocurre exactamente lo mismo con la producción de enunciados en las redes sociales. Dicha producción no tiene como objetivo crear o compartir conocimientos, sino acelerar la velocidad de los intercambios, intensificar su circulación. Se trata de crear el impulso inicial que desatará una reacción en cadena, de poner en movimiento una acumulación de *likes* o de RT (retuits) capaz de absorber la atención de centenares de miles de internautas al instante… La acumulación primitiva del capitalismo industrial ha dado paso a la agitación primitiva del capitalismo mediático-financiero. De ahí el éxito de los discursos de odio que intentan suscitar no la empatía, sino la antipatía; no la pertenencia, sino la división; no la continuidad, sino la ruptura… Y sobre la escena donde se desarrollan los intercambios, son los rumores más locos, los enunciados más violentos, los que tienen la seguridad de que viajarán más deprisa, a la velocidad de una epidemia. Hannah Arendt se había pronunciado al respecto en *Los orígenes del totalitarismo*, con unas palabras que no hacen sino cobrar más relieve en la época de las redes sociales:

> El sujeto ideal de la dominación totalitaria no es ni el nazi convencido ni el comunista convencido, sino la gente para quien la distinción entre hecho y ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre verdadero y falso (es decir, las normas del pensamiento) ya no existen.[20]

El *storytelling*, que tanto ha ocupado a los comentaristas y a los comunicadores desde hace diez años, ya no puede dar cuenta de esa sucesión de choques en la que se ha convertido nuestra mediática vida cotidiana. Hemos pasado de la narración al enfrentamiento, de la intriga a la transgresión, del suspense al pánico, de la secuencia a la sucesión intemporal de choques. La vida ya no se ordena en secuencias, y no se rige por la intriga, sino por el choque.

Si «las fábulas son la historia de los tiempos bárbaros», como escribía Voltaire, resulta que la barbarie puede llegar a ser tal que la época ya no se acomode ni a fábulas ni a relatos de ninguna clase. Los tiempos actuales no inspiran más que pulsiones, rupturas y transgresiones: el enfrentamiento/tuit que provoca ruido sustituye al relato; o, a diferencia de la *story*, que puede retocarse según las circunstancias, pero como mínimo debe guardar un hilo continuo para conservar su credibilidad, el enfrentamiento/tuit debe repetirse sin cesar, por una parte, porque solo dura hasta que la inestabilidad que ha engendrado se apacigua, y, por la otra, porque su efecto es en el fondo proporcional a su falta de claridad…

La lógica del enfrentamiento en el plano de la política ha devastado la narración de la política. No queda más que el combate frontal. Asistimos a un nuevo giro o vuelco, a una ruptura posnarrativa: la «era del enfrentamiento».

En *American Dharma*, el documental de Errol Morris sobre Steve Bannon, este, consejero de Donald Trump, declara sin rodeos: «La clase política que controla nuestro país se mantendrá exactamente tal como es hasta que haya una auténtica perturbación. No puede ser una batalla de almohadas. Necesitamos asesinos».[21] Pues bien, a finales de octubre de 2018, los asesinos respondieron «Presente» al llamamiento de Steve Bannon. Primero con el envío de una serie de bombas a trece personalidades que habían sido objeto de vindicta pública por Donald Trump. Después, en la sinagoga de Pittsburgh, donde un asesino mató a once personas. El objetivo era una asociación judía de solidaridad con los migrantes, la Hebrew Immigration Aid Society (HIAS), fundada en Nueva York en 1881 para acudir en ayuda de los judíos víctimas de los pogromos en Rusia y en la Europa del Este. Desde hace una decena de años, la asociación había empleado sus misiones para acoger a refugiados del mundo entero y se había opuesto al *travel ban* firmado por Trump, que prohibía la entrada en Estados Unidos a personas de origen musulmán.

«HIAS pretende traer a invasores que matarán a nuestra gente. No puedo quedarme sentado y ver cómo asesinan a mis compatriotas. Podéis iros a la mierda con vuestras ideas. ¡Al diablo! Allá voy.» Antes de pasar al acto, Robert Bowers, supremacista blanco que poseía una veintena de armas de fuego, había enviado ese mensaje a la página web Gab, una plataforma que acoge los llamamientos a la violencia de los militantes de Alt-Right. «Las palabras no son balas», se defendió la página web antes de que la cerrara su administrador. Durante su visita a Pittsburgh, el 31 de octubre de 2018, abuchearon a Trump mil quinientos manifestantes que blandían pancartas con los lemas: «Las palabras cuentan» y «Las mentiras matan».

Durante un mitin en Wisconsin, después de la matanza de Pittsburgh, Trump adoptó un tono más presidencial, simulando predicar el apaciguamiento: «Como sabéis», declaró, «mi mayor deber, en calidad de presidente, es velar por la seguridad de Estados Unidos». Pero enseguida se apresuró a arruinar el crédito que había que conceder a esas palabras, burlándose ante sus partidarios de su supuesta moderación: «De hecho, ¿habéis visto hasta qué punto me estoy portando bien esta noche? ¿Lo habéis visto? Nos comportamos pero que muy bien…». Con esto, casi podríamos olvidarnos de que se había producido la peor matanza antisemita de la historia de Estados Unidos.

En 1934, cuando los nazis acababan de tomar el poder en Alemania, Hermann Broch escribió en un texto titulado «Espíritu y espíritu del tiempo» lo siguiente:

> Se ha apoderado de la humanidad un desprecio singular e incluso casi un asco por la palabra. La agradable confianza en la posibilidad de que los hombres se convenzan por la palabra, mediante el lenguaje, se ha perdido radicalmente. Disertar se identifica ahora con algo negativo, los parlamentos perecen por su propia aversión respecto a su actividad disertadora y, cuando se convoca en alguna parte una conferencia, se celebra entre los sarcasmos y el escepticismo de augur de quienes saben. Jamás el mundo ha admitido con semejante sinceridad y franqueza que la palabra carece de valor, que no vale la pena buscar una comprensión mutua. El mutismo pesa gravemente sobre el mundo. Entre los hombres y entre los grupos humanos reina el mutismo, y ese mutismo es el del asesinato, es el ruido terrible del mutismo que precede al asesinato y que todavía tiene el sonido del lenguaje, aunque ya no se trate de un lenguaje y sea tan solo una explosión: explosión de angustia, explosión de desesperación, explosión de coraje.[22]

Agios Pavlos, Creta, 9 de noviembre de 2018

AGRADECIMIENTOS

Debo dar gracias, en primer lugar, a Sandrine Palussière, editora de este libro en Fayard, cuyo papel ha ido mucho más allá del de limitarse a realizar un simple trabajo de edición. Sus consejos y sus críticas han acompañado cada fase de su elaboración (y también algunas renuncias). Agradezco a la editorial Fayard que me haya concedido el tiempo necesario para redactarlo, y que haya vencido mis resistencias para escribir una continuación de mi ensayo *Stortytelling: la máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, publicado en noviembre de 2007 en La Découverte. Este libro es su continuación, pero también su contrapunto. Lo prolonga y lo critica en un intento de pensar contra sí mismo. Dicho intento se ha beneficiado del apoyo vigilante de mis amigos Michel Feher, Éric Fassin y Stanco Cerovic.

Debo dar las gracias a Edwy Plenel y François Bonnet por haberme brindado un espacio en el diario digital *Mediapart*, donde publico desde septiembre de 2013 una crónica mensual. Ese trabajo me ha permitido profundizar, en contacto con la actualidad política, ciertas hipótesis que se encuentran en el origen de este libro.

Por último, quiero dar las gracias a mis amigos de Agios Pavlos (Creta), Dimitri, Nikos, Nicoletta, Vangelis y Elena por la amigable hospitalidad de la que me he beneficiado a lo largo de la escritura de este libro. Espero que haya en él un poco de la luz que ha inundado estas páginas.

Notas

1. Ismail Kadaré, *El palacio de los sueños*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.

2. Eric Schmidt, citado por Holman W. Jenkins Jr., «Google and the Search for the Future. The Web icon's CEO on the mobile computing revolution, the future of newspapers, and privacy in the digital age», *The Washington Post*, 14 de agosto de 2010. Disponible en: <https://www.wsj.com/articles/SB10001424052748704901104575423294099527212>.
Declaraciones resumidas por Guillaume Champeaux, «Le patron de Google pense que les jeunes changeront de nom à la majorité», 16 de agosto de 2010. Disponible en: <https://www.numerama.com/magazine/16522-le-patron-de-google-pense-que-les-jeuneschangeront-de-nom-a-la-majorite.html>.

3. Kate Kelly, en Camille Adaoust, «“C’est l’expression d’une frustration collective”: des milliers d’Américains vont hurler, un an après l’élection de Trump», France Télévisions, 7 de noviembre de 2017. Disponible en: <https://www.france-tvinfo.fr/monde/usa/presidentielle/donald-trump/c-est-l-expression-d-une-frustration-collectivedes-milliers-d-americains-vont-hurler-un-an-apres-l-election-detrump_2445558.html>.

4. Nathan Wahl, citado por Camille Adaoust, ibíd.

5. Michelle Goldberg, «Anniversary of Apocalypse», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2017. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/11/06/opinion/anniversary-trump-clinton-election.html>.

6. Roger Cohen, «Trump and the end of truth», *The New York Times*, 25 de julio de 2016.

7. Véase Françoise Mouly, «Carter Goodrich's "October Surprise"», *The New Yorker*, 23 de octubre de 2017. Disponible en: <https://www.newyorker.com/culture/cover-story/cover-story-2017-10-30?mbid=social_facebook>.

8. Bob Woodward, *Fear*, 2018; *Peur*, Robert-Laffont, 2018.

9. David Denby, «The Plot Against America: Donald Trump's Rhetoric», *The New Yorker*, 15 de diciembre de 2015. Disponible en: <https://www.newyorker.com/culture/cultural-comment/plot-americadonald-trumps-rhetoric>.

10. Victor Klemperer, *LTI: La lengua del Tercer Reich*, Minúscula, Barcelona, 2016, p. 38.

11. Tony Schwartz, citado por Jane Mayer, «Donald Trump's Ghostwriter Tells All», *The New Yorker*, 25 de julio de 2016. Disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2016/07/25/donald-trumpsghostwriter-tells-all>.

12. Donald Trump, en colaboración con Tony Schwartz, *El arte de la negociación*, Grijalbo, Barcelona, 1989.

13. Tony Schwartz, entrevista con Jane Mayer, «Donald Trump's Ghostwriter Tells All», art. cit.

14. Joshua Green, *Devil's Bargain*: *Steve Bannon, Donald Trump, and the Nationalist Uprising*, Penguin Books, 2017.

15. Donald J.Trump, Winton Hall, Peter Schweizer, Meredith McIver, *Time to Get Tough: Making America Great Again*, Regnery Publishing, 2011.

16. Wynton Hall, citado por Joshua Green, «This Man [Steve Bannon] Is the Most Dangerous Political Operative in America», *Bloomberg Businessweek*, 8 de octubre de 2015.

17. Steve Bannon, citado por Julien Rebuci, «Qui est Steve Bannon, “l’homme le plus dangereux de la vie politique américaine”, qui a fait élire Trump?», *Les Inrockuptibles*, 11 de noviembre de 2016. Disponible en: <https://www.lesinrocks.com/2016/11/11/actualite/steve-bannon-lhomme-plus-dangereux-de-vie-politique-americaine-a-elire-trump-11878985/>.

18. Steve Bannon fundó el Government Accountability Institute (GAI) para realizar investigaciones; véase en especial Julien Rebuci, «Qui est Steve Bannon, “l’homme le plus dangereux de la vie politique américaine”, qui a fait élire Trump?», art. cit.

19. Steve Bannon, entrevista con Noah Kulwin, «Steve Bannon on How 2008 Planted the Seed for the Trump Presidency», *New York Magazine*, agosto de 2018. Disponible en: <http://nymag.com/intelligencer/2018/08/stevebannon-on-how-2008-planted-the-seed-for-thetrump-presidency.html>.

20. Ibíd.

21. Ibíd.

22. Ibíd.

23. Entrevista del autor con Michel Feher, septiembre de 2017.

24. Bernie Sanders, «Bernie Sanders on Trump: “This guy is a fraud”», declaraciones a la CNN, 6 de febrero de 2017. Disponible en: <https://edition.cnn.com/2017/02/05/politics/bernie-sanders-trumpfraud/index.html>.

25. Declaración de la senadora Elizabeth Warren en el Senado, «Senator Elizabeth Warren's Statement on President Trump's Executive Orders to Roll Back *Dodd-Frank*, DOL Conflict-of-Interest Rule», 3 de febrero de 2017. Disponible en: <https://www.warren.senate.gov/newsroom/press-releases/senator-elizabeth-warren-and-039s-statement-on-president-trump-and-039s-executive-orders-to-roll-backdodd-frank-dol-conflict-of-interest-rule>.

26. Ivan Ascher, *Portfolio Society: On the Capitalist Mode of Prediction*, Zone Books, col. «Near Futures», septiembre de 2016.

27. El autor de ese dibujo es el ensayista y matemático Nicolas Bouleau. Aunque realizado antes de la elección de Trump, ilustra perfectamente la reacción de los mercados financieros cuando este llegó a la Casa Blanca.

28. Entrevista del autor con Ivan Ascher.

29. David Greenberg, Republic of Spin: An Inside History of the American Presidency, W. Norton & Company, 2017.

30. William Safire, *Safire's New Political Dictionary*, Random House, 1993.

31. David Greenberg, *Republic of Spin: An Inside History of the American Presidency*, ob. cit.

32. Ibíd.

33. Véase también, sobre esos dos conceptos, C. Salmon, *La ceremonia caníbal: sobre la* performance *política*, Península, Barcelona, 2013.

34. Véase en especial Ben Wallace-Wens, «Obama's Narrator», *The New York Times*, abril de 2007. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2007/04/01/magazine/01axelrod.t.html>.

35. Chris Hegedus y Don A. Pennebaker, *War Room*, 1993.

36. Bill Clinton, *Mi vida*, Plaza & Janés, Barcelona, 2004.

37. Steve Greenberg, en el film *War Room*, ya citado.

38. Famosa cita de James Carville, asesor del Partido Demócrata, citado en C. Salmon, *Storytelling,* ob. cit.

39. Evan Cornog, *The Power and the Story: How the Crafted Presidential Narrative Has Determined Political Success from George Washington to George W. Bush*, Penguin Press HC, 2004.

40. Frank Rich, *The Greatest Story Ever Sold. The Decline and Fall of Truth from 9/11 to Katrina*, Nueva York, Penguin, 2006, pp. 2-3.

41. Evan Cornog, *The Power and the Story,* ob. cit.

42. Ira Chernus, «Karl Rove's Scheherazade Strategy». Disponible en: <https://historynewsnetwork.org/article/27890>.

43. Véase también C. Salmon, *La ceremonia caníbal,* ob. cit.

44. David Brooks, «Run, Barack, Run», *The New York Times*, 19 de octubre de 2006. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2006/10/19/opinion/19brooks.html>.

45. Jon Michaels, «How Trump is dismantling a pillar of the American State», *The Guardian*, 7 de noviembre de 2017.

46. Mo Riach, citada por Alexandra Richards, «Topshop design chief defends jeans emblazoned with the words “fake news”: “We thought we’d immortalise this of-the-moment phrase”», *The Standard*, enero de 2018. Disponible en: <https://www.standard.co.uk/news/uk/topshop-design-chief-defends-jeans-emblazoned-with-the-wordsfake-newswe-thought-wed-immortalize-a3738061.html>.

47. Véase en especial Julie Bort, «Barack Obama explains why he signed a deal with Netflix and how he thinks it will help solve our political divide», *Business Insider*, 24 de mayo de 2018. Disponible en: <https://www.businessinsider.fr/us/barack-obama-speaks-about-netflix-deal-how-it-could-help-solvepolitical-divide-okta-2018-5>.

48. Olivier O'Mahony, «Les confidences de Steve Bannon», *Paris Match*, 15 de abril de 2018. Disponible en: <https://www.parismatch.com/Actu/International/Les-confidences-de-Steve-Bannon1497263>.

49. Véase Michael Cieply, «Saving the Story (the Film Version)», *The New York Times*, 1 de noviembre de 2008. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2008/11/18/movies/18story.html>.

50. Peter Guber, citado por Michael Cieply, «Saving the Story», art. cit.

51. David Kirkpatrick, citado en ibíd.

52. Véase ibíd.

53. Véase Ira Chernus, «Karl Rove's Scheherazade Strategy», art. cit.

54. Paul Begala, citado últimamente de nuevo por David Greenberg, «Better spin doctors can't save Trump», *The Washington Post*, 2 de agosto de 2017. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/news/made-by-history/wp/2017/08/02/better-spin-doctors-cant-save-trump/?noredirect=on&utm_term=.37a4c414f096>.

55. Evgueny Morozov, «“Fake News”. Les vrais responsables des fausses nouvelles», *Le Monde diplomatique*, 13 de enero de 2017. Disponible en: <https://blog.mondediplo.net/2017-01-13-Les-vrais-responsables-des-fausses-nouvelles>.

56. Jon Winsor, «The End of Storytelling», *Forbes*, 6 de diciembre de 2017. Disponible en: <https://www.forbes.com/sites/johnwinsor/2017/12/06/the-end-of-storytelling/#6d347f182c48>.

57. Eric Schmidt, en Eric Schmidt y Jared Cohen, *El futuro digital*, Anaya Multimedia, Madrid, 2014. Su escala de los tiempos digitales, con sus volúmenes de datos, ha sido muy comentada y cuestionada.

58. Jon Winsor, «The End of Storytelling», *Forbes*, 6 de diciembre de 2017.

59. Soroush Vosoughi, Deb Roy, Sinan Aral, «The Spread of true and false news online», *Revue Science*, 9 de marzo de 2018.

60. Dominique G. Boullier, comentario a mi artículo «Fini le storytelling, bienvenue dans l'ère du clash», *Mediapart*, 17 de marzo de 2018.

1. Serie *Real Humans: 100% humain*, de Lars Lundström, emitida por Arte, 2017.

2. Mauro Covacich, «Il libro sul banco alla camera. Renzi e Murakami: le memorie di un maratoneta saranno utili al nuovo premier? Il presidente del consiglio, lo scrittore giapponese e l'obiettivo finale del 2018», *Corriere della Sera*, 24 de febrero de 2014.

3. Entrevista de Giuseppe Civati con el autor, diciembre de 2014.

4. Matteo Renzi, *Stil novo. La rivoluzione della bellezza tra Dante e Twitter*, Rizzoli, 2012.

5. Tomaso Montanari, *Le pietre e il popolo. Restituire ai cittadini l'arte e la storia delle città italiana*, Minimum fax, 2013.

6. Ibíd.

7. Ibíd.

8. M. Renzi, *Stil Novo,* ob. cit.

9. Roberto Bui, citado por C. Salmon en «Non mantenere le promesse e dare la colpa al sistema: lo storytelling di Renzi», Gli stati Generali, 24 de diciembre de 2014. Disponible en: <https://www.glistatigenerali.com/partiti-politici_politica/non-mantenere-le-promessee-dare-la-colpa-al-sistema-lo-storytelling-di-renzi/>.

10. Michel Feher, entrevista con el autor, diciembre de 2014.

11. David Allegranti, entrevista con el autor, diciembre de 2014.

12. Giuseppe Civati, entrevista con el autor, diciembre de 2014.

13. Davide Vecchi, *L'intoccabile Matteo Renzi, La vera storia*, Chiarelettere, 2014.

14. Étienne Girard, «“Bonaparte”, “Zlatan”, “Obama”…», *Marianne*, 30 de marzo de 2017. Disponible en: <https://www.marianne.net/politique/bonaparte-zlatan-obama-emmanuel-macron-raconte-par-ses-conquetes-enamourees?utm_campaign=Echobox&utm_medium=Social&utm_source=Facebook#link_time=1490893717>.

15. Don DeLillo, *Jugadores*, Seix Barral, Barcelona, 2004.

16. John Quiggin, *Zombie Economics: How Dead Ideas Still Walk Among Us*, Princeton University Press, 2010; *Économie zombie*, Saint-Simon, 2013.

17. Véase C. Salmon, *Les Derniers Jours de la V République,* ob. cit.

18. Entrevista concedida a Jérôme Garcin, «Emmanuel Macron sur la Manif pour tous: “On a humilié cette France-là”», *L’Obs*, 16 de febrero de 2017. Disponible en: <https://www.nouvelobs.com/presidentielle-2017/20170216.OBS5392/emmanuel-macron-sur-la-manifpour-tous-on-a-humilie-cette-france-la.html>.

19. Laureline Dupont, Étienne Gernelle, Sébastien Le Fol, «Emmanuel Macron: le grand entretien», *Le Point*, 27 de agosto de 2017.

20. Ibíd.

21. Portada del *Spiegel*, 14 de octubre de 2017: *«Ich bin nicht arrogant» / «Ich sage und tue, was ich mag». Gespräch mit dem französischen Präsident Emmanuel Macron*. Enlace a la entrevista en versión francesa: <http://la-bastille-en-marche.com/2017/10/28/interview-demmanuel-macron-spiegel-13-10-2017/>.

22. Arwa Mahdawi, «Trump gave Macron a taste of his bizarre “dandruff diplomacy”», *The Guardian*, 24 de abril de 2018. Disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2018/apr/24/trump-macron-dandruff-diplomacy>.

23. Adam Gopnik, «The Trump-Macron Summit and the Dandruff Factor», mayo de 2018. Disponible en: <https://www.newyorker.com/news/daily-comment/the-macron-trump-summit-and-the-dandruff-factor>.

24. Witold Gombrowicz, *Recuerdos de Polonia*, Versal, Barcelona, 1985.

25. Entrevista concedida a Jérôme Garcin, «Emmanuel Macron sur la Manif pour tous: “On a humilié cette France-là”», art. cit.

26. Ibíd.

* Cadena de televisión privada francesa, especializada en la emisión de noticias 24 horas. (*N. del t*.)

27. Witold Gombrowicz, *Recuerdos de Polonia* [1960], ob. cit.

28. Newt Gringrich, *Understanding Trump*, Center Street, 2017.

29. Entrevista de Emmanuel Macron con Michel Crépu y Alexandre Duval-Stalla, «L'histoire redevient tragique (une rencontre)», *La Nouvelle Revue française*, n.º 630, mayo de 2018.

30. Entrevista del jefe del Estado Emmanuel Macron, *Le Point*, 31 de agosto de 2017, art. cit.

31. Entrevista de Emmanuel Macron con Michel Crépu y Alexandre Duval-Stalla, «L'histoire redevient tragique (une rencontre)», art. cit.

32. Ibíd.

33. Elisabeth Bumiller, «Keepers of Bush image lift stagecraft to new heights», *The New York Times*, 16 de mayo de 2003. Disponible en: <http://edition.cnn.com/2003/US/05/16/nyt.bumiller/>.

34. La serie de pasos en falso, anterior al verano de 2018, a la que hago referencia, está marcada por la lección dispensada por el presidente al colegial «insolente» que lo había llamado «Manu» en uno de sus desplazamientos; por la velada que pasaron en el Elíseo, por invitación presidencial, personas transgénero con «medias de rejilla» durante la Fiesta de la Música; por el gasto de 500.000 euros en la compra de vajilla y por la construcción de una piscina en el Fuerte de Brégançon; dispendios frente a los cuales la renta básica universal le parece al presidente «una auténtica locura», por citar sus palabras…

* Futbolista de ascendencia camerunesa y argelina que, como integrante de la selección francesa, ganó la Copa Mundial de Fútbol de Rusia en julio de 2018. (*N. del t*.)

35. Véase en especial la edición del artículo de Norman Mailer (*Esquire*, 11 de julio de 1960) en forma de libro ilustrado, en el que se reproducen numerosas fotografías de la campaña presidencial de Kennedy: Norman Mailer, *JFK. Superman débarque au supermarché*», Taschen, 2014 y 2017. Disponible en: <https://www.taschen.com/pages/fr/company/blog/43.superman_debarque_au_supermarche.htm>.

36. Ibíd.

37. Sobre el llamado caso Benalla, recordemos sucintamente algunos hechos: durante la manifestación del 1 de mayo en París, un encargado de misión del Elíseo, Alexandre Benalla, la emprende violentamente contra un manifestante en la plaza de la Contrescarpe de París, actuando como si fuera un miembro de las fuerzas del orden movilizadas aquel día. Su poderosa «intervención» fue registrada por cámaras de videovigilancia, cuyas imágenes, al parecer, fueron posteriormente consultadas al margen de todo marco legal. Los hechos fueron revelados por *Le Monde* el 19 de julio de 2018. Dos días después, Alexandre Benalla fue objeto de una investigación. Se planteó entonces la cuestión de sus condiciones laborales y de sus misiones para el Elíseo, después del papel que había desempeñado en la campaña presidencial junto a Emmanuel Macron: tales fueron los primeros desarrollos políticos del caso. Paralelamente a esta investigación judicial (que no ha terminado en el momento en el que escribo estas líneas), en el Parlamento y en el Senado se constituyeron sendas comisiones de investigación. El interesado compareció ante el Senado el 19 de septiembre de 2018, junto a veinte miembros del personal de la Presidencia, de diversos ministerios, etcétera.

38. «A rogue bodyguard embarrasses France's president», *The Economist*, 26 de julio de 2018. Disponible en: <https://www.economist.com/europe/2018/07/26/a-rogue-bodyguard-embarrasses-frances-president>.

39. Alexandra Schwartz, «Will scandal sink Emmanuel Macron?», *New Yorker*, 2 de agosto de 2018.

40. Alusión a Michèle Marchand, llamada Mimi Marchand, en la actualidad al frente de la agencia Bestimage, especializada en fotografías y reportajes de «famosos» que alimentan a la prensa francesa especializada en ese terreno. El personaje ha sido objeto de un libro (Jean-Michel Décugis, Pauline Guena, Marc Leplongeon, *Mimi*, Grasset, 2018) que ha aportado revelaciones sobre sus vínculos con la pareja presidencial Macron y la gestión de su imagen.

41. Entrevista del jefe de Estado Emmanuel Macron, *Le Point*, 31 de agosto de 2017, art. cit.

1. Entrevista con Kostas Arvanitis, julio de 2015, Atenas. Véase también C. Salmon, «L'Europe kidnappée», *Mediapart*, 2 de agosto de 2015.

2. Milan Kundera, «Un Occident kidnappé ou la tragédie de l'Europe centrale», *Le Débat*, n.º 27, mayo de 1983.

3. Entrevista en Atenas, julio de 2015. Véase también C. Salmon, «Un insider raconte: comment l'Europe a étranglé la Grèce», *Mediapart*, 7 de julio de 2015.

4. Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos: mi batalla contra el establishment europeo*, Deusto, Barcelona, 2017.

5. Yanis Varoufakis, ibíd.

6. Yanis Varoufakis, ibíd.

7. Tony Barber y Kevin Hope, «Yanis Varoufakis, Greek finance minister. An Athenian boxer is fighting the good financial fight for Greece», *Financial Times*, 6 de febrero de 2015. Disponible en: <https://www.ft.com/content/e449635a-ad3a-11e4-a5c1-00144feab7de>.

8. Cécile Ducourtieux, «Yanis Varoufakis, l'intrus chez les grands argentiers européens», *Le Monde*, 20 de febrero de 2015. Disponible en: <https://www.lemonde.fr/economie/article/2015/02/20/yanis-varoufakis-l-intrus-chez-les-grands-argentiers-europeens_4580445_3234.html>.

9. Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos,* ob. cit.

10. Ibíd.

11. Ibíd.

12. Ibíd.

13. Ibíd.

14. William K. Black, citado por Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos,* ibíd.

15. Ibíd.

16. Ibíd.

17. Ibíd.

* Club Med, anteriormente conocido como Club Méditerranée S.A., es una compañía privada con sede en Francia, especializada en vacaciones *premium* todo incluido. (*N. del t*.)

18. Yanis Varoufakis, «No Time for Games in Europe», *The New York Times*, 16 de febrero de 2015. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/02/17/opinion/yanis-varoufakis-no-time-for-games-ineurope.html>, citado también por Serge Halimi, «Soutenir la Grèce», *Le Monde diplomatique*, marzo de 2015.

19. Yanis Varoufakis, *El minotauro global*, Punto de Lectura, Barcelona, 2015.

20. Ibíd.

21. Y. Varoufakis, *Comportarse como adultos,* ob. cit.

22. Yanis Varoufakis, en Damian Mac Con Uladh, «Yanis Varoufakis interview: “Anything’s better than austerity”. Greek finance minister insists deal with troika has not compromised his leftist principles», *The Irish Times*, 26 de febrero de 2018. Disponible en: <https://www.irishtimes.com/news/world/europe/yanis-varoufakis-interview-anything-s-better-than-austerity-1.2117500?utm_source=dlvr.it&utm_medium=twitter>.

23. Hans Magnus Enzensberger, *El gentil monstruo de Bruselas*, Anagrama, Barcelona, 2014.

24. Yanis Varoufakis, entrevista con el autor, agosto de 2015.

25. Yanis Varoufakis, «Notre printemps d'Athènes», discurso pronunciado en Frangy-en-Bresse, agosto de 2015, reproducido en «Yanis Varoufakis à Frangy», blog de Monica M., *Mediapart*. Disponible en: <https://blogs.mediapart.fr/monica-m/blog/250815/yanis-varoufakis-frangy>.

26. Ibíd.

27. Yanis Varoufakis, en C. Salmon, «Y. Varoufakis: Le Mal de la souveraineté 1», *Mediapart*, 21 de septiembre de 2015. Disponible en: <https://blogs.mediapart.fr/christian-salmon/blog/210915/yanis-varoufakis-le-mal-de-souverainete-1>.

28. Yanis Varoufakis, en C. Salmon, «Yanis Varoufakis: “La Grèce a été vaincue, mais pas soumise”», art. cit.; y Yanis Varoufakis, en C. Salmon, «Y. Varoufakis: Le Mal de la souveraineté 1», art. cit.

29. Yanis Varoufakis, en C. Salmon, «Yanis Varoufakis: “La Grèce a été vaincue, mais pas soumise”», art. cit.

30. Ibíd.

31. Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos,* ob. cit., Prefacio.

32. Ibíd.

33. Yanis Varoufakis, en C. Salmon, «Rencontre avec Yanis Varoufakis: “Il est temps d’ouvrir les boîtes noires”», *Arrêt sur Info*, 31 de agosto de 2015. Disponible en: <https://arretsurinfo.ch/rencontre-avec-yanisvaroufakis-il-est-temps-douvrir-les-boites-noires/>.

34. Ibíd.

1. Jean Baudrillard, «Place aux événements voyous», *Libération*, 14 de abril de 2006.

2. Ibíd.

* Referencia a un texto inédito del propio autor para voz y música que puede consultarse en <http://remue.net/Christian-Salmon-New-York-Nox-1> y <http://remue.net/Christian-Salmon-New-York-Nox-2>. (*N. del t.*)

3. Uri Eisenzweig*, Fictions de l'anarchisme*, Christian Bourgois, 2001.

4. Ibíd.

5. Ibíd.

6. Ibíd.

7. Joseph Conrad, *El agente secreto*, El Aleph, Barcelona, 2005.

8. Ibíd.

9. Información revelada por Claude Brodesser, *Daily Variety*, 8 de octubre de 2001. Véase también C. Salmon, *Storytelling*: *la máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, ob. cit. (Véase también «Reel War», *SF Weekly*, 2001. Disponible en: <http://www.sfweekly.com/culture/reel-war/amp/>).

10. Jean Baudrillard, *Power Inferno*, Arena Libros, Madrid, 2003.

11. Anne Laffeter, «Luz: “Tout le monde nous regarde, on est devenu des symboles”», *Les Inrocks*, 10 de enero de 2015. Disponible en: <https://www.lesinrocks.com/2015/01/10/actualite/luz-tout-lemonde-nous-regarde-est-devenu-des-symboles-11545315/>.

12. François Némo, «La marque France, plus forte que toutes les armées du monde», *Les Échos*, 19 de enero de 2015. Disponible en: <http://archives.lesechos.fr/archives/cercle/2015/01/19/cercle_121186.htm>.

13. Ibíd.

14. Seth Godin, *Le Storytelling en marketing. Tous les marketeurs racontent des histoires*, Maxima, 2011.

15. Ashraf Ramzy [2002], citado por C. Salmon, en *Storytelling*, ob. cit., p. 43.

16. Tom Peters, «The brand called you. Big companies understand the importance of brands. Today, in the Age of the Individual, you have to be your own brand. Here's what it takes to be the CEO of Me Inc.», Fast Company, 31 de agosto de 1997. Disponible en: <https://www.fastcompany.com/28905/brand-called-you>.

17. Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en Europa y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Alianza, Madrid, 2005.

18. Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1999.

19. Mijaíl Bajtín, *L'Œuvre de Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et à la Renaissance*, ob. cit.

20. Ibíd.

21. Alusión a la primera traducción (protestante) en lengua francesa de la Biblia, llamada «Biblia de Olivétan», realizada por Pierre Robert Olivétan, primo de Calvino, y publicada en 1535. Su autor se había referido a los textos hebreo y griego establecidos y en circulación en la época.

22. La Bruyère, *Los caracteres*, Hermida, Paracuellos de Jarama, 2013.

23. Mijaíl Bajtín, *L'Œuvre de Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et à la Renaissance,* ob. cit.

24. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2003.

25. Jamel Eddine Bencheikh, Intervención en la reunión del Parlamento Internacional de Escritores, en presencia de Salman Rushdie, Estrasburgo, 6 de noviembre de 1993.

26. «No reprobemos nada, cantemos todo, seamos *expositivos*, más que cuestionadores», señala Flaubert en una carta del 13-14 de abril de 1853 a Louise Colet («a la misma»), en *Correspondance*, edición de Louis Conard, 3.ª serie (1852-1854), 1927.

27. Milan Kundera, *La broma*, Tusquets, Barcelona, 2012.

28. Véase, por ejemplo, «Manifestations contre les caricatures de *Charlie Hebdo*», *L'Express*, 16 de enero de 2015. Disponible en: <https://www.lexpress.fr/actualite/monde/algerie-affrontements-en-marge-d-une-manifestation-contre-charlie-hebdo_1641612.html>.

29. Monseñor Lustiger, citado por C. Salmon, *Tumba de la ficción*, Anagrama, Barcelona, 2001.

30. Presidente de la República François Hollande, «C'est un acte de guerre», declaración en el Elíseo, 14 de noviembre de 2015.

31. Ibíd.

32. Michel Soudais, «Villepin: “Faire croire que nous sommes en guerre est un piège”», *Politis*, 15 de noviembre de 2015. Disponible en: <https://www.politis.fr/articles/2015/11/villepin-faire-croire-que-noussommes-en-guerre-est-un-piege-33021/>.

33. Ibíd.

34. «Nous devons rester fermes après les attaques de Paris», *The Guardian*, 16 de noviembre de 2015. Disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2015/nov/16/attaques-de-paris-lanalyse-le-guardian>. Citado también por *Courrier international*, 17 de noviembre de 2015. Disponible en: <https://www.courrierinternational.com/article/vu-duroyaume-uni-nous-devons-rester-fermes-apres-les-attaques-de-paris>.

35. Ibíd.

36. James H. Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith*, Transaction Publishers, 1980.

37. Ibíd.

38. Tony Corn, «Clausewitz in Wonderland», en *Policy Review*, Hoover Institution, 1 de septiembre de 2006. Disponible en: <https://www.hoover.org/research/clausewitz-wonderland>.

39. Ibíd.

40. William D. Casebeer y James A. Russell, «Storytelling and Terrorism: Towards a Comprehensive "Counter-Narrative Strategy"», en *Strategic Insights*, volumen IV, n.º 3, marzo de 2005, Center for Contemporary Conflict; artículo disponible en: <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/download?doi=10.1.1.116.7615&rep=rep1&type=pdf>.

41. Ibíd.

42. Ibíd.

43. Don DeLillo, «Dans les ruines du futur», *Libération*, 15 de diciembre de 2001. Disponible en: <https://www.liberation.fr/cahier-special/2001/12/15/dans-les-ruines-du-futur_387298>. Véase también la frase: «El relato acaba entre los escombros y a nosotros nos compete crear la contranarración», y, más adelante: «Internet es una contranarración, formada a partes iguales por el rumor, lo imaginario y la reverberación mística».

44. Tony Corn, «Clausewitz in Wonderland», art. cit.

45. Ibíd.

46. Frase extraída del texto de Bernard Kouchner, ministro de Asuntos Exteriores de Francia, «Narration du monde, une bataille décisive», *Le Monde*, 3 de diciembre de 2007. En aquel momento, el contexto de esa frase era ante todo el de la crisis política en el Líbano.

47. Coronel Sam Gardiner, conferencia en la Universidad de Strathclyde, en Escocia, 7-9 de septiembre de 2007.

48. Ibíd.

49. Chelsea Manning, «The Fog Machine of War», *The New York Times*, 14 de junio de 2014, editorial. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2014/06/15/opinion/sunday/chelsea-manning-the-us-militarys-campaign-against-media-freedom.html?_r=1>.

50. Ibíd.

51. Ibíd.

52. Dounia Bouzar, Christophe Caupenne, Sulayman Valsan (bajo la dirección de), «La métamorphose opérée chez le jeune par les nouveaux discours terroristes. Recherche-action sur la mutation du processus d'endoctrinement et d'embrigadement dans l'islam radical», C.P.D.S.I., noviembre de 2014, p. 16.

53. Ibíd.

54. Tony Corn, «Clausewitz in Wonderland», art. cit.

55. Dounia Bouzar, Christophe Caupenne, Sulayman Valsan (bajo la dirección de), «La métamorphose opérée chez le jeune par les nouveaux discours terroristes», informe citado.

56. Jean-Pierre Filiu, *L'Apocalypse dans l'Islam*, Fayard, 2008.

57. Olivier Roy, citado por Cécile Chambraud, «Ma génération choisissait l'extrême gauche, eux le djihad», *Le Monde*, 9 de enero de 2015.

58. Samir Amghar, citado en ibíd.

59. Greg Miller y Souad Mekhennet, «Inside the surreal world of the Islamic State's propaganda machine», *The Washinton Post*, 20 de noviembre de 2015. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/world/national-security/inside-the-islamic-states-propaganda-machine/2015/11/20/051e997a-8ce6-11e5-acff-673ae92ddd2b_story.html?utm_term=.98258fa1ba85>; retomado en especial por la redacción del *HuffPost* en Marruecos, «Un ancien cameraman marocain de Daech raconte au *Washington Post* l'horreur de la propagande médiatique», *Huffington Post*, 23 de noviembre de 2015. Disponible en: <https://www.huffpostmaghreb.com/2015/11/23/ancien-cameraman-propagandemediatique-daech-washington-post_n_8627894.html>.

60. Ibíd.

61. Don DeLillo, *El hombre del salto*, Seix Barral, Barcelona, 2006.

62. Ibíd.

63. Don DeLillo, *Libra*, Seix Barral, Barcelona, 2006.

64. Don DeLillo, *Mao II*, Circe, Barcelona, 1992.

65. Ibíd.

1. Matt Flegenheimer y Michael Barbaro, «Donald Trump Is Elected President in Stunning Repudiation of the Establishment», *The New York Times*, 9 de noviembre de 2016. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/11/09/us/politics/hillary-clinton-donald-trump-president.html>.

2. Vann R. Newkirk, «The American Idea in 140 Characters», *The Atlantic*, 24 de marzo de 2016. Disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2016/03/twitter-politics-lastdecade/475131/>.

3. Philip Rucker, «“Full Trumpism” The President’s apocalyptic attacks reach a new level of falsity», *Washington Post*, 4 de noviembre de 2018. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/politics/full-trumpism-the-presidents-apocalyptic-attacks-reach-a-new-levelof-falsity/2018/11/04/8e4fb87e-e043-11e8-b759-3d88a5ce9e19_story.html?utm_term=.110012eb8d3a>.

4. Walter Benjamin, «La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica», *Obras I*, vol. 2, Abada, Madrid, 2008, pp. 9-47, ob. cit.

5. Theodor W. Adorno, *Minima Moralia: reflexiones sobre la vida dañada*, Akal, Tres Cantos, 2017.

6. Ibíd.

7. Walter Benjamin, «El narrador», en *Obras II*, Abada, Madrid, 2009, pp. 41-67.

8. Ibíd.

9. Walter Benjamin, «Experiencia y pobreza», en *Obras II*, Abada, Madrid, 2007, pp. 216-221.

10. Ibíd.

11. Theodor W. Adorno, *Minima Moralia,* ob. cit.

12. Wayne C. Booth, *La retórica de la ficción*, Bosch, L'Hospitalet de Llobregat, 1974.

13. Jean-Fançois Lyotard, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 2016.

14. Véase Christian Salmon, *Storytelling*: *la máquina de fabricar historias y formatear las mentes,* ob. cit.

15. Douglas Coupland, *Generación X*, Ediciones B, Barcelona, 1998.

16. Paul Ricœur, *Tiempo y narración*, 3 vols., Siglo XXI, Madrid, 2004.

17. Douglas Coupland, *Generación X,* ob. cit.

18. Nicholas Kristof, «Clinton's Fibs *vs*. Trump's Huge Lies», *The New York Times*, 6 de agosto de 2016. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/08/07/opinion/sunday/clintons-fibs-vs-trumpshuge-lies.html>.

19. Correspondencia del autor con Ivan Ascher.

20. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid, 2019.

21. Errol Morris, *American Dharma*, documental, septiembre de 2018.

22. Hermann Broch, «Esprit et esprit du temps» [1943], en *La Grandeur inconnue* [*Die unbekannte Größe*], Gallimard, col. «Du monde entier», 1968.

La era del enfrentamiento
Christian Salmon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *L'ère du clash*

© del diseño de la colección y de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Getty Images

© Librairie Arthème Fayard, 2019

© de la traducción del del francés, Francisco López Martín

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019 Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-9942-866-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com